



ESTÁS A UN DEDO DE  
UN MUNDO DIFERENTE

# GATA BLANCA

HOLLY BLACK

No es agradable despertarse a medianoche en el tejado del internado completamente desnudo sin saber cómo has podido llegar hasta allí... y recordar únicamente que estabas soñando con una gata blanca.

Cassel Sharpe pertenece a una familia donde todos tienen poderes y los utilizan clandestinamente. Su madre está entre rejas por timar a millonarios, su abuelo y su hermano mayor trabajan para una de las grandes familias de la mafia. Tan solo su hermano mediano, que estudia en la universidad, y él están al margen: el primero porque no utiliza su habilidad, y Cassel porque no posee ninguna. Siempre ha sido el raro: en su familia, por carecer de poderes; fuera de ella, por la familia que tiene. Aunque Cassel solo aspira a ser «normal», y lo es en todos los aspectos salvo por un «pequeño» detalle: hace tres años se despertó y descubrió que había matado a Lily, su mejor amiga e hija del capo local. La familia tuvo que encubrirlo. Ahora, sin embargo, empiezan a sucederle cosas raras...



Holly Black

## **Gata blanca**

**Saga: Trabajadores de maldiciones - 1**

**ePub r1.0**

**Padme 03.05.14**

Título original: *White Cat*

Holly Black, 2010

Traducción: Mатуca Fernández de Villavicencio

Editor digital: Padme

ePub base r1.1

---

**más libros en [espaebook.com](http://espaebook.com)**

---

*A todos los gatos ficticios  
que he matado en otros libros.*

# 1

Me despierto descalzo sobre frías tejas de pizarra. Miro vertiginosamente hacia abajo. Trago una bocanada de aire gélido.

Sobre mi cabeza, estrellas. Abajo, la estatua de bronce del coronel Wallingford me informa de que estoy observando el patio desde el punto más alto de Smythe Hall, mi residencia.

No recuerdo haber subido por la escalera que conduce al tejado. Ni siquiera sé cómo se llega al lugar donde ahora me encuentro, lo cual es un problema porque en algún momento tendré que bajar, a ser posible de una manera que no implique la muerte.

Tambaleante, me insto a quedarme tan quieto como me sea posible. A no inhalar con demasiada brusquedad. A apretar bien los dedos de los pies contra la pizarra.

El silencio reina en la noche, ese silencio de la madrugada que hace que retumbe cada roce, cada jadeo nervioso. Cuando las siluetas negras de los árboles que se alzan sobre mi cabeza susurran, me sobresalto y mi pie patina por algo viscoso. Musgo.

Intento recuperar el equilibrio, pero mis piernas salen disparadas hacia fuera.

Araño el aire, buscando algo a lo que agarrarme, hasta que mi torso desnudo golpea la pizarra. La palma de mi mano cae duramente sobre un afilado trozo de cobre reluciente, pero apenas siento dolor. Pataleo y mi pie encuentra finalmente un paranieves. Aprieto los dedos contra él y recobro el equilibrio. Río aliviado, pero estoy temblando tanto que la idea de trepar queda completamente descartada.

El frío me entumece los dedos. El subidón de adrenalina retumba en mi cerebro.

—Socorro —digo en voz baja, y advierto que una risa nerviosa me sube por la garganta. Me muerdo la pared interna de la mejilla para frenarla.

No puedo pedir ayuda. No puedo llamar a nadie. Si lo hago, mis constantes y denodados esfuerzos por fingir que soy un tipo normal se irán al traste. El sonambulismo es cosa de niños, un trastorno extraño y bochornoso.

Contemplo el tejado en penumbra tratando de seguir la línea de los paranieves, diminutos triángulos de plástico transparente que impiden que el hielo se precipite como una cortina, diminutos triángulos de plástico que no han sido concebidos para soportar mi peso. Si pudiera acercarme a una ventana, a lo mejor podría bajar por ella.

Saco un pie y me deslizo muy lentamente hacia el paranieves más próximo. Mi abdomen araña la pizarra, siente las tejas desportilladas y torcidas. Apoyo el pie en el paranieves, desciendo hasta el siguiente y finalmente piso el que hay justo en el borde del tejado. Resoplando, con las ventanas demasiado lejos de mis pies, sin otro lugar adónde ir, decido que no quiero morir por una cuestión de bochorno.

Inspiro tres profundas bocanadas de aire frío y grito:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Socorro!

La noche absorbe mi voz. Puedo oír la distante marea de motores a lo largo de la carretera, pero nada me llega de las ventanas que tengo debajo.

—¡EH! —Esta vez grito con todas mis fuerzas, lo bastante fuerte para que las

palabras me desgarran la garganta—. ¡Socorro!

En una de las habitaciones se hace la luz y veo que unas palmas se posan sobre el cristal. Un segundo después la ventana se descorre.

—¿Hola? —dice una voz somnolienta. Por un momento me recuerda a la voz de otra chica. Una chica muerta.

Asomo la cabeza e intento esbozar mi mejor sonrisa. Para que no se ponga histérica.

—Aquí arriba —digo—. En el tejado.

—¡Dios mío! —exclama Justine Moore.

La cabeza de Willow Davis asoma a su lado.

—Voy a avisar al encargado.

Aprieto la mejilla contra la fría teja y trato de convencerme de que no hay ningún problema, de que esto no es una maldición, de que si aguanto un poco más todo irá bien.

De las habitaciones sale una multitud que se concentra en el patio.

—Salta —grita algún gilipollas—. ¡Vamos!

—¿Señor Sharpe? —aúlla el decano Wharton—. ¡Baje de ahí ahora mismo, señor Sharpe! —Su pelo plateado apunta hacia arriba, como si se hubiera electrocutado, y lleva la bata del revés y mal anudada. Todo el colegio le está viendo los calzoncillos.

De pronto caigo en la cuenta de que yo llevo unos bóxers como única indumentaria. Si su aspecto es ridículo, el mío lo es todavía más.

—¡Cassel! —grita la señora Noyes—. ¡Cassel, no salte! Sé que está pasando por un mal momento... —Se interrumpe, como si no supiera cómo proseguir. Probablemente está intentando recordar a qué mal momento se refiere. Saco buenas notas. Me llevo bien con mis compañeros.

Miro de nuevo hacia abajo. Los móviles con cámara centellean. Acodados en las ventanas de la contigua Strong House están los estudiantes de primer año, mientras que los de tercer y cuarto año se encuentran repartidos por el césped, en bata y pijama, pese a los desesperados esfuerzos de los profesores de devolver el rebaño a sus habitaciones.

Esbozo mi mejor sonrisa.

—Patata —digo en voz baja.

—Baje, señor Sharpe —grita Wharton, el decano—. ¡Se lo advierto!

—Estoy bien, señora Noyes —digo—. No sé cómo he llegado hasta aquí. Creo que estaba caminando sonámbulo.

Estaba soñando con una gata blanca. La tenía inclinada sobre mí, inspirando profundamente, como si quisiera succionarme el aire de los pulmones, pero en lugar de eso me arrancaba la lengua de un mordisco. No había dolor, solo una asfixiante y abrumadora sensación de pánico. En el sueño mi lengua era una cosa roja retorcida y húmeda, del tamaño de un ratón, y la gata la llevaba en la boca. Decidido a recuperarla, saltaba de la cama y me abalanzaba sobre ella, pero era demasiado enjuta y veloz para mí. Fui tras ella y cuando quise darme cuenta estaba haciendo equilibrios sobre un tejado de pizarra.

Una sirena ulula a lo lejos, cada vez más próxima. Las mejillas me duelen de tanto sonreír.

Finalmente un bombero trepa por una escalera de mano para rescatarme. Me envuelve con una manta pero a estas alturas los dientes me castañetean con tal violencia

que soy incapaz de responder a sus preguntas. Como si la gata me hubiera comido la lengua después de todo.

La última vez que visité el despacho de la directora fue con mi abuelo, que había venido para matricularme en el colegio. Recuerdo que observé cómo volcaba en el bolsillo de su abrigo un cuenco de cristal lleno de caramelos de menta mientras el decano Wharton hablaba del gran hombre en el que iba a convertirme. El cuenco de cristal fue a parar al otro bolsillo.

Envuelto en una manta, estoy sentado en la misma butaca de cuero verde de aquel día, toqueteando la gasa que cubre la palma de mi mano. Todo un gran hombre.

—¿Sonámbulo? —dice Wharton. Viste un traje de *tweed* marrón pero su pelo sigue apuntando hacia arriba. Está de pie frente a una estantería de enciclopedias obsoletas, pasando un dedo enguantado por los gastados lomos de piel.

Advierto que sobre la mesa descansa un nuevo cuenco de cristal con caramelos de menta. La cabeza va a estallarme. Ojalá los caramelos fueran aspirinas.

—De niño caminaba sonámbulo —digo—. Pero llevaba mucho tiempo sin hacerlo.

El sonambulismo no es tan infrecuente entre los niños, y aún menos entre los varones. Lo leí en internet el día que, con trece años, me desperté de repente delante de mi casa con los labios amoratados de frío, sin poder sacudirme la estremecedora sensación de que acababa de regresar de un lugar que no podía recordar.

Al otro lado de los ventanales de vidrio emplomado el incipiente sol cubre de oro los árboles. La directora del colegio, la señora Northcutt, tiene la cara abotargada y los ojos rojos. Está bebiendo café de una taza con el logo de Wallingford. La agarra con tanta fuerza que parece que el cuero de sus guantes vaya a romperse en la zona de los nudillos.

—He oído que tiene problemas con su novia —dice.

—En absoluto —replico. Audrey cortó conmigo después de las vacaciones de invierno, harta de mi carácter cambiante. No puedo tener problemas con una novia que ya no es mi novia.

La directora se aclara la garganta.

—Algunos estudiantes creen que dirige un negocio de apuestas. ¿Está metido en algún lío? ¿Debe dinero?

Bajo la vista y ahogo la sonrisa que me provoca la mención de mi diminuto imperio ilegal. Son solo pequeñas falsificaciones y apuestas. No me dedico a la estafa; ni siquiera he aceptado la propuesta de mi hermano Philip de convertirnos en los principales proveedores de alcohol para menores de edad. Estoy seguro de que a la directora no le importa lo de las apuestas, pero me alegro de que no sepa que las más populares son sobre qué profesor se lo está montando con quién. Northcutt y Wharton constituyen una probabilidad de lo más remota, pero eso no impide que la gente apueste dinero por ellos. Niego con la cabeza.

—¿Ha experimentado últimamente cambios bruscos de humor? —pregunta el decano Wharton.

—No —respondo.

—¿Alteraciones del apetito o del patrón de sueño? —Parece que esté recitando las palabras de un libro.



—El problema es mi patrón de sueño —digo.

—¿Qué quiere decir? —pregunta la directora, súbitamente interesada.

—¡Nada! Solamente que estaba caminando sonámbulo, no intentando suicidarme. Y que si quisiera suicidarme, no lo haría tirándome desde un tejado. Y que si me tirara desde un tejado primero me pondría unos pantalones.

La directora se lleva la taza a los labios. Ha relajado la mano.

—Nuestro abogado me ha dicho que hasta que un médico nos garantice que esto no volverá a suceder, no podemos permitir que siga viviendo en la residencia. Es demasiado arriesgado.

Esperaba escuchar todo tipo de sandeces, pero en ningún momento pensé que el asunto tendría consecuencias reales. Pensaba que me caería una reprimenda, puede que hasta una sanción. Estoy tan atónito que tardo unos segundos en responder.

—No he hecho nada malo.

Estúpido comentario, porque a la gente no le ocurren las cosas porque las merezca. Además, he hecho un montón de cosas malas.

—Su hermano Philip vendrá a recogerle —dice el decano Wharton.

Cruza una mirada con la directora y se lleva inconscientemente la mano al cuello, donde vislumbro, bajo la camisa blanca, el cordón y la silueta de un amuleto.

Ahora lo entiendo. Temen que haya sido manipulado. Maldecido. No es ningún secreto que mi abuelo era un trabajador mortal para la familia Zacharov. Los oscuros muñones que tiene ahora por dedos dan fe de ello. Y si acostumbran a leer la prensa también sabrán lo de mi madre. En cierto modo, es lógico que Wharton y Northcutt atribuyan todas mis rarezas a una maldición.

—No pueden expulsarme por ser sonámbulo —digo, poniéndome de pie—. Seguro que es ilegal. Una discriminación contra... —Me interrumpo, presa de un terror frío en el estómago, pues me estoy preguntando si no habré sido maldecido. Intento hacer memoria, pero no recuerdo que nadie me haya tocado sin llevar las manos cubiertas con guantes.

—Todavía no hemos tomado una decisión sobre su futuro en Wallingford.

La directora hojea unos documentos que descansan sobre su mesa. El decano se sirve un café.

—Podría ser un estudiante externo.

No quiero dormir en una casa vacía, ni vivir con ninguno de mis hermanos, pero lo haré si no hay más remedio. Haré lo que sea con tal de seguir llevando la vida que llevo.

—Regrese a su habitación y recoja algunas cosas. Considérelo una baja médica.

—Hasta que consiga un informe de un especialista —puntualizo.

Nadie me replica y tras unos segundos de incómodo silencio, me marchó.

No lo sientas demasiado por mí. He aquí la verdad sobre mi persona: cuando tenía catorce años maté a una chica. Se llamaba Lila, era mi mejor amiga y la quería mucho. Pero la maté. Hay cosas sobre ese asesinato que tengo borrosas, pero el caso es que mi hermano me encontró de pie frente a su cadáver, con las manos ensangrentadas y una sonrisa extraña en los labios. Lo que mejor recuerdo es lo que sentía mientras miraba a Lila: un embriagador regocijo por haberme salido con la mía.

Nadie sabe que soy un asesino salvo mi familia. Y yo, claro.

Como no quiero ser esa persona, en el colegio me paso la mayor parte del tiempo actuando y mintiendo. Requiere un gran esfuerzo fingir que eres algo que no eres. Yo no pienso en la música que me gusta; pienso en la música que debería gustarme. Cuando tenía novia intentaba convencerla de que yo era el tipo con el que deseaba estar. Cuando estoy con un grupo de personas, me mantengo al margen hasta que concibo la manera de hacerles reír. Por suerte, si algo se me da bien es fingir y mentir.

Ya te he dicho que he hecho muchas cosas malas.

Todavía descalzo, todavía envuelto en la manta áspera del bombero, cruzo el soleado patio y subo a mi habitación. Sam Yu, mi compañero de cuarto, está pasando una corbata estrecha por el cuello de su arrugada camisa cuando entro. Levanta la vista, sobresaltado.

—Estoy bien —digo con la voz cansada—. Por si pensabas preguntármelo.

Sam es un fanático de las películas de terror y de la ciencia ficción dura que tiene la pared de nuestra habitación cubierta de máscaras de alienígenas de ojos salidos y pósters salpicados de sangre y vísceras. Sus padres quieren que estudie en el MIT, el Instituto de Tecnología de Massachusetts, y después se abra camino en una gran farmacéutica. Él quiere hacer efectos especiales para películas. Pese a su constitución de oso y su obsesión por la sangre artificial todavía no ha conseguido plantarles cara, por lo que sus padres ni siquiera son conscientes de que existe una diferencia de pareceres. Me gusta pensar que somos más o menos amigos.

No frecuentamos la misma gente, lo que hace más fácil ser más o menos amigos.

—No estaba haciendo... eso que piensas que estaba haciendo —le digo—. No quiero morir ni nada por el estilo.

Sam sonrío y se pone los guantes de Wallingford.

—Solo iba a decir que es una suerte que no duermas en pelotas.

Suelto un gruñido y me dejo caer en la cama. El somier chirría. Sobre la almohada, junto a mi cabeza, descansa un sobre nuevo con un código que me indica que un estudiante de primer año quiere apostar cincuenta dólares a que Victoria Quaroni ganará el concurso de talentos. Las probabilidades son prácticamente nulas, pero el dinero me recuerda que alguien tendrá que llevar la contabilidad y satisfacer los pagos durante mi ausencia.

Sam propina una suave patada a los pies de mi cama.

—¿Seguro que estás bien?

Asiento con la cabeza. Sé que debería explicarle que me voy a casa, que está a punto de convertirse en uno de esos tíos afortunados con cuarto individual, pero no quiero perturbar mi frágil sensación de normalidad.

—Cansado, eso es todo.

Coge su mochila.

—Te veo en clase, pirado.

Levanto la mano vendada para despedirme pero la detengo en el aire.

—Espera un momento.

Sam se da la vuelta con la mano en el pomo.

—Estaba pensando... Si tuviera que irme, ¿aceptarías que la gente siguiera trayendo el dinero aquí? —Me molesta preguntárselo, estar en deuda con él y hacer real mi expulsión

a un mismo tiempo, pero no estoy dispuesto a renunciar a mi principal motivación en Wallingford.

Titubea.

—Olvídalo —digo—. Haz como si nunca...

—¿Me llevo un porcentaje? —me interrumpe.

—Veinticinco —digo—. Veinticinco por ciento. Pero por esa cantidad tendrás que hacer algo más que recaudar el dinero.

Asiente lentamente.

—Vale.

Sonrío.

—Eres el tío más legal que conozco.

—Haciéndome la pelota conseguirás muchas cosas —dice Sam—, salvo que me tire del tejado.

—Muy gracioso —digo con un gemido.

Me obligo a levantarme y saco del armario un pantalón de uniforme negro limpio.

—¿Y por qué tendrías que irte? No te han expulsado, ¿o sí?

Me pongo el pantalón desviando la mirada, pero no puedo evitar que me tiemble la voz.

—No. No lo sé. Deja que te ponga al corriente.

—Vale. ¿Qué tengo que hacer?

—Te daré mi libreta con las diferencias de puntos, las cuentas, todo, y solo tendrás que apuntar las apuestas que te lleguen. —Acerco la silla de mi mesa al armario y me encaramo a ella—. Toma. —Mis dedos se cierran sobre la libreta pegada con cinta adhesiva al techo del armario. Tiro de ella. También sigue aquí la de segundo año, cuando el negocio creció tanto que ya no podía confiar en mi memoria buena pero no fotográfica.

Sam esboza una sonrisa torcida. Sé que le sorprende no haber reparado nunca en mi escondite.

—Creo que podré hacerlo.

Las hojas que está pasando contienen los registros de todas las apuestas realizadas desde el inicio de nuestro tercer año en Wallingford junto con los pronósticos. Apuestas a si al ratón que corre suelto por Stanton Hall lo matará Kevin Brown con su mazo o el doctor Milton mediante sus ratoneras con tocino, o lo atraparé Chaiyawat Terweil con su humana trampa de lechuga. (Las apuestas se decantan por el mazo). A si sería Amanda, Sharone o Courtney la elegida para el papel protagonista femenino de *Pipino* y si ésta sería desbancada por su suplente. (Lo consiguió Courtney; todavía están con los ensayos). A las veces que en una semana la cafetería servirá «brownies de nueces sin nueces».

Los verdaderos corredores de apuestas se llevan un porcentaje basándose en una contabilidad equilibrada que les asegura una ganancia. Digamos que si alguien pone cinco pavos en una pelea, en realidad está poniendo cuatro y medio, pues los otros cincuenta céntimos van a parar al corredor. Al corredor le trae sin cuidado quién gane; lo único que le importa es que las apuestas cuadren y así poder utilizar el dinero de los perdedores para pagar a los ganadores. Yo no soy un corredor auténtico. Los chicos de Wallingford quieren apostar por tonterías, por cosas que probablemente no sucedan nunca. Les sobra el dinero.

Así pues, unas veces calculo las proporciones de la manera correcta —la manera de los corredores de verdad— y otras las calculo a mi manera y me limito a confiar en poder embolsármelo todo en lugar de tener que pagar un dinero que no poseo. Podrías decir que yo también estoy apostando. Y tendrías razón.

—Recuerda, solo dinero en efectivo —le digo—. Nada de tarjetas de crédito ni relojes.

Sam pone los ojos en blanco.

—¿Me estás diciendo que hay gente que cree que tienes un lector de tarjetas de crédito en el cuarto?

—No. Quieren que aceptes su tarjeta y te compres algo que cueste lo que deben. No lo hagas, porque parecerá que les has robado la tarjeta y eso es lo que les contarán a sus padres, créeme.

Sam vacila.

—De acuerdo —dice al fin.

—Bien. Sobre la mesa hay un sobre nuevo. No te olvides de anotarlo todo. —Sé que estoy poniéndome pesado, pero no puedo contarle a Sam que necesito el dinero que gano. No es fácil estar en un colegio como éste sin dinero. Soy el único estudiante de diecisiete años de Wallingford que no tiene coche.

Le hago señas para que me pase la libreta.

Estoy poniéndole la cinta adhesiva cuando unos fuertes golpes en la puerta casi me tiran de la silla. Antes de que pueda decir nada, la puerta se abre y el encargado de la residencia entra. Me mira como si hubiera esperado encontrarme ensartando una soga.

Salto de la silla.

—Estaba...

—Gracias por bajarme la bolsa —dice Sam.

—Samuel Yu —dice el señor Valerio—, estoy casi seguro de que el desayuno ha terminado y las clases han comenzado.

—Apuesto a que tiene razón —responde Sam, lanzándome una sonrisa cómplice.

Si quisiera, podría estafar a Sam. Lo haría de la siguiente manera: solicitando su ayuda y ofreciéndole un pequeño beneficio al mismo tiempo. Aceptándole a cambio de una parte del dinero que le dan sus padres. Podría estafar a Sam, pero no lo haré.

En serio, no lo haré.

Cuando la puerta se cierra tras él, Valerio se vuelve hacia mí.

—Su hermano no puede venir hasta mañana por la mañana, por lo que tendrá que asistir a clase con sus compañeros. Todavía estamos debatiendo dónde dormirá esta noche.

—Queda el recurso de atarme a la cama —digo, pero Valerio no lo encuentra gracioso.

Mi madre me explicó los fundamentos de la estafa en torno a la misma época en que me explicó el trabajo de maldiciones. Para ella la maldición era la vía para conseguir lo que quería y la estafa la manera de salir airoso. Yo no puedo hacer que la gente ame u odie en el acto, como hace ella, o ponerles su cuerpo en contra, como hace Philip, o arrebatárles la suerte, como hace Barron, mi otro hermano, pero no hay que ser un trabajador para poder estafar.

Para mí la maldición es una muleta, pero la estafa lo es todo.

Fue mi madre quien me enseñó que si planeas desplumar a alguien —ya sea con magia e ingenio o solo con ingenio— has de conocer a tu víctima mejor de lo que se conoce ella.

Lo primero que tienes que hacer es ganarte su confianza. Conquistarla. Asegurarte de que se crea más lista que tú. Entonces tú —o a ser posible tu compinche— le planteas una apuesta.

Deja que tu víctima obtenga algo la primera vez. Es lo que en el negocio se conoce como «persuasor». Cuando sabe que ya tiene un dinero en el bolsillo y puede marcharse es cuando baja la guardia.

En el segundo intento introduces apuestas más altas. Ésta es la parte de la que mi madre nunca tiene que preocuparse. Como trabajadora emocional, puede hacer que cualquier persona confíe en ella. Así y todo, necesita pasar por todas las fases para que más tarde, cuando la víctima haga un repaso de lo sucedido, no llegue a la conclusión de que mi madre le ha manipulado.

Después de eso ya solo queda el escaqueo y la huida.

Ser un estafador implica creer que eres más listo que todos los demás y que has pensado en todo. Que puedes conseguir lo que quieras. Que puedes estafar a quien quieras.

Desgraciadamente, no puedo decir que no se me pase por la cabeza la posibilidad de estafar cuando hago tratos con la gente, pero la diferencia entre mi madre y yo es que yo no me estafo a mí mismo.

Solo dispongo de tiempo para ponerme el uniforme y correr a clase de francés; el desayuno terminó hace rato. El televisor de Wallingford cobra vida en el instante en que suelto los libros sobre mi mesa. Sadie Flores anuncia desde la pantalla que durante la hora de actividades el club latino celebrará una venta de dulces caseros para financiarse la construcción de una gruta al aire libre y que el equipo de rugby se reunirá dentro del gimnasio. Consigo mantener el tipo a lo largo de mis clases hasta que caigo fulminado en la de historia. Me despierto de golpe, con un hilo de baba en la manga de la camisa y el señor Lewis preguntando:

—¿En qué año entró en vigor la prohibición, señor Sharpe?

—En 1929 —farfallo—. Nueve años después de que comenzara la ley seca. Justo antes del desplome de la bolsa.

—Muy bien —me felicita a regañadientes—. ¿Y puede decirme por qué la prohibición no ha sido revocada como en el caso de la ley seca?

Me limpio la boca. Mi dolor de cabeza no ha remitido un ápice.

—Eh... ¿porque el mercado negro proporciona a la gente trabajo de maldiciones de todos modos?

Un par de personas ríen, pero el señor Lewis no está entre ellas. Señala la pizarra, donde ha escrito con tiza un revoltijo de razones. Algo sobre iniciativas económicas y un acuerdo comercial con la Unión Europea.

—Por lo visto es capaz de hacer muchas cosas bien mientras duerme, señor Sharpe, pero asistir a mi clase no parece ser una de ellas.

Se lleva la risa más sonora. Me mantengo despierto el resto de la hora, aunque a veces he de clavarme el bolígrafo para conseguirlo.

Regreso a mi cuarto y duermo durante el rato que debería estar recibiendo ayuda de los profesores en las asignaturas que peor llevo, durante la clase de atletismo y durante la reunión del grupo de debate. Cuando me despierto, ya empezada la cena, siento que el ritmo de mi vida normal se está ralentizando y no sé cómo recuperarlo.

El colegio preuniversitario Wallingford se parece mucho a como me lo imaginé el día que mi hermano Barron llevó el prospecto a casa. El césped no es tan verde y los edificios son más pequeños, pero tiene una biblioteca imponente y todo el mundo viste americana en la cena. Los chicos vienen a Wallingford por dos razones: porque el colegio privado es su billete de entrada a una universidad de prestigio o porque fueron expulsados del colegio público y están utilizando dinero de sus padres para evitar el centro para delincuentes juveniles, su otra opción.

Wallingford no era precisamente Choate o Deerfield Academy, pero estaba dispuesto a admitirme pese a mis lazos con los Zacharov. Barron pensó que el colegio me daría estructura. Se acabó eso de vivir en una casa desordenada. Se acabó eso de vivir en el caos. Y las cosas me han ido bien. Aquí, mi incapacidad para hacer trabajo de maldiciones constituye, en realidad, una ventaja, la primera vez que me ha servido de algo. Y sin

embargo veo en mí una inquietante tendencia a meterme en todos los líos que esta nueva vida debería evitarme. Como dirigir el negocio de apuestas cuando necesito dinero. Por lo visto, no puedo dejar de aprovechar una oportunidad cuando la tengo delante.

El comedor está revestido de madera y tiene un techo alto y abovedado que hace que nuestras voces resuenen. De las paredes penden retratos de destacados directores del colegio y, naturalmente, del propio Wallingford. El coronel Wallingford, fundador de Wallingford Preparatory, muerto por un trabajo de maldición un año antes de que entrara en vigor la prohibición, me mira con desdén desde su marco dorado.

Mis zapatos martillean las gastadas losetas de mármol, y frunzo el entrecejo cuando las voces a mi alrededor se funden en un zumbido que me retumba en los oídos. Camino de la cocina noto las manos húmedas, y cuando empujo la puerta el sudor empapa el algodón de mis guantes.

Miro automáticamente en derredor buscando a Audrey. No está, pero no tendría que haber mirado. He de ignorarla lo suficiente para que no piense que me importa, pero sin pasarme. Si me paso me delataré igual.

Sobre todo hoy que me siento tan perdido.

—Llega tarde —dice una de las mujeres del servicio de comidas sin levantar la vista del mostrador que está limpiando. Parece haber sobrepasado la edad de jubilación (tiene por lo menos la edad de mi abuelo) y por su gorro de plástico asoman algunos rizos permanentados.

—La cena ha terminado.

—Ya —digo. Entonces mascullo—: Lo siento.

—Ya hemos retirado la comida. —La mujer me mira. Levanta sus manos cubiertas de plástico—. Estará fría.

—Me gusta la comida fría. —Esbozo mi sonrisa más inocente.

Menea la cabeza.

—Me gustan los chicos con apetito. Estáis todos tan flacos, y las revistas hablan de que os matáis de hambre como las chicas.

—Yo no —le aseguro. La barriga me gruñe y eso le hace reír.

—Ve a sentarte y te llevaré un plato. Coge algunas galletas de esa bandeja. —Ahora que ha decidido que soy un pobre muchacho necesitado de alimento está encantada de mimarme.

A diferencia de otras cafeterías escolares, en la de Wallingford la comida es buena. Las galletas están oscuras por la melaza y condimentadas con jengibre. Cuando me trae los espaguetis, están tibios pero noto el gusto del chorizo en la salsa roja. Mientras mojo pan Daneca Wasserman se acerca a la mesa.

—¿Puedo sentarme? —me pregunta.

Miro el reloj de la pared.

—La hora de estudio comienza dentro de nada.

Su mata de rizos castaños, recogida hacia atrás con una cinta de sándalo, parece enmarañada. Contemplo la bolsa de cáñamo que descansa en su cadera tachonada de chapas que rezan FUNCIONO CON TOFU, NO A LA PROPUESTA 2 y DERECHOS PARA LOS TRABAJADORES.

—Te has saltado el grupo de debate —dice.

—Ajá.

Lamento evitar a Daneca y responder a sus preguntas con parquedad, pero así lo he hecho desde que entré en Wallingford. No obstante, es amiga de Sam y el hecho de vivir con él hace que evitar a Daneca resulte más difícil.

—Mi madre quiere hablar contigo. Dice que lo que hiciste era un grito de socorro.

—Lo era —replico—. Por eso grité «¡Socooooooooo!». Me gusta ir al grano.

Emite un ruidito de impaciencia. La familia de Daneca es cofundadora de HEX, el grupo de apoyo que quiere que vuelva a legalizarse el trabajo, básicamente para que las leyes contra los trabajos realmente graves puedan aplicarse con más dureza. He visto a su madre en televisión, sentada en su despacho de su casa de ladrillo de Princeton, con un frondoso jardín visible desde la ventana que tiene detrás. La señora Wasserman hablaba de que, pese a las leyes, nadie quería renunciar a tener un trabajador de la suerte en una boda o un bautizo, y que tales trabajos eran beneficiosos. También hablaba de lo mucho que beneficiaba a las familias mafiosas que se impidiera a los trabajadores encontrar maneras de utilizar sus talentos de forma legal. Y reconocía que ella era una trabajadora. Fue un discurso sorprendente. Un discurso peligroso.

—Mi madre se relaciona con familias de trabajadores continuamente —dice Daneca—, y con los problemas a los que se enfrentan los hijos de trabajadores.

—Ya lo sé, Daneca. Oye, el año pasado no quise ingresar en tu club HEX juvenil y tampoco quiero hacerlo ahora. Yo no soy trabajador y me trae sin cuidado que tú lo seas. Búscate a otro a quien reclutar o salvar o lo que quiera que estés intentando hacer. Y no quiero conocer a tu madre.

Titubea.

—Yo no soy una trabajadora. No lo soy. Que quiera...

—Lo que tú digas. Te he dicho que me da igual.

—¿Te da igual que en Corea del Sur estén haciendo redadas y disparando a trabajadores? ¿Y que aquí, en Estados Unidos, se vean obligados a aceptar contratos prácticamente de servidumbre con familias mafiosas? ¿Todo eso te da igual?

—Sí, me da igual.

Valerio se acerca por el pasillo. Eso basta para que Daneca decida que no quiere arriesgarse a recibir una sanción por no estar donde debiera. Bolsa en mano, se marcha lanzándome una última mirada. La mezcla de decepción y desprecio que veo en sus ojos me escuece.

Me meto en la boca un enorme trozo de pan empapado de salsa y me levanto.

—Enhorabuena, señor Sharpe. Esta noche dormirá en su habitación.

Asiento mientras mastico. Si logro que mi noche transcurra sin incidentes quizá consideren la posibilidad de dejar que me quede.

—Pero quiero que sepa que tengo la perra del decano Wharton y que dormirá en el pasillo. Se pondrá a ladrar como una fiera si se le ocurre darse uno de sus paseos nocturnos. Más le vale que no me lo encuentre fuera de su habitación, ni siquiera para ir al baño. ¿Le ha quedado claro?

Trago.



—Sí, señor.

—Será mejor que regrese y se ponga con los deberes.

—Desde luego, señor —digo—. Gracias.

Raras veces salgo solo del comedor. Por encima de los árboles, de sus hojas del color verde claro de los nuevos retoños, los murciélagos zigzaguean bajo un cielo todavía claro. El aire huele a hierba aplastada y a humo. Alguien está quemando las hojas húmedas y descompuestas del invierno.

Sam está sentado a su mesa con los auriculares puestos, su enorme espalda de cara a la puerta y la cabeza gacha, haciendo garabatos en su libro de física. Apenas levanta la vista cuando me derrumbo en la cama. Por la noche tenemos tres horas de deberes pero nuestro período de estudio solo consta de dos, de modo que si no quieres pasarte el descanso de las nueve y media mordíendote las uñas, tienes que empollar. Ignoro si el dibujo de la zombie de ojos saltones devorando los sesos del senil James Page forma parte de los deberes de Sam, pero si es así, su profesor de física mola.

Saco los libros de la mochila y comienzo por los problemas de trigonometría, pero mientras mi lápiz araña la hoja de la libreta me doy cuenta de que no recuerdo la clase lo bastante bien para poder resolverlos. Empujo esos libros contra la almohada y decido leer el capítulo que nos han puesto sobre mitología, un olímpico enredo familiar con Zeus de protagonista. Sémele, su novia embarazada, es persuadida por Hera, esposa de Zeus, para que convenza a éste de que se muestre ante ella en toda su divinidad. Aunque sabe que eso la matará, Zeus satisface la petición de Sémele. Minutos después le arranca el bebé Dioniso de la abrasada matriz y se lo cose a la pierna. No es de extrañar que Dioniso se tire a la bebida. Acabo de llegar a la parte en que está siendo criado por una muchacha (para que Hera no lo encuentre) cuando Kyle aporrea el marco de la puerta.

—¿Qué? —dice Sam, quitándose un auricular y girando sobre su silla.

—Teléfono —responde Kyle mirándome.

Supongo que antes de que existieran los móviles los estudiantes no tenían otra forma de llamar a casa que acumulando monedas de veinticinco céntimos y echándolas en el viejo teléfono público que hay al final de cada pasillo. Pese a las llamadas en plena noche de algún que otro pirado, Wallingford ha dejado esos viejos teléfonos donde estaban. De tanto en tanto la gente todavía los utiliza, sobre todo padres llamando a hijos que se han quedado sin batería o no responden a sus mensajes. O mi madre, llamando desde la cárcel.

Levanto el pesado auricular negro.

—¿Diga?

—Estoy muy decepcionada contigo —dice mamá—. Ese colegio te está atontando el cerebro. ¿Qué hacías subido a un tejado?

Teóricamente mamá no puede llamar a un teléfono público desde el teléfono público de la cárcel, pero ha encontrado una manera. Primero hace que mi cuñada acepte el cobro revertido y a renglón seguido Maura me hace una llamada a tres, a mí o a quien mamá necesite. Abogados, Philip, Barron.

Mamá podría hacer una llamada a tres a mi móvil, pero está convencida de que una rama espía del gobierno escucha todas las conversaciones entre móviles, por lo que trata de evitarlos.

—Estoy bien —digo—. Gracias por preocuparte.

Su voz me recuerda que Philip vendrá a buscarme por la mañana. Por un momento fantaseo que pasa de aparecer y el asunto cae en el olvido.

—¿Preocuparme? ¡Soy tu madre! ¡Debería estar ahí contigo! Qué injusto que yo tenga que estar aquí encerrada mientras tú te paseas por los tejados, metiéndote en la clase de problemas que nunca habrías tenido si tuvieras una familia estable, una madre esperándote en casa. Así se lo dije al juez. Le dije que si me encerraba sucedería esto. Bueno, no esto exactamente. Pero nadie podrá decir que no se lo advertí.

A mamá le encanta hablar. Le gusta tanto que puedes pasarte una conversación entera farfullando mmmm y hum, sin pronunciar una sola palabra de verdad. Sobre todo ahora que se encuentra lejos y, por muy cabreada que esté, no puede rozarte la piel con su mano y hacerte llorar de remordimiento.

El trabajo emocional es poderoso.

—Escúchame —dice—. Te irás a casa de Philip. Por lo menos así estarás con los de nuestra clase. Estarás a salvo.

Los de nuestra clase. Trabajadores. Con la diferencia de que yo no soy como ellos. Soy el único no trabajador de toda mi familia. Rodeo el auricular con la mano.

—¿Corro algún peligro?

—Naturalmente que no. No digas tonterías. He recibido una carta amabilísima de aquel conde. Quiere llevarme de crucero cuando salga de aquí. ¿Qué te parece? Me gustaría que nos acompañaras. Le diré que eres mi ayudante.

Sonrío. Mi madre puede ser tremenda y manipuladora, pero me quiere.

—Está bien, mamá.

—¿En serio? Oh, cielo, qué alegría. Todo esto es tan injusto. No puedo creer que me hayan separado de mis cachorros cuando más me necesitan. He hablado con mis abogados y van a solucionar todo este asunto. Les dije que me necesitabas. Pero sería de gran ayudar que les escribieras una carta.

Sé que no lo haré.

—Tengo que dejarte, mamá, es mi hora de estudio. No debería estar hablando por teléfono.

—Oh, pásame a ese encargado tuyo. ¿Cómo se llama? ¿Valerie?

—Valerio.

—Pónmelo al teléfono y se lo explicaré todo. Estoy segura de que es un buen hombre.

—Tengo que dejarte, en serio. He de hacer los deberes.

Ríe y a renglón seguido oigo un ruido que sé que es ella encendiéndose un cigarrillo. Oigo la profunda inhalación, el quedo chisporroteo del papel quemándose.

—¿Para qué? Ya no tienes nada que hacer en ese lugar.

—Así será si no hago los deberes.

—Cariño, ¿sabes cuál es tu problema? Que te tomas las cosas demasiado en serio. Como eres el benjamín de la familia...

Puedo imaginármela embarcándose en sus conjeturas, acuchillando el aire para darles énfasis, apoyada contra la pared de bloques de hormigón pintado de la cárcel.

—Adiós, mamá.

—Quédate con tus hermanos —dice, bajando la voz—. Con ellos estarás a salvo.

—Adiós, mamá —repito, y cuelgo. Noto una opresión en el pecho.

Me quedo en el pasillo hasta que llega el descanso y todo el mundo desciende como una flecha a la sala de abajo.

Rahul Pathak y Jeremy Fletcher-Fiske, los otros dos jugadores de fútbol de tercer año de la residencia, me saludan con la mano desde el sofá de rayas donde se han apoltronado. Les devuelvo el saludo, cojo una bolsita de chocolate en polvo y la vacío en una taza grande llena de café. Creo que en principio el café es para el personal, pero todos lo bebemos y nadie protesta.

Cuando me siento, Jeremy hace una mueca.

—¿Tienes el hachebegé?

—Sí, de tu madre —respondo sin alterarme. HBG es la abreviatura de un largo término médico que significa «trabajador».

—Oh, venga, hablo en serio —dice—. Tengo una propuesta que hacerte. Necesito que me pongas en contacto con alguien que pueda manipular a mi novia para que se muera por mis huesos. En el baile. Te pagaremos.

—No conozco a nadie.

—Estoy seguro de que sí —dice Jeremy mirándome fijamente a los ojos, como si yo estuviera tan por debajo de él que no le cabe en la cabeza que tenga siquiera que intentar convencerme. Debería de ser un honor para mí ayudarlo. Para eso estoy—. Piensa quitarse los amuletos. Quiere hacerlo.

Me pregunto cuánto estaría dispuesto a pagar. Seguro que no lo suficiente para sacarme de apuros.

—Lo siento, no puedo ayudarte.

Rahul extrae un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y me lo tiende.

—He dicho que no puedo —repito—. No puedo, ¿vale?

—No, no —dice—. Vi al ratón. Estoy seguro de que se dirigía a una de esas trampas de pegamento. Muerto antes de mañana. —Hace el gesto de acuchillarse la garganta y sonrío—. Cincuenta dólares al pegamento.

Jeremy frunce el entrecejo, como si no quisiera tirar la toalla conmigo pero no supiera cómo reconducir la conversación.

Me meto el sobre en el bolsillo y me obligo a relajarme.

—Espero que no —replico mientras me digo que cuando regrese a la habitación pediré a Sam que anote la cantidad y el tipo de apuesta, para que practique—. Ese ratón es bueno para el negocio.

—Porque tú solo quieres seguir sacándonos la pasta —asegura Rahul, aunque sonrío mientras lo dice.

Me encojo de hombros. Carezco de una buena respuesta.

—Apuesto a que se arranca las patas a mordiscos y escapa —dice Jeremy—. Ese bicho es un superviviente.

—Entonces apuesta —dice Rahul.

—No llevo dinero encima —replica Jeremy, girando los bolsillos de su pantalón

con grandes aspavientos.

Rahul ríe.

—Yo te lo presto.

El café mocha me abrasa la garganta. Detesto esta conversación.

—Si tenéis que cobrar, sabed que he dejado a Sam a cargo del negocio.

Jeremy y Rahul interrumpen la negociación y se vuelven hacia Sam. Está en la otra punta de la sala sentado a una mesa, delante de una pila de papel cuadriculado, dibujando una figura de plomo. A su lado, Jill Pearson-White lanza unos dados con extrañas caras y golpea el aire con el puño.

—¿Piensas darle nuestro dinero? —pregunta Rahul.

—Confío en él —digo—. Y vosotros confiáis en mí.

—¿Estás seguro de que todavía podemos confiar en ti? Tu comportamiento de anoche me hizo pensar en *Alguien voló sobre el nido del cuco*. —La nueva novia de Jeremy está en el grupo de teatro, y eso se refleja en sus referencias al cine—. Y ahora resulta que te largas una temporada.

Pese al café que ahora corre por mis venas y la larga siesta de esta tarde, estoy cansado. Y harto de dar explicaciones sobre mi sonambulismo. Después de todo, nadie me cree.

—Eso es personal —digo, y doy unos golpecitos al sobre que asoma por mi bolsillo—. Esto es profesional.

Por la noche, tumbado en la oscuridad del cuarto con la vista clavada en el techo, empiezo a dudar de que el azúcar y la cafeína que he bebido sean suficientes. Si vuelvo a caminar sonámbulo no habrá forma de que me readmitan en Wallingford, por lo que no quiero correr el riesgo de dormirme. Puedo oír a la perra al otro lado de la puerta martilleando la madera del suelo con las uñas, hasta que se tumba en un nuevo rincón con un golpe sordo.

No puedo dejar de pensar en Philip. No puedo dejar de pensar que, a diferencia de Barron, no me ha mirado directamente a los ojos desde que tenía catorce años. Ni siquiera me deja jugar con su hijo. Y ahora tendré que vivir en su casa hasta que consiga volver al colegio.

—Oye —dice Sam desde su cama—, me da escalofríos verte mirar el techo de esa manera. Pareces un cadáver. Ni siquiera parpadeas.

—Sí parpadeo —respondo en voz baja—. No quiero dormirme.

Sam rueda sobre un costado con un murmullo de sábanas.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de...?

—Sí.

—Oh.

Me alegro de no poder verle la expresión de la cara.

—¿Y si hubieras hecho algo tan horrible que no quisieras ver a ninguna de las personas que lo saben? —Mi voz es tan queda que no estoy seguro de que me haya oído. No sé qué me ha impulsado a decir eso. Nunca hablo de esas cosas, y aún menos con Sam.

—¿Querías suicidarte?

Supongo que tendría que haberlo visto venir.

—No —digo—. En serio.

Me imagino a Sam barajando posibles respuestas y lamento no poder dar marcha atrás a mi pregunta.

—Vale. Volvamos a eso tan horrible. ¿Por qué lo hiciste? —pregunta al fin.

—No lo sabes —digo.

—Eso no tiene sentido. ¿Cómo voy a saberlo?

La conversación me recuerda a uno de los juegos de Sam. «Llegas a un cruce donde hay un sendero tortuoso que se adentra en las montañas y un sendero ancho que parece conducir a la ciudad. ¿Qué camino eliges?». Como si yo fuera un personaje que está intentando dirigir y no le gustaran las reglas.

—No lo sabes. Eso es lo peor de todo. No quieres creer que lo has hecho, pero lo has hecho. —Tampoco a mí me gustan las reglas.

Sam se recuesta de nuevo en la almohada.

—Supongo que yo empezaría por ahí. Tiene que haber una razón. Si no llegas a comprender el motivo, es probable que vuelvas a hacerlo.

Contemplo la oscuridad y lamento estar tan cansado.

—Es difícil ser buena persona —digo—. Porque yo sé que no lo soy.

—A veces no sé si estás mintiendo o no —dice Sam.

—Yo nunca miento —miento.

He pasado la noche en vela y por la mañana estoy atontado. Cuando Valerio aporrea la puerta, le abro recién salido de una ducha fría que me ha despabilado lo justo para ponerme algo de ropa. Parece aliviado de encontrarme vivo y en mi cuarto. A su lado está mi hermano Philip. Lleva las gafas de sol de espejo sobre el pelo peinado hacia atrás, y en su muñeca brilla un reloj de oro. Su piel bronceada hace que sus dientes parezcan más blancos cuando sonrío.

—Señor Sharpe, el consejo de administración ha hablado con los abogados del colegio y me ha pedido que le comunique que si desea regresar a este centro deberá ser examinado por un médico, y que dicho médico deberá garantizar al colegio que el incidente de hace dos noches no se repetirá. ¿Lo ha entendido?

Abro la boca para responder que sí pero me detiene la mano enguantada de mi hermano sobre el brazo.

—¿Estás listo? —me pregunta desenfadadamente y sin dejar de sonreír.

Digo que no con la cabeza al tiempo que señalo la ausencia de bolsas, los libros de remplazo desparramados por el cuarto, la cama deshecha. Philip se ha presentado al fin, de acuerdo, pero me habría gustado que me hubiera preguntado si estoy bien. Casi me caigo de un tejado. Es evidente que tengo un problema.

—¿Necesitas ayuda? —se ofrece, y me pregunto si Valerio puede percibir la tensión en su voz. En la familia Sharpe lo peor que puedes hacer es mostrarte vulnerable ante una víctima potencial. Y todo el que no pertenece a nuestra familia es una víctima potencial.

—No —digo, sacando una bolsa de lona del armario.

Philip se vuelve hacia Valerio.

—Le agradezco de veras que haya cuidado de mi hermano.

El comentario sorprende tanto al encargado que por un momento da la impresión de

no saber qué contestar. Supongo que no mucha gente define como «cuidados» llamar al cuerpo voluntario de bomberos para rescatar a un chico de un tejado.

—Nos quedamos muy conmocionados cuando...

—Lo importante —le interrumpe suavemente Philip— es que está bien.

Pongo los ojos en blanco mientras meto cosas en la bolsa —ropa sucia, iPod, libros, deberes, mi gatito de cristal, el *pendrive* donde guardo todos mis trabajos— y trato de ignorar la conversación. Solo voy a ausentarme un par de días. No necesito mucho.

Camino del coche Philip se vuelve hacia mí.

—¿Cómo pudiste ser tan estúpido?

Me encojo de hombros mientras siento, muy a mi pesar, que sus palabras me hieren.

—Pensaba que lo había superado.

Philip se saca el llavero y aprieta el mando a distancia para abrir su Mercedes. Subo al asiento del copiloto apartando vasos de café y arrojándolos a la alfombrilla del suelo, donde arrugados listados de MapQuest absorben los líquidos vertidos.

—Supongo que te refieres al sonambulismo —dice Philip—, porque es evidente que no has superado tu estupidez.

### 3

Paseo las coles de Bruselas por el plato y escucho a mi sobrino chillar desde su silla alta hasta que Maura, la esposa de Philip, le da una cosa de plástico helada para que la muerda. Maura tiene unas ojeras que parecen moretones. A sus veintiún años parece mayor.

—Te he dejado unas mantas sobre el sofá-cama del despacho —dice.

Detrás de ella hay armarios salpicados de grasa y encimeras laminadas cubiertas de papeles. Quiero decirle que no tiene que preocuparse por mí.

—Gracias —digo en su lugar, porque las mantas ya están en el despacho y no quiero estropear la hospitalidad de Philip pareciendo un ingrato.

No quiero, por ejemplo, señalar que en la cocina hace un calor excesivo, casi asfixiante. Me recuerda a las fiestas familiares, cuando el horno ha estado encendido todo el día. Y eso me hace pensar en mi padre sentado a la mesa, fumando unos puritos finos y alargados que le amarilleaban las yemas de los dedos mientras se asaba el pavo. A veces, en los días bajos, cuando le echo mucho de menos, compro puritos y los dejo arder en el cenicero.

Ahora mismo, sin embargo, solo echo de menos Wallingford y la persona que podía fingir ser cuando estaba allí.

—Mañana vendrá el abuelo —dice Philip—. Quiere que vayas a la vieja casa con él y le ayudes a adecentarla. Dice que quiere dejarla impecable para cuando salga mamá.

—No creo que mamá quiera eso —digo—. No le gusta que la gente revuelva sus cosas.

Philip suspira.

—Díselo cuando lo veas.

—No quiero ir.

Philip está hablando de la casa donde crecimos, un edificio grande y vetusto lleno hasta el techo de las muchas cosas que acumulaban nuestros padres. No había venta de objetos usados que no saquearan cuando recorrían el país cada verano mientras nosotros nos quedábamos en Pine Barrens con el abuelo. Cuando papá murió, las pilas de trastos llegaban tan arriba que en la casa había túneles en lugar de habitaciones.

—Pues no vayas —dice Philip, y por un momento creo que va a mirarme a los ojos, pero en vez de eso se dirige al cuello de mi camisa—. Mamá sabe cuidarse solita. Siempre lo ha hecho. En realidad, dudo que regrese a ese vertedero cuando termine su condena.

Mamá y Philip no se hablan desde el juicio, cuando él se vio obligado a intimidar a algunos testigos para ayudar a los abogados de mamá. Philip es un trabajador físico —trabajador corporal— que puede partir una pierna con un simple roce de su meñique. Creo que no le perdonó a mamá que la condenaran después de sus esfuerzos.

Además, la reacción lo dejó muy débil.

Suspiro. No hablamos de adónde voy a ir si no es con el abuelo. Dudo mucho que Philip tenga planeado acogerme en su casa.

—Puedes decirle al abuelo que le haré de criado únicamente hasta que regrese al

colegio. O sea, una semana como mucho.

—Díselo tú —replica.

Maura cruza los brazos sobre el pecho. Me impresiona tanto verle las manos desnudas que me siento violento. Mamá detestaba los guantes en casa; decía que las familias debían confiar en sus miembros. Imagino que Philip piensa lo mismo.

Es diferente cuando las manos pertenecen a alguien con quien no estoy emparentado, aunque se trate de mi cuñada. Me obligo a desviar la mirada hacia su clavícula.

—No dejes que Philip te obligue a quedarte en esa horrible casa —me dice Maura.

—¡Es la casa de la familia! —Philip se levanta y saca una cerveza del frigorífico—. Además, no soy yo quien le está diciendo que vaya.

Tira de la anilla, bebe un largo sorbo y se desabrocha el cuello de su camisa blanca. Veo la gargantilla de queloides, los cortes que su progenitora le abrió en la garganta para simbolizar el fin de su vida anterior y luego llenó de ceniza, hasta que cicatrizaron en una línea larga y tumefacta. Parece una pequeña culebra de color carne enroscada en el cuello, un poco más arriba de la clavícula. Todos los peones, jefes mafiosos de segunda categoría, la tienen, igual que una rosa sobre el corazón indica que la persona pertenece a la *bratva* rusa o el *yakuza* se introduce una perla por debajo de la piel del pene por cada año que pasa en la cárcel. Se la hicieron hace tres años; ahora no tiene más que aflojarse el cuello de la camisa para que la gente se ponga a temblar.

Yo no tiemblo.

Las grandes familias de trabajadores, seis en total, se hicieron con el poder de toda la costa este en la década de los treinta y lo han conservado desde entonces. Nonomura. Goldbloom. Volpe. Rice. Brennan. Zacharov. Lo controlan todo, desde los amuletos baratos y probablemente falsos que cuelgan junto a los mecheros en los mostradores de los minisupermercados, pasando por los tarotistas de los centros comerciales que ofrecen pequeños cursos por veinte dólares, hasta las agresiones y asesinatos efectuados para quienes pueden permitírselo y saben a quién pagar. Y mi hermano es una de las personas a las que pagas, como lo fue mi abuelo.

Maura se vuelve hacia la ventana y contempla soñadoramente la parcela de césped, en su mayoría muerto, que se extiende al otro lado.

—¿Oís la música? Viene de fuera.

—Cassel quiere alojarse en la vieja casa —dice Philip, lanzando una mirada rápida y terminante en mi dirección—. Y no se oye ninguna música, Maura. Ninguna música, ¿de acuerdo?

Maura empieza a tararear una canción cuando se pone a recoger los platos.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Está bien —contesta Philip—. Solo está cansada. Se cansa con facilidad.

—Me voy a hacer los deberes —digo, y en vista de que nadie me retiene subo al despacho que Philip tiene en el desván.

En el sofácama hay sábanas limpias y las mantas que Maura me ha prometido están apiladas en un extremo, lavadas tan recientemente que puedo oler el jabón. Me siento frente al escritorio, en la butaca de cuero, y enciendo el ordenador.



La pantalla cobra vida y me muestra un fondo repleto de carpetas. Abro una ventana y consulto mi correo electrónico. Audrey me ha enviado un mensaje.

Clicleo tan deprisa que se abre dos veces.

«Preocupada x ti», leo. Eso es todo. No está ni firmado.

Conocí a Audrey al inicio de mi primer año en Wallingford. A la hora del almuerzo solía sentarse sobre el muro de cemento del aparcamiento, donde bebía café y leía viejos libros de bolsillo de Tanith Lee. En una ocasión estaba leyendo *Don't Bite the Sun*. Yo ya lo había leído; me lo había prestado Lila. Le dije que prefería *Sabella*.

—Porque eres un romántico —dijo—. Los tíos sois unos románticos. En serio. Las chicas somos más pragmáticas.

—No es cierto —repuse, pero cuando comenzamos a salir empecé a preguntarme si no tendría razón.

Tardo veinte minutos en redactar una respuesta: «En casa una semana. Deseando plantarme delante de la tele». Confío en que transmita la dosis adecuada de indiferencia; me llevó mucho tiempo conseguirla.

Finalmente pulso enviar y suelto un gemido, sintiéndome nuevamente como un idiota.

El resto de mis correos son, en su mayoría, spams o enlaces a un vídeo donde aparezco colgado del tejado de Smythe que alguien ha descargado ya en YouTube, y algunos mensajes de profesores con las tareas de la semana. Interpreto lo segundo como una señal de que aún tengo probabilidades de volver a Wallingford pese a lo primero. Todavía he de terminar los deberes de anoche, pero antes de empezar quiero decidir cómo voy a convencer al colegio de que olvide el incidente del tejado. Después de googlear un rato encuentro a dos especialistas en trastornos del sueño a una hora de casa en coche. Imprimo las dos direcciones y guardo los logos como jpg en mi *pendrive*. Por algo se empieza. Doy por hecho que ningún médico estará dispuesto a poner en peligro su reputación para garantizar que no volveré a caminar sonámbulo, pero eso es algo que puedo resolver.

Me siento bastante envalentonado, así que decido hacer algo para librarme del plan de limpieza del abuelo. Llamo al móvil de Barron. Contesta al segundo tono, corto de resuello.

—¿Estás ocupado? —pregunto.

—No para un hermano que casi se estampa contra el suelo. ¿Qué te pasó?

—Tuve un sueño extraño y empecé otra vez a caminar sonámbulo. Nada grave, pero ahora me encuentro a merced de Philip hasta que el colegio comprenda que no tengo intención de matarme.

Suspiro. Barron y yo nos llevábamos fatal de niños, pero ahora es prácticamente la única persona de mi familia con la que puedo hablar.

—¿Philip te está fastidiando? —dice Barron.

—Digamos que si me quedo aquí mucho más tiempo me mato de verdad.

—Lo importante es que estás bien —dice Barron, un comentario agradable aunque algo paternalista.

—¿Puedo quedarme contigo?

Barron está estudiando en Princeton para entrar en Derecho, toda una ironía teniendo en cuenta que es un mentiroso compulsivo. Es la clase de embustero que se olvida por completo de lo que te dijo la última vez, pero se cree sus mentiras con tal convicción que a veces consigue convencerte a ti también. Dudo que pueda pasar más de medio minuto en un juicio sin inventarse algo delirante sobre su cliente.

—Tengo que preguntárselo a mi compañera de cuarto —dice—. Sale con un embajador que está continuamente enviándole un coche para que la lleve a Nueva York. Puede que no quiera otro motivo de estrés.

Ya.

—Si no pasa mucho tiempo ahí puede que no le importe. Otra opción sería hacer *couch surfing*. —Decido exagerar—. Aunque siempre me quedará la parada del autobús.

—¿Por qué no puedes quedarte con Philip?

—Quiere enviarme a limpiar la vieja casa con el abuelo. No lo ha dicho, pero creo que no me quiere aquí.

—No seas paranoico —dice Barron—. Por supuesto que Philip te quiere ahí.

Philip habría querido a Barron.

Cuando yo tenía unos siete años seguía a un Philip de trece por toda la casa jugando a que éramos superhéroes. Él era el héroe principal y yo su adlátere, el Robin de Batman. Estaba siempre fingiendo que me hallaba en apuros para que él pudiera rescatarme. Si me encontraba en el viejo cajón de arena, hacía ver que el cajón era un reloj de arena gigante que me estaba engullendo. En la pequeña piscina era perseguido por tiburones. Le llamaba a voz en grito pero siempre acababa acudiendo Barron.

A los diez años Barron ya era el verdadero adlátere de Philip, idóneo para hacerse cargo de las cosas para las que Philip estaba demasiado ocupado. Como por ejemplo yo. Me pasé la mayor parte de mi infancia envidiando a Barron. Quería ser él, y me molestaba que Barron hubiera conseguido ser él antes que yo.

Eso fue antes de que comprendiera que nunca sería él.

—Podría pasar contigo un par de días —digo.

—Claro, claro —responde, pero no es un compromiso. Es una evasiva—. Háblame de ese sueño tan loco que tuviste. ¿Qué te hizo subirte al tejado?

Resoplo.

—Una gata me robó la lengua y quería recuperarla.

Se ríe.

—Tu cerebro es un lugar oscuro. La próxima vez, muchacho, deja que la gata se lleve la lengua.

Detesto que me llamen muchacho, pero no tengo ganas de discutir.

Nos despedimos y enchufo el móvil al cargador y el cargador a la pared. Envío por correo los deberes terminados.

He empezado a abrir carpetas al azar en el ordenador de Philip cuando Maura aparece en la puerta. Hay muchas fotos de chicas en cueros, tumbadas boca arriba, quitándose largos guantes de terciopelo. Chicas tocando pechos desnudos con las manos sorprendentemente descubiertas. Cierro la imagen, sin duda archivada por error, de un tío con unos pantalones rarísimos y un diamante gigante en el cuello. En lo que a imágenes

escandalosas se refiere, son bastante insulsas.

—Toma. —Me tiende una taza de algo que huele a menta. No tiene la mirada del todo en la mía y en su mano descansan dos comprimidos—. Philip dice que te tomes esto.

—¿Qué son?

—Te ayudarán a descansar.

Me tomo los comprimidos y bebo la infusión.

—¿Qué pasa con vosotros dos? —me pregunta—. Philip se comporta de manera muy extraña cuando estás aquí.

—Nada —digo, porque Maura me cae bien. No quiero contarle que Philip probablemente no quiere que me quede a solas con su hijo en su casa, por lo de Lila. Philip vio la expresión de mi cara, vio la sangre, se deshizo del cuerpo. Yo en su lugar tampoco me querría aquí.

Me despierto en mitad de la noche con unas ganas feroces de orinar. Me noto la cabeza pesada y al principio no reparo en las voces de abajo cuando me arrastro por la moqueta del pasillo. Hago pipí y acerco una mano a la cadena. La detengo sobre la palanca.

—¿Qué haces aquí? —está preguntando Philip.

—Vine en cuanto me enteré.

La voz del abuelo es inconfundible. Vive en un pueblo llamado Carney, en Pine Barrens, y ha pillado algo de acento allí. O quizá haya dejado que le vuelva cierto rastro de un viejo acento. Carney es como un cementerio donde todo el mundo es propietario ya de su parcela y se ha construido encima una casa. La mayoría son trabajadores y muy pocos tienen menos de sesenta años; es el lugar adónde van a morir.

—Estamos cuidando bien de él.

Me quedo unos instantes desconcertado, preguntándome si he oído bien. Barron está abajo. No entiendo por qué no me ha dicho que pensaba venir. Mamá siempre decía que él y Philip me ocultaban cosas porque era su hermano pequeño, pero yo sabía que lo hacían porque ellos eran trabajadores y yo no. Tampoco el abuelo ha subido para invitarme a la pequeña reunión.

Aunque sea de la familia, nunca dejaré de ser un intruso.

Asesinar a una persona no contribuyó a cambiar eso, aunque en cierto modo pudiera esperarse lo contrario. Por lo menos demostré que era capaz de actuar como un criminal.

—El muchacho necesita que alguien le vigile —dice el abuelo—. Y algo con lo que mantenerse ocupado.

—Lo que necesita es descansar —replica Barron—. Además, ni siquiera sabemos qué ocurrió realmente. ¿Y si le estaba siguiendo alguien? ¿Y si Zacharov descubrió lo que le pasó a Lila? Todavía está buscando a su hija.

Se me hiela la sangre.

Alguien resopla. Imagino que es Philip, hasta que el abuelo dice:

—¿Y creéis que estará a salvo con unos payasos como vosotros?

—Lo ha estado hasta ahora —responde Philip.

Avanzo hacia la escalera y me acuclillo en el rellano que da a la sala de estar. Deben de estar en la cocina, porque puedo oírles con mucha claridad. Decido bajar para comunicarles lo bien que puedo oírles. Les obligaré a incluirme en la conversación.

—A lo mejor no te queda tiempo para preocuparte de tu hermano, teniendo en cuenta lo preocupado que debes de estar por tu esposa. ¿Crees que no me he dado cuenta? Y no deberías manipularla.

Detengo el pie en el primer peldaño. ¿Manipularla?

—No metas a Maura en esto —protesta Philip—. Nunca te cayó bien.

—Como quieras —dice el abuelo—. No es mi problema cómo lleves tu casa. Ya te lo encontrarás. Solo digo que estás demasiado ocupado.

—Cassel no quiere ir contigo —dice Philip.

Me sorprende. Una de dos, o Philip detesta realmente que el abuelo le diga lo que debe hacer, o Barron le ha convencido para que me deje quedarme.

—¿Y si se subió a ese tejado porque quería tirarse? Piensa en lo mal que lo ha pasado —dice el abuelo.

—Cassel no es así —interviene Barron—. Ha logrado mantenerse fuera de líos en ese colegio. El muchacho necesita descansar, eso es todo.

La puerta del dormitorio principal se abre y Maura sale al pasillo. Lleva el camisón de franela subido a la cadera. Puedo verle un trocito de braga.

Pestañea pero no parece sorprendida de verme en el rellano.

—Me ha parecido oír voces. ¿Ha venido alguien?

Me encojo de hombros. El corazón me va a cien. Tardo unos segundos en comprender que no me ha pillado haciendo gran cosa.

—Yo también oí voces.

Está exageradamente flaca. Las clavículas parecen cuchillas que amenazan con cortarle la piel.

—Esta noche la música está muy alta. Tengo miedo de no poder oír al bebé.

—No te preocupes —susurro—. Seguro que duerme como un... eso, como un bebé. —Sonrío pese a saber que el chiste no puede ser más malo. Maura me pone nervioso. Me parece una extraña en la oscuridad del rellano.

Se sienta a mi lado, sobre la moqueta, estirándose el camisón e introduciendo las piernas entre los barrotes de la barandilla. Puedo contar las vértebras de su columna.

—Voy a dejar a Philip.

Me pregunto qué le ha hecho mi hermano. Estoy casi seguro de que Maura no sabe que ha sido manipulada, pero si se trata de una maldición de amor puede que se esté agotando. Las maldiciones se agotan, aunque pueden tardar seis e incluso ocho meses en hacerlo. Me gustaría preguntarle si ha ido a ver a mi madre a la cárcel. Mamá tiene que llevar guantes, pero podría haber arrancado algunos hilos para permitir que su piel rozara la de Maura mientras se despedían.

—No lo sabía —digo.

—Muy pronto. Es un secreto. ¿Me guardarás el secreto?

Asiento enérgicamente.

—¿Por qué no estás abajo con los demás?

Me encojo de hombros.

—Los hermanos pequeños siempre se quedan fuera.

Abajo siguen hablando. No alcanzo a oír bien las palabras, pero me da miedo dejar

de hablar por temor a que Maura pueda oír lo que están diciendo de ella.

—No sabes mentir. Philip sí sabe, pero tú no.

—¡Eh! —protesto, francamente ofendido—. Yo soy muy bueno mintiendo. Soy el mejor embustero de la historia.

—Embustero —dice mientras una sonrisa le curva lentamente los labios—. ¿Por qué te pusieron Cassel tus padres?

Me siento derrotado y divertido.

—Mi madre adoraba los nombres raros. Papá insistió en que su primer hijo se llamara como él, pero después mamá logró ponernos a Barron y a mí el nombre que le vino en gana. De haberse salido con la suya, Philip se habría llamado Jasper.

Maura pone los ojos en blanco.

—Anda ya. ¿Estás seguro de que no son nombres de su familia? ¿Nombres tradicionales?

—Quién sabe. Es todo muy misterioso. Papá era rubio, y apuesto a que encontró el apellido Sharpe en una caja de Cracker Jack con carnets de identidad falsos. En cuanto a la familia de mamá, el abuelo dice que su padre, o sea, el abuelo de mamá, era un maharajá de la India que vendía tónicos desde Calcuta hasta el Medio Oeste. Tendría sentido que fuéramos indios. Su apellido, Singer, podría ser una derivación de Singh. Pero son solo cosas que él cuenta.

—Tu abuelo me explicó que alguien de tu familia era descendiente de un esclavo fugitivo.

Me pregunto qué pensó Maura cuando se casó con Philip. En los trenes siempre se me acerca gente hablándome en idiomas diversos, como si tuviera que entenderlos. Me fastidia saber que nunca los entenderé.

—Sí —digo—. Pero me gusta más la historia del maharajá. Y no me hagas hablar de la teoría de que somos iroqueses. O italianos. No solo italianos, sino «descendientes de Julio César».

Suelta una risa tan fuerte que me pregunto si la habrán oído abajo, pero el ritmo de las voces no varía.

—¿Era un trabajador? —pregunta Maura, bajando la voz—. A Philip no le gusta hablar de eso.

—¿El bisabuelo Singer? —pregunto—. No lo sé.

Teniendo en cuenta los muñones negros de su mano izquierda, estoy casi seguro de que Maura sabe que mi abuelo es un trabajador mortal. Cada tipo de maldición trae consigo un tipo de reacción, y las maldiciones mortales te matan una parte de ti. Si tienes suerte solo te pudre algunos dedos. Si no la tienes, puede pudrirte los pulmones o el corazón. Cada maldición afecta al trabajador, dice mi abuelo.

—¿Siempre supiste que no podías hacerlo? ¿Fue tu madre quien se dio cuenta?

Niego con la cabeza.

—No. Cuando éramos pequeños mi madre temía que manipuláramos a alguien sin querer. Daba por hecho que se manifestaría con el tiempo, de modo que no nos lo alentaba. —Pienso en la rapidez con que mi madre evaluaba a una posible víctima y la multitud de turbias habilidades que nos animaba a aprender. Eso hace que casi la extrañe—. Pero yo

fingía que era un trabajador. En una ocasión pensé que había convertido una hormiga en un palo, hasta que Barron me contó que había hecho el cambio para reírse de mí.

—Transformación, ¿eh? —La sonrisa de Maura es distante.

—¿Qué gracia tiene fingir ser un trabajador a menos que se trate del más experto profesional de la maldición más rara del mundo? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Pensaba que podía hacer que la gente se cayera al suelo. Cada vez que mi hermana se despellejaba la rodilla, estaba seguro de que yo era el causante. Lloré cuando comprendí que no lo era.

Maura mira hacia el cuarto de su hijo.

—Philip no quiere que le hagamos la prueba al bebé, pero tengo miedo. ¿Y si nuestro hijo hace daño a alguien sin querer? ¿Y si es uno de esos niños nacidos con reacciones que incapacitan? Por lo menos, si diera positivo sabríamos a qué atenernos.

—Asegúrate de que siempre lleve guantes —digo, consciente de que Philip jamás aceptará hacerle la prueba— hasta que sea lo suficientemente mayor para intentar un pequeño trabajo.

Nuestro profesor de educación sanitaria solía decir que si en la calle se te acercaba alguien con las manos descubiertas, las vieras como algo tan potencialmente mortal como cuchillas sin funda.

—Cada niño evoluciona de una manera diferente. Es imposible saber cuándo estará listo —dice Maura—. Los guantes de bebé son una monada, por eso.

Abajo, el abuelo está previniendo a Barron de algo. Eleva la voz y pesco las palabras: «En mis tiempos éramos temidos. Ahora tenemos miedo».

Bostezo y me vuelvo hacia Maura. Aunque se pasen toda la noche discutiendo sobre lo que quieren hacer conmigo, no podrán impedirme que regrese al colegio.

—¿Realmente oyes música? ¿Cómo suena?

Su sonrisa se torna radiante pero no aparta la mirada de la moqueta.

—Como ángeles chillando mi nombre.

Un escalofrío me sube por los brazos.

En casa de mis padres nunca se tiraba nada. Las pilas de ropa crecían hasta convertirse en montañas por las que Philip, Barron y yo trepábamos y luego saltábamos. Invadían el pasillo y sacaban del dormitorio a mis padres, que acabaron durmiendo en lo que había sido el despacho de papá. En los huecos de ese atestamiento se hacinaban cajas y bolsas vacías, estuches que en otros tiempos habían contenido anillos, zapatillas deportivas y ropa. Una trompeta que mi madre quería convertir en una lámpara descansaba sobre un montículo de revistas llenas de artículos que papá planeaba leer, al lado de cabezas, pies y brazos de muñecos que mamá prometía que iba a unir para una niña de Carney, todo ello junto a un mar interminable de botones de repuesto, algunos todavía en sus bolsitas de plástico. Una cafetera descansaba sobre una torre de platos, apuntalada para evitar que el café inundara las encimeras.

Se me hace extraño comprobar que todo está igual que cuando mis padres vivían aquí. Cojo de la encimera una moneda de cinco céntimos y la hago girar sobre mis nudillos, como me enseñó papá.

—Este lugar es una pocilga —dice el abuelo saliendo del comedor y sujetándose un tirante a los pantalones.

Después de todos estos meses en la ordenada residencia de Wallingford, donde te castigan el sábado sin salir si tu habitación no pasa las inspecciones semirregulares, experimento la vieja y contradictoria sensación de familiaridad y asco. Aspiro el olor a humedad, a rancio, con algo punzante que podría ser sudor antiguo. Philip suelta mi bolsa en el agrietado suelo de linóleo.

—¿Qué posibilidades tengo de que me dejes el coche? —pregunto al abuelo.

—Mañana —dice—, si hacemos un buen trabajo. ¿Has pedido hora con un médico?

—Sí —miento—, por eso necesito el coche.

Lo que necesito es suficiente tiempo a solas para poder llevar a cabo el plan que me devolverá a Wallingford. El plan incluye un médico, pero no un médico que esté esperándome.

Philip se quita las gafas de sol.

—¿Cuándo tienes la cita?

—Mañana —respondo impulsivamente, volviéndome hacia él. Me extiendo—. A las dos. Con el doctor Churchill, un especialista en trastornos del sueño. De Princeton. ¿Te parece bien? —Las mejores mentiras han de contener el máximo de verdades posible, de modo que les digo exactamente adónde tengo intención de ir. Pero no por qué.

—Maura me ha dado algunas cosas —dice Philip—. Deja que las entre antes de que me olvide.

Nadie se ofrece a acompañarme a la cita imaginaria, lo que me llena de un profundo e inmerecido alivio.

Si alguien pudiera abrirse paso en el revoltijo que inunda nuestra casa, podría observarlo como quien observa capas de sedimento o los anillos de un árbol. Encontraría

los pelos blanquinegros de un perro que tuvimos cuando yo contaba seis años, los tejanos lavados al ácido que mi madre llevó en otros tiempos, las siete fundas de almohada empapadas de sangre del día que me despellejé la rodilla. Todos los secretos de nuestra familia descansan en esas pilas interminables.

Unas veces la casa parecía simplemente sucia, otras parecía mágica. Mamá podía meter la mano en un recoveco, bolsa o armario y sacar lo que fuera que necesitara. Hizo aparecer un collar de brillantes para lucirlo en una fiesta de Fin de Año, así como anillos con topacios grandes como pulgares. Sacó la colección entera de Narnia un día que tenía fiebre y estaba harto de los libros desparramados por mi cama, y un juego de piezas de ajedrez blancas y negras, talladas a mano, cuando terminé de leer a Lewis.

—Ahí fuera hay gatos —dice el abuelo mirando por la ventana mientras lava una taza de café en el fregadero—. En el granero.

Philip suelta cuidadosamente una bolsa con provisiones. Tiene una expresión extraña.

—Asilvestrados —añade el abuelo. De la vieja tostadora extrae un trozo de pan tieso con ayuda de un tenedor y lo arroja a la bolsa de basura que ha colgado del pomo de la puerta que conduce al sótano.

Me acerco a la ventana. Puedo verlos, siluetas diminutas y escurridizas. Un gato atigrado salta sobre una lata oxidada de pintura y un gato blanco, sentado sobre un terrón de hierbajos altos, retuerce la punta de su cola.

—¿Crees que llevan mucho tiempo aquí?

Mi abuelo niega con la cabeza.

—Apuesto a que eran mascotas. Tienen pinta de mascotas.

Suelta un gruñido.

—Debería llevarles comida —digo.

—Ponla en una trampa —dice Philip—. Mejor atraparlos ahora, antes de que se pongan a parir como locos.

Cuando Philip se va les pongo comida, una lata de atún a la que no se acercan en mi presencia pero por la que se pelean cuando me alejo por el camino. Cuento cinco gatos: el blanco, dos atigrados que me cuesta diferenciar, uno negro y esponjoso con una mancha blanca debajo del mentón y otro diminuto de color toffee.

Tras sustituir nuestros guantes de cuero por unos de goma, el abuelo y yo nos pasamos el resto de la mañana limpiando la cocina. Tiramos un montón de tenedores herrumbrosos, un colador y algunos cacharros. Levantamos un trozo de linóleo y descubrimos un nido de cucarachas que se dispersan a tal velocidad que, pese a los pisotones, logran huir en su mayor parte. Después de comer llamo a Sam al móvil pero me responde Johan. Sam, al parecer, está ocupado comprobando si los estudiantes de último año controlan «el espacio aéreo situado sobre el césped de los estudiantes de último año». El experimento consiste en mantener un pie ligeramente por encima del terreno en cuestión hasta que alguien intente derribarle de una colleja. Le digo que volveré a llamar más tarde.

—¿A quién llamas? —pregunta mi abuelo secándose la cara con la camiseta.

—A nadie.

—Mejor, porque tenemos mucho trabajo.



Me siento a horcajadas en una silla de la cocina y descanso la barbilla en el respaldo.

—¿Crees que me ocurre algo malo?

—Lo que pienso es que voy a limpiar esta casa, que ya no soy ningún jovencito y que estás aquí para ayudarme. ¿O prefieres comportarte como un mocoso inútil?

Me río.

—Seré joven, pero no nací ayer. No es una respuesta.

—Si eres tan listo, cuéntame tú qué está pasando. —Sonríe, como si las disputas verbales fueran su idea de diversión.

Su presencia me hace pensar en los veranos que pasaba de niño en Carney, correteando por su jardín, seguro y libre. No nos necesitaba para engatusar a una víctima o meternos algún objeto robado dentro del pantalón. En lugar de eso nos hacía cortar el césped.

Decido probar otra táctica para demostrarle que estoy prestando atención.

—¿Qué está pasando? Ignoro qué me sucede a mí, pero está claro que algo le sucede a Maura.

Su sonrisa desaparece.

—¿Por qué lo dices?

—¿No la has visto? Tiene muy mala cara. Y cree que oye música. Además, te oí decir que Philip la está manipulando.

El abuelo menea la cabeza y arroja su camiseta sudorienta sobre la mesa.

—Philip no...

—Venga ya —digo—. He visto a Maura con mis propios ojos. ¿Sabes lo que me dijo?

Abre la boca, pero antes de que pueda replicarme oímos unos golpes. La cara de Audrey está enmarcada en el sucio vidrio de la puerta de atrás. Frunce el entrecejo, como si estuviera dando por hecho que se ha equivocado de casa, pero entonces gira el pomo y empuja la puerta con fuerza suficiente para despegarla.

—¿Cómo has dado conmigo? —le pregunto. La sorpresa hace que mi voz adquiera ese tono frío que siempre estoy buscando.

—Todas nuestras direcciones aparecen en el listín del colegio —dice, sacudiendo la cabeza como si fuera un completo idiota.

—Ya —digo, porque soy un completo idiota—. Lo siento. Pasa. Gracias por...

—¿Te han expulsado? —Se lleva una mano con guante azul a la cadera. Me está hablando a mí pero su mirada está recorriendo las pilas de diarios y ceniceros, de manos de maniqués y coladores de té que invaden las encimeras.

—Temporalmente. —Me esfuerzo por que no se me quiebre la voz. Pensaba que me había habituado al angustioso sentimiento de la añoranza, a añorar a Audrey, pero ahora me doy cuenta de cuánto más voy a añorarla si no puedo verla cada día en clase o sentada en el césped del patio. De repente me trae sin cuidado la dosis adecuada de indiferencia—. Vamos a la sala.

—Soy su abuelo. —El abuelo le tiende la mano izquierda. El guante de goma cuelga lánguidamente en el lugar donde le faltan los dedos. Me alegro de que Audrey no pueda ver

los muñones, carne putrefacta fruto de una magia mortífera.

Audrey palidece y se lleva su mano enguantada al estómago, como si acabara de caer en la cuenta de qué es mi abuelo.

—Lo siento —digo—. Abuelo, te presento a Audrey. Audrey, mi abuelo.

—Una chica bonita como tú puede llamarme Desi. —Se toquetea el pelo y sonrío como un granuja buscándose una reprimenda.

Sigue sonriendo cuando pasamos por su lado camino de la sala.

Me siento en el cojín destripado del sofá. Me pregunto qué piensa Audrey de la casa y si va a decir algo sobre ella o sobre mi abuelo. Cuando de niño traía amigos a casa me sentía desafiantemente orgulloso del caos. Me gustaba ser capaz de saltar por encima de las pilas de chismes y de los vidrios rotos y que ellos se trastabillaran. Ahora me parece un océano delirante que no tengo forma de explicar.

Audrey introduce una mano en su lustrosa cartera negra y saca un fajo de listados.

—Toma —dice, dejándolo caer sobre mi regazo y desplomándose a mi lado. Sus cabellos pelirrojos están ligeramente húmedos, como si acabara de salir de la ducha, y noto su frescura en el brazo.

Lila tenía el pelo rubio y empapado de sangre la última vez que la vi.

Cierro los ojos y me presiono los párpados con los dedos hasta que solo veo negro, hasta que consigo ahuyentar esa imagen. Cuando Audrey y yo éramos novios creía que si conseguía gustarle, si conseguía que pensara que yo era como el resto de la gente, llegaría a ser como el resto de la gente.

Pienso en la posibilidad de recuperarla. Me pregunto si sería capaz. Me pregunto cuánto tiempo pasaría antes de que volviera a fastidiarla y ella volviera a dejarme. No soy tan buen timador como para poder conservarla.

—Algunos somníferos pueden provocar sonambulismo —dice, señalando las hojas—. Te he traído algunos artículos de la biblioteca. Hay un tipo que incluso se puso a conducir mientras dormía. Se me ha ocurrido que podrías decir...

—¿Qué estaba tomando somníferos contra el insomnio? —pregunto, rodando hacia ella y apoyando la cara en su hombro, aspirando su olor a través del jersey.

No me aparta. Considero la posibilidad de besarla aquí mismo, en el sucio sofá, pero un instinto de supervivencia me frena. Cuando una persona te ha hecho daño es más difícil relajarte en su presencia, pensar que es seguro amarla, pero eso no te impide desearla. De hecho, a veces pienso que eso acrecienta el deseo.

—No tiene por qué ser verdad. Simplemente puedes decir que estabas tomando pastillas para dormir —dice como si yo no supiera mentir, algo que me entenece y humilla a la vez.

La idea no está nada mal. Si hubiera sido más listo y se me hubiera ocurrido a mí, probablemente seguiría en el colegio.

—Ya les he dicho que de pequeño era sonámbulo.

—Ostras, qué lástima. Existe otra pastilla en Australia que hace que la gente se atiborre de comida y pinte la puerta de casa mientras duerme.

Ladea la cabeza y por su clavícula resbalan seis pequeños amuletos protectores. Suerte. Sueños. Emoción. Cuerpo. Memoria. Muerte. El séptimo —transformación— se ha

enganchado en el borde del jersey.

Imagino que le estrujo la garganta con las manos y compruebo, aliviado, que me horrorizo. Me siento culpable cuando pienso que mato a una chica, pero no se me ocurre otra forma de ponerme a prueba, de asegurarme de que esa cosa terrible que habita dentro de mí no se dispone a salir.

Alargo una mano, desengancho la piedra y dejo que resbale por su cuello. Hematita. Probablemente una imitación. No hay suficientes trabajadores transformadores para que haya muchos amuletos auténticos. Un trabajador cada una o dos generaciones. Este amuleto hace que me pregunte si los demás también son falsos.

—Gracias por intentarlo. Era una buena idea.

Se muerde el labio.

—¿Crees que tiene algo que ver con la muerte de tu padre?

Cambio bruscamente de postura y ahora tengo la espalda apoyada en el brazo del sofá.

—¿Si creo que tiene algo que ver con la muerte de mi padre? Mi padre murió en un accidente de coche en pleno día.

—El estrés puede desencadenar sonambulismo. ¿Y el tener a tu madre en la cárcel? Por fuerza tiene que ser estresante.

Elevo la voz.

—Mi padre lleva cerca de tres años muerto, casi el mismo tiempo que mi madre lleva en la cárcel. ¿No crees que...?

—No te enfades.

—¡No me enfado! —Me paso la mano por la cara—. Oye, casi me caigo de un tejado, me han expulsado del colegio y tú me tienes por un pirado. Me parece que tengo buenas razones para estar cabreado. —Respiro hondo y me esfuerzo por esbozar mi mejor sonrisa de disculpa—. Pero no contigo.

—Exacto. —Me da un empujón—. No conmigo.

Tomo su mano enguantada.

—Puedo manejar a Northcutt. Volveré a Wallingford antes de lo que imaginas.

Detesto tenerla dentro de mi caótica casa, descubriendo más cosas de mí de las que desearía. Tengo la sensación de que me ha dado la vuelta y mis partes sin refinar han quedado al descubierto.

Tampoco quiero que se vaya.

—Oye —susurra mientras dirige una mirada rápida a la cocina—, no quiero hacerte saltar otra vez pero ¿crees que alguien podría haberte tocado? Ya sabes, hachebegé.

Tocado. Manipulado. Maldecido.

—¿Para que caminara sonámbulo?

—Para que te tiraras desde un tejado —dice Audrey—. Habría parecido un suicidio.

—Es un trabajo un poco caro. —No quiero contarle que ya lo he pensado, que toda mi familia lo ha pensado, hasta el punto de haberse reunido en secreto para hablar de ello—. Además, sobreviví, lo que lo hace poco plausible.

—Deberías preguntárselo a tu abuelo —dice en voz baja.

«Si eres tan listo, cuéntame tú qué está pasando».

Asiento, percatándome a duras penas de que está devolviendo las hojas a su cartera. Me da un abrazo superficial y no puedo evitar reparar en ello. Mis manos descansan en la región lumbar de su espalda y noto su aliento cálido en el cuello. Con ella podría aprender a ser normal. Cada vez que Audrey me toca experimento la promesa embriagadora de llegar a ser un tío corriente.

—Será mejor que te vayas —digo antes de que cometa una estupidez.

En la puerta, mientras ella se aleja, me vuelvo para verle la cara a mi abuelo. Está ensartando un destornillador en un fogón de la cocina para hacer saltar un quemador atascado sin mostrar la más mínima inquietud por que la familia Zacharov pudiera querer acabar conmigo. Ha trabajado para ellos y por fuerza ha de saber de lo que son capaces. Mucho mejor que yo.

Tal vez por eso está aquí.

Para protegerme.

Siento la necesidad de apoyarme en el fregadero, asaltado por una mezcla de pavor, culpa y gratitud.

Por la noche, en mi viejo cuarto, con los raídos pósters de Magritte pegados al techo y las estanterías repletas de robots y novelas de los Hardy Boys, sueño que me pierdo en medio de una tormenta.

Aunque se trata de un sueño, y estoy bastante seguro de que se trata de un sueño, siento la lluvia fría en la piel, y el agua que cae por mis ojos casi no me deja ver. Encorvo los hombros y corro hacia la única luz visible protegiéndome la cara con la mano.

Llego a la gastada puerta del granero que hay detrás de la casa. Cuando la cruzo me doy cuenta de que no es nuestro granero. En lugar de viejas herramientas y muebles desechados hay un pasillo largo alumbrado con antorchas. Cuando me acerco observo que las antorchas están sostenidas por manos que parecen demasiado reales para ser de yeso. Una mano modifica su posición sobre una de las antorchas y doy un respingo. Me aproximo y compruebo que cada mano ha sido cortada a ras de muñeca y clavada a la pared. Puedo ver el tajo irregular de la carne.

—Hola —digo, tal como hice en el tejado. Esta vez no obtengo respuesta.

Miro atrás. La puerta del granero sigue abierta y cortinas de agua forman charcos en los tablones del suelo. Como es un sueño, no me molesto en regresar para cerrarla. En lugar de eso, echo a andar por el pasillo. Después de caminar un rato que se me antoja desproporcionadamente largo, llego a una puerta destartada cuyo picaporte es una pata de ciervo. El basto pelo me hace cosquillas en la mano cuando tiro de él.

Dentro encuentro un futón del cuarto de Barron y una cómoda que sé que mamá compró en eBay con la intención de pintarla de verde manzana para la habitación de invitados. Abro los cajones y encuentro varios tejanos viejos de Philip. Están secos y el primero del montón me cae perfecto cuando me lo pongo. Detrás de la puerta cuelga una vieja camisa blanca de papá; recuerdo la quemadura de purito que tenía debajo del codo y el olor de su loción para después del afeitado.

Como sé que estoy soñando no estoy asustado, solo desconcertado, cuando regreso al pasillo y esta vez encuentro unos escalones que suben hasta una puerta pintada de blanco con un tirador de cristal. El tirador se parece a ésos que se utilizan para llamar al servicio en

las mansiones de las series de la PBS, pero éste está hecho con las piezas de una araña de luces antigua. Cuando tiro suena una sucesión de timbres que retumban en el aire. La puerta se abre.

En medio de una espaciosa estancia de color gris hay una vieja mesa de *picnic* y dos sillas plegables. Puede que, después de todo, aún me encuentre en el granero, porque los huecos entre los tablones de las paredes son lo suficientemente anchos para permitirme ver la lluvia recortada contra un cielo tormentoso.

La mesa está cubierta por una seda bordada sobre la que descansan candelabros de plata, dos fuentes también de plata y platos de cantos dorados, cada uno con una cúpula de plata en el centro. Cada cubierto tiene un juego de copas de cristal tallado.

De la penumbra empiezan a salir gatos: gatos atigrados y manchados, gatos de color rojizo y color toffee, gatos tan negros que no puedo diferenciarlos de sus sombras. Son centenares y avanzan hacia mí, empujándose unos a otros.

Me encaramo a una silla y agarro un candelabro, preguntándome qué desagradable situación se dispone a orquestar seguidamente mi cerebro, cuando una pequeña criatura cubierta con un velo entra en la estancia. Lleva un vestido diminuto, como ésos que lucen las muñecas caras. Lila tenía una colección de muñecas con vestidos como ése; su madre la reñía si las tocaba. Nosotros jugábamos con ellas de todos modos, cuando su madre no miraba. Arrastrábamos la que era una princesa por el jardín de mi abuelo, jugando a que uno de mis Power Rangers la tenía cautiva, con un Tamagotchi roto como mapa interestelar, hasta que el vestido acababa lleno de manchas de hierba y los bordes raídos. Este vestido también está raído.

El velo resbala y cae. Debajo aparece la cara de una gata. Una gata erguida sobre las patas traseras, con su cabeza triangular ladeada, casi como si tuviera el cuello partido, y el diminuto cuerpo embutido en el vestido.

No puedo evitarlo, me echo a reír.

—Necesito tu ayuda —dice. Su voz, triste y dulce, suena como la de Lila, pero con un acento extraño, quizá el que tienen los gatos cuando hablan.

—Está bien —digo. ¿Qué otra cosa puedo decir?

—Me han echado una maldición —dice la gata Lila—. Una maldición que solo tú puedes romper.

Los demás gatos nos observan en silencio, agitando la cola y los bigotes.

—¿Quién te ha maldecido? —pregunto, esforzándome por contener la risa.

—Tú —dice la gata blanca.

Mi sonrisa se transforma en una mueca. Lila está muerta y los gatos no pueden caminar erguidos, no pueden unir las pezuñas en señal de súplica, no pueden hablar.

—Solo tú puedes deshacer la maldición —dice, y trato de concentrarme en el movimiento de su boca, en los destellos de sus colmillos, para entender cómo consigue hablar sin labios—. Las pistas están por todas partes. No tenemos mucho tiempo.

«Esto es un sueño», me digo. Un sueño delirante, pero un sueño. No es la primera vez que sueño con una gata.

—¿Fuiste tú la que me comió la lengua?

—Parece que la has recuperado —responde sin pestañear.

Abro la boca para hablar pero noto unas garras en la espalda, unas uñas que se hunden en mi carne, y en lugar de hablar, grito.

Grito y me incorporo. Me despierto.

Oigo el martilleo regular de la lluvia en la ventana y me doy cuenta de que estoy empapado, de que las mantas están mojadas y pegajosas. Estoy en mi cuarto, en mi vieja cama, y las manos me tiemblan tanto que he de aplastarlas con mi cuerpo para calmarlas.

Cuando bajo a la cocina por la mañana encuentro al abuelo haciendo café y friendo huevos en grasa de tocino. Llevo puestos unos tejanos y una gastada camiseta de Wallingford. No echo de menos los ásperos guantes ni la asfixiante corbata; la comodidad es el premio de consolación a mi destierro. Supongo, pero no quiero acostumbrarme en exceso.

Mientras me vestía encontré una hoja pegada en la pierna y al instante recordé que me había despertado calado hasta los huesos. He vuelto a caminar sonámbulo, pero cuanto más pienso en el sueño menos lo entiendo. No ocurría nada peligroso, lo que descarta la teoría sobre la venganza de los Zacharov. Puede que solo sea el sentimiento de culpa lo que me hace soñar con Lila. El sentimiento de culpa puede volverte loco, ¿no es cierto? Va enconándose dentro de ti.

Como en «El corazón delator» de Poe, relato que la señora Noyes nos hizo leer en alto, donde el narrador oye los latidos del corazón de su víctima bajo los tablones del suelo, cada vez más fuertes, hasta que confiesa. «¡Confieso el acto! ¡Aquí, aquí! ¡Son los latidos de su horrible corazón!».

—Necesito hablar contigo —le digo al abuelo mientras cojo despreocupadamente una taza y vierto primero leche y luego café. La leche sube acompañada de motas de polvo cuya presencia debería haber comprobado de antemano—. He tenido un sueño la mar de extraño.

—Déjame adivinar. Unas lady ninjas con unos melones enormes te ataban a la cama.

—Eh... no. —Bebo un sorbo de café y hago una mueca. El abuelo lo ha hecho terriblemente cargado.

Se lleva una loncha de tocino a la boca con una sonrisa.

—Supongo que no habría sido muy normal que hubiéramos tenido el mismo sueño. Pongo los ojos en blanco.

—No me cuentes más, no vayas a arruinarme la sorpresa en el caso de que lo tenga esta noche.

El abuelo suelta una carcajada que desemboca en un resuello.

Miro por la ventana. No hay gatos sobre la hierba. Mientras observo cómo el abuelo echa ketchup sobre sus huevos y el líquido rojo se expande, pienso: «Hay demasiada sangre, y no recuerdo haberla acuchillado, pero en la mano tengo un cuchillo húmedo y la sangre cubre los tablones del suelo como una densa capa de glaseado».

—¿Piensas contarme el sueño que sí tuviste? —Mi abuelo se sienta a la mesa relamiéndose.

—Sí —digo, y parpadeo al recordar dónde me encuentro. Mamá decía que estos repentinos y espantosos flashes del asesinato se irían suavizando con el tiempo, pero solo se han hecho menos frecuentes. Puede que una pequeña parte decente de mí no quiera olvidar.

—¿Estás esperando una invitación formal? —me pregunta el abuelo.

—En el sueño estaba fuera, bajo la lluvia, y caminaba hasta el granero. Me desperté en la cama con barro en los pies. Supongo que he vuelto a caminar sonámbulo.

—¿Supones?

—Lila aparecía en el sueño —suelto al fin.

Nunca hablamos de Lila ni de la forma en que mi familia me protegió después. De cómo mi madre lloró sobre el cuello de pelo de su jersey, me abrazó y me dijo que sí realmente lo había hecho, seguro que era porque la zorrita Zacharov se lo merecía, y que le traía sin cuidado lo que dijeran los demás porque yo seguía siendo su niño. De las manchas oscuras que tenía debajo de las uñas y no había manera de sacar. Lo intenté con las uñas mismas, y luego con el cuchillo de la mantequilla, apretando hasta hacerme sangre, hasta que mi sangre arrastró la otra oscuridad.

De modo que mi conciencia está finalmente dándome alcance. Ya era hora.

El abuelo enarca una ceja.

—Quizá te convenga hablar de Lila. Hablar de cómo la mataste. Desahogarte. Yo he hecho cosas malas, muchacho. No te juzgaré.

A mamá la detuvieron poco después del asesinato de Lila. No exactamente por mi causa, sino porque no estaba jugando bien. Quería un buen golpe y lo quería rápido.

—¿Qué quieres que diga? ¿Qué la maté? Sé que lo hice aunque no lo recuerde. Siempre me he preguntado si mamá pagó a alguien para que me hiciera olvidar los detalles. A lo mejor pensó que si yo no recordaba la sensación que me produjo, no volvería a hacerlo. —Una parte de mí tiene que estar muerta, porque la gente normal no contempla el cadáver de un ser querido y siente tan solo una dicha horrible, distante—. Lila era una trabajadora de sueños, así que supongo que mis pesadillas y mi sonambulismo parecen una ironía. No estoy diciendo que no las merezca, pero me gustaría entender por qué las tengo.

—Deberías ir a Carney y hablar con tu tío Armen. Todavía puede hacer trabajos de memoria. A lo mejor podría ayudarte a recordar.

—El tío Armen tiene Alzheimer —digo. Armen es un amigo de mi abuelo de la infancia y no es exactamente mi tío.

El abuelo suelta un bufido.

—Qué va. Una reacción. Pero veamos primero qué opina ese médico tuyo.

Me sirvo más café. Una semana después de que Lila muriera y Barron y Philip escondieran su cuerpo dondequiera que se esconden los cuerpos, llamé a la madre de Lila desde un teléfono público. Había dado mi palabra de que no lo haría, había escuchado a mi abuelo explicar que si alguien descubría lo que había hecho, lo pagaría toda la familia. Yo sabía que los Zacharov jamás olvidarían quiénes habían cavado la tumba y limpiado la sangre, quiénes se habían negado a entregarme, pero no podía dejar de pensar en la madre de Lila, sola en aquella casa.

Sola y esperando a que su hija regresara.

El tono del teléfono me pareció demasiado agresivo. Estaba mareado. Cuando la madre de Lila contestó, colgué. Salí del supermercado, me dirigí a la parte de atrás y vomité.

El abuelo se levanta.

—¿Por qué no empiezas por el cuarto de baño de arriba? Voy a comprar comida.



—No te olvides de comprar leche —digo.

—Yo no tengo problemas de memoria —replica, cogiendo su chaqueta.

El cuarto de baño tiene las baldosas del suelo agrietadas y arrancadas en algunos lugares, y un armario blanco barato arrimado a la pared. Dentro hay docenas de toallas distintas, algunas llenas de agujeros, y frascos de plástico ámbar con algunas pastillas. En el estante inferior hay latas de talco y tarros con posos de líquidos oscuros.

Mientras retiro de los rincones de la ducha sedosas pelusas llenas de crías de araña y tiro pegajosos botes de champú en su mayoría vacíos, no puedo dejar de pensar en Lila.

Teníamos nueve años cuando nos conocimos. El matrimonio de sus padres iba mal y Lila y su madre se fueron a vivir con su abuela a Pine Barrens. Lila tenía el pelo rubio y sedoso, un ojo azul y el otro verde, y cuanto sabía de ella era que su padre, según contaba mi abuelo, era un hombre importante.

Lila era lo que cabría esperar de una chica que podía provocarte pesadillas con el simple roce de una mano, de la hija del jefe de la familia Zacharov. Una niña malcriada.

A los nueve años me daba despiadadas palizas a los videojuegos, trepaba a colinas y árboles tan deprisa que yo siempre iba tres pasos por detrás de sus largas piernas, y me mordía cuando intentaba esconderle las muñecas. Yo ignoraba si me detestaba la mitad del tiempo, incluso cuando pasábamos semanas escondidos bajo las ramas de un sauce llorón dibujando civilizaciones en la tierra que luego aplastábamos cual dioses inclementes. Pero estaba acostumbrado a hermanos veloces y crueles como ella y la adoraba.

Al final sus padres se divorciaron. No volví a verla hasta los trece años.

El abuelo regresa con varias bolsas justo cuando rompe nuevamente a llover, la mayoría llenas de cerveza, limpiacristales y papel de cocina. También ha traído trampas.

—Para mapaches, pero servirán —puntualiza—. Y no te exaltes, que son humanas, lo dice en la caja. No llevan el accesorio de la guillotina.

—Genial —digo sacando las trampas del maletero.

Me deja que las lleve yo solo al granero. Los gatos están dentro; puedo ver el brillo de sus ojos mientras instalo la primera jaula de metal con su puerta batiente. Tiro de la anilla de una lata de comida pastosa y la introduzco en la trampa. Algo golpea el suelo, a mi espalda, y me doy la vuelta.

La gata blanca está a menos de un metro de mí, lamiéndose los afilados dientes con su lengua rosada. Ahora, con la luz del día, advierto que tiene una oreja partida y postillas granates —frescas— en la nuca.

—Ven, minina, ven —digo, ridículas palabras que salen de mi boca sin pensar.

Abro otra lata. La gata da un respingo cuando la tapa cruje, y me doy cuenta de lo tenso que he estado. Como si temiera que la gata rompiera a hablar. Pero la gata es solo una gata. Una gata desnutrida que vive en un granero y está a punto de ser apresada.

Alargo mi mano enguantada y la gata retrocede. Es lista.

—Ven, minina, ven.

Se acerca con cautela. Olisquea mis dedos y contengo la respiración mientras frota su mejilla contra mi mano; suave pelaje, bigotes trémulos y el canto de sus dientes hundiéndose en mi piel.

Dejo la lata de comida en el suelo y la devora a lengüetazos. Alargo una mano para

acariciarla pero me bufa al tiempo que arquea el lomo y se le eriza el pelaje. Parece una serpiente.

—Eso está mejor —digo, acariciándola de todos modos.

Me sigue hasta la casa. Tiene los omóplatos muy marcados y manchas de barro en su pelaje blanco. La dejo entrar de todas formas y le pongo agua en un vaso de martini.

—¿No pensarás dejar aquí a esa bestia mugrienta? —dice mi abuelo.

—Es una gata, abuelo, no una cucaracha.

La observa con escepticismo. Tiene la camiseta llena de polvo y se está sirviendo un bourbon en uno de esos vasos de plástico que van acompañados de una pajita.

—¿Qué piensas hacer con ella?

—Nada. No lo sé. Parece hambrienta.

—¿Piensas traértelos a todos? Apuesto a que los demás también tienen hambre.

Sonrío.

—Prometo traerlos de uno en uno.

—No he comprado las trampas para eso.

—Lo sé —digo—. Compraste las trampas para cazar todos los gatos, soltarlos en algún campo a quince kilómetros de aquí y apostar conmigo cuál de ellos regresará primero.

Sacude la cabeza.

—Más vale que te pongas a limpiar, listillo.

—Tengo hora con el médico a...

—Lo recuerdo. Veamos todo lo que consigues hacer antes de marcharte.

Encogiéndome de hombros, entro en la sala de estar con un montón de cajas plegadas y cinta de embalar. Armo las cajas y me traigo el cubo de la basura del jardín de atrás. Hecho esto, me pongo a examinar las montañas de chismes.

La gata me observa con sus ojos brillantes.

Los amuletos circulares de publicidad y un viejo manguito de piel de aspecto sarnoso van al cubo. Los libros de bolsillo regresan a los estantes, con excepción de los que creo que pueden interesarme y los que tienen las páginas excesivamente arrugadas. Una cesta de guantes de piel, algunos pegados entre sí por haber vivido demasiado cerca del conducto de la calefacción, va también a la basura.

Por mucho que tire siempre hay más. Las pilas se desmoronan y confunden y ya no sé por qué pila voy. Hay montones de bolsitas de plástico, una de ellas con unos pendientes y el correspondiente recibo todavía dentro, otras con muestras de telas o corteza de sándwich.

Hay destornilladores, tuercas y tornillos, mis notas de quinto curso, el furgón de cola de un tren de juguete, un fajo de pegatinas PAID, imanes de Ohio, tres jarrones con flores secas y un jarrón con flores de plástico, una caja de cartón llena de adornos rotos, la pasta pegajosa de algo oscuro derretida sobre una radio antigua.

Al recoger un deshumidificador cubierto de polvo cae al suelo una caja con fotografías.

Son fotos en blanco y negro. La mujer que aparece en ellas lleva unos guantes de verano hasta la muñeca, un corsé de época y medias de nailon. Peinada como Bettie Page,

está arrodillada sobre un sofá sonriendo a la persona que está haciendo las fotos, un hombre cuyos dedos aparecen en una de las fotografías con una alianza de boda de aspecto caro sobre unos guantes negros. Conozco a la mujer de las fotos.

Mamá sale bastante favorecida.

La primera vez que comprendí que poseía talento para delinquir fue después de que mamá me llevara —a mí solo— a tomar un granizado de cereza. Era un achicharrante día de verano y el asiento de cuero del coche estaba muy caliente y me quemaba los muslos. Ya tenía la boca completamente roja cuando entramos en una gasolinera y nos detuvimos en la parte de atrás, como si mamá fuera a poner aire en los neumáticos.

—¿Ves esa casa? —me preguntó. Estaba señalando una especie de casa de rancho con revestimiento de aluminio blanco y postigos negros—. Quiero que te escurras por esa ventana que está junto a la escalera y cojas el sobre amarillo que hay sobre la mesa.

Debí de mirar a mamá con cara de no haberla entendido.

—Es un juego, Cassel. Hazlo todo lo deprisa que puedas y yo te cronometraré. Dame tu granizado.

Supongo que yo sabía que en realidad no era un juego, pero corrí de todos modos, puse un pie sobre la llave del agua y me colé por la ventana con la flexibilidad propia de un niño. El sobre amarillo se encontraba justo donde mamá había dicho. Al lado había montones de papeles sujetos con tazas de café llenas de bolígrafos, reglas y cucharas. Sobre la mesa descansaba un gatito de cristal con algo dentro que brillaba como el oro. El aire acondicionado me secó el sudor de los brazos y la espalda cuando levanté el gato para mirarlo al trasluz. Me lo metí en el bolsillo.

Cuando regresé con el sobre mamá estaba dando sorbos a mi granizado.

—Toma —dije.

Sonrió. También tenía la boca roja.

—Buen trabajo, cielo.

Y me di cuenta de que si me había llevado a mí y no a mis hermanos se debía únicamente a que yo era el más menudo de los tres, pero no me molestó, porque también me di cuenta de que podía ser útil. Que no necesitaba ser un trabajador para ser útil. Que podía ser bueno en algunas cosas, incluso mejor que ellos.

Esa revelación corrió por mis venas como si fuera adrenalina.

Puede que en aquel entonces tuviera siete años. No estoy seguro. Fue antes de Lila.

Nunca le conté a nadie lo del gato.

Recojo las fotos junto con otras donde aparecen el abuelo y el padre de Lila en Atlantic City, delante de un bar. Están con otro hombre que no conozco, cogidos de los hombros.

Paso la escoba por debajo de las butacas y los sillones hasta que los remolinos de polvo me hacen toser.

Cuando me derrumbo en el sofá para descansar encuentro un bloc debajo de uno de los cojines, escrito con la letra de mamá. No contiene fotos picantes, solo aburridas anotaciones. En una cara de la hoja leo «Tanque de aceite extraído y enterrado», y en la otra «comprar zanahorias, pollo (entero), lejía, cerillas, aceite para motor». Dos hojas después hay algunas direcciones, una de ellas rodeada con un círculo. Luego un guión para

llamar a un con cesionario de coches y conseguir que les alquilen un coche durante una semana. Hay algunos guiones más para timos diferentes, con notas al margen. Los leo sin poder evitar una sonrisa.

Dentro de dos horas llevaré a cabo mi propio timo, por lo que me conviene estudiar.

En nuestra familia —puede que en todas las familias— existe la creencia de que los niños siempre salen a alguien de otra generación. Por ejemplo, Philip ha salido supuestamente a su abuelo, el padre de mi madre. Philip es el que dejó el instituto para unirse a los Zacharov y obtuvo su gargantilla de queloides unos años después. Es una persona sumamente leal y estable pese a pagarse el alquiler partiendo rótulas. Me lo imagino dentro de cuarenta años jubilado en Carney, ahuyentando de su jardín a una nueva generación de niños trabajadores.

La leyenda familiar dice que Barron es como mamá aun cuando él sea un trabajador de la suerte y ella una trabajadora emocional.

Mamá puede hacerse amiga de cualquier persona, puede entablar una conversación en cualquier lugar, porque cree realmente que la estafa es un juego. Y lo único que le importa es ganar en cada ocasión.

Eso significa que yo he salido a mi padre, con la diferencia de que él es un trabajador de la suerte y yo no. Era la persona que mantenía el equilibrio en casa. Cuando él vivía, mamá se comportaba de manera normal la mayor parte del tiempo. Fue después de morir mi padre cuando empezó a perseguir millonarios sin ponerse los guantes. La segunda vez que un tipo se despertó al término de un crucero con cien mil dólares menos y perdidamente enamorado, su abogado llamó a la poli.

No puede evitarlo. Le encanta estafar.

Yo me digo que no soy como ella, pero tengo que reconocer que a mí también me encanta.

Hojeo el bloc, buscando a saber qué, quizá algo familiar, quizá algún secreto que me haga reír. Paso algunas páginas más y encuentro un sobre pegado con celo a un separador. Al lado tiene escritas las palabras «¡Dar esto para hacer recordar!». Lo desgarró y en su interior encuentro un amuleto de plata para la memoria, con la palabra «recordar» estampada y una piedra azul, entera, algo descentrada. Parece antiguo, la plata está negra en las muescas, y pesa.

Los amuletos para ahuyentar maldiciones, amuletos como los que lleva Audrey en el cuello, son tan antiguos como las maldiciones mismas. Los trabajadores los fabrican maldiciendo piedra, el único material capaz de absorber una maldición completa, incluida la reacción. Una vez preparada la piedra, ésta absorberá una maldición de su mismo tipo. Por ejemplo, si una trabajadora de la suerte maldice un fragmento de jade y lo lleva pegado a la piel y alguien intenta maldecirla con mala suerte, el jade se partirá y ella se librará del efecto. Cada vez que te echan una maldición has de conseguirte un nuevo amuleto, y has de tener un amuleto para cada tipo de magia, pero así no corres peligro. Solo la piedra es eficaz; la plata y el oro, el cuero y la madera no lo son. Hay gente que prefiere un tipo de piedra a otro. Existen desde amuletos de gravilla hasta amuletos de granito. Si lo que tengo en mis manos es, efectivamente, un amuleto, su poder reside en la piedra azul.

Me pregunto si mamá ha conseguido una vieja reliquia mediante una estafa o si este

amuleto es realmente suyo. Tiene gracia que alguien se olvide de un amuleto de la memoria. Me lo guardo en el bolsillo.

Mientras limpio la sala de estar encuentro una máquina de forrar botones, dos bolsas llenas de plástico con burbujas, una espada con la hoja oxidada, tres muñecas rotas que no recuerdo que fueran de nadie, una silla volcada que de niño me daba escalofríos porque habría jurado que era idéntica a una que había visto por la tele la noche antes de que Barron y Philip la trajeran a casa, un palo de hockey y una colección de medallas por proezas militares varias. Para cuando termino es casi mediodía y tengo las manos y las vueltas del pantalón negras. Tiro montañas de periódicos y catálogos, facturas que probablemente no se pagaron durante años, bolsas llenas de perchas y cables, y el palo de hockey.

La espada la apoyo en la pared.

El jardín ya está hasta arriba de bolsas de basura fruto del trabajo de la mañana. Hay tanta cosa que no tardaremos en hacer un viaje al vertedero. Contemplo las casas impecables de los vecinos, con sus cuidados céspedes y sus puertas pintadas de alegres colores, y de nuevo la mía. Las ventanas de delante tienen los postigos torcidos y uno de los vidrios está roto. La pintura es tan antigua que las tablillas de madera de cedro parecen grises. La casa se está pudriendo por dentro.

Estoy sacando la silla a la acera cuando el abuelo baja y columpia las llaves delante de mí.

—Te quiero de vuelta para la cena —dice.

Cojo las llaves y las aprieto con tanta fuerza que los dientes se me clavan en la carne. Dejo la silla donde está y me dirijo al coche como si realmente tuviera una cita y llegara tarde.

La consulta del doctor Churchill, según la dirección que aparece en internet, está en la esquina de la avenida Vandeventer, en el centro de Princeton. Aparco frente a un restaurante de fondues, me miro en el retrovisor y me aplasto el pelo con los dedos, confiando en que eso me dé un aire de chico bueno y responsable. Aunque me he lavado las manos tres veces en el lavabo de un supermercado cuando paré a comprar café, todavía puedo notar una capa de mugre grasienta en la piel. Procuro no frotarme los dedos contra los tejanos cuando entro en la recepción y me acerco al mostrador.

La mujer que atiende el teléfono tiene el pelo rizado y teñido de rojo, y unas gafas que penden de un collar de cuentas. Me pregunto si se ha hecho ella el collar; por absurdo que parezca, relaciono artesanía con cordialidad. Por las arrugas de la cara y las plateadas raíces, diría que tiene unos cincuenta y tantos.

—Hola —digo—. Tengo hora a las dos.

Me mira sin sonreír y martillea el teclado que tiene delante. Sé que en la pantalla no va a salirle nada sobre mí, pero no importa. Es parte del plan.

—¿Cómo se llama? —me pregunta.

—Cassel Sharpe.

Procuro ceñirme a la verdad en la medida de lo posible, por si necesito extenderme o identificarme. Mientras la mujer clikea, tratando de averiguar quién cometió el error, examino la oficina. Detrás del mostrador hay una mujer joven con un uniforme de quirófano de color morado, y me digo que probablemente sea enfermera, pues en la puerta solo se exhibe el nombre de un médico, el doctor Eric Churchill. Detrás, sobre los archivadores, hay algunos expedientes metidos en carpetas de color verde oscuro, y en la pared frontal del mostrador una nota pegada con celo que informa del horario en vacaciones. Escrita en papel de carta. Alargo una mano para cogerla.

—No me aparece, señor Sharpe —dice la mujer.

—Oh —digo, deteniendo el gesto. No puedo arrancar el celo sin que ella lo note—. Oh. —Finjo preocupación y confío en que la mujer se apiade de mí y haga otra búsqueda infructuosa o, mejor aún, se marche a consultarlo con alguien.

No parece reparar en mi fingido disgusto. De hecho, parece más irritada que conmovida.

—¿Quién pidió la hora?

—Mi madre. ¿Cree que podría estar con su nombre?

La enfermera saca una carpeta y la deja sobre el mostrador, cerca de donde yo me encuentro.

—Aquí no me aparece ningún Sharpe —dice la recepcionista con la mirada firme—. ¿Cree que su madre podría haberse equivocado?

Respiro hondo y me concentro en minimizar las señales deladoras. Los embusteros se pasan la mano por la cara para ocultarla. Se ponen rígidos. Hacen multitud de cosas —respirar entrecortadamente, hablar deprisa, sonrojarse— que podrían delatarles.

—Su apellido es Singer. ¿Le importaría comprobarlo?

Cuando vuelve el rostro hacia la pantalla deslizo la carpeta por el mostrador y me la meto debajo del abrigo.

—Aquí no hay ninguna Singer —dice con evidente irritación—. ¿Por qué no llama a su madre?

—Sí, será lo mejor —digo en un tono contrito.

Al darme la vuelta para irme arranco la hoja de carta de la pared del mostrador. Ignoro si la recepcionista me ha visto. Me obligo a no mirar atrás, a seguir caminando con un brazo cruzado sobre el abrigo para sostener la carpeta mientras con el otro deslizo dentro la hoja de carta, todo con total naturalidad.

Oigo el cierre de una puerta y a una mujer —quizá la paciente que va con la carpeta— decir:

—No lo entiendo. Si me han echado una maldición, ¿de qué me sirve este amuleto? Mírelo, está cubierto de esmeraldas. ¿Significa eso que lo mismo vale una piedra de una tienda de todo...?

No me paro a escuchar el resto. Sigo caminando hacia la salida.

—Señor Sharpe —dice una voz masculina.

Tengo la puerta justo delante. Estoy a solo unos pasos de cruzarla, pero me detengo. Después de todo, mi plan no funcionará si me recuerdan, y seguro que recordarían a un paciente al que han tenido que perseguir.

—¿Sí?

El doctor Churchill es un hombre moreno y delgado. Tiene el pelo corto y rizado, blanco como una cáscara de huevo, y lleva unas gafas de cristal grueso que se sube distraídamente por el caballete de la nariz.

—No sé qué ha sucedido con su cita pero ahora mismo tengo un hueco. Entre.

—¿Qué? —digo, volviéndome hacia la recepcionista con la mano todavía sobre el abrigo—. ¿No me había dicho que...?

La mujer frunce el entrecejo.

—¿Quiere o no quiere ver al doctor?

No sé qué otra cosa hacer salvo seguirle.

Una enfermera me conduce a una habitación con una camilla de reconocimiento cubierta de un papel arrugado. Tras entregarme una tablilla con un formulario que pide una dirección y los datos de un seguro, me deja solo, mirando un gráfico que muestra las diferentes fases del sueño y sus oscilaciones. Desgarro el forro de mi abrigo lo justo para introducir la carpeta. Me siento en un extremo de la camilla y escribo información sobre mi persona, en su mayoría cierta.

Sobre la mesa descansan folletos diversos: «Los cuatro tipos de insomnio», «Síntomas de la agresión de HBG», «Peligros de la apnea durante el sueño» y «Todo sobre la narcolepsia».

Levanto el folleto sobre el ataque de HBG. Así llaman formalmente a lo que mi madre le hizo a aquel millonario. Una agresión. Muestra una lista de síntomas y la advertencia de que el diagnóstico diferencial (sea lo que sea) de cada síntoma es muy amplio:

Vértigo.  
Alucinaciones auditivas.  
Alucinaciones visuales.  
Dolor de cabeza.  
Fatiga.  
Aumento de la ansiedad.

Pienso en la música de Maura y me pregunto cuán extrañas pueden llegar a ser las alucinaciones.

Me suena el móvil y lo saco automáticamente del bolsillo, sin dejar de mirar el folleto. La información que contiene no me sorprende lo más mínimo —por ejemplo, yo sé que sufro frecuentes dolores de cabeza porque mi madre me hacía un trabajo emocional en las ocasiones en que otros padres darían un tiempo de reflexión—, pero me extraña que esté impreso en blanco y negro.

Abro el móvil y el folleto se me cae de las manos. «Ven enseguida —dice el mensaje—. Tenemos un grave problema». Es el primer mensaje de remplazo que recibo donde todas las palabras están bien escritas. Es de Sam.

Pulso los botones para devolverle la llamada pero me salta el buzón de voz y me digo que probablemente esté en clase. Consulto el reloj del teléfono. Falta media hora para la comida. Escribo a toda prisa: «¿ke has hecho?». Probablemente no sea el más delicado de los mensajes, pero me estoy imaginando lo peor.

Me estoy imaginando que han pillado a Sam con mi libreta, que se han chivado a la pasma. Me estoy imaginando condenado a clasificar la basura de mis padres hasta que el abuelo me encuentre otro trabajillo.

La respuesta llega enseguida. «Pago».

Respiro. Seguramente alguien ha ganado una apuesta y Sam, como es lógico, no tiene dinero para cubrirla. «No tardo», escribo en el instante en que la puerta se abre y entra el médico.

El doctor Churchill coge la tablilla y mira ésta en lugar de mirarme a mí.

—Dolores dice que ha habido una confusión.

Imagino que Dolores es la antipática recepcionista.

—Mi madre me dijo que hoy tenía hora con usted.

La mentira me sale de forma natural; mi voz hasta suena ofendida. Las mentiras tienen un punto de inflexión, un punto en el que has dicho algo tantas veces que acaba pareciéndote más verdadero que la propia verdad.

Me mira y tengo la sensación de que ve más de lo que deseo que vea. Pienso en la carpeta que escondo en el forro del abrigo, tan cerca de él que podría alargar un brazo y arrebatármela antes de que pudiera impedirselo. Confío en que no tenga consigo un estetoscopio porque el corazón está a punto de estallarme.

—¿Por qué le pidió hora su madre con un especialista del sueño? ¿Qué problema tiene? —me pregunta.

Titubeo. Quiero contarle mi experiencia en el tejado, lo del sonambulismo y los sueños, pero si lo hago corro el riesgo de que se acuerde de mí. Sé que no va a escribir la nota que necesito —ningún médico con dos dedos de frente lo haría—, pero no puedo



arriesgarme a que envíe a Wallingford otro tipo de informe.

—Déjeme adivinar —dice, sorprendiéndome. Porque, ¿quién podría adivinar por qué un paciente acude a una clínica del sueño?—. Ha venido por la prueba.

Ignoro de qué está hablando.

—Eso es —respondo—. Por la prueba.

—Entonces, ¿quién canceló la hora? ¿Su padre?

No entiendo nada, así que no me queda otra que seguirle la corriente.

—Seguramente.

Asiente con la cabeza, como si eso tuviera sentido, mientras hurga en un cajón. Su mano enguantada emerge sujetando un puñado de electrodos que procede a colocarme en la frente. Los pegajosos bordes tiran de mi piel.

—Vamos a medir sus ondas gamma.

Pulsa el interruptor de una máquina y esta cobra vida. Las agujas resbalan por un papel, formando un dibujo que se refleja en una pantalla que tengo a mi derecha.

—Ondas gamma —repito. No estoy dormido, por lo que no entiendo de que le servirá medir mis ondas gamma—. ¿Va a dolerme?

—Es rápido e indoloro. —El médico observa el papel—. ¿Alguna razón por la que crea que es hiperbatigámmico?

Hiperbatigámmico. El largo término médico para trabajador. HBG. Hachebegé.

—¿Q... qué? —tartamudeo.

Afila la mirada.

—Creía que...

Me acuerdo de la mujer a la que oí en la recepción. Se estaba quejando de que le habían echado una maldición y daba la impresión de que le habían realizado una prueba para comprobarlo. Pero el médico no me está preguntando si creo que me han echado una maldición. Me está preguntando si creo que soy un trabajador.

Es la nueva prueba, la prueba de la que no paran de hablar en los noticieros, la que los políticos conservadores quieren convertir en obligatoria. Teóricamente, la prueba obligatoria impedirá que los niños HBG infrinjan involuntariamente la ley al utilizar sus poderes por primera vez. Teóricamente, los resultados serán confidenciales, por lo que no perjudicarán a nadie, ¿sí? Pero nadie se traga que los resultados vayan a permanecer en la confidencialidad.

Acabarán en manos del gobierno, tan dado a reclutar trabajadores para misiones antiterroristas y otros trabajillos. O —ya sea legal o ilegalmente— en manos de las autoridades locales. Si la prueba llega a ser obligatoria, lo demás será cuestión de tiempo. Sé que el argumento de que establecerá un precedente peligroso es una falacia lógica, pero hay falacias que se cumplen.

Los defensores de la propuesta han alentado a los no trabajadores a hacerse la prueba. La intención es clara. Solo los trabajadores se negarán a hacérsela, de modo que aunque su obligatoriedad no se apruebe, hará que resulte más fácil determinar quién es hiperbatigámmico.

Salto de la camilla, arrancándome los electrodos de la piel en el proceso. Es cierto que no me llevo bien con mi familia, pero la idea de formar parte de una base de datos de

no trabajadores utilizada como una red para atrapar a Philip, Barron y el abuelo me parece detestable.

—Lo siento, pero debo irme.

—Vuelva a sentarse, será un momento —dice el médico mientras recupera los cables—. ¡Señor Sharpe!

Esta vez, cuando me dirijo a la puerta no me detengo hasta que la he cruzado. Cabizbajo, ignoro a la enfermera que me llama y las miradas de la gente de la sala de espera. Lo ignoro todo salvo mi necesidad de salir de aquí.

Mientras conduzco me obligo a respirar. Mi pie hunde el acelerador cada vez más y mis dedos juegan con la radio simplemente para tener un ruido que ahogue mi único pensamiento: «La he fastidiado».

Se suponía que debía pasar inadvertido y en lugar de eso me he vuelto memorable. Para colmo, he utilizado mi verdadero nombre. Sé dónde he fallado: cuando el médico dijo que sabía a qué había ido. Tengo ese problema. A veces me enamoro de mi estafa; incluso cuando se tuerce prefiero dejar que se vuelva contra mí antes que marcharme. Debí interrumpir al médico y corregirle, pero me pudo la curiosidad, el deseo de seguirle la corriente para ver lo que tenía que decir.

Todavía tengo la hoja de carta. Todavía puedo llevar adelante el plan. Con el reproche retumbando en mis oídos con más fuerza que la música de la radio, entro en el aparcamiento de Target. En las vitrinas solo hay cestas de colores pastel con huevos de chocolate pese a la elevada probabilidad de que se hayan puesto rancios para cuando llegue la Pascua. Me dirijo a la sección de electrónica y elijo un móvil de usar y tirar. Mi segunda parada es un establecimiento de fotocopias, donde compro un rato de ordenador. El zumbido regular de las fotocopadoras y el olor a tinta de impresora me recuerdan al colegio, me tranquilizan, pero cuando saco la carpeta de la mochila el corazón se me acelera de nuevo.

He aquí mi otro error. Robar una carpeta. Porque me he convertido en un paciente lo bastante memorable para que piensen en mí cuando consideren todas las maneras en que pudo desaparecer.

En realidad solo necesito el logo de la clínica del sueño; la resolución del que aparece en internet es tan mala que únicamente puedo utilizarlo como fax. No necesito una carpeta. Una carpeta podría generarme serios problemas. Pero cuando la VI sobre aquel mostrador, la agarré.

Y cuando ahora la abro sobre este mostrador me siento más estúpido aún. Solo contiene el nombre de una mujer, los datos de su seguro médico y un montón de números y de gráficos de pronunciadas líneas. Lo único positivo de todo esto es que el doctor Churchill ha firmado una de las hojas; por lo menos puedo copiar su letra.

Paso unas cuantas hojas más, hasta que llego a un gráfico con el título «Ondas gamma» y círculos rojos alrededor de los picos de la escarpada línea. Ondas gamma. En Google encuentro lo que estoy buscando. Por lo visto, el trabajo del sueño te sume en un estado de sueño profundo pero con ondas gamma. Las ondas gamma —según el artículo— solo están presentes, por lo general, durante la fase de sueño ligero REM. En el gráfico de la mujer las ondas gamma están presentes durante las fases de sueño profundo, cuando no

hay movimiento ocular y tienen lugar el sonambulismo y las pesadillas. Eso demuestra que le han manipulado el sueño.

De acuerdo con el mismo sitio, por lo visto las ondas gamma también son clave para determinar si alguien es un trabajador o no. Las ondas gamma de los trabajadores son más altas que las de la gente normal, tanto cuando están dormidos como cuando están despiertos. Mucho más altas.

Hiperbatigámmico.

Miro fijamente la pantalla. Siempre he tenido la posibilidad de acceder a esta información con unos cuantos golpes de ratón y, sin embargo, nunca se me ha pasado por la cabeza hacerlo. Intento comprender por qué he manejado tan mal la situación en la consulta del médico. No estuve ingenioso. El pánico se adueñó de mí. Mi madre siempre me insiste en que no cuente a nadie cosas sobre la familia —ni lo que sé ni lo que imagino—, por lo que resulta aterrador descubrir que no hace falta que diga nada. Pueden averiguarlo a través de la piel.

Y sin embargo. Y sin embargo una parte patética de mí quiere llamar al médico y decirle «Casi terminó la prueba. ¿Obtuvo algún resultado?». A lo que él respondería: «Cassel, todo el mundo se equivoca con respecto a usted. Es el trabajador más increíble de todos los trabajadores increíbles. No entendemos cómo no se ha percatado. Enhorabuena. Bienvenido a la vida para la que ha nacido».

Debo apartar esos pensamientos de mi cabeza. No puedo permitirme más distracciones. Sam me está esperando en Wallingford y si quiero evitarme la molestia de tener que presentarme constantemente en el campus para reparar sus desaguisados he de preparar una carta.

Primero escaneo la hoja. Hecho esto, busco la fuente en que aparece escrita la dirección, utilizo el programa de edición fotográfica para eliminar la vieja información y tecleo el número de teléfono de mi nuevo móvil de prepago. Borro todo el remplazo sobre el horario de la consulta durante las fiestas y tecleo mis propias palabras. «Hace varios años que Cassel Sharpe es mi paciente. Contraviniendo las estrictas recomendaciones de esta consulta, interrumpió la medicación y eso derivó en un episodio de sonambulismo».

No sé qué más escribir.

Otro momento Google me muestra un poco de jergonza médica. «El paciente padecía un trastorno del sueño dependiente de los estímulos que le provocaba ataques de insomnio. Le ha sido recetada la medicación pertinente y ahora duerme toda la noche de un tirón, sin incidentes. Dado que el insomnio puede producir sonambulismo, opino que no existe una razón médica para controlar a Cassel por la noche o impedirle la asistencia a clase».

Sonriendo a la pantalla, me entran ganas de agarrar a uno de los ejecutivos que están imprimiendo gráficos circulares y enseñarle lo listo que soy. Me apetece alardear. Me pregunto qué más cosas el falso doctor Churchill podría hacer creer al consejo de administración de Wallingford.

«Por otro lado —escribo—, he descartado la posibilidad de una agresión externa como causa del sonambulismo de mi paciente».

No tiene sentido que se preocupen por algo que probablemente solo se deba a mi

castigador sentimiento de culpa. Tampoco tiene sentido que yo me preocupe por eso.

Imprimo mi carta sobre la hoja falsa e imprimo un sobre igualmente falso. Paso la lengua por la pega y me dirijo a la caja para pagar. Cuando tiro la carta al buzón caigo en la cuenta de que mi plan necesita una segunda parte si quiero evitar que me expulsen.

Dejar de caminar sonámbulo.

Llego a Wallingford a eso de las cuatro, lo que quiere decir que Sam está en clase de arte dramático. Me siento sin problemas en el auditorio Carter Thompson Memorial y ocupo uno de los asientos del fondo. Aquí la luz es tenue porque todos los focos apuntan hacia el escenario, donde los actores están impidiendo que Pipino mate a su padre.

—Pegaos más unos a otros —dice la señora Stavrakis, la profesora de arte dramático, visiblemente aburrida—. Y levanta bien ese cuchillo, Pipino. Tiene que atrapar la luz para que podamos verlo.

Audrey está al lado de Greg Harmsford, sonriendo. Aunque no puedo verle bien la cara, la memoria me dice que el jersey azul que lleva puesto es del mismo tono que sus ojos.

—Por favor, no dejes de hacerte el muerto —dice la señora Stavrakis a James Page, el chico que interpreta a Carlomagno—. Solo tienes que permanecer tumbado unos minutos antes de que te resucitemos.

Sam entra en el escenario y se aclara la garganta.

—Esto, perdone, pero antes de repetir la escena, ¿podemos por lo menos probar el efecto? Queda muy pobre sin la bolsa de sangre y necesitamos ensayar. Ah, ¿y no cree que sería mucho más impactante que Pipino dispare a Carlomagno en lugar de clavarle un puñal? Así podríamos utilizar cápsulas de sangre que salpican un montón.

—Estamos hablando del siglo ocho —dice la señora Stavrakis—. Nada de pistolas.

—Pero al comienzo del musical cada uno lleva un traje de época diferente —replica Sam—. Eso quiere decir que...

—Nada de pistolas —repite la señora Stavrakis.

—Vale. ¿Y si utilizamos las bolsas? O podría colocar una cápsula en la punta de un cuchillo retráctil.

—Tenemos que ensayar el resto de la escena, Sam. Ven a verme mañana, antes del ensayo, y lo hablamos, ¿de acuerdo?

—Hecho —dice Sam, y desaparece en los bastidores. Me levanto y le sigo.

Lo encuentro de pie frente a una mesa cubierta de botellas con un líquido colorado y condones. Puedo oír la voz de Audrey al otro lado gritando algo sobre una fiesta el sábado por la noche.

—¿Qué demonios es esto? Veo que al grupo de arte dramático os va la marcha.

Sam se vuelve bruscamente. Creo que no era consciente de mi presencia. Contempla el contenido de la mesa y suelta una risa nerviosa.

—Son para llenarlos de sangre —dice, pero veo que el rubor trepa por su cuello—. Son resistentes pero estallan con facilidad.

Cojo uno.

—Si tú lo dices.

—En serio. —Me lo quita—. Colocas una pequeña carga explosiva sobre una placa

de metal cubierta de espuma y luego cubres la carga con la bolsa de sangre. Se acciona mediante una pila, de modo que solo tienes que atar la pila con cinta adhesiva y bajar el disparador por el cuerpo del actor hasta un lugar donde no se vea. Puedes utilizar cinta adhesiva de tela. Si es para un vídeo o algo parecido no importa demasiado que los cables estén a la vista porque luego puedes eliminarlos, pero en un escenario tienen que quedar disimulados.

—Entiendo —digo—. Es una pena que no te dejen hacerlo.

—Tampoco parece que mis prótesis les entusiasmen. Quería ponerle una barba a James. ¿Es que la señora Stavrakis no ha visto ningún retrato de Carlomagno? Parece una barba andante. —Se queda mirándome un largo instante—. ¿Estás bien?

—Claro. ¿Quién ganó qué?

—Ah, sí, perdona. —Sam continúa guardando su material—. Alguien vio a dos profesores enrollándose. Solo apostaron tres personas. Debes unos seiscientos pavos. —Se corrige—. Debemos.

—Eso demuestra que la banca no siempre gana. —He calculado muy mal mis probabilidades, pero no quiero que Sam se dé cuenta del fuerte golpe que supone para mí. Yo cuento con que la gente se equivoque en sus apuestas—. ¿Quiénes?

Sonríe.

—Ramírez y Carter.

Meneo la cabeza. La profesora de música y el profesor de inglés de primer año. Los dos casados.

—¿Pruebas? Espero que no estés repartiendo ganancias sin...

Sam abre su portátil y me enseña la foto. La señora Carter tiene la mano en la nuca del señor Ramírez y la boca sobre sus labios.

—¿Trucada? —pregunto esperanzado.

Niega con la cabeza.

—La gente se comporta de una forma muy extraña desde que me puse al frente de tu negocio. Interrogan a mis amigos sobre mí.

—A la gente no le gusta que sus corredores de apuestas tengan amigos. Les pone nerviosos.

—No pienso renunciar a mis amigos.

—Naturalmente que no —digo automáticamente—. Iré a buscar el dinero. Oye —digo con un suspiro—, lamento haberte pedido pruebas. He sido un capullo. —El malestar me produce un picor en la piel. He tratado a Sam como a un delincuente.

—No te preocupes, no estás raro —dice con cara de asombro—. No más de lo normal.

Supongo que está acostumbrado a gente desconfiada con temperamentos de mierda. O puede que yo nunca haya parecido todo lo normal que creía. Me dirijo a la biblioteca con la cabeza gacha, seguro de que si Northcutt o uno de sus lacayos me ve, interpretará mi presencia en el campus como un incumplimiento de mi «baja médica». Por el camino consigo no mirar a la gente a los ojos ni encontrarme a nadie.

La biblioteca Lainhart es el edificio más feo del campus, construido con los fondos donados por un músico en los años ochenta, cuando la gente creía, por lo visto, que un

edificio circular extrañamente inclinado era lo que se necesitaba para modernizar los solemnes edificios de ladrillo circundantes. Por dentro, no obstante, es muy agradable y está lleno de sillones. Las estanterías se abren en abanico desde una sala central con multitud de asientos y un enorme globo terráqueo que los de último año intentan robar cada año (popular apuesta).

La bibliotecaria me saluda desde su gran mesa de roble. Acaba de terminar biblioteconomía y posee gafas de gato de todos los colores del arco iris. Varios perdedores apostaron dinero a que se la enrollarían. Me sentí mal cuando les dije las probabilidades que había asignado.

—Me alegro de que haya vuelto, Cassel —dice.

—Y yo, señora Fiske.

Ya que me ha visto, me digo que lo mejor es no llamar la atención. Con suerte, para cuando la señora Fiske comprenda que en realidad no he vuelto ya habré vuelto.

Mi dinero de las apuestas —un total de tres mil dólares— está escondido entre las páginas de un enorme onomasticón encuadernado en cuero. Llevo dos años guardándolo ahí sin incidentes. Nadie toca el onomasticón salvo yo. Mi único temor es que sacrifiquen el libro, porque nadie utiliza jamás un onomasticón, pero creo que Wallingford lo conserva porque parece lo bastante caro y enigmático para hacer creer a los padres que vienen de visita que sus hijos están aprendiendo de los grandes genios.

Abro el libro y saco seiscientos dólares, me paseo por los estantes un par de minutos, como si estuviera barajando la posibilidad de leer algo de poesía renacentista, y regreso a hurtadillas a mi dormitorio, donde se supone que Sam me está esperando. Justo cuando piso el último escalón y pongo un pie en el pasillo Valerio sale de su habitación. Entro rápidamente en los lavabos y me encierro en un retrete. Apoyo la espalda en la pared, a la espera de que mi corazón se tranquilice, y me digo que si nadie te ve haciendo algo bochornoso no hay razón para sentirse humillado. Valerio no me sigue. Envío un mensaje a Sam.

Entra en los lavabos instantes después, riendo.

—Qué lugar tan íntimo para un encuentro.

Abro la puerta del retrete.

—Adelante, ríete. —Pero no hay rencor en mi voz, solo alivio.

—No hay moros en la costa —dice—. El águila ha ahuecado el ala. La vaca ha alzado el vuelo.

No puedo evitar una sonrisa mientras saco el dinero de mi bolsillo.

—Eres un maestro del esquinazo —le digo.

—Oye, ¿podrías enseñarme a calcular probabilidades? ¿En el caso, por ejemplo, de que quisiera apostar a algo? ¿Y cómo funciona lo de las diferencias de puntos? ¿Cómo lo calculas? No lo haces como lo explican en la red.

—Es complicado —digo evasivamente. Lo que quiero decir en realidad es: es algo fijo.

Se apoya en el lavamanos.

—Los asiáticos somos genios matemáticos.

—Está bien, genio, puede que otro día.

—De acuerdo —dice, y me pregunto si ya está pensando en montárselo por su cuenta. Supongo que podría joderle de alguna manera si lo hace, pero me agoto solo de pensar en tener que elaborar un plan.

Sam cuenta detenidamente el dinero mientras le observo a través del espejo.

—¿Sabes qué me gustaría? —dice cuando ha terminado.

—¿Qué?

—Que alguien convirtiera mi cama en un robot que luchara hasta la muerte por mí con otras camas robot.

Se me escapa una carcajada.

—Sería alucinante.

Una sonrisa lenta y tímida le curva los labios.

—Y podríamos aceptar apuestas. Y ser asquerosamente ricos.

Apoyo la cabeza en el marco de la puerta del retrete, mirando la pared de baldosas y el estampado de grietas amarillentas, y sonrío.

—Retiro todo lo que haya podido decir que indicara lo contrario. Sam, eres un genio.

No se me da bien tener amigos. Puedo serle útil a la gente. Puedo encajar. Me invitan a las fiestas y puedo sentarme a la mesa de la cafetería que me apetezca.

Pero confiar en alguien que no tiene nada que obtener de mí carece de sentido.

Todas las amistades son negociaciones de poder.

Por ejemplo, es cierto que Philip tiene un amigo íntimo, Anton. Anton es el primo de Lila y los veranos bajaba a Carney con ella. Anton y Philip se pasaban tres meses abrasadores bebiendo todo el alcohol que lograban sacar a los lugareños y trabajando en sus coches.

La madre de Anton, Eva, es la hermana de Zacharov, lo que convierte a Anton en el pariente varón con vida más cercano de Zacharov. Anton se aseguró de que Philip entendiera que si quería trabajar para la familia, eso significaba que tendría que trabajar para Anton. Su amistad se basaba —y se basa— en el reconocimiento por parte de Philip de que Anton manda y él obedece.

Yo no le caía bien a Anton porque mi amistad con Lila no parecía reconocer su posición.

Un día, cuando teníamos trece años, Anton entró en la cocina de la abuela de Lila. Lila y yo estábamos forcejeando por una tontería, empujándonos contra los armarios y riendo. Anton me separó de Lila y me tiró al suelo de un puñetazo.

—Discúlpate, pervertido —dijo.

Era cierto que tanto empellón era, básicamente, una excusa para tocar a Lila, pero prefería que Anton me moliera a patadas a admitirlo.

—¡Déjale en paz! —gritó Lila, deteniendo las manos enguantadas de Anton.

—Tu padre me ha enviado aquí para que te vigile —dijo Anton—. No le gusta que pases todo tu tiempo con este anormal. Ni siquiera es de la familia.

—Tú no eres quién para decirme lo que debo hacer —le replicó Lila.

Anton bajó la vista y me miró.

—¿Y si te digo a ti lo que debes hacer, Cassel? Ponte de rodillas. Así has de

comportarte en presencia de una princesa trabajadora.

Estaba empezando a levantarme cuando Anton me asestó una patada en el hombro y caí de rodillas.

—¡Basta! —gritó Lila.

—Bien —dijo Anton—. Ahora, ¿por qué no le besas los pies? Lo estás deseando.

—Te he dicho que le dejes en paz, Anton. ¿Por qué tienes que ser tan capullo?

—Bésale los pies —prosiguió Anton— y dejaré que te levantes.

Anton tenía diecinueve años y era inmenso. El hombro me dolía y las mejillas me ardían. Me incliné hacia delante y posé la boca sobre el pie, calzado con sandalia, de Lila. Esa mañana habíamos estado nadando; su piel tenía gusto a sal.

Lila retiró bruscamente la pierna y Anton soltó una carcajada.

—Te crees que ya eres el jefe —espetó Lila con voz temblorosa—. Crees que mi padre va a nombrarte su heredero, pero te recuerdo que yo soy su hija. Yo. Yo soy la heredera. Y cuando sea la jefa de la familia Zacharov me acordaré de esto.

Me levanté despacio y me marché a casa de mi abuelo.

Después de eso Lila estuvo semanas sin dirigirme la palabra, probablemente porque había obedecido a Anton en lugar de obedecerla a ella. Philip, por su parte, continuó como si nada hubiese ocurrido, como si ya hubiera decidido quién le importaba más, como si ya hubiera elegido el poder en lugar de a mí.

No puedo confiar en que la gente a la que quiero no me haga daño, y tampoco estoy seguro de poder confiar en que yo no les haga daño a ellos.

La amistad es un coñazo.

Camino del coche miro la hora en el móvil y decido que será mejor que vuelva a casa si no quiero que el abuelo repare en el tiempo que me he ausentado. Me queda, sin embargo, una última parada. Telefono a Maura. Es el último eslabón de mi plan: la persona que ha de responder al móvil de prepago en el caso de que suene.

—¿Diga? —pregunta en voz baja. Oigo llorar al bebé.

—Hola —digo, y respiro aliviado. Me preocupaba que pudiera contestar Philip—. Soy Cassel. ¿Estás ocupada?

—Solo estoy intentando arrancar algunos pegotes de la pared. ¿Buscas a tu hermano? Está...

—No —contesto, quizá demasiado deprisa—. He de pedirte un favor. A ti. Es importante.

—Adelante —dice.

—Solo tienes que responder a un teléfono móvil que voy a darte y fingir que eres la recepcionista de una clínica del sueño. Te anotaré qué debes decir exactamente.

—Déjame adivinar. He de decir que puedes regresar al colegio.

—Nada de eso. Solo tienes que confirmar que la clínica les envió una carta y que el médico está atendiendo a un paciente pero que les llamará más tarde. Luego me llamas y yo me encargo del resto, aunque no creo que eso último sea necesario. El colegio querrá verificar que la clínica ha enviado la carta, pero probablemente eso sea todo.

—¿No eres un poco joven para comportarte como un delincuente?

Sonrío.



—Entonces, ¿lo harás?

—Claro. Tráeme el móvil. Philip aún tardará una hora en volver, porque doy por hecho que no quieres que se entere.

Vuelvo a sonreír. Habla con tal normalidad que me cuesta recordar a la Maura ojerosa sentada en lo alto de la escalera hablando de ángeles.

—Maura, eres una diosa. Tallaré tu rostro en puré de patatas para que todo el mundo pueda adorarte como yo te adoro. Cuando abandones a Philip, ¿te casarás conmigo? Ríe.

—Será mejor que Philip no te oiga decir eso.

—Lo sé. ¿Todavía tienes intención de...? ¿Se lo has dicho ya?

—¿Si le he dicho qué?

—Oh —farfulto torpemente—. La otra noche dijiste que querías dejarle, pero ya veo que habéis arreglado las cosas. Me alegro mucho.

—Yo nunca he dicho eso —replica Maura en un tono categórico—. ¿Por qué iba a decir algo así cuando Philip y yo somos tan felices?

—No lo sé. Es probable que lo entendiera mal. Tengo que dejarte. Te llevaré el móvil a casa.

Cuelgo. Tengo las manos sudorosas, resbaladizas. Ignoro qué acaba de suceder. Puede que Maura no quiera hablar del asunto por teléfono por si hay gente escuchando. O tal vez tenga invitados en casa y no pueda hablar con libertad.

Recuerdo lo que el abuelo comentó de que Philip la estaba manipulando y me pregunto si lo entendí mal. A lo mejor Maura no recuerda lo que me dijo porque Philip ha contratado a alguien para que le arrebate esos recuerdos. Puede que sean muchas cosas las que no recuerde.

Cuando llamo al timbre Maura abre la puerta, pero solo parcialmente. No me invita a pasar. Se me forma un nudo de inquietud en el estómago.

La miro a los ojos, tratando de leer algo en ellos, pero solo veo cansancio.

—Gracias otra vez por hacerme este favor. —Le tiendo el teléfono envuelto en una hoja con instrucciones.

—De nada.

Su mano enguantada roza la mía al coger el móvil y me percato de que se dispone a cerrar la puerta. Introduzco el pie en la rendija para impedirselo.

—Espera un momento.

Frunce el entrecejo.

—¿Recuerdas la música? —le pregunto.

Deja que la puerta se abra del todo y me mira fijamente.

—¿Tú también la oyes? Comenzó esta mañana. Es tan hermosa. ¿No te parece hermosa?

—Nunca he oído nada igual —contesto con cautela.

Es cierto que no recuerda. Solo se me ocurre una persona a la que le convendría que Maura olvidara su deseo de abandonar a su marido.

Me llevo la mano al bolsillo y saco el amuleto de la memoria. «Dar esto para hacer recordar». Parece una reliquia, algo que podría pasar a una nuera predilecta para darle la

bienvenida a la familia.

—Mi madre quería que tuvieras esto —miento.

Retrocede y en ese momento recuerdo que mi madre no cae bien a todo el mundo.

—A Philip no le gusta que lleve amuletos. Dice que la esposa de un trabajador no debería parecer asustada.

—Puedes esconderlo —me apresuro a responder, pero la puerta ya ha empezado a cerrarse.

—Cuídate —dice Maura a través de la pequeña rendija—. Adiós, Cassel.

Me quedo unos instantes más en los escalones con el amuleto en la mano, tratando de pensar. Tratando de recordar.

La memoria es escurridiza. Se amolda a nuestra percepción del mundo, se reacomoda para hacer sitio a nuestros prejuicios. No es de fiar. Los testigos raras veces recuerdan las mismas cosas. Identifican a las personas que no son. Facilitan detalles sobre sucesos que nunca ocurrieron. La memoria es escurridiza, pero de pronto mis recuerdos me parecen más escurridizos aún.

Tras el divorcio de sus padres, Lila fue arrastrada por Europa durante una temporada y pasó varios veranos con su padre en Nueva York. Yo estaba al corriente de su paradero únicamente porque su abuela se lo contaba a mi abuela, por eso me sorprendió entrar un día en la cocina y verla allí, sentada sobre la encimera, hablando con Barron como si nunca se hubiera ido.

—Hola —dijo, reventando su globo de chicle. Llevaba el pelo cortado por la barbilla y teñido de rosa fuerte. Eso y la gruesa línea de los ojos hacía que pareciera mayor de trece años. Mayor que yo.

—Lárgate —dijo Barron—. Estamos hablando de negocios.

Sentí una opresión en la garganta, como si tragar pudiera dolerme.

—Como quieras. —Cogí una manzana y mi libro de Heinlein y regresé al sótano.

Miré un rato la tele, un tipo animado con una espada enorme que despedazaba a un número de monstruos nada desdeñable. Pensé en lo poco que me importaba que Lila hubiera vuelto. Al rato bajó y se derrumbó en el gastado sillón de cuero contiguo al mío. Tenía los pulgares hundidos en los agujeros de su jersey gris ratón, y reparé en una tiritita que le cubría el pómulo.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Verte. ¿Qué otra cosa iba a querer? —Señaló mi libro—. ¿Es bueno?

—Si te gustan los asesinos clonados cachas. Aunque, ¿a quién no?

—Solo a los chiflados —respondió, y no pude evitar una sonrisa.

Me habló un poco de París, del diamante que su padre había ganado en una puja de Sotheby's, un diamante que supuestamente había pertenecido a Rasputín y al cual había dado vida eterna. Que desayunaba en una terraza tazas de café con leche y pan con mucha mantequilla. No daba la sensación de que hubiera echado de menos el sur de Jersey, y no podía reprochárselo.

—¿Qué quería Barron? —le pregunté.

—Nada. —Se mordió el labio mientras se recogía el pelo rosa en una coleta lacia y tirante.

—Chanchullos entre trabajadores —dije, agitando exageradamente las manos para indicar lo impresionado que estaba—. Pero, ooooh, no me lo cuentes, podría chivárselo a la poli.

Lila examinó la lana enredada en su pulgar.

—Dice que es un trabajo sencillo. Solo un par de horas. Y me ha prometido lealtad eterna.

—Menudo chollo —dije.

Cosas de trabajadores. Hoy día sigo sin saber adónde fueron y qué hicieron, pero cuando Lila regresó tenía el pelo alborotado y el carmín corrido. No mencionamos el tema, pero vimos muchas películas de atracos en blanco y negro en el sótano y me dejó fumar algunos de los Gitanes sin filtro que había comprado en París.

Unos celos abrasadores me aporreaban las venas. Quería matar a Barron.

Supongo que al final me decidí por Lila.

Regreso a la vieja casa a tiempo para la cena, un estofado de algo con muchos fideos salpicado de cebollitas y zanahoria cortada fina. Me zampo tres platos que acompaño con café mientras la gata se me enrosca en los tobillos. Le paso disimuladamente todos los trozos de carne que logro encontrar.

—¿Cómo te fue la visita con el médico? —El abuelo también bebe café y la mano le tiembla ligeramente cuando se lleva la taza a los labios. Me pregunto qué otra cosa contiene la taza.

—Bien —digo pausadamente. No quiero hablarle de la prueba, y tampoco de Maura y sus recuerdos olvidados, lo cual me deja con muy poco que contar—. Me enchufaron a una máquina y me pidieron que intentara dormir.

—¿Ahí mismo, en la consulta?

Ciertamente ha sonado extraño, pero ya no hay marcha atrás.

—Logré dormir un poco. Solo estaban intentando obtener unos primeros resultados. Una evaluación inicial, dijo el médico.

—Ajá —farfulla mi abuelo antes de levantarse para vaciar los platos—. Probablemente por eso has llegado tan tarde.

Recojo mi plato y me acerco al fregadero sin contestar.

Más tarde, cuando tengo el cuerpo cubierto de polvo pero casi toda la planta de arriba limpia, el abuelo y yo vemos la película *Banda de proscritos*. Va de unos trabajadores de maldiciones que pertenecen a un comando secreto del FBI y utilizan sus poderes para contener a otros trabajadores, en su mayoría traficantes de drogas y asesinos en serie.

—¿Quieres saber cómo se reconoce a un trabajador? —me pregunta el abuelo con un gruñido.

Ha rescatado la silla que detesto y está sentado en ella con el azul de la pantalla reflejado en el rostro. El héroe de la película, MacEldern, acaba de derribar una puerta mientras un trabajador emocional hace que los malos lloren de remordimiento y confiesen. Es bastante cutre, pero el abuelo no me deja cambiar de canal.

Contemplo los negros muñones de sus manos.

—¿Cómo?

—Es el único que niega tener poderes. El resto de las personas creen poseer alguno. Todas tienen algo que contar sobre aquella vez que desearon que le ocurriera algo malo a alguien y le ocurrió, o que algún imbécil les amara y les amó. Como si todas las malditas coincidencias fueran trabajos.

—Tal vez tengan algún poder —digo—. Tal vez todo el mundo lo tenga.

El abuelo resopla.

—No te creas esas paparruchas. Aunque no seas un trabajador, provienes de una familia de orgullosos trabajadores. Eres demasiado listo para hablar como ese tipo, ahora no recuerdo su nombre, que decía que si los niños tomaran suficiente LSD liberarían sus

poderes.

Uno de cada mil individuos es trabajador, y de ellos el sesenta por ciento son trabajadores de la suerte. La gente solo quiere jugar a las probabilidades. El abuelo debería entenderlo.

—Timothy Leary —digo.

—Eso, y recuerda cómo terminó la cosa, con todos esos chicos intentando tocar a los otros chicos, acabando medio locos, imaginando que habían manipulado y habían sido manipulados, imaginando que se estaban muriendo a causa de una reacción, destrozándose unos a otros a arañazos. Las décadas de los sesenta y setenta fueron una estupidez, años cargados de información errónea y estrellas del rock piradas que iban de profetas y trabajadores. ¿Tienes idea de cuántos trabajadores eran contratados para realizar el trabajo que Fabulous Freddie aseguraba hacer solito?

De nada sirve intentar desviar al abuelo de sus peroratas una vez que ha empezado. Le gustan demasiado para reparar en que las he oído un millón de veces. Como mucho, puedo aspirar a dirigirlo hacia una perorata nueva.

—¿Alguna vez te contrató uno de ellos? En aquel entonces tenías... ¿cuántos? ¿Veintitantos? ¿Treinta y tantos?

—Yo me limitaba a hacer lo que ordenaba el viejo Zacharov. No trabajaba por libre. Sé de algunos que sí lo hacían, por eso. —Se ríe—. Por ejemplo, el que se fue de gira con la Black Hole Band. Un trabajador físico. Muy bueno. Si alguien molestaba a la banda acababa con el cuerpo enyesado.

—Creía que el trabajo emocional era más popular.

Muy a mi pesar, la conversación me arrastra. Cuando el abuelo suelta estos discursos, generalmente tengo la impresión de que lo hace para el resto de la familia y que si yo los oigo es solo porque casualmente me encuentro allí. Esta vez estamos solos. Y pienso en todas las fotos que he visto en internet y en especiales de la VH1 sobre aquella época. Artistas con cabeza de cabra, sirenas bailando en tanques de agua hasta ahogarse porque la transformadora no había tenido ni idea de lo que estaba haciendo cuando las maldijo, gente convertida en caricaturas de cabezas desproporcionadas y ojos enormes. Todo ello como consecuencia del trabajo de una sola trabajadora transformadora que murió de una sobredosis en una habitación de hotel, rodeada de animales manipulados que caminaban sobre dos patas y de cían incoherencias.

Hoy día ya no hay trabajadores transformadores a los que poder contratar para hacer esas cosas, aunque fuera legal. Tal vez haya uno en China, pero hace mucho que no se sabe nada de él.

—No es posible manipular a una multitud. Es demasiada gente. Hubo un chico que lo intentó. Se dijo: qué demonios, soportaré la reacción. Dejaré que un gran número de personas me toque, una después de otra, y haré que se sientan eufóricas. Como si el tipo fuera una droga.

—En este caso la reacción también sería eufórica, ¿no? ¿Qué tiene eso de malo?

La gata blanca salta al sofá y empieza a arañar los cojines con las uñas.

—¿Lo ves? Ése es el problema de los jóvenes. Os comportáis como si fuerais inmortales, como si las estupideces que hacéis no se le hubieran ocurrido antes a nadie. El

muchacho enloqueció. Babeaba y sonreía, cierto, pero enloqueció. Es el hijo de uno de los peces gordos de la familia Brennan, de modo que al menos tienen dinero para cuidar de él.

El abuelo se embarca de nuevo en su perorata sobre la estupidez de los jóvenes en general y de los jóvenes trabajadores en particular. Acaricio a la gata, que se tranquiliza bajo mi mano hasta quedarse inmóvil, sin ronronear.

Antes de acostarme hurgo en el armario de las medicinas. Me tomo dos somníferos y me duermo con la gata en el codo.

No sueño.

Alguien me está zarandeando.

—Eh, bella durmiente, levántate.

El abuelo me tiende una taza de café demasiado cargado pero esta mañana lo agradezco. Me siento la cabeza como si la tuviera llena de arena.

Me pongo los pantalones. Mis manos viajan automáticamente a los bolsillos y enseguida me doy cuenta de que me falta algo. El amuleto. El amuleto de mamá. El que traté de darle a Maura.

«Recuerda».

Caigo de rodillas y me escurro bajo la cama. Polvo, novelas de bolsillo que no he visto en años y veintitrés céntimos.

—¿Qué estás buscando? —me pregunta el abuelo.

—Nada —digo.

De niños mamá nos reunía a Philip, a Barron y a mí y nos decía que la familia lo era todo, que eran las únicas personas en las que podíamos confiar. A renglón seguido nos tocaba los hombros con las manos desnudas, por turnos, y un amor inmenso por nuestros hermanos nos envolvía, un amor sofocante.

—Prometed a vuestros hermanos que siempre os querréis y haréis lo que sea por protegeros mutuamente. Jamás os haréis daño. Jamás os robaréis unos a otros. La familia es lo más importante. Nadie os querrá tanto como vuestra familia.

Nos abrazábamos, llorábamos y hacíamos promesas.

El trabajo emocional desaparece con los meses, hasta que un año más tarde te sientes ridículo por todo lo que hiciste y dijiste cuando estabas bajo su influjo. No obstante, lo que sentías siendo presa de esas emociones no se olvida.

Eran los únicos momentos en que me sentía a salvo.

Con el café todavía en la mano, salgo de casa para despejarme. Un pie delante de otro. Hay un aire frío y limpio, e inspiro grandes bocanadas, como un hombre zozobrando.

«Las cosas se caen de los bolsillos», me digo, y decido que antes de pillar una rabieta debería buscar en el coche. Si lo encuentro allí, metido en la ranura del asiento o brillando en una de las alfombrillas, me sentiré como un idiota. Confío en poder sentirme como un idiota.

Abro impulsivamente el móvil. Tengo un par de llamadas perdidas de mi madre —probablemente le fastidia no poder llamarme a un hijo—, pero las ignoro y telefono a Barron. Necesito que alguien me dé respuestas, alguien que sé que no intentará protegerme. Salta enseguida el buzón de voz. Pulso el botón de rellamada una y otra vez, y escucho el tono. No sé a quién más llamar. Finalmente me digo que quizá pueda llamar directamente

al hijo de su habitación.

Marco el número de la centralita de Princeton. Tienen problemas para encontrar su habitación, pero recuerdo el nombre de su compañera de cuarto.

Contesta una chica con la voz ronca y grave, como si el teléfono la hubiera despertado.

—Eh, hola —digo—. Estoy buscando a mi hermano Barron.

—Barron ya no estudia aquí —dice.

—¿Qué?

—Dejó la universidad a los dos meses de iniciarse el curso. —Ya no parece adormilada, sino impaciente—. ¿Eres su hermano? Pues que sepas que se dejó aquí un montón de cosas.

—Es una persona olvidadiza. —Barron siempre ha sido olvidadizo, pero este olvido en concreto me inquieta—. Si quieres, puedo recogerlas yo.

—Se las he enviado por correo. —Se hace el silencio y me pregunto qué ha pasado entre ellos dos. No puedo imaginarme a Barron dejando la universidad por una chica, en realidad no puedo imaginarme a Barron dejando Princeton, sea por la razón que sea—. Me harté de que me prometiera que vendría a buscarlas. Y no me ha pagado los gastos de envío.

Me pongo a pensar a toda velocidad.

—¿Todavía tienes la dirección adónde las enviaste?

—Sí. ¿Seguro que eres su hermano?

—Es culpa mía no saber dónde para —me apresuro a mentir—. Después de la muerte de nuestro padre me porté como un capullo. Nos peleamos en el entierro y dejé de responder a sus llamadas. —Me sorprende cuando mi voz se eleva automáticamente en el punto justo.

—Oh —dice.

—Solo quiero decirle lo mucho que lo siento —prosigo, adornando un poco más mi embuste. Ignoro si sueno lo bastante acongojado. En realidad siento una especie de temor frío.

Oigo un frufú de papeles al otro lado del teléfono.

—¿Tienes un boli?

Anoto la dirección en mi mano, le doy las gracias y cuelgo mientras entro de nuevo en casa. Encuentro a mi abuelo apilando docenas de postales que saca de detrás de una cómoda. Tiene los guantes cubiertos de purpurina. Me extraña lo vacía que parece la habitación sin basura. Mis pasos retumban.

—Necesito otra vez el coche —le digo.

—Todavía nos falta por limpiar el dormitorio de arriba, además del porche y el salón. Y tenemos que meter en cajas las cosas de las habitaciones que ya hemos vaciado.

Levanto el teléfono y lo muevo ligeramente, como si tuviera la culpa.

—El médico quiere hacerme más pruebas. —Miente hasta creerte tu propia mentira, he ahí el verdadero secreto del arte de mentir. La única manera de no dejar cabos sueltos.

Lástima que aún no lo domine del todo.

—Imaginaba que sería por algo así —dice el abuelo con un suspiro.

Espero que me desafíe, que diga que ha hablado con el médico o que ha tenido la certeza desde el principio de que le estoy metiendo una trola. No dice ninguna de todas esas cosas; en su lugar, se lleva una mano al bolsillo de la chaqueta y me lanza las llaves.

Mi amuleto no está en el suelo del Buick ni en la ranura del asiento, aunque encuentro una bolsa arrugada de comida para llevar. Paro a poner gasolina y me compro otro café y tres chocolatinas. Mientras aguardo a que el tipo regrese con el cambio introduzco la nueva dirección de Barron en el GPS de mi móvil. Vive en Trenton, en una calle donde no he estado nunca.

Es solo un presentimiento, pero algo me dice que todas esas cosas extrañas —mi sonambulismo, los recuerdos contradictorios de Maura, el hecho de que Barron haya dejado la universidad sin decírselo a nadie, incluso la pérdida del amuleto— guardan relación entre sí.

No obstante, cuando mi pie aprieta el acelerador y el coche gana velocidad, siento que por primera vez en mucho tiempo estoy apuntando en la dirección correcta.

Lila celebró su catorce cumpleaños en un gran hotel de la ciudad de su padre, el tipo de acontecimiento donde un montón de trabajadores se pasa sobres que teóricamente solo tienen que ver con la fiesta y habla de cosas que es mejor que no oigan los chicos como yo. Lila me metió en su habitación del hotel una hora antes de que empezara la fiesta. Se había puesto una tonelada de rímel negro y una camiseta enorme con la cara de un gato animado en el centro. Ya no tenía el pelo rosa; ahora lo llevaba rubio platino y de punta.

—Las odio —dijo, sentándose en la cama con las manos descubiertas—. Odio las fiestas.

—Podrías ahogarte en un cubo de champán —dije solidariamente.

Pasó por alto mi comentario.

—Hagámonos agujeros en las orejas. Quiero hacerte agujeros en las orejas.

De sus orejas colgaban ya unas perlas diminutas. Seguro que si las arañaba con los dientes descubría que eran auténticas. Se llevó una mano tímida a un pendiente, como si pudiera leerme el pensamiento.

—Me los hicieron con pistola a los siete años. Mi madre me dijo que me compraría un helado si no lloraba, pero lloré de todos modos.

—¿Y quieres más agujeros porque crees que el dolor te distraerá de la fastidiosa fiesta? ¿O porque el hecho de pincharme te hará sentir mejor?

—Algo así. —Esbozó una sonrisa enigmática, entró en el cuarto de baño y salió con un puñado de bolas de algodón y un imperdible. Tras dejarlo todo sobre el minibar, sacó un botellín de vodka—. Ve a la máquina a buscar hielo.

—¿No tienes amigos? No estoy diciendo que tú y yo no seamos amigos, pero...

—Es complicado —respondió—. Jennifer me odia por algo que Lorraine y Margot le dijeron. Siempre están inventando cosas. No quiero hablar de ellas. Quiero hielo.

—Eres un poco mandona —dije.

—Algún día tendré que ser capaz de dar órdenes a la gente —contestó sin pestañear—. Como hace papá. Además, tú ya sabías que soy una mandona. Tú me conoces.

—¿Qué te hace pensar que quiero agujeros en las orejas?

—A las chicas les molan las orejas con agujeros. Además, yo también te conozco a



ti. Te gusta que te manden.

—Puede que me gustara a los nueve años —dijo, pero salí con la cubitera al pasillo y la traje llena de hielo.

Lila fue hasta la cómoda, se sentó en ella de un salto y arrojó al suelo un revoltijo de cedés, ropa interior y notas dobladas.

—Acércate —dijo en voz muy baja—. Primero se enciende la cerilla y luego se pasa el imperdible por la llama. ¿Lo ves? —Encendió la cerilla y giró el imperdible sobre la llama. Los ojos le brillaban—. Cuando el imperdible se pone negro e iridiscente quiere decir que ya está esterilizado.

Levanté mi mata de pelo negro y ladeé la cabeza como quien se entrega a un sacrificio. La presión del hielo me produjo un escalofrío. Lila tenía las piernas ligeramente separadas y yo estaba de pie entre sus rodillas.

—No te muevas —dijo, sus fríos dedos sobre mi piel.

Observé cómo el hielo derretido rodaba por su muñeca y le goteaba por el codo. Esperamos en silencio, como si fuera un rito ceremonial. Al cabo de un minuto aproximadamente Lila soltó el cubito de hielo, puso la punta del imperdible sobre mi oreja y apretó, despacio.

—¡Ay! —Me aparté en el último segundo.

Lila soltó una carcajada.

—¡Cassel, tienes el imperdible colgando de la oreja!

—Me ha dolido —dijo, aturdido. Pero no era eso. Era el exceso de sensaciones: la presión de sus muslos para evitar que me moviera mezclada con el punzante dolor.

—Tú podrás hacerme más daño si quieres —dijo, y empujó el imperdible con una brusquedad que me cortó la respiración.

Bajó de la cómoda y fue a buscar un cubito de hielo para su oreja. Los ojos le brillaban.

—Hazme los míos bien altos. Tendrás que apretar fuerte para atravesar el cartílago.

Pasé un imperdible por la llama de una cerilla y lo coloqué al final de la línea de agujeros que ya tenía. Se mordió el labio pero no gritó, aunque vi que se le saltaban las lágrimas. Mientras yo apretaba se limitó a hundir los dedos en la pana de mi pantalón. El metal se dobló ligeramente, y me estaba preguntando si sería capaz de traspasar por completo el cartílago cuando lo atravesó inopinadamente con un audible pop. Lila soltó un grito ahogado. Cerré cuidadosamente el imperdible para que colgara de la cresta de su oreja como un pendiente moderno.

Lila sumergió los bastoncillos de algodón en vodka para limpiar la sangre y sirvió dos chupitos. Le temblaban las manos.

—Feliz cumpleaños —dijo.

Oí pasos al otro lado de la puerta pero Lila no pareció reparar en ellos. Se inclinó sobre mí. Noté su lengua, caliente como una cerilla, en mi oreja y mi cuerpo sufrió una convulsión. Todavía estaba intentando convencerme de que había ocurrido de verdad cuando Lila sacó la lengua y me enseñó mi propia sangre.

En ese momento la puerta de la habitación se abrió y la madre de Lila entró. Carraspeó, pero Lila no retrocedió.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué no estás lista para la fiesta?

—No mola que la homenajeada sea puntual —respondió Lila, reprimiendo una sonrisa.

—¿Habéis estado bebiendo? —La señora Zacharov me miró como si fuera un extraño—. Largo.

Pasé junto a ella y salí.

La fiesta ya estaba muy animada cuando llegué, repleta de gente que no conocía. Me sentía fuera de lugar cuando me dirigí a mi asiento, y la oreja me palpitaba como un segundo corazón. Para compensar traté de hacerme el gracioso delante de los amigos de Lila y acabé portándome de una forma tan odiosa que uno de los chicos de su colegio me dio un puñetazo en el servicio de caballeros. Le propiné un empujón y el chico se hizo un corte poco profundo en la cabeza al golpearla contra un lavamanos.

Al día siguiente Barron me dijo que había pedido para salir a Lila. Habían empezado a salir en el momento en que a mí me sacaban del hotel.

Según mi GPS, la nueva residencia de Barron es una casa adosada en una calle con las aceras agrietadas y algunos edificios de apartamentos cerrados con tablas. A una de las ventanas de delante le falta casi todo el vidrio y está parcialmente cubierta con cinta adhesiva plateada. Abro la puerta mosquitera y llamo con los nudillos a una puerta de madera hueca. La pintura se descascarilla en mis manos.

Llamo, espero y vuelvo a llamar. No obtengo respuesta ni hay motos estacionadas delante. No se ve luz a través de las hojas de periódico que hacen de estores.

La puerta tiene una cerradura básica y un cerrojo. Fácil de forzar. Deslizo mi permiso de conducir por la ranura y abro la primera. El cerrojo es más peliagudo, pero saco un alambre del maletero del coche, lo introduzco en el ojo de la cerradura y lo paso por encima de los pernos hasta que se clavan en la altura correcta. Por suerte, Barron no ha elevado su nivel de sofisticación. Giro el pomo, recupero mi permiso de conducir y entro en la cocina.

Cuando veo las encimeras laminadas pienso, por un instante, que me he equivocado de casa. Los armarios blancos están cubiertos de notas: «Libreta te dirá lo que has olvidado», «Llaves en gancho», «Pagar facturas en efectivo», «Eres Barron Sharpe», «Móvil en chaqueta». Sobre la encimera descansa una botella de leche abierta con su cuajado contenido teñido de gris por ceniza de cigarrillo. En la superficie flotan colillas. Hay una pila de facturas, en su mayoría préstamos estudiantiles, todas ellas sin abrir.

«Eres Barron Sharpe» no deja mucho espacio para la duda.

Su portátil y un puñado de carpetas amarillas cubren la mesa plegable situada en el centro de la cocina. Me dejo caer en una silla y echo un vistazo a las carpetas: expedientes sobre el recurso de apelación de mi madre. Barron ha hecho algunas anotaciones con rotulador rojo y finalmente caigo en la cuenta de que ésta podría ser la razón de que haya dejado la universidad. Puede que esté llevando el caso. Tiene cierta lógica, pero no la suficiente.

Por debajo de una de las carpetas asoma una libreta donde pone «febrero a abril». La abro esperando ver más notas sobre el caso pero parece un diario. En el margen superior de cada página aparece una fecha y debajo una lista sumamente detallada de lo que Barron

comió ese día, con quién habló, cómo se sentía y, al final de todo, una lista de las cosas que debe recordar. El día de hoy comienza así:

19 de marzo.

Desayuno: batido de proteínas.

Corrí 2 kilómetros.

Me desperté sintiendo cierto aletargamiento y dolor muscular.

Me puse camisa verde claro, pantalón de bolsillos negros, zapatos negros (Prada).

Mamá sigue quejándose de las demás reclusas, de lo mucho que sufre sin nosotros y de su miedo a que, básicamente, nos desmadremos. Tiene que comprender que ya somos adultos, pero creo que no está preparada. Cuanto más se acerca el juicio más me preocupa cómo será la vida cuando vuelva a casa.

Dice que ha engatusado a un millonario y tiene muchas esperanzas puestas en él. Le he enviado recortes de prensa sobre él. Me inquieta que vuelva a meterse en problemas, y, francamente, no puedo creer que ese hombre no tenga ni idea de quién es mamá o que, de ser así, no vaya a descubrirlo algún día. Cuando mamá salga de la cárcel tendrá que ser más prudente, algo a lo que estoy seguro se resistirá.

Philip está tan apático como siempre. Hace ver que está dispuesto a hacer lo que haga falta, pero no es cierto. No es solo debilidad, sino esa continua necesidad romántica de creerse mangoneado contra su voluntad en lugar de reconocer que quiere poder y privilegios. Cada día lo aguanto menos, pero Anton le tiene una confianza que nunca me tendrá a mí. No obstante, Anton me tiene por alguien que cumple, y dudo que pueda decir lo mismo de Philip.

Puede que el dinero que saquemos baste para tener controlada a mamá durante un tiempo. Cuando todo esto acabe, Anton estará en deuda con nosotros.

Ahí terminan las anotaciones correspondientes al día de hoy, pero cuando echo una ojeada a las últimas semanas veo que Barron anotó detalles sueltos, conversaciones y sentimientos como si esperara olvidarlos. Abro el portátil con cierta aprensión, temiendo qué otras cosas extrañas voy a descubrir, pero está en hibernación y la página muestra mi debut en YouTube.

Las secuencias fueron grabadas con un móvil, de manera que la calidad de la imagen es mala y soy poco más que una mancha borrosa y pálida con el torso desnudo, pero me encojo cuando doy la impresión de que me voy a caer. Alguien grita «salta» y la cámara enfoca a la multitud. Entonces la veo. Una silueta blanca cerca de los arbustos. La gata lamiéndose una pata. La gata que estaba persiguiendo en mi sueño. Miro el vídeo y la miro a ella, tratando de comprender cómo es posible que una gata que salía en mi sueño —una gata que se parece mucho a la gata que ha estado durmiendo a los pies de mi cama— estuviera allí esa noche.

Cojo la libreta y la abro por el día que Barron se bajó el vídeo.

15 de marzo.

Desayuno: claras de huevo.

Corrí 2 kilómetros.

Me desperté bien.

Me puse tejanos azul oscuro (Monarchy), abrigo, camisa azul (HUGO).

Entré en el correo de C y encontré el vídeo. L aparece claramente en él, pero ignoro dónde está ahora. C está en la vieja casa, pero el V no le quita ojo. P ha dicho que él se ocupará de eso. Todo esto es culpa suya.

Cuidado con los idus de marzo. Una broma. Encontré el collar, pero ignoro cómo logró quitárselo. Seguro que P no lo cerró correctamente. He de encontrar una manera de utilizar esto para separar a P y A un poco más.

He de hacerme con el control de la situación.

La palabra «control» está subrayada dos veces, la segunda con tanta fuerza que el bolígrafo ha traspasado el papel.

Contemplo el remplazo hasta que las palabras se tornan borrosas. C es Cassel; debe de referirse al vídeo donde aparezco en el tejado. P debe de ser Philip. A podría ser Anton, puesto que Barron lo mencionaba antes. Me detengo unos instantes en «el V» y caigo en la cuenta de que se refiere al viejo, o sea, al abuelo. Pero ¿y L? Enseguida pienso en Lila, por absurdo que resulte.

Cojo el portátil y vuelvo a pasar el vídeo, escena por escena. Apenas se distinguen las caras de la gente; la cámara recorre la multitud demasiado deprisa y solo capta imágenes borrosas. Las únicas caras que reconozco son de estudiantes. Ni rastro de Lila. Ni de chicas muertas. Ni de nadie fuera de contexto. Nadie con collar.

Lo único en ese vídeo que podría llevar un collar es la gata.

«Solo tú puedes deshacer la maldición».

La ocurrencia es tan disparatada que me arranca una sonrisa.

Me dirijo al cuarto de baño para refrescarme la cara pero cuando paso por delante de una puerta un fuerte olor a amoníaco me detiene. Detrás hay una habitación, vacía salvo por una jaula metálica colocada junto a la ventana. La puerta de barrotes está abierta. Las hojas de periódico que abarrotan la jaula y el parquet circundante están manchadas de lo que, a juzgar por el punzante olor y el tono amarillento, sea probablemente orín de gato. Gruesas capas de periódico acartonado, como si un animal hubiera pasado mucho tiempo encerrado aquí y nadie hubiera limpiado tras su marcha.

Contengo la respiración y me acerco. Atrapados en un cruce de barrotes hay algunos pelos cortos de color blanco. Salgo de la habitación.

Barron está perdiendo la memoria. Y Maura. Y puede que yo también. No recuerdo los detalles del asesinato de Lila. No recuerdo cómo llegué hasta el tejado. No recuerdo qué le sucedió a mi amuleto de la memoria.

Supongamos que alguien nos está arrebatando esos recuerdos. No me parece una idea tan descabellada.

Supongamos también que alguien me indujo el sueño donde la gata me pide ayuda. Si he sido manipulado para tenerlo, significa que alguien tuvo que tocarme la piel. La gata —la que durmió en mi cama, la que aparece en el vídeo— me tocó.

Por tanto, puede que la gata me indujera el sueño.

Pero eso es ridículo. Los gatos son animales. Son tan capaces de manipular como de interpretar una sonata o componer una villanela.

A menos que la gata fuera realmente una chica. Una chica que fue trabajadora de sueños. Lila.

Eso significaría algo muy diferente. No solo que alguien me robó algunos recuerdos de cuando la asesiné. Significaría que Lila no está muerta.

Las paredes de azulejos beige del cuarto de baño de Barron me resultan familiares, pero tengo la sensación de estar viéndolas desde el ángulo equivocado.

Es una locura, la idea de que Lila sea una gata. La idea de que Barron la haya tenido encerrada en su casa todo este tiempo es una locura aún mayor. Y la idea de que quizá no haya matado a Lila me perturba tanto que no sé cómo recuperar el juicio.

Me miro en el espejo. Observo mi rostro, el pelo desaliñado que se ondula alrededor de mi mandíbula y mis ojos oscuros. Me observo para ver si debería tener miedo. Si todavía soy un asesino. Si estoy sufriendo una crisis nerviosa.

Cuando veo el reflejo de la bañera a mi espalda me asalta una extraña sensación de *déjà vu*. Me tambaleo y me agarro al lavamanos.

«Mientras me retorció en el agua mis manos se transformaron en brazos, luego en estrellas de mar que se enroscaban como serpientes. Me estaba descomponiendo, el agua me cubría la cabeza y...».

Más cosas que recuerdo solo a medias.

Me doy la vuelta, me acuclillo y acaricio la baldosa que hay junto al grifo de la bañera. Casi puedo recordar mis dedos alcanzando ese mismo mango, pero el recuerdo se torna surrealista y onírico y mis dedos se transforman en garras negras.

Un miedo animal, instintivo y horrible, se adueña de mí. Tengo que salir de aquí. Es en lo único en lo que puedo pensar. Camino hasta la puerta con la lucidez justa para girar el pomo para que la puerta se trabe cuando la cierre tras de mí. Subo al coche del abuelo y me quedo un rato esperando a sentirme como un niño estúpido que huye de un fantasma imaginario. Mientras espero me como una chocolatina. Me sabe a polvo, pero me la como igualmente.

He de ordenar mis pensamientos.

Mis recuerdos están llenos de sombras y por mucho que las persiga en mi cabeza, siguen siendo insustanciales.

Lo que necesito es un trabajador. Un trabajador que me dé respuestas sin hacer demasiadas preguntas. Que pueda ayudarme a encajar las piezas de este rompecabezas y mostrarme la imagen completa. Giro la llave del contacto y pongo rumbo al sur.

El mercadillo de la carretera 9 es, en realidad, un gran almacén con hileras de puestecillos separados por mostradores o cortinas. Barron y yo le pedíamos a Philip o al abuelo que nos acompañara en coche y nos pasábamos el día comiendo perritos calientes y comprando navajas baratas para esconderlas en las botas. Barron se quejaba de tener que cargar conmigo pero en cuanto llegábamos se iba a hablar con la chica que vendía encurtidos en cubas.

El lugar no ha cambiado mucho desde entonces. Fuera hay una mujer junto a una columna de cestas de colores pastel mientras un tipo trata de vender a voz en grito pieles de conejo. Tres por cinco pavos.

Dentro, el olor a frito hace que me gruñan el estómago. Me dirijo hacia el fondo,

pasado el puesto de carteras de piel de anguila y el que vende gruesos anillos de plata y dragones de peltre, hacia las adivinas con sus faldas de terciopelo y sus cartas marcadas. Cobran cinco dólares por decir «A veces te sientes solo incluso estando rodeado de gente» o «Hace un tiempo sufriste una trágica pérdida que te ha otorgado una clarividencia fuera de lo común» o incluso «Por lo general eres tímido, pero en el futuro te descubrirás siendo el centro de atención».

Hay muchos mercadillos en Jersey, pero éste se encuentra a solo veinte minutos de Carney. El verdadero negocio de las adivinas consiste en vender amuletos confeccionados por habitantes de Carney jubilados; algunos trabajadores incluso ofrecen sus servicios en la parte de atrás. Es el mejor lugar para conseguir una pequeña maldición que no esté directamente relacionada con las familias mafiosas. Y los amuletos son mucho más fiables y variados que los que venden los centros comerciales corrientes o las gasolineras.

Me acerco a una mesa cubierta con un pañuelo.

—Encorvada Annie —digo, y la anciana sonrío. Tiene un diente negro. Luce anillos de plástico y cristal sobre sus guantes de raso morado y lleva varias capas de ropa con campanitas en los bordes.

—Te conozco, Cassel Sharpe. ¿Cómo está tu madre?

Annie lleva más años vendiendo magia de los que yo llevo en este mundo. Es de la vieja escuela. Discreta. Y con la poca información que poseo, si de algo estoy seguro es de que no puedo permitirme compartirla.

—En la cárcel. La pillaron manipulando a un ricachón.

Annie suspira. Es una mujer de mundo, por lo que no se sorprende ni escandaliza conmigo, como le ocurriría a la gente del colegio. Se inclina hacia delante.

—¿La soltarán pronto?

Asiento, aunque no estoy seguro. Mamá jura que no lo hizo (lo cual no me creo), que las pruebas contra ella son prejuiciosas (lo cual sí me creo) y que el recurso de apelación que ha puesto en marcha así lo demostrará.

—¿La echas de menos?

Asiento de nuevo, aunque tampoco estoy seguro de eso. Es más fácil tenerla lejos, incapaz de trastornarnos la vida a cada momento. Desde la cárcel es una matriarca benévola y algo chiflada. En casa volvería a comportarse como una déspota.

—Necesito comprar un par de amuletos para la memoria. Que sean buenos.

—¿Insinúas que vendo amuletos malos?

Sonrío.

—Lo sé.

Su sonrisa se vuelve pícaro. Me da unas palmaditas en el rostro con su mano enguantada. Caigo en la cuenta de que no me he afeitado y que mis mejillas deben de estar lo bastante ásperas para engancharse en la tela, pero no parece importarle.

—Eres igualito que tus hermanos. ¿Sabes lo que antes se decía sobre los chicos como tú? Listo como el diablo y el doble de guapo.

Es un cumplido absurdo, pero me sonrojo y bajo la mirada.

—También tengo algunas preguntas que hacerte. Sobre la magia de la memoria. Sé que no soy un trabajador, pero necesito saber.

Annie aparta un mazo de cartas del tarot.

—Siéntate —dice, y rebusca bajo la mesa hasta sacar una caja de herramientas de plástico. Dentro hay una colección de piedras. Coge un fragmento de ónice brillante, con un agujero en el centro, y un trozo de cristal rosa empañado—. Lo primero es lo primero. Aquí tienes los amuletos.

Muchos amuletos realmente buenos parecen baratijas. Éstos no tienen mal aspecto.

—No quiero parecer exigente —digo mientras me reclino en la silla de metal plegable—, pero...

—¿Quieres algo más elegante?

Niego con la cabeza.

—No, más pequeño.

Murmura entre dientes y examina de nuevo sus existencias.

—Tengo esto. —Levanta una piedrecilla que parece un trozo de grava.

—Me llevo estas dos —digo, señalando la piedrecilla y el círculo de ónice—. De hecho, dame tres piedrecillas, si tienes, y el ónice.

Annie enarca una ceja pero se limita a responder:

—Cuarenta. Cada una.

En otras circunstancias regatearía, pero me digo que está inflando el precio para poder justificar el traspaso de información. Saco los billetes y los deslizo por la mesa.

Sonríe, mostrando su diente negro.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo puedes saber si te han modificado la memoria? ¿Existe un agujero negro en los pensamientos? ¿Es posible reemplazar unos recuerdos por otros?

Enciende un cigarrillo liado a mano que apesta a hojas de té verde.

—Al responder a esta pregunta no estoy admitiendo que conozca a alguien. Solo estoy especulando, ¿de acuerdo? Yo me limito a fabricar algunos de estos amuletos y vender otros que hacen mis amigos, y el gobierno no ha conseguido aún ilegalizar esta actividad.

—Por supuesto —replico, ofendido—. El hecho de que yo no sea...

—No pongas esa cara, no lo estoy explicando para ti. Lo estoy explicando para todo aquél que esté escuchando esta conversación. Porque nos están escuchando.

—¿Quién?

Annie se me queda mirando como si fuera lelo, da una calada a su cigarrillo y lanza una bocanada de humo de hierbas.

—El gobierno.

—Oh —digo. Aunque sospecho que está paranoica, posiblemente con un punto de demencia, siento el impulso de mirar atrás.

—Volviendo a tus preguntas, todo depende de quién haya hecho el trabajo. Los mejores trabajadores son impecables. QUITAN un recuerdo y lo sustituyen por otro. Los peores son un desastre. Pueden hacerte recordar que les debes dinero, pero si no tienes dinero en los bolsillos y tampoco recuerdas habértelo gastado, es muy probable que empieces a hacer preguntas. En lo que a pericia se refiere, la mayoría de los trabajadores de la memoria están entre esas dos categorías. Dejan retazos, hilos sueltos. Un cielo azul sin el



resto de un día. Una gran pena sin una causa.

—Pistas —digo.

—Ajá, podrías llamarlo así. —Da otra larga calada a su cigarrillo de té—. Existen cuatro clases de maldiciones sobre la memoria. Un trabajador de la memoria puede arrebatarte recuerdos y dejarte en la cabeza ese gran agujero del que hablas, o introducirte recuerdos nuevos de cosas que no han sucedido. Puede penetrar en tus recuerdos y enterarse de cosas, o puede simplemente bloquearte el acceso a tus propios recuerdos.

—¿Por qué querría hacer eso? Lo de bloquear el acceso. —Acaricio el suave círculo de ónice y este resbala por la tela de mi dedo enguantado.

—Porque es más fácil bloquear el acceso que extraer un recuerdo, y por lo tanto más barato. Del mismo modo que modificar una parte de un recuerdo es más fácil que crear un recuerdo completo. Además, cuando retiras el bloqueo el recuerdo vuelve, lo cual está bien si deseas revertir el proceso.

Asiento con la cabeza, aunque no estoy seguro de entenderlo.

—Un trabajador de la memoria chungo cobrará por extraer un recuerdo pero en realidad solo pondrá un bloqueo. Más tarde cobrará a su víctima por retirar el bloqueo. Es un mal negocio, pero ¿qué saben esos chicos? Ya no respetan nada. —Me mira de hito en hito—. ¿Tu familia nunca te explicó eso?

—Yo no soy un trabajador —le recuerdo, pero el bochorno trepa por mi rostro. Hubiera debido saberlo; mi familia tendría que haber confiado en mí. Que no lo hiciera dice mucho sobre la opinión que tiene de mí.

—Pero tu hermano...

—¿Puede revertirse? —la interrumpo. Ahora mismo no quiero hablar de mi familia.

Me mira tan fijamente a los ojos que acabo bajando la vista. Annie se aclara la garganta y sigue hablando sin tener en cuenta mi grosero comportamiento.

—La magia de la memoria es permanente. Eso no significa, sin embargo, que la gente no pueda cambiar de parecer. Puedes hacer que alguien recuerde que eres el tío más cachas de la ciudad pero te mire de arriba abajo y opine lo contrario.

Me obligo a sonreír pero siento el estómago como si hubiera tragado plomo.

—¿Qué me dices del trabajo transformador?

Se encoge de hombros. Las campanitas tintinean.

—¿Qué quieres que te diga?

—¿También es permanente?

—Otro trabajador transformador puede deshacerlo siempre y cuando la persona haya sido transformada en un ser vivo. Un transformador puede convertir a un niño en un barco y de nuevo en un niño, pero la criatura no sobrevivirá a la transformación. Cuando un ser vivo se convierte en un objeto inerte, ya no hay nada que hacer.

No hay nada que hacer. Quiero preguntarle sobre una chica convertida en gata, pero no puedo arriesgarme a ser tan específico. Ya he corrido suficientes riesgos.

—Gracias —digo, poniéndome de pie. No sé muy bien qué he averiguado, salvo que no me será fácil obtener las respuestas que necesito.

Me guiña un ojo.

—Dile a tu abuelo que Encorvada Annie ha preguntado por él.

—Lo haré —miento. Si le digo que he estado cerca de Carney querrá saber por qué. Echo a andar por el pasillo cuando recuerdo algo y me doy la vuelta.

—¿La señora Z sigue en el pueblo?

La madre de Lila. Pienso en cómo le colgué el teléfono al oír su voz, en cómo me miró cuando me encontró en la habitación del hotel el día de la fiesta de cumpleaños de Lila.

En que durante años creí que veía una oscuridad secreta en mí de la que yo no era consciente.

—Naturalmente —dice Annie—. Si sale de Carney ese marido suyo se le echará encima.

—¿Encima?

—Cree que ella sabe dónde está su hija y que no quiere decírselo. Yo le he dicho que no se preocupe, que durará más que su marido. Ni siquiera el Diamante Resucitador puede funcionar eternamente.

—¿La piedra que Zacharov compró en París con Lila? —Recordaba que el diamante guardaba relación con Rasputín, pero no recordaba que tuviera un nombre.

—Por lo visto contiene una maldición que hace que su portador nunca muera. Suena a gilipollez, ¿verdad? Eso significaría que una piedra puede hacer algo más que desviar maldiciones. Pero por lo visto funciona. Nadie ha conseguido matarle aún, y mira que lo ha intentado un montón de gente. Me encantaría echarle un vistazo. —Ladea la cabeza—. Tú estabas enamorado de su hija Lila, ¿verdad? Ahora que lo pienso, te recuerdo suspirando por ella. Tú y tu hermano.

—De eso hace mucho tiempo.

Se estira para darme un beso en la mejilla y me encojo, sorprendido.

—Dos hermanos enamorados de la misma mujer no puede acabar en nada bueno.

Barron salía con muchas otras chicas además de con Lila. Chicas de su edad, chicas que iban a su colegio y tenían coche. Lila llamaba y preguntaba por Barron y yo le contaba una mentira pobre, evidente, con la esperanza de despertar sus sospechas, pero ella siempre me creía. Entonces charlábamos hasta que Barron llegaba a casa a tiempo de darle las buenas noches, o hasta que Lila se dormía.

Lo peor, no obstante, era cuando Barron estaba en casa y le hablaba con voz tediosa mientras miraba la tele.

—Es una cría —me dijo cuando le pregunté sobre Lila—. En realidad no es mi novia. Además, vive a dos horas de aquí.

—Entonces, ¿por qué no la dejas? —Pensé en el sonido de su respiración al teléfono, ralentizándose conforme el sueño la vencía. No podía entender que Barron pudiera desear a otra chica más que a ella.

Sonrió.

—No quiero herir sus sentimientos.

Clavé un manotazo en la mesa del desayuno. Las pilas de platos temblaron.

—Solo sales con ella porque es la hija de Zacharov.

Su sonrisa se amplió.

—Eso no lo sabes. Puede que salga con ella solo para fastidiarte.

Yo quería contarle a Lila la verdad sobre mi hermano, pero si lo hacía dejaría de llamar a casa.

Los *yakuza* se insertan perlas en el pene, una por cada año que pasan en la cárcel. Un tío les hace un corte en la piel con una tira de bambú e introduce la perla. Debe de ser increíblemente doloroso. Me dije que insertarme tres piedrecillas bajo la piel de la pierna no podía ser ni la mitad de doloroso.

En el asiento trasero del coche del abuelo me arremango la pernera izquierda del tejano hasta la rodilla. He comprado en la tienda del barrio los artículos que juzgué necesarios y ahora, en el aparcamiento, vuelco la bolsa de plástico sobre el asiento. Primero me afeito siete centímetros de pantorrilla con una cuchilla desechable y los limpio con agua de botella. Es un proceso lento. La cuchilla es mala y cuando termino la piel está colorada y sangra por varios cortes diminutos.

Me doy cuenta de que no tengo nada con qué limpiar una cantidad de sangre probablemente mayor de la que esperaba. Me quito la camiseta y la coloco sobre la piel, ignorando el escozor. Tengo una botella de agua oxigenada para esterilizar las heridas pero no la utilizo. Quizá encuentre el valor de utilizarla al final, pero en estos momentos la pierna ya me duele lo suficiente.

Extraigo de un estuche una cuchilla de afeitar y miro por la ventanilla del coche con sentimiento de culpa. Hay familias cruzando el aparcamiento, niños subidos a los carritos, hombres portando bandejas con tazas de café. «No miréis», les digo en silencio, y deslizo la hoja por la pierna.

Es tal la facilidad con que se hunde, y tan leve el dolor, que me asusto. Solo siento una punzada y un estremecimiento frío y extraño a lo largo de las extremidades. Hasta mi piel parece parte del truco, porque durante unos instantes solo veo una línea allí donde la carne se divide. Finalmente la sangre empieza a brotar a lo largo del corte, al principio solo en algunos puntos, hasta que forma una larga franja roja.

Introducir las piedrecillas es la parte más dolorosa. Tengo la sensación de estar arrancándome la piel cuando empujo los tres guijarros, uno por cada año que pensé que era un asesino. Es tal el dolor que he de contener las arcadas cuando enhebro la aguja, la doblo y me doy dos torpes y atroces puntadas.

Iré a casa, cogeré a Lila y nos iremos todo lo lejos que podamos. Puede que nos vayamos a China, para buscar a alguien que pueda convertirla de nuevo en chica, o a lo mejor se la llevo a su padre e intento explicarle la situación. Pero lo que es seguro es que esta noche nos largamos.

Estoy tan lejos de descubrir quién es el trabajador de la memoria como antes de ir a ver a Encorvada Annie, pero ya no me cabe duda de que he sido manipulado. Sospecho que podría ser Anton, porque es evidente que él, Philip y Barron están confabulados. Pensaba que Anton era un trabajador de la suerte, pero puede que me haya alterado la mente para que piense eso. Si él es el trabajador de la memoria, no hay duda de que ha alterado la mente de Barron.

Y Philip lo ha permitido.

Mientras observo la espuma del agua oxigenada me digo que no importa que ahora esté mareado, que las manos me tiemblen, porque ya está. Se terminó. Nadie podrá hacerme

olvidar nada nunca más. Nunca más.

Cuando bajo del coche delante de casa veo las puertas del granero abiertas. Me acerco y miro dentro. Ni trampas, ni gatos, ni ojos brillando en la penumbra.

Me quedo ahí un rato, tratando de dilucidar qué ha sucedido. Luego corro hasta la casa y abro bruscamente la puerta.

—¿Dónde están los gatos? —grito.

—Tu hermano llamó al refugio de animales —dice el abuelo, levantando la vista de una pila de ropa de cama apolillada—. Vinieron esta tarde.

—¿Y la gata blanca? Mi gata.

—Sabes muy bien que no podías quedártela. Deja que se la lleve gente que pueda cuidar de ella.

—¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo has podido permitir que se la lleven?

El abuelo me tiende una mano pero doy un paso atrás.

—¿Qué hermano? ¿Quién llamó al refugio? —La voz me tiembla de rabia.

—No se lo tengas en cuenta —dice—. Solo estaba intentando adecentar este lugar. Estaban dejando el granero hecho una pocilga.

—¿Qué hermano? —insisto.

—Philip —responde el abuelo con un derrotado encogimiento de hombros. Sigue hablando, explicando lo fantástico que es que se hayan llevado los gatos, pero ya no le escucho.

Estoy pensando en Barron y Maura, y en mis recuerdos robados, y en la gata desaparecida, y en lo caro que se lo haré pagar a Philip. Todo. Con intereses.

Detesto los refugios de animales. Detesto el olor a orín, a excrementos, comida y periódicos húmedos, todos mezclados. Detesto los desesperados aullidos de los animales, los interminables gemidos que salen de las jaulas y el sentimiento de culpa que me genera no poder hacer nada por ellos. Ya me noto algo enloquecido cuando entro en el primer refugio, y hasta el tercero no doy con ella. La gata blanca.

Me mira desde el fondo de la jaula. No maúlla ni se frota la cara contra los barrotes, como hacen otros animales. Parece una serpiente a punto de saltar.

Pero no veo nada en ella que me haga pensar que alguna vez fue humana.

—¿Eres Lila? —le pregunto.

Eso hace que se levante y se acerque a los barrotes. Maúlla una vez, lastimeramente. Un escalofrío me recorre el cuerpo, una mezcla de miedo y rechazo.

Una chica no puede ser un gato.

Me asalta inopinadamente el recuerdo de la última vez que vi a Lila. Puedo oler la sangre. Puedo sentir la sonrisa que tira de mis labios cuando contemplo su cuerpo tendido en el suelo. Aunque sea un recuerdo falso, lo siento como algo real. En cambio esto —la posibilidad de que esté viva, de que aún pueda salvarla— lo siento como una farsa, como si me estuviera engañando. Como si estuviera enloqueciendo.

No obstante, sus ojos desiguales, uno verde y otro azul, se parecen mucho a los de Lila. Y me están mirando. Y aunque pueda estar enloqueciendo, aunque sepa que es imposible, tengo la certeza de que es Lila.

Me doy la vuelta y se pone a maullar con insistencia, pero me obligo a ignorarla y salgo de la zona de los animales. Subo a la recepción, donde una mujer corpulenta que viste una sudadera con la foto de un schnauzer está explicando a un hombre dónde colgar carteles que prometen una recompensa por su pitón real desaparecida.

—Me gustaría adoptar a la gata blanca —digo.

Me pasa un formulario. Éste me pide el nombre y la dirección de mi veterinario, cuánto tiempo llevo viviendo en mi dirección actual y si estoy de acuerdo con la desungulación. Anoto las respuestas que creo que quieren oír y dejo en blanco la parte relativa al veterinario. Las manos me tiemblan y tengo la misma sensación que experimenté después del accidente de coche de mi padre, que el tiempo avanza para mí de manera diferente que para los demás. Demasiado deprisa y demasiado despacio, y en lo único en lo que puedo pensar es que si salgo de aquí con la gata podré sentarme y esperar a que el tiempo se alcance a sí mismo.

—¿Ésta es la fecha de su nacimiento? —me pregunta la mujer, martilleando la hoja.

Asiento.

—Solo tiene diecisiete años.

Me señala el ángulo superior de la hoja, donde se anuncia en negrita: «Edad mínima para poder adoptar: 18 años». Contemplo las palabras de hito en hito. Normalmente presto atención a esa clase de cosas. Me preparo. Tengo en cuenta todas las variables. Pero en

lugar de eso estoy boqueando como un pez.

—Usted no lo entiende —digo, y reparo en el ceño que se forma en su entrecejo—. Se ha producido un malentendido. La gata que quiero adoptar es mía. Alguien debió de traerla aquí, pero en realidad es mía.

—Llegó sin collar —dice—, y sin chapa.

Suelto una risa nerviosa.

—Porque siempre se lo está enganchando con algo.

—Chico, esa gata vivía en la calle, en un granero. La trajeron hace un par de horas, de modo que si alguien la estaba alimentando, una de dos, o no le daba mucho o no llevaba mucho tiempo haciéndolo.

—Es cierto que vivía en un granero —digo—, pero ahora vive conmigo.

La mujer meneaba la cabeza.

—No sé qué ocurrió, pero puedo imaginármelo. Tus padres no te permitieron que les metieras esa gata en casa y la enviaron al refugio. Una irresponsabilidad...

—No fue eso lo que ocurrió.

Me pregunto qué haría si le contara lo que pienso que ha ocurrido. Casi se me escapa la risa.

La campanilla de la puerta tintinea cuando entra una pareja con una niña. La mujer de la sudadera con el schnauzer se vuelve con una sonrisa.

—¡Venimos a buscar un cachorro! —aúlla la niña. El contorno de su boca tiene un aspecto pegajoso y lleva los guantes llenos de manchas marrones.

—Un momento —digo en un tono de desesperación—. Por favor.

La mujer me lanza una fugaz mirada de lástima.

—Vuelva cuando haya obtenido la autorización de su madre o su padre, como esta niña.

Hago una inspiración profunda.

—¿Trabaja mañana? —le pregunto.

Se lleva una mano a la cadera, irritada ahora, y seguro que algo más enfadada por haberse apiadado brevemente de mí, pero me trae sin cuidado.

—No, pero el hombre que me sustituye mañana le dirá lo mismo. Venga con su padre o su madre.

Asiento con la cabeza, pero en realidad ya no la estoy escuchando porque mi mente solo puede oír los lamentos de Lila al otro lado de los barrotes. Lloro y lloro, pero nadie acude.

Mi padre me enseñó un truco para relajarme. Por ejemplo, antes de entrar a robar en una casa o si la policía me interrogaba. Debía imaginar que estaba en una playa y concentrarme en el sonido del agua azul y cristalina lamiéndome los pies. En la sensación de la arena bajo las plantas. E inspirar profundamente el aire del mar.

No funciona.

Sam contesta al segundo tono.

—Estoy ensayando —susurra—. Stavrakis me está mirando mal. Ve al grano.

Tengo muy poco que ofrecerle. Estoy depositando mi confianza en Sam muy a mi pesar, y sé que la confianza no posee demasiado valor. Ni siquiera sé si va a quererla.

—Necesito tu ayuda.

—¿Va todo bien? Pareces preocupado.

Me obligo a reír.

—He de sacar a una gata del refugio de animales Rumelt. Sería una especie de fuga carcelaria.

Funciona. Se ríe.

—¿La gata de quién?

—Mi gata. ¿Qué crees? ¿Que me dedico a liberar a gatos de desconocidos?

—Déjame adivinar. Le tendieron una trampa. Es inocente.

—Como toda la gente que está en prisión. —Pienso en mamá. De mi garganta brota una risa inadecuada, dura, sarcástica—. ¿Mañana entonces? —pregunto cuando consigo parar.

—Sí, es él —le oigo decir, pero su voz suena ahogada, como si tuviera la mano sobre el auricular—. ¿Quieres venir? —Dice algo más que no alcanzo a entender.

—¡Sam! —exclamo, dando un manotazo al salpicadero.

—Hola, Cassel. —Es Daneca hablando en voz muy queda. Daneca con su cáñamo y sus causas y su incapacidad para captar que la evito—. ¿Qué historia es ésa de una gata? Sam dice que necesitas ayuda.

—Solo necesito a una persona. —Lo último que deseo es tener que llevar a cabo esta misión con Daneca pegada al hombro.

—Sam dice que no le iría mal un coche.

—¿Qué le pasa al suyo?

Sam conduce un coche fúnebre, los cuales al parecer tragan gasolina por un tubo, de modo que por razones medioambientales lo ha modificado para que pueda funcionar con grasa. El interior del vehículo siempre desprende un agradable olor a frito.

—No lo sé —responde.

Supongo que no tengo muchas opciones. Me muerdo la pared interna de la mejilla y respondo entre dientes:

—Eso sería genial. Eres una gran colega, Daneca.

Cuelgo antes de que pueda volverme aún más odioso y me pregunto cómo voy a pagar la deuda que estoy contrayendo con ellos. Si todas las amistades son negociaciones de poder, ésta la he perdido por completo.

El abuelo está furioso cuando llego a casa. Empieza a gritar en cuanto cruzo la puerta. Se queja de que le he cogido el coche sin permiso y que ésta es mi casa y debo ser yo quien se ocupe de ella. Tiene mucho que decir sobre lo viejo y débil que está, lo que me hace reír, y mi risa hace que grite aún más.

—¡Calla de una vez! —grito a mi vez, y me voy directo a mi habitación.

Se queda mudo.

Partamos del supuesto de que la gata es Lila. Solo durante otro minuto, aunque pienses que me he vuelto majara. Solo para tratar de comprender algunas cosas.

Alguien la convirtió en gata.

Y ese alguien está trabajando con mis hermanos.

Y ese alguien debe de ser un trabajador transformador, lo cual lo convierte en uno

de los trabajadores más poderosos de América.

Por tanto, estoy jodido. No puedo luchar contra eso.

El póster de Magritte que cuelga sobre mi cabeza muestra la espalda de un hombre del siglo XIX bien arreglado que está mirándose en un espejo situado sobre una chimenea, pero lo que se ve en el espejo es igualmente su espalda. Lo compré porque me gustaba que fuera imposible ver la cara del hombre; sin embargo ahora, cada vez que lo miro me pregunto si realmente tiene cara.

Me suena el móvil en torno a las diez de la noche. Es Sam, y cuando respondo advierto que está borracho.

—Vente —me dice arrastrando las palabras—. Estoy en una fiesta.

—Estoy cansado —digo. Llevo horas contemplando el mismo trozo de yeso agrietado. No me apetece levantarme.

—Venga —dice—. Si estoy aquí es gracias a ti.

Ruedo sobre mi costado.

—¿De qué estás hablando?

—Esos tíos me adoran ahora que soy su corredor de apuestas. —Ríe—. ¡Gavin Perry acaba de ofrecerme una cerveza! Y todo te lo debo a ti, tío. No pienso olvidarlo. Mañana rescataremos a tu gata y luego...

—Vale. ¿Dónde estás? —No deja de ser curioso que Sam crea que está en deuda conmigo cuando él ha estado haciendo un montón de cosas por mí. Me obligo a salir de la cama.

Además, no tiene sentido que me quede en casa. Solo hago que pensar en Lila la gata, encerrada en una jaula y maullando a voz en cuello, o desgastar mis recuerdos a fuerza de repararlos.

Sam me da una dirección. Es la casa de Zoe Papadopoulos. He estado antes. Sus padres viajan mucho por cuestiones de trabajo, lo que significa que puede dar muchas fiestas.

El abuelo se ha dormido delante del televisor. En el noticiero veo al gobernador Patton, un gran defensor de la propuesta de ley número dos, la que pretende obligar a la gente a hacerse la prueba para determinar quién es trabajador y quién no. Patton insiste en que, en su opinión, los trabajadores deberían apoyar su propuesta para poder demostrar al mundo que son los ciudadanos buenos y respetuosos de la ley que aseguran ser. Dice que nadie, salvo el individuo en cuestión, tiene que saber lo que pone en el papel. Actualmente Patton no tiene previsto proponer una ley que otorgue al gobierno el acceso a los historiales médicos de la gente. Ya.

El abuelo ronca.

Cojo las llaves y salgo.

La casa de Zoe se encuentra en una de las nuevas urbanizaciones de Neshanic Station, sobre un terreno de varias hectáreas con arboledas. Es inmensa, y cuando llego el camino de entrada está repleto de coches. La puerta doble, enorme, se encuentra abierta de par en par y en el porche, apoyada en una gruesa columna corintia con una botella de vino tinto en la mano, hay una chica partiéndose de risa.

—¿Qué estás celebrando? —le pregunto.



—Celebrando —repite, como si no entendiera la palabra. Una lenta sonrisa le alza las comisuras de los labios—. ¡La vida!

No soy capaz ni de fingir una sonrisa. Daría lo que fuera por estar en otro lugar. Colándome en el refugio de animales. Haciendo algo. La espera es la peor parte de una estafa, las largas horas antes de que las cosas empiecen a suceder. Es en ese momento cuando los nervios se apoderan de la gente.

Entro haciendo un esfuerzo por que los nervios no se apoderen de mí.

Velas medio derretidas iluminan el salón y sobre los muebles hay charcos de cera. Solo hay algunos chicos, sentados en el suelo, bebiendo cerveza. Un estudiante de segundo año dice algo y todos se vuelven hacia mí.

Tardé dos años y medio en conseguir que la gente olvidara que soy diferente y apenas quince minutos en refrescarles la memoria. Mi pobre y patética vida social está a punto de empeorar.

Les saludo con un gesto de cabeza y me pregunto si por lo menos Sam está aceptando apuestas sobre los rumores que corren acerca de mí. Más le vale.

En la cocina unos estudiantes de último año tienen rodeado a Harvey Silverman, que está bebiéndose una pirámide de chupitos. Encuentro al resto de la gente fuera, en la piscina. Aunque hace demasiado frío para bañarse hay un par de personas en el agua, vestidas y con los labios azules bajo las luces del jardín.

—Cassel Sharpe —dice Audrey, entrelazando su brazo al mío—. ¿Tú por aquí?

Tiene la mirada vidriosa y la sonrisa vaga, pero sigue estando preciosa. Se vuelve hacia Greg Harmsford, que está apoyado contra una estantería hablando con dos chicas del equipo de hockey sobre hierba. Me pregunto si han venido juntos.

—Como siempre —dice, volviéndose de nuevo hacia mí—. Mirándolo todo desde las sombras. Observando a la gente. Juzgándonos.

—No os juzgo —digo. No sé cómo explicar el miedo que tengo a ser juzgado.

—Me gustaba que fueras mi novio —dice, y apoya la cabeza en mi hombro, quizá llevada por la costumbre, quizá porque está borracha. Hay demasiada ternura para que pueda hacerme el duro—. Me gustaba que me observaras.

Contengo el deseo de prometerle que si me dice qué cosas hacía bien, las volveré a hacer.

—¿A ti te gustaba que fuera tu novia? —pregunta en una voz tan queda que casi todo es aliento.

—Cortaste tú —replico, pero he bajado la voz y mis palabras salen como una caricia. No me importa lo que estoy diciendo. Solo me importa mantenerla ahí, hablando conmigo. Audrey me hace sentir que puedo salir de mi antigua vida y entrar en la de ella, donde todo es fácil y sincero.

—No has dejado de gustarme —dice—. Creo.

—Oh —digo. Me inclino y la beso. No pienso. No pienso. Solo aplasto mi boca contra la suya. Sabe a tequila. Es un beso atroz, demasiado inundado de dolor y frustración y la certeza de que lo estoy jodiendo todo y no sé qué otra cosa hacer salvo joderlo aún más.

Levanta las manos y me acaricia los hombros. No me aparta. Sus dedos se deslizan

por mi nuca y las cosquillas que siento me hacen sonreír contra sus labios. Aflojo. Mejor así. Suspira dentro de mi boca.

Dejo que mis dedos recorran su clavícula, se hundan en el hueco de su cuello. Quiero besarla ahí. Quiero dejar que mi boca y mi lengua sigan la trayectoria de las pecas que salpican su pálida piel.

—Eh —dice Greg—, apártate de ella.

Audrey se tambalea hacia atrás y casi choca con Greg. Tengo la sensación de haber emergido de unas aguas tan profundas que sufro la enfermedad del buzo. He olvidado que estamos en una fiesta.

—Estás borracha —dice Greg, y la agarra del brazo. Audrey da un ligero traspié.

Cierro los puños. Quiero estampar a Greg contra la pared. Quiero abrirme los nudillos en su cara. Miro a Audrey, buscando una señal. Me digo que si la veo asustada o incluso enfadada voy a hacer daño a Greg.

Pero ha girado el rostro y tiene la mirada fija en el suelo. Toda mi rabia se torna en autodesprecio.

—Además, ¿qué haces aquí? —pregunta Greg—. Creía que el decano había comprendido al fin que eres un delincuente y te había expulsado.

—No sabía que era una fiesta patrocinada por el colegio —digo.

—Nadie te quiere por aquí, manipulando a sus novias. —Sonríe con petulancia—. Tú y yo sabemos que es la única manera en que puedes conseguir una cita.

Pienso en Maura y mi campo de visión se estrecha. Tengo la sensación de estar mirando a Greg por un túnel negro. Aprieto los puños con tanta fuerza que noto las uñas a través del cuero de mis guantes. Le doy un potente puñetazo que lo estrella contra el suelo de madera. Mi pie está hundiéndose en sus costillas cuando Rahul Pathak me agarra de la cintura y me aparta.

—Relájate, Sharpe —me dice, pero intento soltarme. Solo deseo volver a golpear a Greg. Alguien a quien no puedo ver me coge la muñeca y la retuerce contra mi espalda.

Audrey se ha ido.

Greg se levanta, limpiándose la boca.

—Vi el juicio de tu madre en el periódico, Sharpe. Sé que eres como ella.

—Si lo fuera haría que me suplicaras poder mamármela —digo con sorna.

—Sacadlo de aquí —dice alguien, y Rahul me conduce hacia la puerta.

Los bañistas nos miran cuando pasamos junto a la piscina. Varias personas se levantan de sus hamacas como si esperaran pelea.

Forcejeo y cuando los tipos me sueltan me pilla desprevenido. Caigo al césped.

—¿Qué demonios te pasa? —dice, resoplando, Rahul.

Dirijo la vista a las estrellas.

—Lo siento —digo.

Descubro que el otro tipo que me tenía sujeto es Kevin Ford. Bajo pero corpulento. Aficionado a la lucha libre. Me mira como si estuviera deseando que intente algo.

—Tranquilízate —dice Rahul—. Estás muy raro, tío.

—Creo que he perdido el control.

He olvidado que no pertenezco a este mundo, que nunca perteneceré. Que les había

conquistado convirtiéndome en su corredor de apuestas pero que nunca fui su amigo. He olvidado los débiles cimientos sobre los que se sostiene mi vida social.

Kevin y Rahul entran de nuevo en la casa. Kevin dice algo demasiado bajo para que yo pueda oírlo y Rahul ríe entre dientes.

Vuelvo a mirar las estrellas. Nadie me ha enseñado nunca las constelaciones, de modo que para mí no son más que puntos brillantes. Un caos carente de patrón. Cuando era niño me inventé una constelación, pero la segunda vez no pude encontrarla.

Alguien se acerca arrastrando los pies y se detiene frente a mí, eclipsando las caóticas estrellas. Por un momento pienso que podría ser Audrey. Es Sam.

—Estás aquí —dice.

Me levanto lentamente mientras Sam se da la vuelta, se tambalea y vomita sobre la hortensia que hay junto a la ventana de la cocina. Algunas chicas tumbadas en las hamacas estallan en carcajadas.

—Me alegro de que hayas venido —dice Sam cuando ha terminado—, pero será mejor que me llesves a casa.

Le compro un café en un puesto de comida rápida y lo cargo de azúcar. Me digo que eso lo despejará, pero lo vomita casi todo en el asfalto del aparcamiento. Se enjuaga la boca con el resto.

Pongo la radio y nos quedamos escuchándola mientras la barriga le gorgotea. Otra canción sobre alguien al que han hecho un trabajo de amor. Como si tuviera algo de romántico que te laven el cerebro.

—Cuando era niño fingía que era un trabajador —dice Sam.

—Todos los niños lo hacen —digo.

—¿Tú también?

—Yo sobre todo.

Le ofrezco mi taza de café. No tiene azúcar, pero puede que haya más sobrecitos en algún lugar. Dice que no con la cabeza.

—¿Cómo descubre uno que es un trabajador? ¿Cuándo te diste cuenta de que no lo eras?

—Seguro que de la misma manera que tú. Mis padres nos decían que no jugaríamos con eso. Mi madre incluso llegó a decirnos que los niños que hacían trabajos antes de lo previsto podían sufrir una reacción mortal.

—¿Y eso es cierto?

Me encojo de hombros.

—Solo puede fulminarte si eres un trabajador mortal con una reacción muy desafortunada, e incluso entonces da igual la edad que tengas. Mis hermanos lo descubrieron muy pronto. Barron ganaba cosas a costa de que los demás perdieran y a Philip siempre le iba demasiado bien en las peleas. —Recuerdo que en secundaria llamaron a mamá porque Philip le había partido las piernas a tres chicos mucho más grandes que él. La reacción lo tuvo un mes en cama, pero nadie más volvió a meterse con él. No sé cómo lo consiguió mamá, pero el caso es que nadie le denunció. Intento recordar algún incidente con Barron, pero no me viene ninguno a la cabeza—. Una vez que descubres que eres un trabajador aprendes secretos de otros trabajadores. No puedo hablarte de esa parte porque

no la conozco.

—¿Se supone que puedes contarme todo esto?

—No —digo, poniendo el coche en marcha—, pero estás tan borracho que seguro que mañana no te acuerdas de nada.

En algún instante entre pedir disculpas a la señora Yu por devolver a Sam tan tarde, soltarlo sobre la cama y dar marcha atrás por el camino de su enorme casa de ladrillo colonial, caigo en la cuenta de algo.

Si Lila es una gata significa que hay un trabajador transformador aquí, en Estados Unidos. Es algo que ya sabía, pero nunca me había detenido a pensar en lo que eso significa. El gobierno daría lo que fuera por poder contratarle. Las familias mafiosas se pelearían por reclutarle. Es sobre eso sobre lo que están conspirando. Si Philip sabe quién es esa persona, el trabajo de la memoria tiene sentido.

Tienen con ellos a un auténtico trabajador transformador.

Es algo que les merece la pena hacerme olvidar.

Sam y Daneca se reúnen conmigo delante de la cafetería. Están sentados en el aparcamiento, sobre el capó del coche fúnebre Cadillac Superior de 1978, de carga lateral, y Sam, que tiene una pinta horrible, no para de dar sorbitos a su taza, como si tuviera tiritera. El coche luce impecable; la única tara de su encerada pintura de color negro metálico es la pegatina con las palabras FUNCIONA CON ACEITE 100% VEGETAL plantada justo encima del parachoques de cromo. Sam viste americana y camisa blanca con corbata, pero la americana le queda corta de mangas, como si llevara mucho tiempo en el fondo de su armario.

Daneca está rara sin el uniforme. Tiene los bajos de los tejanos gastados, rozando las finas chanclas, pero su blusa blanca está perfectamente planchada.

—Veo que ya te han arreglado el coche —digo a Sam.

Me mira desconcertado.

—A mi coche no...

Daneca le interrumpe.

—Decidí venir de todos modos, puesto que ya habíamos quedado así.

Respiro hondo y me seco las palmas en los pantalones. Estoy demasiado nervioso para que me importen sus mentiras.

—Os agradezco mucho que hayáis renunciado a vuestro sábado para ayudarme —digo, haciendo borrón y cuenta nueva y adoptando una actitud caballerosa.

—¿Por qué te interesa tanto esa gata? —pregunta Daneca.

—Es una amiga de la familia —digo, esperando que rían.

Sam levanta la vista de su taza. Puedo ver el sudor brillando en su cara. Se diría que tiene una resaca de caballo.

—¿No dijiste que la gata era tuya?

—Y lo es. Bueno, lo era. Era mía. —Me estoy liando. Estoy olvidando los fundamentos del embuste. Ante todo, simplicidad. La verdad es compleja, de ahí que nadie se la crea al lado de una mentira medio decente—. Lo que necesito que hagáis... Sospecho que no habéis recibido mi mensaje de remplazo.

—¿No parezco un niño rico? —pregunta Sam, estirándose para que podamos admirar su traje—. La envidia os corroe.

—Pareces un pirado —digo, meneando la cabeza—. Un portero pirado. O un camarero.

Sam se vuelve hacia Daneca, que suelta una carcajada.

—¿Por eso te has vestido así?

Sam se hunde de nuevo en su asiento.

—Esto no es bueno para mi ego.

—Puede hacerlo Daneca —digo—. Ella sí que da el pego.

—Humillación sobre humillación —gruñe Sam—. Daneca parece una niña rica porque es rica.

—Tú también —replica Daneca. Sam opta por ponerse las gafas de sol y gruñir un poco más. Sus padres tienen una cadena de concesionarios de coches, por lo que no deja de ser una ironía que él conduzca un coche fúnebre y se oponga a la gasolina.

—No será difícil —digo a Daneca mientras intento ahuyentar de mi mente todas las veces que la he evitado—. Te harás pasar por una buena chica con dinero que tenía que cuidar de la gata de largo pelaje blanco de su abuela. Se llama Coconut, pero posee un nombre artístico más largo que desconoces. La gata llevaba puesto un collar de cristales de Swarovski valorado en miles de dólares.

Sam se endereza.

—¿Tu gata es persa? Me encantan las caras chatas de los persas. Parece que estén siempre enfurruñados.

—No —digo, haciendo acopio de serenidad pese a las ganas que tengo de darle un guantazo—. Mi gata no. Su gata. Déjame terminar.

—Pero Daneca no tiene gata. —Al reparar en mi mirada levanta las manos—. Vale.

—Primero entras buscando a Coconut, pero luego preguntas si tienen alguna gata de pelo blanco, suave y esponjoso, la que sea. Estás desesperada. Tu abuela vuelve el lunes a casa y va a matarte. Estás dispuesta a pagar a la persona que hay detrás del mostrador quinientos pavos si te consigue una gata de pelo blanco. —Me están mirando raro—. En el mostrador no hay monitores, lo he comprobado.

—Así que ellos me dan la gata y yo les doy el dinero —dice Daneca.

Niego con la cabeza.

—No. Ellos no tienen ninguna gata blanca de pelo largo. Nuestra gata tiene el pelo corto.

—Creo que tu plan tiene un fallo —dice lentamente Sam.

—Confiad en mí —les digo, y esbozo mi sonrisa más cautivadora.

Daneca entra en el refugio de animales Rumelt y regresa al coche algo agitada.

—¿Cómo ha ido? —le pregunto.

—No lo sé —dice, y por un momento me enfurece que yo no haya podido representar también su papel. Me enfurece que sus padres no le hayan enseñado a mentir y engañar como es debido y ahora me vea traicionado por su inexperiencia.

—¿Había una mujer? —pregunto, mordiéndome la pared interna de la boca.

—No. Había un tío flaco, de veintipocos diría yo.

—¿Qué dijo cuando mencionaste el dinero? ¿O el collar?

—Nada. No tenía ninguna gata blanca de pelo largo. No sé si lo hice bien. Estaba muy nerviosa.

—Tranquila. —Le cojo la mano—. Los nervios son buenos. Se te ha perdido el Coconut de tu abuela. Es normal que estés nerviosa. Dime que le diste tu número de teléfono.

—Ése fue el único momento en que pareció interesarse en lo que le decía. —Ríe—. Y ahora, ¿qué?

Me encojo de hombros.

—Ahora esperamos. Tiene que pasar por lo menos una hora antes del siguiente paso.

Daneca me clava la misma mirada que me clavaba cada vez que me negaba a apoyar una de sus causas. Una mirada que decía que estaba traicionando a la persona que, en su opinión, yo debería ser. Pero no retira su mano enguantada de la mía.

—¿Es entonces cuando interpreto mi papel? —pregunta Sam.

Estoy muy nervioso. Esta parte es delicada y si no sale bien mi único plan de reserva es reclutar vagabundos para que intenten adoptar a la gata.

—Yo lo haré —digo.

Me mira con expresión dolida.

—Quiero entrar y ver cómo despliegas tus encantos.

Lamento haberle arrastrado hasta aquí en sábado para nada.

—Está bien —digo al fin—. Tú límitate a seguirme el rollo.

Aguardamos una hora y media, bebiendo café y chocolate caliente, hasta que empiezo a impacientarme. Finalmente saco una pulsera de una bolsa de Claire's, me la guardo en el bolsillo y de mi mochila extraigo un puñado de carteles. Daneca está comiendo una bolsa de granos de café con cobertura de chocolate y mirándome de una forma extraña. Me pregunto si podré regresar algún día a Wallingford o si ya he desvelado demasiadas cosas sobre mí.

Me pregunto si debería decirle que su intervención ha terminado y puede irse a casa, pero lo cierto es que hubiera debido decírselo hace una hora, así que decido no hacerlo ahora.

—¿Para qué son? —pregunta Sam, señalando los carteles.

—Ya lo verás —digo.

Cruzamos la calzada, lo que implica atravesar a la carrera dos carriles de tráfico cuando el semáforo cambia, y bajamos por una calle secundaria hasta el refugio. Es sábado y hay mucha gente, la mayoría en una sala donde hay docenas de felinos encaramados a grandes árboles forrados de moqueta, bufando, dormitando y arañando. El alma se me cae a los pies cuando veo que Lila no está. La posibilidad de que una familia se la haya llevado me encoge el corazón.

Lila.

Ya no finjo ni dudo cuando lo pienso.

La gata blanca es Lila.

Sam me mira como si acabara de percatarse de que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Me aclaro la garganta. El individuo del mostrador levanta la vista. Tiene la cara llena de granos.

—¿Puedo colgar esto aquí? —le pregunto, mostrándole un cartel.

Es una hoja blanca y brillante con una fotografía que he bajado de internet del gato persa blanco más mono que he podido encontrar sin collar. Idéntico a nuestra descripción de Coconut.

En el margen superior aparece escrita la palabra «ENCONTRADO» y un número de teléfono. Dejo el cartel sobre el mostrador, delante del tipo.

—Claro —dice.

Es una víctima perfecta. Lo bastante joven para codiciar el dinero y la gloria que obtendría ayudando a una chica bonita. De pronto celebro que Daneca decidiera formar

parte del plan.

Procedo a clavar otro cartel en el tablón, rezando para que, en medio del caos, el tipo mire hacia el cartel que le he dejado en el mostrador. Una mujer mayor empieza a hacerle preguntas sobre una mezcla de pit bull, distrayéndolo. Sam está a mi lado, inquieto, como si no tuviera la menor idea de lo que está pasando. Hago ver que el cartel se me cae sin querer y lo recojo.

La mujer se marcha al fin.

—Gracias por dejarme colgarlo —digo para atraer la atención del tipo, que finalmente levanta la vista hacia el cartel. Puedo ver cómo el engranaje se pone en marcha detrás de sus ojos.

—Oye, ¿encontraste tú esa gata? —pregunta.

—Ajá, y confío en poder quedármela. —A la gente le encanta ayudar. Le hace sentir bien. La avaricia es la guinda del pastel—. Mi hermanita está superilusionada. Llevaba mucho tiempo queriendo un gato.

Sam me lanza una mirada de advertencia cuando digo «super». Probablemente tenga razón; debo moderar el tono.

Saco la pulsera del bolsillo. Centellea bajo las luces fluorescentes.

—¿Has visto un collar más chillón? —Me río—. ¿A quién se le ocurre ponerle esto a un gato?

—Creo que conozco a la dueña —dice, despacio, el tipo. Sus ojos centellean como las piedras.

En lo que a persuasores se refiere, los he visto peores.

—Caray, mi hermana se llevará un disgusto. —Suspiro—. En fin, dile a tu amiga que me llame.

Es el momento de la verdad, y cuando observo el rostro de mi víctima, sé que ya es mía. Probablemente no sea un mal tipo, pero esos quinientos dólares son realmente tentadores. Y no digamos el collar.

Además, así tendrá una excusa para telefonar a Daneca.

—Espera —dice—. Quizá podrías traer la gata aquí. Estoy seguro de que conozco a la dueña. La gata se llama Coconut.

Me vuelvo hacia la puerta y de nuevo hacia él.

—No debí decirle nada a mi hermana, porque ahora está muy ilusionada y... en fin. ¿No tendrás por casualidad una gata blanca? Lo único que le he contado de ella es que es blanca.

Me mira entusiasmado.

—Ya lo creo.

Suelto un largo suspiro. No estoy fingiendo el alivio que sé que aparece en mi rostro.

—Eso es genial. Me encantaría poder llevarme una gata blanca a casa.

Sonríe. Como ya he dicho, a la gente le encanta ayudar, sobre todo si pueden ayudarse a sí mismos en el proceso.

—Bien —digo—. Te rellenaré el formulario y nos llevaremos la gata. El minino de tu amiga está en su casa. —Señalo a Sam—. Vamos a buscarla y te la traemos enseguida.



—Es muy probable que ese bicho esté inundando de pulgas el sofá de mi madre —dice Sam, lo cual es perfecto. Me habría gustado decírselo, pero solo puedo permitirme una mirada de gratitud.

Mi víctima me tiende un formulario y esta vez sé lo que tengo que hacer. Escribo que tengo diecinueve años, anoto el nombre de un veterinario y me invento un nombre que nada tiene que ver con el mío.

—¿Tienes algún documento de identidad? —pregunta.

—Claro. —Me llevo la mano al bolsillo de atrás y saco la cartera. La abro y palpo el lugar donde guardo el permiso de conducir. No está.

—Mierda —digo—. Hoy no es mi día.

—¿Dónde te lo has dejado? —pregunta el tipo.

Sacudo la cabeza.

—Ni idea. Oye, comprendo perfectamente que esto vaya contra las normas. Todavía he de pasar por otro sitio para colgar carteles. Cuando termine iré a buscar mi permiso de conducir. A lo mejor tu amiga podría llamarme y yo podría llevarle la gata a su casa. Mi hermana lo entenderá.

El tipo se queda mirándome un buen rato.

—¿Tienes el dinero de la adopción? —pregunta.

Miro el formulario, aunque ya sé qué pone.

—¿Cincuenta pavos? Sí.

La puerta tintinea y entra más gente, pero el tipo mantiene la mirada clavada en mí. Se pasa la lengua por los labios.

Saco el dinero y lo dejo sobre el mostrador. Entre malas apuestas y gastos varios me he fundido un buen bocado de mis ahorros en los últimos días. Tendré que ir con cuidado si Lila y yo queremos vivir de lo que me queda.

—Bueno, ya lo arreglaré —me dice mi víctima, aceptando el dinero.

—Oh, gracias —digo. Sé que no debo sobreactuar.

—En cuanto a la gata de pelo largo —dice Sam, y me quedo inmóvil, rezando para que no meta la pata. Está mirando al tipo del mostrador—. ¿Necesitas llamar a tu amiga o algo?

—Lo haré —contesta, y veo cómo el rubor trepa por su cuello—. Quiero darle una sorpresa.

Una mujer se acerca al mostrador con un formulario cumplimentado en la mano. Parece impaciente. He de presionar.

—¿Podemos llevarnos la gata ahora? —pregunto. Dejo la pulsera sobre el mostrador—. Ah, seguramente tu amiga también quiera el collar.

El chico mira a la mujer y luego a mí. Un segundo después su mano se cierra sobre la pulsera. Se dirige a la parte de atrás y regresa minutos más tarde con un portamascotas de cartón.

La mano me tiembla cuando lo cojo. Sam me sonrío con cara de alucinado pero yo solo puedo pensar en que la tengo. Lo he conseguido. La tengo aquí, en mis manos. Miro por los agujeros de ventilación y puedo verla, caminando de un lado a otro. Lila. Un escalofrío de pánico me recorre cuando pienso en lo mal que han hecho al encerrarla en ese

cuerpo diminuto.

—Volveré dentro de una hora —digo al tipo mientras confío en no volver a verlo en mi vida.

Odio esta parte.

Siempre odio la parte en que sé que se quedan esperando y sus esperanzas se van transformando en vergüenza hacia su propia credulidad.

Así y todo, aprieto la mandíbula, agarró firmemente el portamascotas con Lila dentro y cruzo la puerta.

Cuando abro el portamascotas en el aparcamiento de la cafetería lo primero que hace la gata es pegarme un fuerte mordisco en el pulpejo de la mano. Luego ronronea.

Mamá dice que como puede hacer que las personas sientan lo que ella quiere, puede saber qué están pensando. Dice que si yo fuera como ella también poseería esa intuición. Puede que el hecho de ser trabajador te induzca a ponerte en plan místico, pero yo creo que mamá conoce a la gente porque observa detenidamente sus rostros. A veces la gente pone caras que duran menos de un segundo; microexpresiones, las llaman, pistas fugaces que desvelan mucho más de lo que desearíamos. Yo creo que mi madre ve esas microexpresiones sin ser siquiera consciente de ello. Yo también las veo.

Por ejemplo, cuando regreso a la cafetería con la gata en mis brazos sé que Sam está flipando con la estafa, con su intervención, con mi planificación. Lo sé. Por mucho que sonría.

Pero yo no soy como mi madre. No soy un trabajador emocional. Saber que está flipando no me ayuda. No puedo hacer que no se sienta así.

Dejo la gata sobre una mesa y agarro unas servilletas para limpiarme la sangre del pulpejo. El dolor es punzante. Daneca sonrío a la gata como si fuera un juego de plata Gorham recién caído de un camión.

Lila maúlla y el camarero levanta la vista de la máquina del café. La gata vuelve a maullar y lame la espuma que asoma por la taza de papel de Daneca.

Yo me limito a contemplar a Lila la gata, incapaz de hacer otra cosa que intentar ahogar el extraño gritito de entusiasmo que amenaza con escapar de mi garganta.

—No —dice Daneca, apartándola. La gata le bufa, se desploma sobre la mesa y empieza a lamerse la pata.

—No vas a creer lo que ha hecho —le dice Sam, inclinándose hacia delante.

Miro al camarero, a los demás clientes y de nuevo a Sam. La gente empieza a prestarnos demasiada atención. La gata se mordisquea una pezuña.

—Sam —le prevengo.

—¿Sabes una cosa, Sharpe? —dice, mirándome a mí y luego a su alrededor—. Posees interesantes talentos. E interesantes paranoias.

Sonrío, pero lo cierto es que sus palabras me duelen. Me he esmerado mucho por evitar que la gente del colegio vea mi otro lado, vea cómo soy en realidad, y en media hora lo he enviado todo al traste.

Daneca ladea la cabeza.

—Qué encanto. Tantas molestias por un minino. —Acaricia la cabeza y las orejas de la gata.

El móvil me vibra en el bolsillo. Me levanto, tiro las servilletas ensangrentadas a la papelera y respondo.

—Hola.

—¡Devuélveme de una vez el coche! —dice el abuelo—. Antes de que llame a la poli y le diga que lo has robado.

—Lo siento —digo contrito. Entonces asimilo el resto de sus palabras y rompo a reír—. Un momento, ¿me has amenazado con avisar a la policía? Porque me encantaría verlo.

El abuelo gruñe y me digo que quizá se esté riendo también.

—Ve directo a casa de Philip. Quiere que cenemos juntos. Dice que cocinará Maura. ¿Crees que es buena cocinera?

—¿Y si llevo unas pizzas? —digo, mirando a la gata. Se está frotando contra la mano de Daneca—. Podríamos quedarnos en casa, relajados. —No creo que sea capaz de ver a Philip y no escupirle a la cara.

—Demasiado tarde, gandul. Ya me ha recogido y a ti te toca devolverme a casa, así que ven inmediatamente al apartamento de tu hermano.

Empiezo a decir algo pero la comunicación se corta.

—¿Estás en algún apuro? —pregunta Sam. Por la forma en que lo dice, me pregunto si está pensando en cómo pirárselas en caso afirmativo.

Niego con la cabeza.

—Cena familiar. Llego tarde.

Quiero decirles que agradezco mucho su ayuda, que lamento mucho haberles metido en esto, pero no es cierto. Solo lo lamento por mí. Lamento que ahora sepan algo que no quería que supieran. Ojalá pudiera hacer que lo olvidaran. Por un momento comprendo hasta lo más hondo esas ganas locas de alterar la memoria.

—¿Podría alguno de vosotros cuidar de la gata unas horas? —pregunto.

Sam suelta un gruñido.

—Venga ya, Sharpe. ¿Qué está pasando realmente?

—Yo lo haré —se ofrece Daneca—. Con una condición.

—Podría dejarla en el coche —digo.

Estoy deseando observar sus extraños ojos gatunos, sus diminutas pezuñas, y preguntarle si es Lila. Pese a haber decidido ya que lo es. Quiero decidirlo una segunda vez.

—No puedes dejar un gato en un coche —dice Daneca—. Se asfixiaría.

—Tienes razón. —Sonrío, pero lo siento como un rictus. Sacudo la cabeza como si quisiera sacudirme la expresión. Estoy perdiendo los papeles. Estoy perdiendo la calma—.

¿Podrías quedártela hasta mañana?

La gata suelta un hondo maullido.

—Confía en mí —le digo a la gata—. Tengo un plan. —Daneca y Sam me miran como si me hubiera vuelto loco.

No quiero separarme de ella, pero necesito tiempo para sacar de la biblioteca el resto de mi dinero y conseguir un coche. Después podremos marcharnos de la ciudad. Es la única manera de que Lila esté a salvo.

Daneca se encoge de hombros.

—Supongo que sí, pero esta noche duermo en la residencia. Mis padres tienen una conferencia y se marcharán a Vermont después de cenar. Por suerte, mi compañera de cuarto no es alérgica y estoy segura de que podremos ocultarla. No creo que haya problema.

Lila me bufa pero me levanto de todos modos mientras me las imagino juntas en una fiesta de pijamas. Me pregunto qué sueños tendrá Daneca esta noche.

—Gracias —digo mecánicamente. Mi cabeza ya está elaborando un plan.

—Espera. He dicho con una condición.

—Ah, sí.

—Quiero que me lleves a casa.

—Yo puedo... —comienza Sam.

Daneca le interrumpe.

—No, quiero que me lleve Cassel. Y que acceda a entrar un momento.

Suspiro. Sé que su madre quiere hablar conmigo, probablemente porque piensa que soy un trabajador que se niega a sumarse a la causa.

—No tengo tiempo. He de ir a casa de mi hermano.

—Sí lo tienes —replica Daneca—. He dicho un momento.

Suspiro de nuevo.

—Vale.

La casa de Daneca, un antiguo y elegante edificio colonial de ladrillo con hortensias verdes y ambarinas flanqueando el camino de entrada, está a un paso de la calle principal de Princeton. Apesta a dinero de familia, a la clase de educación que permite a la élite mantener su posición y su privilegio intimidador. Jamás he robado en una casa como ésta.

Daneca, lógicamente, entra como si tal cosa. Suelta la cartera en el recibidor, deja el portamascotas sobre el brillante parquet y echa a andar por un vestíbulo lleno de grabados antiguos del cerebro humano.

La gata maúlla discretamente desde su jaula.

—Mamá —llama Daneca—. ¡Mamá!

Me detengo en el comedor, donde un jarrón azul y blanco repleto de flores algo mustias descansa sobre una mesa lustrosa, entre dos candelabros de plata.

Mis dedos sienten el impulso de meter los candelabros en la mochila.

Me vuelvo instintivamente hacia el vestíbulo y veo a un niño rubio, de unos doce años, en la escalera. Me está mirando como si supiera que soy un ladrón.

—Hola —le digo—. Tú debes de ser el hermano de Daneca.

—Que te jodan —responde, y desaparece escaleras arriba.

—Por aquí —dice la madre de Daneca, y echo a andar en esa dirección. Daneca me está esperando frente a una puerta entornada que da a una estancia forrada de libros hasta el techo. La señora Wasserman está sentada en un pequeño sofá, junto a un escritorio.

—¿Te has perdido? —me pregunta Daneca.

—Es una casa grande —digo.

—Vamos, hazle pasar —dice la señora Wasserman, y Daneca me invita a entrar. Se desploma sobre la silla de madera de su madre y la gira levemente con un dedo del pie.

Yo me siento en el borde de una otomana de cuero marrón.

—Es un placer conocerla —digo.

—¿En serio? —La señora Wasserman tiene un pelo largo y rizado, de color castaño claro, que no se molesta en recoger. Tiene los pies descalzos y metidos bajo un echarpe de color beige—. Me alegro. He oído que recelas un poco de nosotros.

—No quiero desilusionarla, pero yo no soy un trabajador. Pensé que podía tratarse de un malentendido.

—¿Sabes de dónde viene el término «trabajador»? —pregunta, inclinándose hacia delante e ignorando mi zozobra.

—¿Del trabajo con la magia? —pregunto.

—Es mucho más moderno que eso —dice—. Hace mucho, mucho tiempo, nos llamaban teúrgicos, pero desde el siglo XVII hasta la década de 1930 se utilizó el nombre de mañosos. El término «trabajador» proviene de los campos de trabajos forzados. Cuando se aprobó la prohibición nadie sabía cómo hacerla cumplir, de modo que la gente esperaba a ser juzgada en campos de trabajo. El gobierno tardó mucho tiempo en concebir cómo dirigir un juicio. Algunas personas tuvieron que esperar años. Fue ahí donde comenzaron a formarse las familias mafiosas, en esos campos. Empezaron a reclutar gente. La prohibición creó el crimen organizado tal como lo conocemos hoy en día.

»En Australia, por ejemplo, donde el trabajo de maldiciones nunca ha sido ilegal, no existen verdaderas agrupaciones con la clase de poder que tienen nuestras familias mafiosas. Y en Europa las familias están tan consolidadas que casi constituyen una segunda realeza.

—Hay gente que piensa que los trabajadores pertenecen a la realeza —digo, pensando en mi madre—. Y Australia nunca ilegalizó el trabajo de maldiciones porque fue fundada por trabajadores de maldiciones, o mañosos si lo prefiere, que habían sido enviados a las colonias penitenciarias.

—Conoces bien la historia, pero quiero que veas algo. —La señora Wasserman me coloca delante una pila de fotografías grandes en blanco y negro. Hombres y mujeres con las manos amputadas y cuencos sobre la cabeza—. Esto es lo que solía ocurrirles a los trabajadores en todo el mundo, y todavía sucede en algunos lugares. La gente dice que los trabajadores abusaban de su poder, que eran los que verdaderamente detentaban el poder, personas muy influyentes, pero has de saber que la mayoría de los trabajadores vivían en pueblos pequeños. Muchos siguen haciéndolo en la actualidad. Y nadie se toma en serio la violencia que se ejerce contra ellos.

En eso tiene razón. Es difícil tomarse en serio la violencia cuando los trabajadores son los que tienen todas las de ganar. Vuelvo a mirar las imágenes. Mis ojos se detienen continuamente en la carne recortada, brutal, las oscuras cicatrices, probablemente abrasadas.

La señora Wasserman repara en ello.

—Lo más sorprendente —prosigue— es que algunos han aprendido a hacer trabajos con los pies.

—¿En serio? —Levanto la vista.

Sonríe.

—Si la gente supiera eso, no sé si los guantes serían tan populares. Los guantes se

remontan nada menos que al Imperio bizantino. En aquellos tiempos la gente se los ponía para protegerse de lo que denominaban «el toque». Creían que los demonios deambulaban entre las personas y que su toque traía caos y terror. Los trabajadores eran considerados demonios con los que era posible comerciar a cambio de sumas cuantiosas. Si tenías un bebé trabajador era porque se le había metido dentro un demonio. Justiniano I, el emperador, se dedicaba a recoger a todos esos bebés y criarlos en una gran torre para formar un ejército de demonios imparable.

—¿Por qué me cuenta todo eso? Sé que se han dicho muchas cosas absurdas sobre los trabajadores.

—Porque Zacharov y demás jefes de familias mafiosas están haciendo lo mismo. Su gente se dedica a rondar por las estaciones de autobuses de las grandes ciudades buscando fugitivos. Les dan un techo y algunos trabajillos, y cuando quieren darse cuenta son como los niños demonio bizantinos. Están tan endeudados que es como si fueran presos o prostitutas.

—Nosotros hemos acogido a un niño —dice Daneca—. Se llama Chris. Sus padres lo echaron de casa.

Pienso en el niño rubio de la escalera.

La señora Wasserman mira severamente a Daneca.

—Eso es asunto de Chris.

—Tengo que irme —digo, poniéndome de pie.

Estoy incómodo. Siento como si se me hubiera encogido la piel. Necesito huir de esta conversación.

—Quiero que sepas que cuando estés preparado, podré ayudarte —dice la señora Wasserman—. Podrías salvar a muchos niños de muchas torres.

—No soy lo que usted cree —digo—. No soy un trabajador.

—No hace falta que lo seas. Sabes cosas, Cassel. Cosas que podrían ayudar a niños como Chris.

—Te acompaño —dice Daneca.

Camino hasta la puerta con paso presto. Tengo que largarme de aquí. Me cuesta respirar.

—No es necesario —farfullo—. Nos vemos mañana.

Un intenso olor a cordero con ajo me golpea cuando abro la puerta del apartamento de Philip y Maura. Tanto insistir en que me diera prisa y ahora me encuentro al abuelo dormido en un sillón abatible, con una copa de vino sobre la panza sostenida precariamente por su mano izquierda y algo inclinada hacia el pecho. En el televisor que tiene delante un predicador fundamentalista está hablando de trabajadores que se han prestado a hacerse la prueba para que la gente pueda darse la mano amistosamente, sin necesidad de guantes. Dice que todas las personas son pecadoras y que el poder es demasiado tentador. Los trabajadores caerán finalmente en esa tentación si no se les mantiene bajo control.

Puede que tenga razón en lo que dice, salvo en eso de darse la mano con desconocidos. Suena asqueroso.

Oigo un tintineo de platos cuando Philip sale de la cocina. Al verlo me estremezco. Es como tener una especie de imagen doble surrealista. Philip, mi hermano. Philip, la persona que probablemente está robando mis recuerdos y los de Barron.

—Llegas tarde —dice.

—¿Qué celebramos? —pregunto—. Maura se está esmerando.

Barron sale detrás de Philip con otras dos copas de vino. Parece más delgado que la última vez que lo vi. Tiene los ojos rojos y diría que su pelo, que normalmente luce un corte de abogado, está más largo y desaliñado.

—Maura está alucinando. Insiste en que nunca ha preparado una cena para invitados. Será mejor que vuelvas a la cocina, Philip.

Quiero sentir lástima por Barron, por todas esas notas delirantes dirigidas a sí mismo, pero solo puedo ver la pequeña jaula de metal sobre un suelo cubierto de orines. Solo puedo imaginármelo subiendo la música para ahogar los maullidos de Lila.

Philip levanta las manos.

—Maura se ahoga en un vaso de agua. —Regresa a la cocina.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunto a Barron.

Sonríe.

—La apelación de mamá casi ha terminado. Ya solo nos queda esperar el veredicto.

—¿La soltarán?

Le acepto la copa y me la bebo de un trago. Está mal que mi primer sentimiento sea de pánico. Que mamá salga de la cárcel significa que volverá a inmiscuirse en nuestras vidas. Significa caos.

Entonces recuerdo que no estaré aquí para verlo. Mientras venía he descartado la idea de conseguir un coche. Mañana utilizaré uno de los ordenadores del colegio para hacer una reserva en un tren que vaya al sur.

Barron se vuelve un momento hacia el abuelo.

—Depende del veredicto, pero tengo un buen presentimiento. Comenté el caso a un par de profesores y los dos me dijeron que es imposible que mamá pierda, que tenía muchos argumentos a su favor. He estado trabajando en el caso como un estudio

independiente, por lo que mis profesores se han involucrado.

—Qué bien —digo, escuchándole a medias. Me estoy preguntando si puedo pagar una litera.

El abuelo abre los ojos y me doy cuenta de que no estaba durmiendo.

—Deja de vacilar, Barron. Cassel es demasiado listo para creerte. En cualquier caso, vuestra madre va a salir de la cárcel y, quiéralo Dios, estará encantada de llegar a una casa limpia. El muchacho ha hecho un buen trabajo.

Maura asoma la cabeza por la puerta de la cocina.

—Ah, estás aquí —dice. Lleva puesto un chándal rosa. Puedo ver sus clavículas asomando justo por encima de la cremallera—. Podéis sentaros. Creo que la comida ya está lista.

Barron entra en la cocina y cuando me dispongo a seguirle el abuelo me coge del brazo.

—¿Qué está pasando?

—¿A qué te refieres? —le pregunto.

—Sé que os traéis algo entre manos y quiero saber qué es.

Puedo oler el vino en su aliento pero parece totalmente sobrio. Quiero contárselo, pero no puedo. Es un hombre leal y me cuesta imaginármelo implicado en el secuestro de la hija de su jefe, pero mi falta de imaginación no es razón suficiente para confiar.

—Nada —digo, poniendo los ojos en blanco, y me siento a cenar.

Maura ha cubierto la mesa de la cocina con un mantel blanco y añadido un par de sillas plegables. Encima están los candelabros de plata que un individuo que se hace llamar tío Monopoly regaló a Philip en su boda, y los cuales estoy seguro de que son robados. La luz de las velas mejora la atmósfera al sumir el resto de la cocina en sombras. Sobre una fuente, junto a un cuenco con zanahorias y chirivías asadas, yace un cordero al horno con rodajas de ajo apuntando hacia fuera como si fueran trocitos de hueso. El abuelo se bebe casi todo el vino de una copa que Barron le llena constantemente, pero me deja el suficiente para ponerme algo contento. Hasta el bebé parece feliz golpeando un sonajero de plata contra su bandeja y embadurnándose la cara de puré de patatas.

También reconozco los platos en los que estamos comiendo. Ayudé a mamá a robarlos.

Cuando miro el espejo del vestíbulo tengo la impresión de estar mirándonos a nosotros desde el espejo de una casa de la risa, una parodia de una reunión familiar. Míranos celebrando nuestras proezas delictivas. Mira cómo nos reímos. Mira cómo mentimos.

Maura sirve el café justo cuando suena el teléfono. Philip se levanta y regresa unos minutos más tarde tendiéndome el aparato.

—Mamá —dice.

Lo cojo y me traslado a la sala de estar.

—Enhorabuena —digo al auricular.

—Has estado evitando mis llamadas. —Mamá parece más divertida que irritada—. Tu abuelo me dijo que te encontrabas mejor. Dice que los chicos que se encuentran mejor no llaman a sus madres. ¿Es cierto?



—Me encuentro de maravilla —respondo—. Como una rosa.

—Hum. ¿Y estás durmiendo bien?

—Ajá, incluso en mi cama —digo alegremente.

—Muy gracioso. —Puedo oír la larga exhalación que me indica que está fumando—. Es una buena señal, supongo, que todavía puedas bromear.

—Lo siento —digo—. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—Tu abuelo también me dijo eso. Dijo que estabas pensando mucho en cierta persona. Pensar suelta la lengua, Cassel. Entonces hubo personas que te respaldaron. Respáldalas tú ahora y olvídate de ella.

—¿Y si no puedo? —pregunto. Ignoro qué sabe mi madre o de qué lado está, pero una parte de mí, una parte infantil, quiere creer que me ayudaría si pudiera.

Titubea un breve instante.

—Ella ya no está, cielo. Tienes que dejar de permitirle que siga ejerciendo poder sobre...

—Mamá —digo, interrumpiéndola. Me estoy alejando de la cocina, hasta que me detengo delante del ventanal de la sala, cerca de la puerta de entrada—. ¿Qué clase de trabajador es Anton?

Baja la voz.

—Anton es el sobrino de Zacharov y su heredero. Mantente alejado de él y deja que tus hermanos cuiden de ti.

—¿Es un trabajador de la memoria? Solo dime eso. Solo di sí o no.

—Pásame a Philip.

—Mamá —insisto—. Por favor, dímelo. No soy un trabajador pero sigo siendo tu hijo. Por favor.

—Pásame ahora mismo a tu hermano, Cassel.

Durante unos instantes barajo la posibilidad de colgar. Luego barajo la posibilidad de estrellar el teléfono contra el suelo y hacerlo pedazos. Ninguna de esas opciones me aportará nada salvo satisfacción.

Cruzo el apartamento y dejo el teléfono junto al plato de tarta de Philip.

—En mis tiempos —dice el abuelo. Está en medio de una de sus peroratas—. En mis tiempos los trabajadores todavía eran respetados. Manteníamos la paz en los barrios. Era ilegal, por supuesto, pero la poli hacía la vista gorda porque sabía lo que le convenía.

No hay duda de que está beodo.

Barron y el abuelo se sientan en la sala de estar para ver la tele mientras Philip habla con mamá por el supletorio del desván. Maura está frente al fregadero vaciando restos de comida en el triturador. Frota una olla y los labios le suben por las encías como un perro antes de morder.

Quiero hablarle de los recuerdos perdidos pero no sé cómo hacerlo sin cabrearla.

—Estaba todo delicioso —digo al fin.

Se da la vuelta y su rostro adopta una expresión relajada, ausente.

—Se me quemaron las zanahorias.

Inquieto, me meto las manos en los bolsillos.

—Estaban ricas.

Maura frunce el entrecejo.

—¿Necesitas algo, Cassel?

—Quería darte las gracias por echarme un cable el otro día.

—¿Y mentir a tu colegio? —pregunta con una sonrisa pícar—. Todavía no han llamado.

—Lo harán. —Cojo un trapo y me pongo a secar un cuchillo—. ¿No tienes lavaplatos?

—Se come el brillo de la hoja —dice, cogiendo el cuchillo y guardándolo en un cajón—. Y la olla tenía demasiada grasa pegada. Algunas cosas todavía hay que hacerlas a mano.

Dejo el trapo sobre la encimera con repentina determinación.

—Tengo algo para ti. —Voy a buscar la chaqueta e introduzco la mano en el bolsillo interior.

—Eh, ven a sentarte con nosotros —me dice Barron.

—Ahora voy —respondo antes de regresar rápidamente a la cocina—. Mira —le digo a Maura, alargando la mano para mostrarle el amuleto de ónice—. Sé lo que dijiste sobre el hecho de ser la esposa de un trabajador y...

—Todo un detalle. —La piedra brilla como una gota de alquitrán bajo las luces empotradas—. Eres como tu hermano. No entiendes de favores, solo de intercambios.

—Coge una aguja y cósetelo al sujetador —insisto—. Prométeme que lo harás.

—Qué encanto. —Maura ladea la cabeza—. Te pareces a él, ¿sabes? A mi marido.

—Es normal. Somos hermanos.

—Estás muy guapo con todo ese pelo negro alborotado y tu sonrisa torcida. —Son elogios, pero su tono no suena elogioso—. ¿Ensayas sonreír así?

A veces, en situaciones apuradas, no puedo evitar sonreír de esa manera.

—Mi sonrisa se tuerce de forma natural.

—No eres tan encantador como crees —dice, acercándose tanto a mí que noto su aliento tibio y ácido en mi cara. Retrocedo y mis piernas chocan con el canto de la encimera—. No eres tan encantador como él.

—Vale —digo—. Pero prométeme que lo llevarás encima.

—¿Por qué? —me pregunta—. ¿Qué clase de amuleto es para que sea tan importante?

Miro hacia el hueco de la puerta. Puedo oír el televisor de la sala, uno de esos programas concurso que le gustan al abuelo.

—Un amuleto de la memoria —digo en voz baja—. Es más eficaz de lo que parece. Dime que te lo pondrás.

—De acuerdo.

Pruebo a esbozar una sonrisa lo menos torcida posible.

—Los no trabajadores tenemos que estar unidos.

—¿Por qué dices eso? —Maura entorna los párpados—. ¿Me tomas por una idiota? Sé que eres uno de ellos. Eso sí lo recuerdo.

Niego con la cabeza, pero no sé qué responder. Será mejor que espere a que el amuleto le muestre la verdad antes de intentar discutir con ella sobre cosas que, en

cualquier caso, tampoco importan.

—El abuelo se ha quedado frito —dice Barron cuando entro en la sala de estar—. Me parece que vas a tener que quedarte a dormir. Yo tampoco creo que vaya a ninguna parte. —Bosteza.

—Puedo conducir yo —digo. Siento que me asfixian todas las cosas que no puedo decir, todas las cosas que sospecho que mis hermanos están haciendo. Quiero llegar a casa cuanto antes y hacer la maleta.

—¿Qué le has dicho a mamá? —pregunta. Está bebiendo café solo en una de las tazas buenas de Maura, de ésas que tienen plato—. Philip está tardando mucho en calmarla.

—Únicamente que sabe algo que se niega a contarme —respondo.

—Caray, si nos dieran un dólar por cada cosa que mamá no nos cuenta seríamos millonarios.

—Yo lo sería mucho más que tú. —Me siento en el sofá. No puedo irme sin, por lo menos, tratar de prevenirle—. ¿Puedo preguntarte algo?

Barron se vuelve hacia mí.

—Claro. Dispara.

—¿Recuerdas cuando de niños bajamos a la playa de Carney? Había sapos entre la maleza. Tú cazaste uno diminuto que te saltó de las manos y yo aplasté el mío hasta que vomitó las tripas. Lo dimos por muerto, pero cuando lo dejamos un momento solo desapareció, como si hubiera vuelto a tragarse las tripas y se hubiera largado dando saltos. ¿Lo recuerdas?

—Ajá —dice Barron, encogiéndose de hombros—. ¿Por qué?

—¿Y el día que tú y Philip rescatasteis del contenedor aquellas revistas de *Playboy*, recortasteis todos los pechos y cubristeis con ellos la pantalla de una lámpara? La pantalla empezó a arder y me disteis cinco dólares para que contara una mentira a papá y mamá.

Se ríe.

—¿Cómo iba a olvidarlo?

—Bien. ¿Y el día que fumaste tanta hierba que pensabas que le habían echado algo? Te caíste dentro de la bañera y te negaste a salir porque estabas convencido de que se te caería la parte de atrás de la cabeza. Lo único que te calmaba era que te leyera en voz alta, así que te leí el único libro que había en el cuarto de baño, una de esas novelas románticas de mamá, *The Windflower*, de principio a fin.

—¿Por qué me preguntas todo eso?

—¿Lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Me leíste el libro entero. Fue fácil limpiar la sangre cuando salí. Pero ¿a qué viene tanto interrogatorio?

—Nada de eso sucedió —digo—. Por lo menos, no a ti. No estabas cuando ocurrió lo del sapo. Y la historia de la lámpara me la contó mi compañero de cuarto. Él pagó a su hermana pequeña para que mintiera. La tercera historia le sucedió a un tío de mi residencia llamado Jace. Por desgracia, nadie tenía *The Windflower* a mano. Yo, Sam y otro chico de nuestra planta nos turnamos para leerle *El paraíso perdido* desde el otro lado de la puerta que había cerrado con pestillo. Creo que eso lo volvió aún más paranoico.

—Mientes.

—Pues a mí me parece más paranoico. Y todavía se le va un poco la olla cuando le hablas de ángeles.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad? —Barron se endereza—. Te estaba siguiendo el juego para ver hasta dónde querías llegar. Tú no puedes engañarme.

—Acabo de hacerlo —digo—. Estás perdiendo tus recuerdos e intentas disimularlo. Yo también he perdido algunos recuerdos.

Me mira con extrañeza.

—Lo dices por Lila.

—Eso es historia —digo.

Barron se vuelve de nuevo hacia el abuelo.

—Recuerdo que te daba mucha rabia que saliera con Lila. Estabas chiflado por ella e intentando convencerme siempre de que la dejara. Un día entro en el sótano del abuelo y la encuentro tendida en el suelo. Tú estás de pie frente a ella, con esa expresión de estupefacción en el rostro.

Sospecho que me está contando esa historia para pincharme, para desquitarse conmigo por haberle puesto en evidencia.

—Y un cuchillo —añado. Me molesta que lo que recuerdo más claramente, mi espantosa sonrisa, no aparezca en su descripción.

—Exacto, un cuchillo. Dijiste que no recordabas nada, pero era evidente lo que acababa de suceder. —Barron menea la cabeza—. A Philip le aterraba que Zacharov pudiera descubrirlo, pero la sangre tira. Te cubrimos. Escondimos el cuerpo. Mentimos.

Hay algo muy extraño en la forma en que describe ese recuerdo, como si recordara frases de un libro de remplazo sobre una batalla en lugar de recordar realmente una batalla. Nadie comentaría que la sangre tira si su recuerdo está lleno de manchas y coágulos rojos.

—¿La querías? —le pregunto.

Barron agita las manos de una manera que no alcanzo a interpretar.

—Era muy especial. —Una sonrisa le levanta un lado de la boca—. Tú, desde luego, lo creías.

Por fuerza ha de saber quién había realmente en la jaula que guarda en su casa, quién maullaba y comía lo que él le daba y le ensuciaba el suelo.

—Supongo que es cierto eso que dicen: he amado en exceso para no odiar.

Barron ladea la cabeza.

—¿De qué estás hablando?

—Es una cita. De Racine. Imagino que también conoces el dicho de que entre el amor y el odio solo hay un paso.

—Entonces, ¿la mataste porque la amabas en exceso? ¿O ya no estamos hablando de ella y de ti?

—No lo sé —digo—. Hablo por hablar. Quiero que tengas cuidado...

Me interrumpo cuando Philip aparece en el umbral.

—Acabo de terminar de hablar con mamá —dice—. Necesito hablar con Cassel. A solas.

Barron mira a Philip y luego me mira a mí.

—¿Qué sospechas que está pasando? ¿Con qué debo tener cuidado?

Me encojo de hombros.

—Qué voy a saber yo.

Philip me lleva a la cocina y se sienta a la mesa con las manos cruzadas sobre el manchado mantel blanco. Está rodeado de platos y copas, la mayoría vacías. Levanta una botella de Maker's Mark y vierte el licor ambarino en una taza usada.

—Siéntate.

Me siento y se queda mirándome en silencio.

—¿A qué viene esa cara? —le pregunto, pero mis dedos viajan instintivamente a las piedrecillas que escondo bajo la piel. El dolor es tranquilizador y tan adictivo como pasar la punta de la lengua por el crudo boquete de un diente recién arrancado—. Debo de haber enfadado mucho a mamá.

—Ignoro qué es eso que crees saber —dice Philip—, pero has de entender que lo único que intento hacer... lo único que siempre he intentado hacer es protegerte. Quiero que estés a salvo.

Qué gran discurso. Sacudo la cabeza pero no le contradigo.

—Vale. ¿Y de qué me estás protegiendo?

—De ti mismo —dice, y esta vez me mira directamente a los ojos. Por un momento vislumbro al matón que la gente teme, la mandíbula apretada, el pelo ensombreciéndole el rostro. Pero después de todos estos años por fin me está mirando directamente a los ojos.

—No me vengas con cuentos —replico—. Ya soy mayorcito.

—Las cosas son difíciles sin papá —dice—. La carrera de Derecho cuesta dinero. Wallingford cuesta dinero. Los gastos de la defensa de mamá son exorbitantes. El abuelo tenía unos pocos ahorros pero nos los hemos comido. He tenido que redoblar mis esfuerzos y estoy haciendo lo que puedo. Quiero que tengamos cosas, Cassel. Quiero que mi hijo tenga cosas.

Bebe otro trago y rompe a reír. Los ojos le brillan cuando levanta la vista y me pregunto cuánto alcohol lleva ya en el cuerpo. El suficiente para soltarle la lengua.

—Entiendo —digo.

—Eso implica correr ciertos riesgos. ¿Qué pasaría si te dijera que te necesito para algo? ¿Que Barron y yo necesitamos que nos ayudes en algo?

Recuerdo a Lila en mi sueño, pidiéndome ayuda. La superposición de recuerdos me aturde.

—¿Necesitáis mi ayuda? —pregunto.

—Necesito que confíes en nosotros —responde Philip ladeando la cabeza y esbozando esa sonrisa petulante de hermano mayor. Cree que me está dando una lección.

—Cómo no voy a confiar en mis propios hermanos —contesto. Creo que he conseguido decirlo sin sarcasmo.

—Bien —dice.

Veo tristeza y cansancio en sus hombros caídos, resignación más que crueldad. Eso hace tambalear mis conclusiones. Pienso en nuestra niñez y en lo mucho que me gustaba que Philip me prestara atención, aunque dicha atención llegara en forma de orden. Me encantaba encaramarme a la nevera para sacarle una cerveza y abrirla como un camarero, sonreírle y esperar un seco asentimiento de cabeza como reconocimiento.

Así que aquí estoy, tratando de encontrar una salida donde él no sea el villano. Buscando el asentimiento de cabeza. Y todo porque finalmente me ha mirado a los ojos.

—Dentro de muy poco las cosas van a cambiar mucho para nosotros. Mucho. No tendremos que luchar nunca más. —Hace un gesto amplio con el brazo que derriba una de las copas que Maura no ha retirado. Apenas queda un dedo de vino, pero éste se precipita por el blanco mantel como una marea rosada. No parece notarlo.

—¿Qué va a cambiar? —le pregunto.

—No puedo contarte los detalles —responde, y se vuelve hacia la sala de estar. Se levanta tambaleándose—. Por el momento no armes follón. Y no te pelees con mamá. Dame tu palabra.

Suspiro. La conversación es unidireccional, absurda. Quiere que confíe en él pero él no confía en mí. Quiere que le obedezca.

—Está bien —miento—. Tienes mi palabra. La familia debe cuidar de la familia. Lo entiendo.

Cuando me levanto me doy cuenta de que la copa que ha volcado no está del todo vacía. Queda una especie de poso en el fondo. Me inclino y deslizo el dedo por el sedimento, unos gránulos que semejan azúcar, mientras intento recordar dónde se ha sentado cada uno.

Desoyendo las protestas de Maura y la enojada insistencia de Barron, arrastro al abuelo hasta el coche. El corazón me late como si estuviera en una pelea cuando rechazo el ofrecimiento de dormir en el estudio o en el sofá. Digo que no estoy cansado. Me invento una cita que el abuelo tiene por la mañana con una viuda del bingo. El abuelo pesa y está tan drogado y borracho que apenas responde.

Philip le ha drogado. Ignoro por qué, pero pienso en el poso y sé que Philip le ha drogado.

—Deberíais quedaros —dice Barron por enésima vez.

—Se te va a caer —añade Philip—. Ten cuidado.

—Pues ayudadme —resoplo.

Philip apaga el cigarrillo en el revestimiento de aluminio y desliza su hombro por debajo del brazo del abuelo.

—Mételo otra vez en casa —le dice Barron, y él y Philip cruzan una mirada. El ceño de Barron se hace más profundo—. Cassel, ¿cómo piensas trasladarlo cuando llegues a casa si necesitas a Philip para meterlo en el coche?

—Para entonces ya se habrá despertado —contesto.

—¿Y si no es así? —insiste Barron, pero Philip echa a andar hacia la portezuela del coche.

Por un momento creo que Philip va a interponerse en mi camino e ignoro cómo voy a reaccionar si lo hace. Abre la portezuela, no obstante, y me la sostiene mientras meto al abuelo y le pongo el cinturón de seguridad.

Cuando estoy sacando el coche miro atrás, miro a Philip, Barron y Maura. El alivio me inunda. Soy libre. Falta poco para que desaparezca.

El timbre del móvil me sobresalta. El abuelo no reacciona pese al estridente ruido; tengo el volumen a tope. Contemplo el movimiento de su pecho para asegurarme de que

sigue vivo.

—¿Diga? —respondo sin molestarme en comprobar quién llama. Me pregunto a cuánto estoy del hospital y si debería presentarme en él.

Philip y Barron no matarían al abuelo. Y si tuvieran pensado matarle, Philip no lo envenenaría en su propia cocina. Y si lo hiciera, no intentaría persuadirme de que acostara el cadáver en su habitación de invitados.

Me lo repito una y otra vez.

—¿Puedes oírme? Soy Daneca —susurra—. Y Sam.

Ignoro cuánto tiempo lleva hablando.

Miro el reloj del salpicadero.

—¿Qué ocurre? Son casi las tres de la mañana.

Me lo explica pero apenas la escucho. Mi mente está repasando todo lo que se le puede dar a una persona para dejarla inconsciente. Los somníferos son el método más obvio. Van muy bien con el alcohol.

Me percató de que al otro lado de la línea se ha hecho un silencio expectante.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Puedes repetirlo?

—Digo que tu gata es asquerosa —repite muy despacio Daneca, claramente irritada.

—¿Está bien? ¿La gata está bien?

Sam suelta una carcajada.

—La gata está bien, pero hay un ratoncito marrón en el suelo de Daneca con la cabeza arrancada. Tu gata mató a nuestro ratón.

—La cola parece un trozo de cordel —añade Daneca.

—¿El ratón? —pregunto—. ¿El ratón legendario? ¿El ratón por el que la gente lleva seis meses apostando?

—¿Qué ocurre cuando todo el mundo pierde una apuesta? —pregunta Sam—. No ha acertado nadie. ¿A quién diablos tenemos que pagar?

—¿A quién le importa eso ahora? ¿Qué voy a hacer yo? —protesta Daneca—. La gata me está mirando fijamente y creo que tiene sangre en la boca. Cuando la contemplo veo la muerte de cientos de ratones y pájaros. Los veo hacer fila sobre una lengua larguísima para entrar en su boca, como en los antiguos dibujos animados. Creo que ahora me quiere comer a mí.

—Acaríciala —dice Sam—. Te ha traído una ofrenda. Quiere que le digas lo hija de puta que es.

—Eres una pequeña, pequeña máquina de matar —le susurra Daneca.

—¿Qué está haciendo? —pregunto.

—¡Ronronear! —exclama Daneca. Parece encantada—. Buena chica. ¿Quién es una máquina de matar alucinante? ¡Muy bien! ¡Tú! ¡Eres una leoncilla cruel, muy cruel! Sí que lo eres, sí.

Sam se está riendo tanto que se atraganta.

—¿Te has vuelto loca?

—Le gusta —dice Daneca.

—Lamento tener que ser yo el que te abra los ojos —dice Sam—, pero no puede entender lo que le dices.

—Tal vez sí —intervengo—. ¿Qué sabrás tú? Está ronroneando.

—Lo que tú digas, colega. Entonces, ¿nos quedamos con el dinero?

—O eso o soltamos otro ratón.

—Vale —dice Sam—. Nos quedamos con el dinero.

Llego a casa, desabrocho el cinturón de seguridad y zarando al abuelo. Al ver que eso no funciona, le abofeteo lo bastante fuerte para que gruña y abra ligeramente los ojos.

—¿Mary? —dice, y flipo porque es el nombre de mi largo tiempo fallecida abuela.

—Agárrate a mí —digo, pero tiene las piernas de goma y no es de gran ayuda. Caminamos muy despacio. Lo llevo directamente al cuarto de baño y lo dejo repantigado sobre las baldosas mientras preparo un cóctel de agua oxigenada y agua normal.

Cuando empieza a vomitar me digo que la clase de química de Wallingford me ha servido de algo. Me pregunto si sería un buen argumento para conseguir que el decano Wharton me readmita.



—Eh, levanta —me está diciendo alguien. Parpadeo desconcertado. Estoy tumbado en el sofá de la sala y Philip se encuentra de pie frente a mí—. Duermes como un muerto.

—Si los muertos roncaran —dice Barron—. Oye, qué gran trabajo. La sala te ha quedado fantástica. Nunca la había visto tan limpia.

El miedo trepa por mi garganta, robándome el aire.

Miro al abuelo. Sigue inconsciente en el sillón abatible, con un cubo al lado. Estuvo vomitando un buen rato, pero parecía recuperado cuando finalmente se durmió. Coherente. Me extraña que el ruido no le haya despertado.

—¿Qué le disteis? —pregunto mientras saco una pierna de debajo de la manta de punto.

—Está bien —dice Philip—. Te lo prometo. Estará como nuevo por la mañana.

Me tranquiliza el movimiento de su pecho. Mientras observo cómo duerme, por un momento tengo la impresión de que sus párpados tiemblan.

—Siempre te preocupas por él —farfulla Barron—. Y nosotros siempre te decimos que está bien. Siempre están bien. ¿Por qué te preocupas tanto?

Philip le clava una mirada.

—Deja en paz a Cassel. La familia cuida de la familia.

Barron ríe.

—Justamente por eso no debería preocuparse. Estamos aquí para cuidar de los dos. —Se vuelve hacia mí—. Pero será mejor que te vistas de una vez, don angustias. Sabes que Anton detesta que le hagan esperar.

No sé qué otra cosa hacer, así que me pongo los tejanos y una sudadera con capucha sobre la camiseta con la que estaba durmiendo.

Parecen muy relajados mientras aguardan, tanto que, basándome en lo que Barron acaba de decir, llego a la vaga conclusión de que todo esto ha sucedido antes. Philip y Barron me han sacado de esta casa con anterioridad —puede que de la residencia del colegio— y no recuerdo nada. ¿Sentí pánico entonces? Ahora siento pánico.

Cojo mis guantes y me pongo unas botas. Las manos me tiemblan como consecuencia de la adrenalina y el miedo, tanto que me cuesta mucho ponerme los guantes.

—Muéstrame los bolsillos —dice Philip.

—¿Qué? —Dejo de atarme los cordones para mirarle.

Suspira.

—Gíralos.

Lo hago pensando en el corte de la pantorrilla, en los amuletos dentro de mi piel. Frota la tela de los bolsillos para asegurarse de que no esconde nada y me cachea. Cierro los puños y son tales las ganas que tengo de asestarle un puñetazo que los brazos me duelen.

—¿Buscas caramelos?

—Necesitamos saber qué llevas encima, eso es todo —dice suavemente Philip.

La adrenalina ha podido más que el agotamiento. Estoy completamente despejado y empezando a cabrearme.

Retrocedo.

—¡No me toques!

El instinto es algo curioso. Mantengo el tono de voz bajo, porque en algún absurdo rincón de mi mente esto sigue siendo un asunto familiar. Ni por un momento se me pasa por la cabeza gritar socorro.

Barron levanta las manos.

—Vale, tranquilo. Pero esto es importante. Los viejos recuerdos tardan unos minutos en asentarse. Haz memoria. Estamos en esto juntos. Estamos en el mismo bando.

Entonces caigo en la cuenta de que me han manipulado. Antes de despertarme. El pánico me sube por la piel y he de hacer inspiraciones cortas para no echar a correr. Asiento con la cabeza para ganar tiempo. Ignoro qué recuerdos esperan que tenga.

Veo que Barron vuelve a ponerse el guante y flexiona la mano, estirando el cuero.

Sé lo que significa una mano desnuda.

No es Philip el que está detrás de los recuerdos robados. Anton no es el trabajador de la memoria.

Barron lo es. Tiene que ser él. No perdió sus recuerdos porque lo manipularon; no está distraído. Cada vez que nos arrebatara un recuerdo a Maura o a mí o a las demás personas a las que debe de estar manipulando él pierde uno de sus recuerdos. Es la reacción. Busco en mis recuerdos alguna ocasión en que Barron hiciera un trabajo de la suerte pero no encuentro nada, solo una vaga sensación de que sé que es un trabajador de la suerte. Ni siquiera puedo recordar cuándo empecé a «saber» tal cosa.

Ahora que me concentro en eso, el recuerdo ni siquiera me parece real. Se me escabulle como la copia borrosa de una copia.

—¿Estás listo? —pregunta Philip.

Me levanto y noto que las piernas me tiemblan. Una cosa es sospechar que mi hermano me estaba manipulando y otra tenerlo al lado ahora que sé que lo ha hecho. «Soy el mejor timador de esta familia —me digo para serenarme—. Sé mentir. Puedo parecer tranquilo hasta que estoy tranquilo».

Otro rincón de mi mente, sin embargo, brama, se retuerce y busca otros recuerdos falsos. Sé que es imposible buscar lo que no está y sin embargo lo hago, recorro los últimos días —semanas, años— como si pudiera toparme de repente con las lagunas.

¿Cuánto de mi vida ha reimaginado Barron? El miedo me hiela la sangre.

Bajamos los escalones del porche en silencio, en dirección a un Mercedes estacionado en la calle con las luces atenuadas y el motor runruneando. Anton espera en el asiento del conductor. Parece mayor que la última vez que lo vi y una cicatriz le recorre el filo del labio superior. Hace juego con la cicatriz de queloides del cuello.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —pregunta, encendiendo un cigarrillo y arrojando la cerilla por la ventana.

Barron se instala en el asiento de atrás, a mi lado.

—¿A qué viene tanta prisa? Tenemos toda la noche. Y éste no tiene clase mañana. —Me alborota el pelo con su mano enguantada.

La aparto. Mi irritación me resulta familiar, como si Barron pensara que estamos dando un paseo en coche con la familia.

Philip sube al asiento del copiloto, se vuelve hacia nosotros y sonrío.

Tengo que averiguar qué creen ellos que sé. Tengo que actuar con astucia. Puede que piensen que estoy algo desorientado pero no en la completa inopia.

—¿Qué vamos a hacer esta noche?

—Vamos a ensayar para este miércoles —dice Anton—. Para el asesinato.

Estoy seguro de que mi cuerpo ha dado un respingo. Mi corazón se acelera.  
¿Asesinato?

—Y luego bloquearéis el recuerdo —digo, procurando mantener la voz serena. Recuerdo lo que Encorvada Annie me contó sobre bloquear el acceso a un recuerdo de tal manera que más adelante sea posible retirar el bloqueo y recuperar el recuerdo. Me pregunto si hemos ensayado otras veces. Si es así, estoy jodido—. ¿Por qué os empeñáis en hacerme olvidar?

—Te estamos protegiendo —responde automáticamente Philip.

Ya.

Me inclino hacia delante.

—Entonces, ¿me toca el trabajo de siempre? —digo. La pregunta es lo suficientemente vaga para no desvelar mi ignorancia y, al mismo tiempo, alentar una respuesta.

Barron asiente con la cabeza.

—Solo tienes que acercarte a Zacharov, posar tu mano desnuda en su muñeca y convertir su corazón en piedra.

Trago saliva y me concentro en no modificar mi respiración. No pueden estar hablando en serio.

—¿No sería más fácil pegarle un tiro? —pregunto, porque todo esto es absurdo.

Anton me clava una mirada severa.

—¿Estáis seguros de que puede hacerlo? Parece un poco desequilibrado con tanta manipulación en la memoria. Estamos hablando de mi futuro.

«Mi futuro». Entiendo. Es el sobrino de Zacharov. Si le pasa algo al jefe, la responsabilidad recae sobre sus hombros.

—No nos vaciles —me dice Philip en su tono estoy-siendo-paciente—. Será pan comido. Llevamos planeándolo mucho tiempo.

—¿Qué sabes sobre el Diamante Resucitador? —pregunta Barron.

—Le dio la inmortalidad a Rasputín, o algo así —digo con deliberada vaguedad—. Zacharov lo consiguió en una subasta en París.

Barron frunce el entrecejo, como si no esperara que supiera tantas cosas.

—El Diamante Resucitador tiene treinta y siete quilates y el tamaño de la uña pulgar de un adulto —explica—. Es de color rojo claro, como una gota de sangre derramada en un charco de agua.

Me pregunto si está citando a alguien o algo. El catálogo de Christie's, por ejemplo. Si me concentro únicamente en los detalles, como en un rompecabezas, quizá logre calmarme.

—No solo protegió a Rasputín de múltiples intentos de asesinato, sino que de él pasó a otra gente. Se habla de pistolas de asesinos que resultaron no estar cargadas en el momento crítico y de venenos que lograron colarse en la taza del envenenador. A Zacharov le han disparado en tres ocasiones y las balas ni le han rozado. No se puede matar a la persona que tiene el Diamante Resucitador.

—Pensaba que era un mito —digo—. Una leyenda.

—Ahora resulta que es un experto en manipulaciones —espetea Anton.

Pero a Barron le brillan los ojos.

—Llevo mucho tiempo investigando el Diamante Resucitador.

Me pregunto hasta dónde recuerda de su investigación o si ha quedado reducida a unas pocas frases. Puede que no esté citando un catálogo, puede que esté citando una de sus libretas.

—¿Cuánto tiempo? —le pregunto.

Ahora está realmente enfadado.

—Siete años.

Philip suelta un bufido.

—¿Empezaste a investigar antes de que Zacharov consiguiera el diamante?

—Fui yo quien le habló de él. —La expresión de Barron es firme, segura, pero creo ver el miedo en su semblante. Está mintiendo, aunque nunca lo reconocerá. No habría prueba en el mundo que le hiciera retractarse de una afirmación. Si lo hiciera, tendría que reconocer la enorme cantidad de memoria que ha perdido.

Philip y Anton se miran, riendo entre dientes. Ellos también saben que Barron está mintiendo. Me recuerda a cuando íbamos juntos al cine los veranos que pasábamos en Carney con nuestros abuelos. Muy a mi pesar, esa familiaridad me relaja.

—¿Realmente acepté hacer esto? —digo.

Se ríen aún más.

He de actuar con mucho, mucho tiento.

—Si el Diamante Resucitador impide el asesinato, ¿estáis seguros de que podré eludirlo?

Me digo que mi pregunta se halla dentro de los límites de ignorancia o duda creíbles. Anton me sonrío por el retrovisor.

—No vas a hacer un trabajo mortal. Por muy poderosa que sea esa piedra, no podrá detener tu tipo de magia.

Mi tipo de magia.

«Convertir un corazón en piedra».

¿Yo? ¿Yo soy el trabajador transformador?

«¿Quién te ha maldecido?», preguntaba a la gata en el sueño.

«Tú».

Creo que voy a vomitar. No, voy a vomitar. Cierro los ojos, giro la cabeza hacia el frescor de la ventanilla y me concentro en contener las náuseas.

Está mintiendo. Tiene que estar mintiendo.

—Soy... —comienzo.

Soy un trabajador. Soy un trabajador. Soy un trabajador.

La idea repica en mi cabeza como esas pequeñas pelotas locas que no paran de dar botes. No puedo pensar más allá de eso.

Pensaba que daría cualquier cosa por ser un trabajador, pero ahora lo veo como una espantosa violación de mi fantasía infantil.

«¿Qué gracia tiene fingir ser un trabajador a menos que se trate del más experto profesional de la maldición más rara del mundo?». Supongo que la diferencia es que ahora ya no tengo que fingir.

—¿Estás bien? —me pregunta Barron.

—Claro —digo lentamente—, solo un poco cansado. Es muy tarde y la cabeza me está matando.

—Pararemos a tomar café —dice Anton.

Paramos. Consigo derramar la mitad del mío en la camiseta y la quemadura del hirviente líquido es lo primero que me hace sentir seminormal.

La entrada del restaurante. —Koshchey's— es tan recargada que parece sacada de otra época. La puerta, de lustroso bronce, parece de oro y está flanqueada por sendos pájaros de fuego con las plumas pintadas de celeste, naranja y rojo.

—Qué buen gusto —dice Barron.

—Oye, que pertenece a la familia —dice Anton—. Más respeto.

Barron se encoge de hombros. Philip menea la cabeza.

La acera ofrece esa quietud que solo se ve a primera hora de la mañana, y en esa quietud el restaurante me parece extrañamente majestuoso. Puede que tenga mal gusto.

Anton introduce una llave en la cerradura y abre. Entramos en una estancia oscura.

—¿Estás seguro de que no hay nadie? —pregunta Philip.

—Estamos en mitad de la noche —dice Anton—. ¿Quién quieres que haya? No me fue fácil hacerme con esta llave.

—Bien —dice Barron—, este lugar estará lleno de mesas y políticos. Tipos ricos y aburridos que no tienen reparos en codearse con gánsteres. Y puede que algunos trabajadores de las familias Volpe y Nonomura. Actualmente nos estamos aliando con ellos. —Cruza la sala para señalar un lugar situado bajo una inmensa araña de luces con algunos grandes cristales azules entre los transparentes. Brilla incluso en la penumbra—. Habrá un estrado y discursos estridentes y aburridos.

Miro a mi alrededor.

—¿Qué es?

—Una recaudación de fondos para «Vote no a la segunda propuesta». Zacharov será el anfitrión.

Barron me mira extrañado. Me pregunto si tendría que haberlo sabido.

—¿Y esperáis que me acerque a él sin más? —pregunto—. ¿Delante de todo el mundo?

—Tranqui —dice Philip—. Te repito por enésima vez que tenemos un plan. Llevamos demasiado tiempo esperando esto para hacer estupideces, ¿de acuerdo?

—Mi tío tiene costumbres muy fijas —dice Anton—. No tendrá a sus guardaespaldas cerca porque no puede dar a sus colegas de sociedad y a las otras familias la impresión de que está asustado. Así que en lugar de guardaespaldas contratará a peones

competentes para que se turnen como su séquito. Philip y yo estaremos dos horas pegados a su culo, desde las diez y media.

Asiento con la cabeza pero mi mirada viaja hasta las paredes, los óleos de casas con patas de gallinas correteando junto a mujeres que atraviesan los cielos en calderos, todo ello reflejado en inmensos espejos. También nuestros movimientos se reflejan, de manera que estoy constantemente pensando que veo moverse a otra persona cuando en realidad soy yo.

—Tu trabajo consistirá en no quitarnos el ojo de encima y esperar a que Zacharov se dirija al lavabo. Cuando lo utiliza no quiere que haya nadie más, por lo que estará solo. Será entonces cuando le toques.

—¿Dónde está el lavabo? —pregunto.

—Hay dos lavabos de caballeros —dice Anton, alargando una mano—. Uno tiene una ventana. Zacharov elegirá el otro. Te lo enseñaré.

Barron y Philip se dirigen a una puerta negra y brillante con la figura de un hombre a caballo pintada en dorado. Les sigo.

—Nosotros entramos con Zacharov —dice Philip—. Tú esperas unos minutos y entras.

—Yo no estaré en el lavabo —aclara Barron—, sino fuera, contigo, para asegurarme de que todo va bien.

Empujo la puerta y entro en un cuarto de baño enorme. Un mosaico de azulejos cubre la pared del fondo, un gran pájaro rojo, naranja y dorado volando delante de un árbol cubierto de lo que semejan coles pero imagino que son hojas realmente estilizadas. El secador de manos está encajado en esa pared pero alguien lo ha pintado de un dorado casi idéntico al de los azulejos. Los cubículos están a un lado, los urinarios al otro, junto a un mostrador de mármol lleno de lavamanos de refulgente bronce.

—Yo haré de Zacharov —dice Anton, y camina hasta el lavamanos. Entonces me mira y creo que cae en la cuenta de que está a punto de ser ficticiamente asesinado—. No, espera, yo haré de mí. Barron, tú serás mi tío. —Cambian posiciones.

—Bien, adelante —me dice Anton.

—¿Qué digo? —pregunto.

—Hazte el borracho —responde Barron—. Demasiado borracho para darte cuenta de que no deberías estar aquí.

Me acerco a Barron tambaleándome.

—Sacadlo de aquí —ordena Barron, creo que tratando de imitar el acento ruso.

Le alargo una mano enguantada y procuro arrastrar las palabras.

—Es un verdadero honor, señor.

Barron se queda mirándome.

—No sé si Zacharov le daría la mano.

—Claro que sí —asegura Anton—. Philip dirá que Cassel es su hermano pequeño. Repite, Cassel.

—Señor, es un verdadero honor estar aquí. No imagina cuánto agradezco la forma en que está contribuyendo a proteger a los trabajadores para que podamos explotar a la gente de a pie. —Vuelvo a tenderle la mano.

—Deja de hacer el tonto —dice Philip, pero no demasiado en serio—. Concéntrate

en el dinero y en cómo harás que tus dedos toquen su piel.

—Le deslizaré la mano por debajo del puño de la manga. Me abriré un agujero en el guante. Solo necesito que mi dedo más largo le roce la piel.

Barron ríe.

—El viejo truco de mamá. Así fue como embaucó a aquel tipo en el hipódromo. Lo recordabas.

Reprimo un comentario sobre los recuerdos y asiento con la cabeza, bajando la vista.

—Adelante —dice Anton—. Muéstramelo.

Extiendo mi mano derecha y cuando Barron la estrecha le envuelvo la muñeca con mi mano izquierda. Ésta le tiene retenido el brazo, de modo que aunque forcejee tardará unos instantes en soltarse. Anton abre mucho los ojos. Tiene miedo. Puedo leer sus señales.

Y sé que me odia. Odia tener miedo y me odia por hacerle sentir de ese modo.

—Un verdadero honor, señor —digo.

Anton asiente.

—En ese momento conviertes su corazón en piedra. Debería dar la impresión de que...

—Qué poético —digo.

—¿Cómo dices?

—Qué poético, convertirle el corazón en piedra. ¿Fue idea tuya?

—Parecerá un ataque al corazón, por lo menos hasta que le hagan la autopsia —prosigue Anton, ignorando mi pregunta—. Y dejaremos que lo crean. Soportarás la reacción aquí y luego llamaremos a un médico.

—No parecías lo bastante borracho —dice Barron.

—Ya exageraré —respondo.

Barron está mirándose en el espejo. Se alisa una ceja y gira el rostro para admirar su perfil. Lleva un afeitado tan apurado que ha debido de hacerlo con navaja. Apuesto. Un auténtico vendedor de aceite de serpiente.

—Deberías vomitar.

—¿Qué? ¿Quieres que me meta el dedo hasta la garganta?

—¿Por qué no?

—¿Por qué? —Me apoyo en la pared, estudiando a Philip y Barron. Son las dos caras que mejor conozco del mundo, y en estos momentos tienen la guardia bajada. Philip se balancea adelante y atrás con expresión sombría. Cruza y descruza los brazos. Es un peón leal y seguro que le violenta la idea de eliminar al jefe de la familia, aunque eso signifique volverse rico y poderoso de la noche a la mañana. Aunque eso signifique poner a su amigo de la infancia al mando y volverse él mismo indispensable.

Barron, en cambio, parece que esté disfrutando. No sé qué saca de todo esto. Solo sé que le encanta tener el control, y está claro que se las ha ingeniado para que Anton y Philip le necesiten. Puede que para ello esté quemando sus propios recuerdos, pero tiene poder sobre todos nosotros.

Aunque quizá él también esté metido en esto por dinero. Estamos hablando de mucho dinero, del jefe de una familia mafiosa.

—¿Temes no poder hacerlo? —me pregunta Barron, y recuerdo que estamos hablando de vomitar—. Piensa que lo más difícil es entrar. Puedes hacerlo con la mano sobre la boca, irrumpir en un cubículo, cerrar la puerta y arrojar las galletas. Zacharov se estará riendo de ti cuando salgas. Será una víctima fácil.

—No es mala idea —dice Philip, asintiendo con la cabeza.

—Nunca me he forzado el vómito —digo—. No sé cuánto puedo tardar.

—Tengo una idea —dice Barron—. Ve a la cocina y devuelve en un cuenco. Embotellaremos el vómito y lo pegaremos con cinta adhesiva detrás del retrete del primer cubículo. Si alguien lo encuentra ya verás qué haces, pero si no ahora puedes tomarte el tiempo que quieras y así no tendrás que preocuparte de eso entonces.

—Eres asqueroso —digo.

—Hazlo —dice Anton.

—No. Puedo hacerme el borracho. Puedo sacar esto adelante. —No es mi intención sacar nada adelante el miércoles, aunque ignoro qué voy a hacer en su lugar. Ya lo decidiré por la mañana; ahora mismo necesito observar.

—Vomita ahora o haré que lamentos no haberlo hecho —dice Anton.

Giro el cuello para que pueda ver mi piel intacta.

—No tengo cicatrices —digo—. No estoy con tu familia y tú no eres mi jefe.

—Te conviene creer que lo soy —dice Anton, acercándose a mí y agarrándome por el cuello de la camiseta.

—Ya basta. —Philip se interpone entre los dos y Anton me suelta—. Tú, entra en la cocina y métete el dedo hasta la garganta —me dice—. No seas tan remilgado. —Se vuelve hacia Anton—. Y tú deja en paz a mi hermano. Ya tiene suficiente presión.

No se me escapa la sonrisita de Barron cuando Anton se da la vuelta y golpea la puerta del cubículo.

Cuanto más discutimos nosotros, más control tiene Barron.

Paso junto a Anton y cruzo la gran puerta doble donde creo que está la cocina, negra como boca de lobo e invadida por el olor a canela y pimentón.

Acerco una mano a la pared y enciendo el interruptor. Cacharros de cobre y acero inoxidable reflejan las luces fluorescentes. Podría seguir caminando y salir por la puerta de atrás, pero no sería una buena idea. Necesito que continúen creyendo que estoy en la inopia, no que me persigan por las calles, me cacheen y encuentren los amuletos de la pierna; aunque quedarme aquí signifique cumplir con la degradante y desagradable tarea de vomitar en un cuenco. Abro una de las neveras industriales y bebo varios sorbos de leche de una botella con la esperanza de que me recubra el estómago.

Cuando me quito los guantes, los forros están bañados en sudor. Mis manos parecen blancas bajo las luces.

Pienso en el agua oxigenada que le administré al abuelo y me pregunto si lo de ahora es una suerte de castigo kármico. Me llevo el dedo a la lengua, sondeando el horror que me espera. Tengo la piel salada.

—Oye —dice alguien.

Cuando me giro veo que no es Anton, ni Philip, ni Barron. Es un tío que no conozco, con un abrigo largo y una pistola apuntando hacia mí.



La botella se me resbala de las manos y cae al suelo, derramando la leche.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta.

—Esto... —digo, tratando de pensar con rapidez—. Mi amigo tiene llave. Trabaja para uno de los propietarios.

—¿Con quién hablas? —dice una voz desde el fondo, y un hombre con la cabeza afeitada irrumpe en la cocina. El amplio escote en uve de su camiseta deja al descubierto una gargantilla de cicatrices. Me mira—. ¿Quién es este tío?

—Eh, tranquilo —digo, levantando las manos. Estoy armando una historia en mi cabeza sobre quién soy, metiéndome en el papel. Soy un trabajador que acaba de bajar del autobús y busca un empleo y un sitio donde pasar la noche. Alguien me habló de este lugar por su conexión con Zacharov—. Solo estaba robando comida. Lo siento. La pagaré fregando los platos o lo que haga falta.

La puerta del otro extremo se abre y aparecen Anton y Philip.

—¿De qué va esto? —dice el hombre de la cabeza afeitada.

—Aléjate de él —dice Philip.

El tipo del abrigo largo dirige su pistola hacia mi hermano.

Alzo instintivamente una mano y la coloco sobre el cañón para desviarlo de Philip. El metal está más caliente de lo que esperaba. Algo dentro de mí se alza entonces de forma tan instintiva como mi mano y transforma la pistola.

Puedo ver el metal hasta el fondo de sus partículas, pero no es sólido sino líquido, y fluye creando infinitas formas. Solo tengo que escoger una.

Levanto la vista y compruebo que el hombre sostiene justamente lo que he visualizado, una serpiente enroscada en sus dedos con las verdes escamas brillando como las alas del fénix de la entrada.

Grita y sacude el brazo, como si lo tuviera en llamas.

La serpiente se retuerce y estrecha su abrazo, boquea como si le faltara el aire. De su boca cae una bala que rebota en la encimera de acero inoxidable y echa a rodar.

Suenan dos disparos.

Algo extraño le está sucediendo a mi cuerpo.

El pecho se me contrae dolorosamente y mi hombro sufre una convulsión. Por un momento creo que me han disparado a mí, pero cuando bajo la vista veo que mis dedos se transforman en tortuosas raíces. Doy un paso hacia delante y las piernas se me comban. Una de ellas está cubierta de pelo de animal y doblada hacia atrás. Parpadeo y de pronto lo estoy viendo todo desde docenas de ojos. Incluso puedo ver lo que tengo detrás, como si también poseyera ojos en la espalda, pero solo vislumbro un suelo de baldosas agrietadas. Vuelvo la cabeza y veo a los dos hombres tendidos en el suelo. La sangre se está mezclando con la leche y la pistola se desliza hacia mí, sacando la lengua para degustar el aire.

Estoy alucinando. Me estoy muriendo. El pánico sube por mi garganta pero no puedo gritar.

—¿Qué demonios hacían aquí esos dos? Matar a los nuestros no es parte del plan. —Anton está gritando—. ¡Esto no tendría que haber pasado!

Mis brazos son el tronco de un árbol, los brazos de un sofá, bobinas de cuerda enrollándose.

«Que alguien me ayude. Por favor, que alguien me ayude».

Anton me señala.

—¡La culpa es suya!

Intento levantarme pero la mitad inferior de mi cuerpo es como la de un pez. Los ojos se mueven dentro de mi cabeza. Intento hablar, pero de lo que sea que tengo en lugar de labios solo salen gorgoteos.

—Tenemos que deshacernos de los cuerpos —dice Barron.

Se producen entonces otros ruidos, un quebrar de huesos, y un golpe húmedo. Quiero girar la cabeza para mirar pero ignoro cómo se hace.

—¡Hazle callar! —grita Anton.

¿Estoy emitiendo algún sonido? Ni siquiera puedo oírme.

Noto que unas manos me aúpan y me transportan a lo largo del restaurante. La cabeza se me cae hacia atrás y observo que el techo está decorado con el mural de un hombre mayor, desnudo y con una cimitarra en alto, cabalgando colina abajo a lomos de un caballo castaño. La crin del caballo y la larga cabellera del hombre ondean al viento. Me arranca una carcajada que suena como el silbato de una tetera.

—Es solo una reacción —me susurra Philip—. Pronto te repondrás.

Me mete en el maletero del coche de Anton y lo cierra de un portazo. Apesta a aceite y a otra cosa, pero estoy tan fuera de mí que apenas lo noto. Cuando el motor arranca me retuerzo en la oscuridad, en un cuerpo que no es el mío.

Estamos en una autopista cuando vuelvo en mí. Las luces de los coches se filtran por las rendijas del maletero. Con cada bache mi cabeza rebota desagradablemente contra la caja enmoquetada de la rueda de recambio, y siento la vibración del bastidor bajo mi cuerpo. Me revuelvo para cambiar de postura y toco un plástico lleno de algo blando y todavía caliente.

Decido apoyar la cabeza en él, hasta que toco algo húmedo y pegajoso y me doy cuenta de lo que estoy tocando.

Bolsas de basura.

Tengo una arcada y procuro alejarme todo lo posible de las bolsas. Me arrimo a la parte frontal del maletero, hasta que ya no puedo arrimarme más. El metal se me clava en la espalda y solo puedo sostenerme el cuello torpemente con el brazo, pero no me muevo de ahí en todo el trayecto.

Cuando el coche se detiene estoy dolorido y mareado. Oigo portezuelas que se cierran, gravilla que cruje, y finalmente el maletero se abre. Anton me está mirando. Estamos en el camino de entrada de mi casa.

—¿Por qué tuviste que hacer eso? —grita.

Sacudo la cabeza. No sé por qué transformé la pistola, ni cómo lo hice. Me miro la mano y veo que tiene manchas de color rojo oscuro.

Mi mano desnuda.

—Se supone que es un secreto. Se supone que tú eres un secreto. —De pronto también Anton repara en mis manos. Por lo visto se han dejado mis guantes en el restaurante.

Aprieta la mandíbula.

—Lo siento —digo mientras salgo del maletero medio grogui. Realmente lo siento.

—¿Cómo te encuentras, Cassel? —me pregunta en esos momentos Barron.

—Mareado —digo, pero mis náuseas no se deben al trayecto en coche. Sé que estoy tiritando y que no puedo hacer nada para controlarlo.

—Maté a esos hombres por ti —dice Anton—. Tú eres el responsable de sus muertes. Lo único que quiero es que vuelvan los viejos tiempos, cuando ser un trabajador era algo importante, algo bueno, no algo de lo que avergonzarse. Cuando teníamos bajo nuestro poder a todos los políticos, a todos los polis. Entonces éramos los príncipes de esta ciudad, y podemos volver a serlo. Mañosos nos llamaban. Mañosos. Expertos. Maestros. Cuando sea el jefe haré que regresen los viejos tiempos y que la ciudad tiemble. Es un gran objetivo, un objetivo por el que vale la pena luchar.

—¿Y cómo piensas conseguirlo? —pregunto entonces—. ¿Crees que el gobierno cederá porque te hayas convertido en el jefe de una familia mafiosa a fuerza de asesinatos? ¿Crees que Zacharov podría tener el mundo bajo su control pero elige no hacerlo?

Anton me da un puñetazo en toda la mandíbula. El dolor estalla dentro de mi cabeza y me tambaleo.

—Eh —dice Philip, tirando de Anton hacia atrás—. ¿No ves que es solo un bocazas?

Doy dos pasos hacia Anton pero Barron me coge del brazo.

—No seas estúpido —dice, y me tira de las mangas para taparme las manos.

—Sujétalo —le dice Anton—. No he acabado contigo, muchacho.

Barron me sostiene con fuerza.

—¿Qué haces, Anton? —pregunta Philip, tratando de sonar razonable—. No hay tiempo para eso. Además, mañana amanecerá lleno de morados. Piénsalo.

Anton menea la cabeza.

—No te metas en esto, Philip. ¿O voy a tener que recordarte que soy tu jefe?

Philip nos mira a Anton y luego a mí, sopesando la ira de Anton y mi estupidez.

—Oye —digo, forcejeando con Barron. Estoy exhausto y pongo poco empeño, pero eso no frena mi lengua—. ¿Qué vas a hacer? ¿Matarme como a esos hombres? Como a Lila. Dime, ¿qué te hizo Lila en realidad? ¿Se interpuso en tu camino? ¿Te insultó? ¿No se dobló?

A veces puedo ser muy imbécil. Supongo que me merezco el puñetazo para el que Barron me tiene agarrado. El puñetazo que aterriza justo debajo de mi pómulo y me hace ver las estrellas. Puedo sentir el golpe hasta en los dientes.

—¡Cierra el pico! —grita Anton.

Un sabor a céntimos viejos me inunda la boca. Siento como si mis mejillas y mi lengua estuvieran hechas de hamburguesa cruda. De mis labios chorrea sangre.

—Ya es suficiente —dice Philip.

—Yo decido cuándo es suficiente —espeta Anton.

—Vale, lo siento —digo, escupiendo sangre—. Lección aprendida. Ya no puedes darme una paliza. No lo dije en serio.

Levanto la vista a tiempo para ver a Philip encender un cigarrillo y darse la vuelta mientras suelta el humo. Y a Anton dirigir su puño a mi estómago.

Trato de esquivarlo pero estoy demasiado malherido para actuar con rapidez, y tampoco puedo ir a ningún lado con Barron sujetándome los brazos. El punzante dolor me dobla hacia delante con un gemido. Me alegro de que Barron me suelte para que pueda caer al suelo y hacerme un ovillo. No quiero moverme. Quiero quedarme muy quieto hasta que pase el dolor.

—Pateadle —ordena Anton. Le tiembla la voz—. Quiero ver lo leales que sois. Pateadle o envió todo esto al carajo.

Me obligo a sentarme y, a continuación, trato de levantarme. Los tres me están mirando como si fuera algo que han encontrado en la suela de sus zapatos. La palabra «por favor» se repite en mi cabeza.

—En la cara no —digo en su lugar.

El pie de Barron me derriba. Solo necesitan unas pocas patadas más para dejarme inconsciente.

No quiero moverme porque hasta respirar me lastima las costillas. Las contusiones me duelen más ahora, por la mañana, que anoche. Tendido en la cama de mi viejo cuarto, compruebo el estado de mi memoria en busca de lagunas. Me recuerda a cuando era niño y me pasaba la lengua por la encía después de que se me cayera un diente. Pero recuerdo perfectamente la noche de ayer: a mis hermanos mirándome desde arriba, a Barron dándome patadas en el estómago. Recuerdo la pistola transformándose, enroscándose en la muñeca de aquel hombre. Lo único que no recuerdo es cómo llegué hasta la cama, pero creo que eso es porque perdí el conocimiento.

—Dios —gimo mientras me paso la mano por la cara y luego me la miro para asegurarme de que sigue siendo mi mano. Para asegurarme de que no ha adoptado otra forma.

Bajo el brazo con cuidado y me toco la herida de la pierna que cubre las piedrecillas. Noto bajo los dedos la dureza completa de una de ellas y el contorno fragmentado de las otras dos, ahora rotas. Mi piel da un respingo de dolor cuando aprieto. No estaba loco. Una piedra se resquebrajó bajo mi piel anoche cada vez que Barron intentó manipularme.

Barron.

Él es el trabajador de la memoria. Él cambió los recuerdos de Maura. Y los míos.

Se me encoge el estómago y ruedo suavemente sobre un costado, temiendo que pueda vomitar y el vómito me asfixie. Veo a la gata blanca sentada sobre una pila de ropa sucia. Sus ojos son dos rendijas.

—¿Qué haces aquí? —susurro. Mi voz suena como si tuviera trozos de cristal atascados en la garganta.

Se levanta y estira las pezuñas para amasar el jersey sobre el que yace. Las uñas se hunden en el tejido como pequeñas agujas. Arquea el lomo.

—¿Les viste traerme hasta aquí? —pregunto con voz ronca.

Se lame el morro con su lengua rosada.

—Deja de jugar conmigo —digo.

Se agazapa y salta súbitamente sobre mi cama. Suelto un gemido de dolor.

—Sé quién eres —digo—. Sé lo que te hice.

«Solo tú puedes deshacer la maldición». Claro.

Siento su suave pelaje en el brazo y alargo la mano. Me deja acariciarle el lomo. Miento. No sé quién es. Creo que sé quién era, pero no estoy seguro de quién es ahora.

—No sé cómo devolverte a tu estado anterior —digo—. He descubierto que fui yo quien te transformó, pero ignoro cómo lo hice.

Se pone tensa y me giro para hundir la cara en su pelaje. Noto las ásperas almohadillas de sus pezuñas. Las diminutas zarpas me arañan la piel.

—No tengo un amuleto de sueños —digo—. No tengo nada para impedir que me manipules. Puedes hacerme soñar, ¿verdad? Como el día de la tormenta y el tejado. Como

antes de que fueras una gata.

Su ronroneo es como un rugido, como un trueno distante.

Cierro los ojos.

Me despierto todavía dolorido. Estoy tumbado en un charco de sangre y resbalo al intentar sentarme. Inclínados sobre mí están Philip, Barron, Anton y Lila.

—No recuerda nada —dice Lila la chica. Cuando sonrío, muestra unos dientes caninos terminados en afiladas puntas. Parece mayor de catorce años. Parece hermosa y terrible. Reculo.

Se ríe.

—¿Hay algún herido? —pregunto.

—Yo —responde—. ¿No lo recuerdas? Estoy muerta.

Me arrodillo y de pronto me encuentro en el escenario del teatro de Wallingford. Solo. El pesado telón azul está echado y creo poder oír los murmullos de una multitud al otro lado. Cuando bajo la vista el charco de sangre ya no está y en su lugar hay una trampilla abierta. Me levanto trabajosamente, resbalo y casi caigo por el agujero.

—Necesitas maquillaje —dice alguien.

Me doy la vuelta. Es Daneca. Viste una cota de malla brillante y camina hacia mí con una borla. Me abofetea la cara con ella. Se levanta una nube de polvo.

—Estoy soñando —digo en voz alta, pero eso apenas me ayuda.

Abro los ojos y ya no estoy en el escenario de Wallingford sino en el pasillo de un majestuoso teatro. Sobre la alfombra escarlata las paredes forradas de madera tienen polvo en las hendiduras. De las luces gotean cristales y los techos de yeso están pintados con frescos dorados. En los asientos de platea, frente al escenario, gatos con ropa se abanicen mutuamente, agitan programas y maúllan. Me pongo a dar vueltas y algunos me miran. Los ojos les brillan con el reflejo de la luz.

Tropiezo con una de las hileras de asientos y ocupo uno justo cuando el telón encarnado se abre.

Lila aparece en el escenario luciendo un largo vestido victoriano de color blanco con botones perlados. La siguen Anton, Philip y Barron, cada uno con indumentarias de períodos diferentes. Anton lleva un traje violeta de los años cuarenta y un enorme sombrero de plumas, Philip viste como un lord isabelino, con jubón y gorguera, y Barron una túnica negra hasta los pies. No puedo decidir si va de sacerdote o de juez.

—¡Hete aquí una joven muchacha que adora divertirse! —exclama Lila llevándose el dorso de la muñeca a la frente.

Barron hace una profunda reverencia.

—Pues da la casualidad de que yo puedo ser muy divertido a veces.

—Pues da la casualidad —interviene Anton— de que Philip y yo tenemos un pequeño apaño donde yo me deshago de gente a cambio de dinero. No puedo permitir que su padre lo sepa. Algún día asumiré el mando del negocio.

—Ay de mí —dice Lila.

Barron sonrío y se frota las manos.

—Pues da la casualidad de que a mí me gusta el dinero.

Philip me mira, como si me estuviera hablando a mí.

—Anton es nuestra oportunidad para escapar de la mediocridad. Y creo que mi novia está embarazada. Lo entiendes, ¿verdad? Lo hago por todos nosotros.

Niego con la cabeza. No lo entiendo.

Lila suelta un gritito y empieza a encogerse, a cambiar de forma, hasta quedar reducida al tamaño de un ratón. En ese instante la gata blanca salta de un palco. El vestido se le engancha en las astillas de los tablones del suelo y resbala por su cuerpo peludo. Se abalanza, atrapa al ratón-Lila con los dientes y le arranca la cabecita. La sangre salpica el escenario.

—Basta, Lila —digo—. Déjate de juegos.

La gata engulle los restos y me mira. Los focos del escenario giran entonces hacia mí y parpadeo, deslumbrado. Me levanto. La gata blanca me sigue. Veo tan claramente que sus ojos —uno azul y otro verde— son los de Lila que retrocedo a trompicones hasta el pasillo.

—Tienes que cortarme la cabeza —dice.

—No —replico.

—¿Me quieres? —pregunta.

Sus dientes semejan cuchillos de marfil.

—No lo sé —digo.

—Si me quieres tienes que cortarme la cabeza.

De pronto me aparece una espada en la mano y la estoy blandiendo. La gata empieza a cambiar, como ha hecho Lila, pero está creciendo, transformándose en algo monstruoso. Los aplausos del público son ensordecedores.

Mis costillas aúllan pero me obligo a sacar las piernas de la cama. Entro en el cuarto de baño, hago pipí y mastico un puñado de aspirinas. Mientras me contemplo en el espejo, examino mis ojos rojos y la colección de moretones junto a las costillas, pienso de nuevo en el sueño, en la gata alzándose imponente sobre mí.

Es absurdo, pero no me estoy riendo.

—¿Eres tú? —dice la voz del abuelo desde el pie de la escalera.

—Sí —respondo.

—Has dormido mucho —dice, y puedo oírle farfullar, probablemente sobre lo vago que soy.

—No me encuentro bien —digo desde el hueco de la escalera—. Me temo que hoy no podré limpiar.

—Yo tampoco me siento muy en forma que digamos. Menuda novecita la de ayer. Bebí tanto que casi no la recuerdo.

Bajo abrazándome las costillas de forma casi inconsciente. Doy un traspíe. Me siento raro. Estoy incómodo en mi piel. Soy Humpty Dumpty. Ni todos los caballos del rey ni todos los hombres del rey han conseguido recomponerme.

—¿Ha sucedido algo de lo que quieras hablarme? —me pregunta el abuelo. Pienso en mi impresión de anoche, cuando me pareció que sus ojos parpadeaban en la penumbra. Me pregunto qué oyó. Qué sospecha.

—No —digo, y me sirvo una taza de café. Lo bebo solo y el calor en la barriga es la primera cosa agradable que recuerdo sentir desde hace un tiempo.

El abuelo ladea la cabeza.

—Tienes un aspecto horrible.

—Ya te he dicho que no me encuentro bien.

El teléfono suena en la otra habitación con una estridencia que me crispa los nervios.

—Me dices muchas cosas —replica el abuelo antes de marcharse.

Veo a la gata en la escalera, su cuerpo blanco y espectral envuelto en un rayo de sol. La veo borrosa. Mis hermanos estaban incómodos, pero no por los motivos que yo creía. No porque yo fuera un asesino o alguien externo al círculo. De hecho, estaba tan metido en el círculo que ni siquiera lo sabía. Por un momento quiero lanzar la vajilla por los aires, quiero gritar, bramar. Quiero coger este poder recién hallado y transformar todo lo que toco.

Plomo en oro.

Carne en piedra.

Palos en serpientes.

Agarro la taza de café y visualizo la boca de la pistola derriéndose y transformándose en mi mano, pero por mucho que intento evocar ese momento la taza no cambia. El eslogan sigue diciendo TRANSPORTES AMHERST: LO SUBIMOS TODO sobre un brillante fondo granate.

—¿Qué haces? —me pregunta el abuelo, tendiéndome el teléfono. Mi mano da un respingo y me derramo el café en la camiseta—. Es Philip. Dice que te dejaste algo en su casa.

Sacudo la cabeza.

—Cógelo —insiste con exasperación, y como no se me ocurre una excusa para no hacerlo, lo cojo.

—¿Sí? —digo.

—¿Qué le has hecho? —Puedo oír la ira en su voz, y algo más. Pánico.

—¿A quién? —pregunto.

—A Maura. Se ha ido y se ha llevado a mi hijo. Tienes que decirme dónde está, Cassel.

—¿Yo? —pregunto. ¿Anoche estuvo mirando cómo Barron me pateaba hasta dejarme sin conocimiento y hoy me acusa de planear la huida de Maura? La rabia me nubla la vista. Estrujo el teléfono con tanta fuerza que temo romper la cubierta de plástico.

Debería estar disculpándose conmigo. Debería estar suplicando.

—Sé que has estado hablando con ella. ¿Qué le dijiste? ¿Qué le hiciste?

—Oh, cuánto lo siento —digo automáticamente, presa de una furia gélida—. No lo recuerdo.

Pulso el botón de colgar con una sensación de venganza tan placentera que tardo unos instantes en comprender lo estúpido que he sido.

Entonces recuerdo que no soy Cassel Sharpe, hermano menor y decepción de todos, ya no. Soy uno de los trabajadores más poderosos de una de las maldiciones más raras.

No voy a llevarme a Lila fuera de la ciudad. No voy a moverme de aquí.

Son ellos los que deberían tenerme miedo a mí.



Aproximadamente una hora más tarde, el abuelo se marcha preguntándome si necesito algo de la tienda. Le digo que no. Me dice que meta un poco de ropa en una bolsa.

—¿Por qué? —pregunto.

—Nos vamos a Carney —dice.

Asiento con la cabeza, me abrazo las costillas y le veo partir.

Lila me mira desde los montones de ropa, papeles y fuentes que cubren la mesa del comedor. Está comiendo algo. Me acerco y veo un trozo de tocino cuya grasa está empapando una bufanda.

—¿Te lo ha dado el abuelo? —pregunto.

Se sienta sobre las patas traseras y se lame el morro.

Mi móvil está sonando. En el identificador de llamadas leo Daneca.

—Le diste esquinazo —digo a Lila—. ¿En serio que has venido caminando?

Lila bosteza, mostrando sus colmillos.

Sé que tengo que transformarla ahora, antes de que regrese el abuelo. Antes de que las costillas vuelvan a dolerme y no pueda concentrarme.

Ojalá supiera cómo.

Los ojos le brillan cuando me acerco a ella.

«Me echaron una maldición. Una maldición que solo tú puedes romper».

Alargo una mano y le acaricio el pelaje. Siento sus huesos ligeros, frágiles, como los de un pájaro. Me concentro en el instante en que el cañón de la pistola empezó a convertirse en escamas, trato de evocar la energía que lo transformó.

Nada.

Imagino a Lila, imagino que la gata se alarga y crece hasta transformarse en una chica. Mientras eso hago, caigo en la cuenta de que ignoro el aspecto que Lila tendría ahora. Ahuyento esa ocurrencia de mi mente y me permito hacer una combinación entre la chica que conocía y la chica de mi sueño. Más o menos. Imagino que cambia, lo imagino hasta que estoy temblando de tanto concentrarme, pero no cambia.

La gata suelta un hondo gruñido.

Arrastro una de las sillas del comedor, me derrumbo en ella y apoyo la frente en la madera del respaldo.

Cuando transformé la pistola no estaba pensando en ello. Mi instinto asumió el control. Era como una especie de memoria muscular o una parte de mi cerebro a la que solo podía acceder cuando alguien que me importaba estaba en peligro.

He estado enfadado muchas veces y sin embargo nunca he convertido mis guantes en hojas o transformado a una persona involuntariamente. Por lo tanto, no es algo emocional.

Pienso en la hormiga que Barron me dijo que no había convertido en palo. No puedo recordar qué hice en aquella ocasión.

Miro a mi alrededor. La espada que encontré cuando estaba limpiando la sala de estar se halla justo donde la dejé, apoyada en la pared. La levanto y siento su peso como si me encontrara alejado de mi cuerpo. La espada pesa, no es como los ligeros floretes del colegio.

«Si me quieres, córtame la cabeza».

—Lila —digo—, no sé cómo cambiarte.

Avanza hasta el canto de la mesa y salta al suelo. Surrealista. Todo esto es surrealista. No está ocurriendo.

—Estoy pensando en hacer algo para obligarme a actuar, para obligar a la magia a manifestarse. Algo loco.

Esto es absurdo. Alguien tiene que detenerme. Ella tiene que detenerme.

La gata acaricia la hoja de la espada con la mejilla, cerrando los ojos, y luego con el resto del cuerpo. Adelante y atrás. Adelante y atrás.

—¿Realmente te parece una buena idea?

Maúlla y regresa de un salto a la mesa. Se sienta y espera.

Poso una mano en su lomo.

—Voy a blandir esta espada sobre tu cabeza, ¿de acuerdo? Pero no voy a golpearte.

«Detenme».

—No te muevas.

Se limita a observar, a esperar. Está completamente inmóvil. Solo agita la cola.

Echo la espada hacia atrás y la impulso hacia su cuerpecillo. La acompaño con todo mi peso.

Dios mío, me dispongo a matarla por segunda vez.

Y entonces lo veo. De repente todo se vuelve líquido. Sé que puedo transformar la espada en una cuerda, en una cortina de agua, en una nube de polvo. Y la gata ya no es un conjunto de frágiles huesecillos y pelo. Puedo ver la terrible maldición vertida sobre ella, ocultando a la muchacha que hay debajo. Un simple tirón mental las separa.

De pronto estoy bajando la espada hacia la silueta desnuda de una chica acucillada. Me apresuro a subirla pero pierdo el equilibrio en el proceso.

Caigo al suelo y la espada sale volando. Se estrella contra un arcón veneciano que hay en la otra punta del comedor.

La muchacha es una maraña de rizos del color del heno y piel quemada por el sol. Intenta levantarse pero no puede. Quizá haya olvidado cómo se hace.

Esta vez, cuando llega la reacción, siento como si se me ajironara el cuerpo.

—Cassel —dice. Está inclinada sobre mí con una camisa que le va grande. Casi puedo ver la totalidad de sus piernas desnudas cuando vuelvo la cabeza—. Cassel, viene alguien, despierta.

Las costillas me duelen de nuevo. Ignoro si es bueno o malo. Necesito dormir, nada más. Si duermo lo suficiente, cuando me despierte me encontraré otra vez en Wallingford y Sam estará rociándose demasiada colonia, y las cosas volverán a ser como se supone que deben ser para mí.

Me da un bofetón, fuerte.

Ahogo un grito y abro los ojos. La mejilla me escuece. Veo la empuñadura de la espada y los añicos de un jarrón que debió de caerse del arcón. Hay libros y papeles tirados por el suelo.

—Viene alguien —dice. Su voz es diferente de como la recuerdo. Áspera. Ronca.

—Mi abuelo —digo—. Fue a comprar.

—Ahí fuera hay dos personas.

Su cara me resulta familiar y extraña al mismo tiempo. Mirarla me produce dolor de estómago. Alargo una mano.

Ella retrocede. Lógicamente, no quiere que la toque. Mira lo que puedo hacerle.

—Deprisa —dice.

Me levanto a trompicones.

—¡Oh! —exclamo en voz alta, porque acabo de acordarme de la estupidez que le dije a Philip. No puedo creer que alguna vez haya pensado que soy bueno mintiendo.

—El armario —digo.

El armario de los abrigos está abarrotado de pelo y lana apolillada. Apartamos las cajas del fondo y nos escurrimos dentro. La única manera de caber sin apoyarme en la puerta es agacharme por debajo de la barra y dejar que las perchas se cierren sobre mí. Me golpeo el brazo con la barra. Lila entra detrás de mí y cierra la puerta. Se aprieta contra mis doloridas costillas respirando entrecortadamente. Su aliento huele a hierba y a otra cosa, algo más sustancioso y turbio. Noto su calor en mi cuello.

No puedo verla, solo veo la luz que se cuelga por el contorno de la puerta. Uno de los cuellos de visón de mi madre me roza el mentón y olisqueo un vago rastro de perfume.

La puerta principal se abre y oigo la voz de Philip.

—¿Cassel? ¿Abuelo?

Hago un movimiento brusco. Es solo un reflejo, pero basta para que Lila me sujete los brazos y me hunda los dedos en los bíceps.

—Chis —susurra.

—Calla tú —susurro a mi vez.

La he cogido inconscientemente por los hombros, como respuesta a su gesto. En la oscuridad es un fantasma. Irreal. Sus hombros tiemblan ligeramente, vibran bajo mis manos.

Los dos tenemos las manos desnudas. Es chocante.

Se está inclinando hacia delante.

Su boca resbala por la mía. Sus labios se abren, suaves e incitantes. Nuestros dientes se tocan, y ella sabe como todos los pensamientos oscuros que he tenido. He aquí el beso con el que fantaseaba a mis catorce años e incluso después, cuando sabía que era morboso pensar de ese modo en ella, el beso que ansiaba y nunca recibí, y ahora que está ocurriendo no puedo detenerlo. Mis hombros presionan la pared. Para no tambalearme me agarro al hombro de un abrigo, con tanta fuerza que noto cómo la vetusta lana se desgarran en mi mano.

Me muerde la lengua.

—No está aquí —dice Barron—. Y tampoco el coche.

Lila gira bruscamente la cabeza, ladeando el cuello, por lo que tengo su pelo en mi cara.

—¿Qué crees que le contó al abuelo? —pregunta Philip.

—Nada —dice Barron—. Estás sacando las cosas de quicio.

—No le oíste por teléfono —dice Philip—. Recordó algo. Ignoro qué, pero lo suficiente para saber que alguien ha estado manipulándole.

Algo cruje bajo uno de sus pies. Con todo lo que hay desparramado por el suelo,

puede ser cualquier cosa.

—Es un bocazas. Te estás emparanoiando.

Noto el aliento caliente de Lila en el cuello.

Pasos en la escalera me indican que van a buscarme arriba.

Estamos tan juntos que me resulta imposible no tocarla. Y eso me trae a la memoria que Lila probablemente ha estado tocándome para hacerme soñar.

—Aquella noche en Wallingford, ¿estabas en el cuarto conmigo? —susurro.

—Querían que te llevara hasta ellos —dice—. Hacerte caminar sonámbulo hasta ellos. He hecho caminar a mucha gente hasta ellos mientras dormía.

Visualizo una silueta blanca en la escalinata, el perro del director de la residencia empezando a ladrar antes de que Lila le hiciera soñar a él también.

—¿Por qué me has besado? —le pregunto en voz baja.

—Para callarte la boca —dice—. ¿Qué creías?

Guardamos silencio. Puedo oír a mis hermanos caminar por los chirriantes tablones que hay sobre nuestras cabezas. Me pregunto si están en sus antiguos cuartos. Me pregunto si están en mi cuarto, hurgando en mis cosas como yo hurgué en las de Barron.

—Gracias —digo al fin, con sarcasmo. El corazón me va a cien.

—No recuerdas nada, ¿verdad? Lo imaginaba. Barron me dijo que te echaste a reír cuando te contó que yo estaba en una jaula, pero no es cierto, ¿verdad?

—Naturalmente que no —respondo—. Nadie me dijo que estabas viva.

Lila suelta una risa extraña, gutural.

—¿Cómo crees que perezí?

Pienso en la jaula y en los tres años que Lila ha pasado en ella. En que semejante experiencia volvería loco a cualquiera. Aunque ella no parece más loca que el resto de la gente. Que yo, por ejemplo.

—Te clavé un cuchillo. —La voz se me quiebra pese a saber que es un recuerdo falso.

Lila calla. Solo puedo oír el martilleo de mi corazón.

—Lo recuerdo —digo—. La sangre. Resbalando en la sangre. Mirando tu cuerpo y sintiéndome satisfecho por haberme salido con la mía. Me parece tan real, como si fuera imposible que alguien pudiera inventarse algo tan atroz. Y lo que sentí... Es peor que no sentir nada, como un simple psicópata. Es mucho más duro pensar que disfrutaste. —Me alegro de que estemos a oscuras. No puedo imaginarme diciendo todo esto mirándola a los ojos.

—Tenían que matarme —dice Lila—. Barron y yo estábamos en casa de tu abuelo, en el sótano. Me agarró por los brazos y me sujetó contra el suelo. Al principio pensé que estaba jugando, que quería forcejear, hasta que llegasteis tú y Philip. Philip te estaba diciendo algo y tú decías que no con la cabeza.

Quiero decirle que eso no es verdad, que no sucedió, pero lo cierto es que no lo sé.

—Yo le pedía a Barron que dejara que me levantase, pero él ni siquiera se dignaba mirarme. Philip sacó un cuchillo y fue en ese instante cuando pareciste cambiar de opinión. Te acercaste a Barron y a mí y bajaste la mirada, pero tuve la sensación de que en realidad no me estabas mirando a mí, de que no me reconocías. Barron se levantó y sentí un gran

alivio, hasta que tú me agarraste por las muñecas y me aplastaste contra la alfombra. Con más fuerza que él.

Trago saliva y cierro los ojos, temiendo lo que dirá a continuación.

Unos pasos en la escalera la detienen.

—Continúa —susurro en un tono más alto del que pretendo, aunque probablemente no tan alto como para que me oigan mis hermanos—. Cuéntame el resto.

Me tapa la boca con la mano.

—Calla —susurra, pero su tono es furibundo.

Si forcejeo con ella haré ruido de verdad.

—No quiero que se lo cuentes a Anton —dice Philip.

Su voz suena muy cerca y el cuerpo de Lila da un respingo. Deslizo las manos por sus brazos para tranquilizarla pero solo consigo que tiemble aún más.

—¿Contarle qué? —pregunta Barron—. ¿Qué crees que Cassel nos va a dejar colgados? ¿Quieres que el plan se vaya al garete?

—Lo que no quiero es que nos estalle en la cara. Y Anton parece cada día más inestable.

—Podemos ocuparnos de Anton cuando todo esto acabe. Cassel está bien. Te inquietas demasiado por él.

—Solo sé que es un plan arriesgado y que necesitamos a Cassel para llevarlo a cabo. Creo que te olvidaste de hacerle olvidar.

—¿Sabes que creo? —dice Barron—. Creo que el problema es la zorra de tu mujer. Te dije que la dejaras ir.

—Cierra el pico. —Puedo oír la rabia bajo la aparente calma de Philip.

—Como quieras, pero Cassel estuvo hablando con ella anoche, después de la cena. Es evidente que tu mujer descubrió lo suficiente para querer marcharse.

—Pero Cassel...

—Cassel nada. Ella le contó sus sospechas y él decidió pincharte para averiguar si eran ciertas, para ver tu reacción. Todavía no sabe nada, y no lo sabrá si no te dejas llevar por el pánico. Así de sencillo. Asunto zanjado. Larguémonos de aquí.

—¿Y Lila?

—Ya la encontraremos. Es un gato. ¿Qué puede hacer un gato?

La puerta principal se cierra. Después de lo que parecen diez minutos abro la puerta del armario. Miro a mi alrededor. Hay mucho desorden, pero no más que antes.

Lila sale detrás de mí y cuando me vuelvo esboza una sonrisa torcida. Gira hacia el cuarto de baño.

La cojo por la muñeca.

—¿Por qué haces esto? Cuéntame cómo lograste escapar de Barron. Por qué me arrastraste hasta el tejado de Smythe Hall con aquel sueño delirante.

—Quería matarte —dice, y su sonrisa se amplía.

La suelto, como si su muñeca quemara.

—¿Qué?

—Pero no fui capaz —continúa—. Te odiaba más aún que a ellos, pero no fui capaz. Increíble, ¿no?

Siento como si me hubiera robado el aire de los pulmones.

—No —digo—, no lo es.

La puerta de la cocina se abre con un chirrido. Lila se aprieta contra la pared y me lanza una mirada de alarma. No hay tiempo para correr hasta el armario, de modo que entro en la cocina para afrontar lo que sea que tenga que afrontar y dar a Lila unos minutos para esconderse.

Philip sonrío desde la puerta.

—Sabía que estabas.

—Acabo de llegar —digo, aunque sabe que estoy mintiendo.

Avanza un paso y yo retrocedo otro a mi vez. Me pregunto si tiene intención de matarme. Levanto las manos, todavía desnudas. No parece reparar en ellas.

—Necesito que hables con ella —dice, y por un momento no sé de quién me habla—. Dile a Maura que fui débil. Dile que lo siento. Dile que no sabía cómo frenarme.

—Ya te he dicho que no sé dónde está.

—Vale —dice, tirante—. Nos veremos el miércoles por la noche. Cassel, puede que estés cabreado o tengas algunas preguntas, pero te aseguro que al final todo esto habrá merecido la pena. Confía un poco más en nosotros y tendrás todo lo que siempre has deseado.

Se marcha y echa a andar colina abajo, donde aguarda el coche de Barron. Lila entra en la cocina y me pone una mano en el hombro. Me la sacudo.

—Tenemos que largarnos de aquí —dice—. Necesitas descansar.

Me vuelvo para decirle que estoy de acuerdo pero ya está sacando unos guantes y un abrigo del armario.

El sol de la tarde entra a raudales por la ventana y me despierto con la cabeza recostada contra unos rizos rubios y una piel tibia. Al principio estoy tan desorientado que no entiendo a quién puedo tener al lado y tan ligera de ropa.

Sam está cerrando la puerta del cuarto.

—Eh, tío —susurra.

Con un leve gesto de protesta, Lila se vuelve hacia la pared rozando su cuerpo contra el mío y la camisa se le arruga. Se tapa la cabeza con la almohada.

Recuerdo vagamente haber caminado hasta la pequeña tienda situada a tres manzanas de mi casa, haber pedido un taxi por teléfono y haberme sentado en la acera a esperarlo con Lila reclinada sobre mí. Había calculado que mi habitación de la residencia estaría libre durante un par de horas. No podía pensar en otro lugar en otro lugar adónde ir.

—Tranquilo, no he visto a Valerio —dice Sam—. Pero la próxima vez pon un calcetín en la puerta.

—¿Un calcetín?

—Según mi hermano es la señal universal para echar un... Vaya, una forma amable de decirle a tu compañero de cuarto que esa noche se busque otro plan, de evitar que entre y te pille en plena faena.

—Entiendo —digo con un bostezo—. Lo siento. Un calcetín. Lo tendré en cuenta.

—¿Quién es? —susurra, señalando a Lila con el mentón—. ¿Estudia siquiera aquí?  
—Baja la voz todavía más—. ¿Te has vuelto loco?

Lila se da la vuelta y le esboza una sonrisa adormilada.

—Qué uniforme tan mono —dice con su nueva voz ronca.

Sam enrojece.

—Soy Lila y sí, Cassel está loco. Pero seguro que ya te habías dado cuenta de eso. Ya estaba loco cuando le conocí, y es evidente que con el tiempo su locura ha ido a más.  
—Me alborota el pelo con sus dedos enguantados.

Hago una mueca.

—Es una vieja amiga. Una amiga de la familia.

—Los colegas están volviendo —dice Sam, enarcando las cejas—. Será mejor que tú y tu compi os larguéis.

Lila se apoya en un codo.

—¿Te encuentras mejor? —No parece importarle estar medio en cueros con una pierna apretada contra mí. Puede que se acostumbrara a la desnudez cuando era gata, pero yo estoy totalmente desacostumbrado.

—Sí —digo. Todavía me noto las costillas, pero el dolor ha remitido.

Bosteza y se despereza ladeando el cuerpo y haciendo que la columna le cruja de forma audible.

Tengo la sensación de que el mundo se ha vuelto del revés. Ya no hay normas.

—Oye —digo a Sam, porque si el mundo se ha vuelto loco, significa que yo

también puedo hacer lo que me dé la gana—. ¿Adivina qué? Soy un trabajador.

Mi compañero me mira boquiabierto. Lila se levanta de la cama de un salto.

—No puedes contarle eso —dice.

—¿Por qué no? —pregunto, y me vuelvo hacia Sam—. Lo descubrí ayer. ¿No es alucinante?

—¿De qué tipo? —consigue farfullar.

—Si se lo dices te mato —interviene Lila—, pero primero le mataré a él.

—Retiro la pregunta —dice Sam levantando las manos en son de paz.

Todavía tengo ropa en el armario y los cajones. Cojo lo que necesito y me voy a la biblioteca para tomar prestado dinero de mi negocio.

Entramos en la tienda de la esquina a la que acuden todos los estudiantes de Wallingford para robar chicles. Lila coge un bote de champú, jabón, una enorme taza de café y tres chokolatinas. Pago.

El dueño, el señor Gazonas, me sonrío.

—Es un buen chico —le dice a Lila—. Educado. No roba. Muy diferente de los demás chicos que vienen por aquí. No lo dejes escapar.

Su comentario me hace reír.

Me apoyo en la pared de fuera.

—¿Quieres llamar a tu madre?

Lila sacude la cabeza.

—¿Con lo cotillas que son en Carney? Ni hablar. No quiero que nadie sepa que he vuelto, con excepción de mi padre.

Asiento lentamente.

—Pues llamamos a tu padre.

—Primero necesito una ducha —replica, liándose la bolsa de plástico en la muñeca. Se ha remangado uno de mis pantalones de pinzas y parece una vagabunda con la camisa holgada y las botas de cordones que encontré en el fondo de mi armario.

Telefoneo a la misma compañía de taxis que nos trajo hasta aquí.

—No tenemos dónde aearnos —digo.

—Vamos a un hotel.

Hay un hotel no muy lejos de donde estamos, un establecimiento sencillo y agradable donde se alojan a veces los padres.

—No nos darán habitación, créeme. Los estudiantes lo intentan constantemente.

Se encoge de hombros.

Le cuelgo el teléfono a la operadora.

—Ya lo tengo —digo. Estoy pensando que las habitaciones de hotel tienen las puertas abiertas mientras las limpian. No tenemos ninguna posibilidad de que nos den una habitación, pero con un poco de suerte podríamos colarnos en una para ducharnos.

Nos disponemos a cruzar el aparcamiento cuando veo a Audrey acompañada de dos de sus amigas, Stacey y Jenna. Stacey me enseña el dedo corazón. Jenna le da un codazo a Audrey. Sé que debería apartar la vista pero no lo hago. Audrey levanta la cabeza. Tiene la mirada sombría.

—¿La conoces? —pregunta Lila.



—Sí —digo, y finalmente giro hacia el hotel.

—Es guapa.

—Sí —repito, y me meto las manos en los bolsillos, hasta el fondo, hasta tocar la costura con mis dedos enguantados.

Lila sigue mirando hacia atrás.

—Seguro que tiene ducha.

He aquí otra cosa que mi madre me repetía una y otra vez sobre los timos. Lo primero que tienes que hacer es ganarte la confianza de tu víctima, pero el timo resulta siempre más convincente si otra persona y no tú atrae a la víctima. Por eso la mayoría de los timos requiere un compañero.

—Cassel me lo ha contado todo sobre ti —dice Lila. Su sonrisa hace que de vagabunda pase a parecer una chica corriente, incluso con el pelo enmarañado.

Audrey me mira primero a mí, luego a Lila y de nuevo a mí, como si estuviera intentando decidir si esto es parte de algún juego.

—¿Qué te ha contado? —pregunta Jenna antes de dar un largo sorbo a su Coca-Cola light.

—Mi prima acaba de llegar de la India. —Señalo a Lila con la cabeza—. Sus padres vivían en un *ashram*. Le estaba hablando de Wallingford.

Audrey se lleva las manos a las caderas.

—¿Es tu prima?

Lila enarca las cejas unos segundos, luego esboza una gran sonrisa.

—Ah, lo dices por mi piel blanca.

Stacey se sobresalta. Audrey me mira para ver si estoy ofendido. En Wallingford, la idea de corrección política es no hacer comentarios de índole racial. Jamás. La piel morena y el pelo negro deben ser tan invisibles como el cabello pelirrojo o el cabello rubio o esas pieles tan blancas que están veteadas de venas azules.

—Tiene una explicación —dice Lila—. Somos medio primos. Mi madre se casó con el hermano de su madre.

Mi madre no tiene ningún hermano.

No muevo ni una ceja.

No sonrío.

No reconozco que engañar a la chica de la que podría estar todavía enamorado me acelera el pulso.

—Audrey —digo, porque me conozco bien el guión—, ¿te importa que hablemos un momento?

—Cassel —interviene Lila—, tengo que cortarme el pelo. Tengo que ducharme. Vamos. —Sonríe a Audrey y me coge del brazo—. Ha sido un placer conocerte.

Sigo mirando fijamente a Audrey, esperando una respuesta.

—Podrías hablar en Wallingford —dice Jenna.

—Ella podría utilizar las duchas de la residencia —añade, vacilante, Audrey.

Soy malvado.

—Entonces, ¿podemos hablar? —le insisto—. Sería estupendo.

—Está bien —responde sin mirarme.

Camino de Wallingford Lila me lanza una sonrisa rápida.

—Genio —me dice con los labios.

Audrey y yo nos sentamos en los escalones de cemento del edificio de Bellas Artes. Tiene el cuello salpicado de manchas, le salen cuando está nerviosa. Se retira constantemente el cabello de la cara y se lo mete detrás de la oreja, pero vuelve a soltarse con cada golpe de brisa.

—Lamento lo que pasó en la fiesta —digo. Deseo acariciarle el pelo, echárselo hacia atrás, pero me contengo.

—Soy una mujer independiente. Tomo mis propias decisiones. —Sus manos enguantadas pellizcan el tejido de sus mallas grises.

—Lo que quiero decir es que...

—Sé lo que quieres decir —me interrumpe—. Que estaba borracha y no deberías haber besado a una chica que está borracha y aún menos delante de su novio. Es poco caballeroso.

—¿Greg es tu novio? —Ahora entiendo su reacción.

Audrey se muerde el labio inferior y se encoge de hombros.

—¡Y encima voy y le pego! —me apresuro a añadir para hacerle reír—. Nada de duelos al amanecer. Debes de estar muy decepcionada. Ya no quedan caballeros en el mundo.

Sonríe con patente alivio al comprender que no voy a interrogarla.

—Estoy decepcionada.

—Yo soy más gracioso que Greg —digo. Hoy me resulta más fácil hablar con ella, ahora que sé que no maté a la última chica de la que estuve enamorado. No era consciente de lo pesada que me resultaba esa carga hasta que la he soltado.

—Pero le gusto más de lo que jamás te gusté a ti.

—Entonces le debes de gustar mogollón. —Lo digo mirándola fijamente a los ojos, y mi recompensa es el intenso rubor que le sube por las mejillas.

Me clava un puño en el brazo.

—Eres gracioso.

—¿Significa eso que todavía te gusto?

Se echa hacia atrás, desperezándose.

—No estoy segura. ¿Volverás a Wallingford?

Asiento con la cabeza.

—Volveré.

—Tictac —dice—. Podría olvidarme de ti.

Sonrío.

—La ausencia hace que las pasiones pequeñas se apaguen y que se aviven las grandes.

—Tienes buena memoria —dice, pero está mirando un punto por encima de mi hombro.

—¿Te he mencionado también que soy más listo que Greg? —Como no reacciona me doy la vuelta para ver qué mira.

Lila está cruzando el patio con una falda larga y un jersey que sin duda le ha sacado

a alguien. Se ha cortado tanto el pelo que ahora lo lleva más corto que yo: un sombrerete plateado sobre la cabeza. Todavía calza mis botas y lleva carmín rosa en los labios. Se me corta la respiración.

—Pareces otra —dice Audrey.

La sonrisa de Lila se amplía. Se acerca a mí y enlaza su brazo con el mío.

—Muchas gracias por dejarme utilizar la ducha.

—De nada. —Audrey nos está observando como si de repente pensara que hay algo sospechoso en lo que acaba de ocurrir. Puede que solo sea el cambio que ha dado Lila.

—Tenemos un tren que coger, Cassel —dice Lila.

—Ajá —respondo—. Te llamaré.

Audrey asiente, todavía perpleja.

Lila y yo echamos a andar hacia la acera y sé lo que eso representa. El escaqueo y la huida. No importa la dimensión del timo, los pasos son siempre los mismos.

Por lo visto no me parezco en nada a mi padre. En realidad, soy como mi madre.

La estación de tren se halla prácticamente vacía sin el tráfico de trabajadores de entre semana. Hay un tío más o menos de mi edad sentado en uno de los bancos de madera pintada discutiendo con una chica que tiene los ojos rojos e hinchados. Y una anciana apoyada en un carrito de la compra. Al fondo, dos chicas con sendas crestas teñidas de rosa chillón se desternillan delante de una Game Boy.

—Deberíamos llamar a tu padre. —Saco el móvil del fondo de mi bolsillo—. Asegurarnos de que estará en su despacho cuando lleguemos.

Lila está mirando el vidrio de una máquina expendedora con una expresión ilegible. Su reflejo vibra ligeramente, como si estuviera temblando.

—No vamos a Nueva York. Tenemos que conseguir que se reúna conmigo en otro lugar.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que nadie sepa que estoy viva salvo él. Nadie. No tenemos ni idea de quién está trabajando con Anton.

—Está bien. —Asiento con la cabeza. Después de la experiencia por la que ha pasado, supongo que un poco de paranoia no está fuera de lugar.

—He oído muchas cosas —dice—. Estoy al tanto de su plan.

—Esta bien —repito. En ningún momento se me ha pasado por la cabeza que no lo estuviera.

—Prométeme que no le contarás a mi padre lo que me pasó —dice, y baja la voz—. No quiero que sepa que he sido un gato.

—Está bien —digo por tercera vez—. No diré nada que no quieras que diga, pero tu padre esperará que le cuente algo. —Me avergüenza el alivio que siento. No estaba seguro de qué iba a ocurrir. Por muy enfadado que esté con Barron y Philip, por mucho que ahora les odie, si Zacharov se enterara de lo que hicieron no hay duda de que los mataría. No estoy seguro de querer que mueran.

Lila alarga una mano hacia mi móvil.

—Tú no estarás. Iré sola.

Abro la boca, pero Lila me clava una mirada de advertencia para que piense

detenidamente lo que voy a decir antes de hablar.

—Deja que por lo menos haga el trayecto contigo. Desapareceré una vez que estés en tu destino. Sana y salva.

—Puedo cuidar de mí misma. —Sus palabras suenan como un gruñido.

—Lo sé. —Le alargo el móvil.

—Bien —dice, abriéndolo.

Frunzo el entrecejo mientras la veo marcar el número. Si bien es cierto que no contárselo a Zacharov retrasará mi necesidad de tomar algunas decisiones, no es una solución. Su vida está en peligro. Necesitamos una estrategia.

—No es posible que pienses que tu padre va a echarte la culpa. Tendría que estar loco.

—Creo que mi padre sentirá lástima por mí.

Puedo oír el tono al otro lado de la línea.

—Pensará que fuiste muy valiente.

—Tal vez, pero no pensará que puedo cuidar de mí misma.

Oigo una voz de mujer y Lila se lleva el teléfono a la oreja.

—¿Puedo hablar con el señor Ivan Zacharov? —Hay una larga pausa. Lila aprieta los labios—. No se trata de ninguna broma. Estoy segura de que querrá hablar conmigo.

—Patea la pared con una bota demasiado grande—. ¡Pásemelo!

Enarco las cejas. Cubre el auricular con una mano.

—Ha ido a buscarlo —me transmite con los labios.

—Hola, papá —dice, cerrando los ojos.

Segundos después:

—No, no puedo demostrar que soy yo. ¿Cómo quieres que lo haga?

Puedo oír la voz de Zacharov como un zumbido distante que va ganando potencia.

—No lo sé, no lo recuerdo —espeta Lila con la voz tirante—. No me llames embustera. ¡Soy Lillian!

Se muerde el labio y me pasa el teléfono.

—Habla tú con él.

—¿Qué quieres que le diga? —le pregunto en voz baja. La mera idea de hablar con el señor Zacharov hace que me suden las manos.

Lila coge un folleto de una bandeja y me lo planta delante.

—Dile que se reúna con nosotros aquí.

Miro el folleto.

—Tiene una habitación en el Taj Mahal —susurra Lila.

Cojo el teléfono.

—Eh, hola, señor —digo al auricular, pero Zacharov sigue gritando, hasta que finalmente parece comprender que Lila ya no está al teléfono.

Tiene la voz propia de alguien acostumbrado a que sus órdenes sean obedecidas.

—¿Dónde está? ¿Dónde estáis? Solo dime eso.

—Quiere que nos encontremos en Atlantic City. Dice que usted tiene una habitación en el Taj Mahal.

Se hace un silencio tan sepulcral que durante unos instantes creo que me ha

colgado.

—¿En qué tinglado me estoy metiendo? —dice, despacio, al fin.

—Su hija únicamente quiere que se reúna con ella. Solo. Vaya esta noche a las nueve. Y no se lo diga a nadie. —Como no sé de qué otra manera impedir que me discuta, cierro el teléfono.

Miro a Lila.

—¿Crees que podremos estar allí a las nueve?

Abre la hoja de horarios.

—De sobra. Ha salido perfecto.

Introduzco lentamente un billete de veinte en la máquina situada junto a las escaleras y pulso nuestro destino. El cambio cae en monedas, dólares de plata que tintinean en la bandeja como campanillas.

No existe un tren directo de Jersey a Atlantic City. Tienes que ir hasta Filadelfia y hacer transbordo en la estación de Thirtieth Street para Atlantic City. En cuanto ocupamos nuestros asientos Lila rasga la bolsa y devora las tres chocolatinas con ávidos y rápidos bocados. Hecho esto, se limpia la cara deslizando los nudillos de su puño desde la mejilla hasta la nariz. No es un gesto humano, o por lo menos no es la forma en que los humanos realizan ese mismo gesto.

Incómodo, miro por la ventanilla sucia y resquebrajada el mar de casas que pasan a toda velocidad. Cada una con sus secretos.

—Cuéntame qué sucedió aquella noche —digo—. El resto. Cuando te transformé.

—Está bien, pero primero es preciso que comprendas por qué mi padre no puede enterarse de lo que me ocurrió. Soy su único descendiente y para colmo mujer. Las familias como la mía son muy tradicionales. Las mujeres pueden ser trabajadoras poderosas pero raras veces son jefas. ¿Entiendes?

Asiento con la cabeza.

—Si mi padre se enterara de lo sucedido, se vengaría de Anton y de tus hermanos, puede que incluso de ti, y yo me convertiría en la hija a la que hay que proteger. Ya nunca podría convertirme en la jefa de la familia. Voy a dirigir mi propia venganza y voy a salvar a mi padre de Anton. De ese modo se dará cuenta de que merezco ser su heredera. —Cruza las piernas, arrimando sus pies a los míos. Mis botas le van enormes y uno de los cordones está suelto.

Me cuesta imaginármela como jefa de la familia Zacharov.

Asiento de nuevo. Me viene la imagen de Barron asestándome patadas en las costillas. De Philip mirándome mientras me retuerzo en el suelo. La ira me sube por dentro, caliente y peligrosa.

—Vas a necesitarme.

Lila afila la mirada.

—¿Es eso un problema?

Detesto a Barron y Philip, pero son mis hermanos.

—Quiero que dejes a mis hermanos fuera de esto.

Puedo ver cómo cierra los dientes de golpe y tensa la mandíbula.

—Merezco una venganza —contesta.

—Si quieres ocuparte de tu familia a tu manera, adelante. Pero deja que yo me ocupe de la mía.

—Ni siquiera sabes qué te hicieron a ti.

Siento una oleada de pánico. Trago saliva.

—Cuéntamelo.

Lila se humedece los labios.

—¿Quieres saber qué ocurrió esa noche? Bien. Como te dije, estaban discutiendo. Anton le dijo a Barron que se deshiciera de mí. Tú debías transformarme en... en algo. Algo de cristal para que Barron pudiera hacerme añicos. Algo muerto para que estuviera muerta. Eso decían mientras tú me retenías contra el suelo. Philip te decía que si no accedías a hacerlo se verían obligados a hacerme daño y a ponerlo todo perdido. Barron te decía una y otra vez que recordaras lo que yo te había hecho y yo gritaba una y otra vez que no te había hecho nada.

Baja un instante la mirada.

Gestos que delatan. Todo el mundo los tiene.

—¿Por qué Anton te quería muerta?

—Porque quiere convertirse en el jefe de mi familia. Temía que mi padre nunca lo eligiera como heredero si yo estaba por en medio, por eso siempre me quiso muerta. Solo necesitaba encontrar una forma de matarme que no lo involucrara.

»La excusa que utilizó para deshacerse de mí era que Barron me había pedido que hiciera que algunas personas salieran de sus casas sonámbulas. Les rozaba durante el día y por la noche tenían cierto sueño, se levantaban de la cama y salían al jardín. Unas veces se despertaban camino de la puerta y la maldición se rompía, otras no. Yo no sabía para qué era. Barron decía que eran personas que debían dinero a mi padre y que de esa manera podía hablar con ellas, impedir que salieran perjudicadas. Anton descubrió que Barron me había utilizado para ayudar y le dijo que yo debía morir o de lo contrario...

—¿De lo contrario qué? ¿Qué tiene de extraordinario hacer que la gente camine sonámbula? —Me recuesto. El asiento de plástico chirría.

—Tus hermanos... hacen desaparecer a personas. Ése es su trabajo.

—¿Las matan? —pregunto, elevando la voz. No sé de qué me sorprende. Sé que los criminales hacen cosas malas y soy consciente de que mis hermanos son criminales. Supongo que había dado por sentado que lo que Philip hacía para Anton eran trabajillos de poca monta. Como romper piernas y cosas así.

Lila frunce el entrecejo y mira a su alrededor, pero nadie parece interesado en nosotros pese a mi arrebató. Reduce su voz a un susurro, como si de ese modo pudiera paliar mi error.

—No las matan. Consiguen que su hermano pequeño lo haga por ellos. Él convierte a las personas en objetos y luego ellos se deshacen de los objetos.

—¿Qué? —La he oído, pero no puedo creer que haya oído bien.

—Te han estado utilizando como triturador de basura humana. —Forma un marco con las manos y mira por él—. He aquí el retrato de un asesino adolescente.

Me levanto, aunque estamos en un tren y no tengo adónde ir.

—¿Cassel? —Lila me tiende una mano.

Doy un paso atrás. Siento un rugido en los oídos. Lo agradezco. No creo que pueda escuchar mucho más.

—Lo siento. Pero por fuerza tenías que sospechar que...

Creo que voy a vomitar.

Cruzo las pesadas puertas y me detengo en la plataforma que une los dos coches. Esta baila adelante y atrás bajo mis pies. Me encuentro justo encima de los ganchos y cadenas que dan al tren forma de serpiente. Un aire frío me echa el pelo hacia atrás, luego el aire caliente del motor me golpea la cara.

Me quedo ahí, con las manos sobre el metal, hasta que empiezo a serenarme.

Creo que ahora comprendo por qué acorralaron y dispararon a todos aquellos trabajadores. Creo que ahora entiendo ese miedo.

En gran medida somos quienes recordamos ser. Por eso cuesta tanto abandonar un hábito. Si nos creemos embusteros, esperamos no decir la verdad. Si nos creemos sinceros, nos esforzamos más por decirla.

Durante tres días enteros no fui un asesino. Lila había regresado de entre los muertos y con ella la mitigación de mi autodesprecio. Ahora, sin embargo, una pila de cadáveres se tambalea sobre mi cabeza, amenazando con derrumbarse y ahogarme en un mar de culpa.

Toda mi vida he deseado que mis hermanos confiaran en mí. Que compartieran conmigo sus secretos. Quería que me vieran, Philip sobre todo, como un cómplice a su altura.

Incluso después de la paliza que me propinaron mi primer impulso fue intentar salvarles.

Ahora solo deseo venganza.

Después de todo, ya soy un asesino. Nadie espera realmente de un asesino que deje de matar. Mis dedos se cierran sobre la barra metálica del tren como si ésta fuera la garganta de Philip. No quiero ser un monstruo, pero quizá sea demasiado tarde para poder ser otra cosa.

La puerta de la plataforma se abre y el revisor pasa por mi lado.

—No puedes estar aquí —me dice, mirando atrás.

—Vale —respondo.

El hombre abre la puerta del siguiente coche para seguir picando billetes. En realidad le da igual. Probablemente podría quedarme aquí un buen rato antes de que volviera a pasar.

Aspiro dos bocanadas más de aire fétido y regreso junto a Lila.

—Qué melodramático —dice cuando me siento—. Con salida furibunda y todo.

Parece que tenga el contorno de los ojos amoratado. Ha encontrado un bolígrafo en algún lugar y empezado a hacerse garabatos en la pierna, por debajo de la rodilla.

Me siento fatal, pero no me disculpo.

—Lo sé —digo—. Soy un tío muy melodramático. Salto por cualquier cosa.

Eso le hace sonreír, pero enseguida recupera la seriedad.

—Te odiaba cuando te veía tumbado en tu cómoda cama de la residencia, pensando en calificaciones y chicas y no en lo que me hiciste.

Aprieto los dientes.

—Has dormido en mi cama. ¿En serio te parece tan cómoda?

Se ríe, pero suena más como un sollozo.

Miro por la ventanilla. Ahora estamos dentro de un bosque.

—No he debido decir eso. Estabas durmiendo en una jaula. No soy una buena persona, Lila. —Titubeo—. Pero me importaba... me importa lo que te hice. Pensaba en ti todos los días. Y no imaginas cuánto lo siento.

—No quiero tu compasión —dice, pero su voz es ahora más dulce.

—Tú te la pierdes —le replico.

Esboza una sonrisa torcida y me da un puntapié con mi bota.

—Me gustaría que me contaras el resto de la historia. Cómo te transformé. Cómo escapaste. No volveré a perder los papeles. Escucharé todo lo que decidas contarme.

Asiente con la cabeza y se pone de nuevo a dibujar garabatos en su pierna. Remolinos que parten de un círculo de tinta azul.

—Está bien. Nos habíamos quedado en que me tienes inmovilizada contra la moqueta. Pareces furioso, colérico, pero de repente sonrías de una manera extraña. Me asusto, me asusto de verdad, porque estoy convencida de que vas a hacerlo. Entonces te inclinas sobre mí y me susurras al oído: «Huye».

—¿Huye? —pregunto.

—Absurdo, ¿verdad? Te tengo encima, ¿cómo quieres que huya? Pero de pronto empiezo a cambiar. —El bolígrafo le aprieta la piel, con fuerza ahora. Le está arañando la pierna—. Notaba como si la piel se me estuviera encogiendo. Mis huesos se retorcían y poco a poco me fui encorvando, achicando. Se me nubló la vista, y de repente me di cuenta de que podía escurrirme, escapar de tus manos. No sabía cómo se corría con cuatro patas, pero eché a correr de todos modos.

»Te oí chillar pero no miré atrás. Todo eran gritos. Me dieron caza debajo de unos arbustos. Había logrado salir de la casa pero no fui capaz de correr lo bastante deprisa.

Deja de garabatear y empieza a pincharse la pierna con la punta del bolígrafo.

—Eh —digo, posando mi mano enguantada en la suya.

Lila parpadea, como si hubiera olvidado dónde estaba.

—Barron me metió en una jaula y me puso un collar eléctrico en el cuello, como ésos que ponen a los perros cuando son pequeños. Dijo que prefería eso a tenerme muerta. Ya no me interponía en su camino pero podía seguir utilizándome. Yo hacía que la gente caminara hasta vosotros sonámbula. Es fácil para un gato colarse en una casa y tocar a alguien. También hacía que tú salieras sonámbulo de tu residencia y fueras al lugar donde tus hermanos aguardaban. Me mirabas con indiferencia, como a un animal. —Suelta un bufido—. Pensaba que tu intención había sido salvarme. Pero no volviste a intentarlo.

No sé qué decir. Siento un pesar profundo y afilado que duele más de lo que puedo expresar con palabras. Quiero acariciarla, pero no soy digno de ello.

Menea la cabeza.

—Sé que Barron te manipuló. Si estoy aquí es gracias a ti. No debería decir eso.

—No te preocupes. —Respiro hondo—. Tengo muchas cosas que lamentar.

—Debí imaginar que te habrían cambiado los recuerdos. Barron está tan ocupado



intentando conseguir que la gente recuerde lo que él quiere y olvide todo lo demás que no se da cuenta de que está vaciando su propio cerebro. No puede tener la sartén por el mango porque ha olvidado dónde está. La soledad puede volverte loco. A veces Barron se olvidaba de ponerme agua o comida y yo me pasaba el día maullando. —Deja de hablar y mira por la ventanilla—. Me contaba yo misma historias para que el tiempo pasara más deprisa, cuentos de hadas, fragmentos de libros. Pero se me agotaron. Al principio intentaba escapar, pero con el tiempo también se me agotó la esperanza.

Baja la voz y se inclina tanto hacia mí que su aliento me eriza los pelos de la nuca.

—Cuando descubrí que ibais a hacer daño a mi padre, cuando les oí hablar de ello, me di cuenta de que lo importante no era escapar. Supe que tenía que matarte.

—Me alegro de que no lo hicieras. —Pienso en mis pies descalzos resbalando en la pizarra.

Sonríe.

—Últimamente Barron ya no me tenía tan vigilada. Logré desgastar la parte de nailon del collar lo suficiente, pero aun así me costó sacármelo.

Pienso en las costras de sangre que tenía en el pelaje la primera vez que la VI.

—¿Todavía me odias? —pregunto.

—No lo sé. Un poco.

Las costillas me duelen. Quiero cerrar los ojos. En algún lugar del vagón rompe a llorar un bebé. El ejecutivo sentado dos filas más adelante está hablando por teléfono.

—No quiero sorbete —dice—. No me gustan los sorbetes. Ponme helado, el que sea.

Pienso que quizá me merezca que las costillas me duelan más.

Las luces de Atlantic City brillan como el día a lo largo del paseo marítimo. Nos apeamos del taxi delante del hotel Taj Mahal, adormilados y estirando el cuerpo tras el largo viaje.

Miro mi reloj. Las nueve y cuarto. Lila llega tarde.

—A partir de aquí puedo yo sola —dice.

Con un bostezo saco un bolígrafo, su bolígrafo, el que ha utilizado antes en el tren para pintarrajearse la pierna. Le anoto mi número de móvil en el brazo, justo por encima de la orilla del guante.

Lila contempla con los párpados entornados cómo las marcas de tinta se extienden por su piel. Me pregunto qué pasaría si la besara ahora, bajo la luz de las farolas, con los ojos abiertos.

—Llámame para hacerme saber que estás bien —digo con suavidad.

Lila se mira el número.

—¿Vuelves a casa?

Niego con la cabeza.

—Voy a estirar las piernas y a comer algo. No voy a ningún lado hasta que me llames.

Asiente.

—Deséame suerte.

—Suerte.

La observo mientras camina con aire arrogante hacia la entrada del hotel. Aguardo un par de minutos y cruzo las puertas del casino.

Dentro aspiro el olor familiar a puritos rancios y *whisky*. Las tragaperras tintinean, las monedas resuenan. La gente se inclina sobre las ranuras con un gran vaso de plástico en una mano y fichas en la otra. Algunos tienen pinta de llevar aquí mucho tiempo.

Dos tipos de seguridad se despegan de la pared y echan a andar hacia mí.

—Eh, muchacho —dice uno de ellos—, un momento. —Probablemente se han percatado de que soy menor de edad.

—Ya me iba —digo, y desaparezco por la puerta de atrás. El aire del mar me corta el rostro.

Camino por los gastados tablones grises del paseo marítimo, las manos en los bolsillos, mientras me imagino a Lila allí arriba con su padre. Cuando yo era niño Zacharov era un personaje misterioso, una leyenda, el coco. Le vi unas tres veces, y una de ellas fue mientras me estaban echando de la fiesta de cumpleaños de su hija.

Recuerdo que se rió.

Detrás del Taj Mahal, unas ancianas arrimadas a la barandilla arrojan algo a la arena. Unos hombres vestidos con chándal fuman cerca de la entrada, lanzando piropos a las mujeres que pasan. Y un hombre con el pelo blanco y un abrigo largo de cachemir contempla el mar.

Me palpo el bolsillo del móvil. Debería llamar al abuelo pero ahora mismo no tengo ganas de inventar excusas.

El tipo del pelo blanco se vuelve hacia mí. Miro a mi alrededor y reparo en dos hombretones que están intentando pasar inadvertidos cerca del escaparate de una tienda de caramelos.

—Cassel Sharpe —dice el señor Zacharov con un ligero acento que hace que mi nombre suene exótico. Aunque es de noche lleva gafas de sol. En el alfiler de su corbata brilla una gruesa piedra de color rojo pálido—. Creo haber recibido una llamada hecha desde tu móvil.

Mi madre tenía razón en lo del teléfono fijo, después de todo.

—Ajá —digo con fingida naturalidad.

Mira a su alrededor como si pudiera reconocer a Lila entre la gente.

—¿Dónde está?

—En la habitación —respondo—. Donde dijo que estaría.

Oigo un maullido gutural y me doy la vuelta, sobresaltado. Mis músculos aúllan. Había olvidado lo doloridos que los tenía.

El señor Zacharov ríe.

—Gatos —dice—. Hay docenas de gatos asilvestrados debajo del paseo. A Lila le encantaban los gatos. ¿Recuerdas?

No respondo.

—Si hubiera estado en la habitación mi gente me habría avisado. —Zacharov ladea la cabeza y se lleva una mano enguantada al bolsillo—. Creo que estás jugando. ¿A quién le pediste que se hiciera pasar por mi hija al teléfono? ¿Pensabas pedirme dinero? Parece un juego muy estúpido.

—Lila le pidió que acudiera solo. —Me inclino hacia él y Zacharov levanta una mano para impedir que me acerque en exceso. Uno de sus gorilas echa a andar hacia nosotros. Bajo la voz—. Seguramente vio a uno de sus hombres y se largó.

Ríe.

—Eres un villano patético, Cassel Sharpe. Me decepcionas.

—No —digo—. Ella es realmente... —El gorila me coge por detrás y tira de mis brazos hacia arriba con fuerza—. Cuidado —resoplo—. Mis costillas.

—Gracias por indicarme dónde pegar —dice el tipo. Tiene la nariz torcida. Es un estereotipo viviente.

El señor Zacharov me da unas palmaditas en la mejilla. Puedo oler el cuero de su guante.

—Pensaba que saldrías como tu abuelo, pero vuestra madre os echó a perder a los tres.

Eso me hace reír.

El gorila vuelve a tirar de mis brazos hacia arriba. Emiten un ruido extraño, como si se hubieran desencajado, y yo emito una clase diferente de ruido.

—Papá. —La voz de Lila, queda y extrañamente amenazadora, atraviesa el fragor del paseo marítimo—. Deja en paz a Cassel.

Lila sube los escalones de la playa. Durante unos breves instantes la veo como

imagino que la ve su padre, en parte como un fantasma, en parte como una desconocida. Está hecha toda una mujer, ya no es la niña que perdió, pero posee su misma boca cruel.

Además, no puede haber mucha gente con un ojo azul y otro verde.

Zacharov parpadea y se quita lentamente las gafas de sol.

—¿Lila? —Su voz suena quebradiza como el cristal.

El matón relaja las manos y me lo sacudo con vehemencia. Me froto los brazos para desentumecerlos.

—Espero que tus hombres sean de confianza —dice Lila—. Porque esto es un secreto. Yo soy un secreto.

—Lo siento —dice el señor Zacharov—. Pensaba que se trataba de una farsa... —Alarga sus manos enguantadas hacia Lila.

Lila se queda donde está, como si estuviera lidiando con algo salvaje en su interior.

—Larguémonos de aquí —le digo, posando una mano en su brazo—. Aclaremos esto en privado.

Zacharov me mira como si no pudiera recordar quién soy.

—Dentro —añado.

Los dos gorilas de abrigo largo parecen alegrarse de tener algo que hacer.

—La gente está mirando —dice uno de ellos mientras coloca una mano en la espalda del señor Zacharov y lo conduce hacia el casino.

El otro me mira con recelo. Lila me coge de la mano y le clava una mirada fría que agradezco. El tipo retrocede y entra en el Taj Mahal detrás de nosotros.

Me vuelvo hacia Lila enarcando las cejas.

—Tienes un don especial para recibir palizas —dice.

Nadie nos hace preguntas cuando cruzamos el casino y entramos en el ascensor.

La patente emoción reflejada en el rostro de Zacharov es algo íntimo, algo que sé que él no querría que yo viera. Me pregunto si debería intentar irme, pero la mano enguantada de Lila está estrujando la mía con una fuerza feroz. Trato de mantener la mirada por encima de las puertas del ascensor, observando cómo suben los números.

La suite tiene una pared forrada de madera con una pantalla plana, un diván de cuero y una mesa baja con un cuenco de hortensias frescas. Es una habitación enorme, cavernosa, dotada de grandes ventanales que se abren a la inmensidad del negro océano. Uno de los matones arroja su abrigo sobre una silla y me deja ver las pistolas que lleva amarradas bajo los brazos y en la espalda. Tiene más pistolas que manos.

Zacharov vierte un líquido claro en un vaso de cristal tallado y se lo bebe de un trago.

—¿Queréis beber algo? —nos pregunta—. Hay Coca-Cola en el minibar.

Me levanto.

—No —dice—. Eres mi invitado. —Dirige un gesto de cabeza a uno de sus hombres. Este suelta un gruñido y va hasta la nevera.

—Solo agua —dice Lila.

—Y aspirinas —añado yo.

—Venga ya —dice el tipo cuando nos tiende los vasos y las aspirinas—. Tampoco te he hecho tanto daño.

—Es cierto. —Mastico tres aspirinas y trato de recostarme en los almohadones de una forma que no me provoque el deseo de gritar.

—Bajad al casino —ordena Zacharov a los gorilas—. Ganad algo de dinero.

—Vale —responde uno de ellos. Agarra su abrigo y se marcha con su compañero. Zacharov me mira como si quisiera pedirme que me una a ellos.

—Cassel —dice—, ¿cuánto hacía que conocías el paradero de mi hija?

—Tres días, más o menos —contesto.

Lila afila la mirada pero me digo que es absurdo esconderlo.

Zacharov se sirve otra copa.

—¿Por qué no me llamaste antes?

—Lila apareció de repente —digo, lo cual, básicamente, es cierto—. Hasta ese momento había creído que estaba muerta. No la veía desde los catorce años. Me he limitado a seguir sus instrucciones.

Zacharov da un sorbo a su copa y hace una mueca de dolor.

—Lila, ¿piensas decirme dónde has estado?

Lila encoge sus delgados hombros y evita mirarle.

—Estás protegiendo a alguien. ¿A tu madre? Siempre he pensado que se te había llevado para separarte de mí. Dime que te hartaste de la vieja...

—¡No! —exclama Lila.

Zacharov sigue absorto en su diatriba.

—Tu madre prácticamente me acusó de haberte asesinado. Le contó al FBI que yo había dicho que te prefería muerta a que estuvieras con ella. ¡Al FBI!

—No estaba con mamá —dice Lila—. Papá, mamá no tuvo nada que ver con esto.

Se interrumpe y la mira fijamente.

—¿Entonces? ¿Te hizo alguien...? —Deja la frase inacabada y se vuelve hacia mí—. ¿Le hiciste daño a mi hija?

Titubeo.

—Él no me hizo nada —dice Lila.

Zacharov posa una mano enguantada en mi hombro.

—Falta poco para el recurso de apelación de tu madre, ¿verdad, Cassel?

—Así es, señor —digo.

—No me gustaría que las cosas se le torcieran. Si descubro...

—Olvídate de él —espeta Lila— y escúchame a mí, papá. Aunque solo sea un minuto. No estoy preparada para hablar de lo ocurrido. Deja de buscar a alguien a quien culpar. Deja de interrogarnos. Ahora estoy en casa. ¿No te alegras de que haya vuelto?

—Naturalmente que sí —dice Zacharov, claramente ofendido.

Me toco inconscientemente las costillas. Quiero otra aspirina, pero ignoro dónde las ha puesto el gorila.

—Si estoy confiando en ti es por ella —añade, y a renglón seguido suaviza el tono—. Mi hija y yo necesitamos hablar. Necesitamos estar a solas. Lo entiendes, ¿verdad?

Asiento con la cabeza. Lila está mirando del negro océano. No vuelve la cara.

Zacharov se saca la cartera del interior de la americana y cuenta quinientos dólares.

—Toma —dice.

—No puedo aceptarlo.

—Me sentiría mejor si lo hicieras —insiste.

Me levanto y contengo una mueca de dolor. Niego con la cabeza.

—Espero que no se esté refiriendo a su corazón.

Suelta un bufido.

—Uno de los muchachos te acompañará a casa.

—Entonces, ¿puedo irme?

—No te hagas ilusiones. Puedo recogerte como quien recoge una moneda de diez céntimos de la acera cuando me apetezca.

Quiero decirle algo a Lila, pero sigue dándome la espalda. No puedo adivinar sus pensamientos.

—El miércoles doy una pequeña fiesta en un local llamado Koshchey's para recaudar fondos. Deberías venir —dice Zacharov—. ¿Sabes por qué me gusta Koshchey's? Niego con la cabeza.

—¿Sabes quién es Koshchey el Inmortal?

—No —digo, pensando en el extraño mural del techo del restaurante.

—En el folclore ruso Koshchey es un hechicero que puede convertirse en un torbellino y destruir a sus enemigos. —Zacharov acaricia el fulgurante alfiler que descansa sobre su torso—. Guarda su alma en un huevo de pato para que no puedan matarle. No me contraríes, Cassel. No te convengo como enemigo.

—Entiendo —digo, y abro la puerta. Lo que entiendo es que Lila y yo estamos solos en esto y ni siquiera tenemos un plan.

—Otra cosa, Cassel.

Me doy la vuelta.

—Gracias por traerme a mi hija.

Salgo. Mientras espero el ascensor me suena el móvil. Estoy tan cansado que me representa un esfuerzo enorme sacarlo del bolsillo.

—¿Diga?

—¿Cassel? —dice el decano Wharton. No parece contento—. Lamento telefonarle tan tarde, pero acabamos de recibir la última llamada de uno de nuestros miembros del consejo de la costa Oeste. Bienvenido de nuevo a Wallingford. Nos llegó el informe de su médico y el consejo al completo ha votado a su favor. Nos gustaría que permaneciera como estudiante externo durante un período de prueba y, si no se mete en más líos, considerar la posibilidad de readmitirle en la residencia para su último año.

Ahogo la risa irónica que amenaza con trepar por mi garganta. Mi timo ha funcionado. Puedo volver al colegio. Pero no puedo volver a ser la persona que pensaba que era.

—Gracias, señor —logro farfullar.

—Esperamos verle mañana por la mañana, señor Sharpe. Puesto que ha pagado hasta final de curso, puede usted desayunar y comer en la cafetería si así lo desea.

—¿El lunes por la mañana? —digo.

—En efecto, mañana por la mañana. A menos que tenga otros planes —replica secamente.

—No, por supuesto que no. Hasta mañana entonces, decano. Gracias, decano.

Uno de los gorilas de Zacharov me lleva a casa en coche. Resulta que se llama Stanley. Es de Iowa y prácticamente no habla ruso. No se le dan bien los idiomas, dice.

Me cuenta todo eso cuando detiene el coche delante de mi casa. Aunque me obligó a sentarme en el asiento de atrás de la limusina, con la mampara de plástico ahumado de por medio, supongo que podía ver más de lo que yo creía. Supongo que me vio desabrocharme la camisa y frotarme los moratones de las costillas para comprobar el estado de mis huesos. No lo supongo únicamente por lo dicharachero que estuvo cuando llegamos a casa; también me regaló su frasco de aspirinas.

Mi abuelo no está en casa cuando llego, pero pegada a la nevera con un imán de YO  
♥ CHIHUAHUAS encuentro una nota escrita con bolígrafo en el dorso de un recibo.

*Me he ido unos días a Carney.  
Llámanme cuando llegues a casa.*

Contemplo la nota, tratando de descifrar su significado, pero solo puedo pensar que mañana no tendré un coche que tomar prestado. Subo a mi cuarto, conecto la alarma del móvil, bloqueo la puerta con una silla y me tomo otro puñado de aspirinas. Ni siquiera me molesto en descalzarme o meterme bajo la sábana; me limito a hundir la cabeza en la almohada y caer dormido como un muerto que finalmente regresa a su tumba.

Cuando suena la alarma y me despierto de un salto, durante unos instantes no sé dónde estoy. Miro la habitación en la que dormía de niño y tengo la sensación de que pertenece a otro.

Apago la alarma y parpadeo unas cuantas veces.

Me noto la cabeza más despejada de lo que la he sentido en días.

Me ha disminuido ligeramente el dolor —quizá porque por fin he conseguido dormir— pero la realidad de lo que ha sucedido y lo que está a punto de suceder finalmente se abre paso en mi mente. No tengo mucho tiempo —apenas tres días— para elaborar un plan.

Y necesito mantenerme alejado de mis hermanos para poder hacerlo. Wallingford será bueno para eso. No saben que he sido readmitido, pero si lo descubren por lo menos podré estar en el colegio sin que parezca que me estoy escondiendo. Por lo menos podré seguir actuando como si fuera un robot asesino a la espera de recibir órdenes.

Busco en el armario el pantalón y la camisa áspera del uniforme. Cuando recogí mis cosas de la residencia no me traje la americana ni los zapatos, pero ése no es mi único problema. No tengo cómo llegar al colegio.

Me pongo las zapatillas de deporte y llamo a Sam.

—¿Tienes idea de qué hora es? —dice con la voz grogui.

—Necesito que me recojas —le digo.

—¿Dónde estás, tío?

Le doy la dirección y cuelga. Espero que no se dé la vuelta para seguir durmiendo.

Mientras me cepillo los dientes en el cuarto de baño advierto que por encima de mi incipiente barba asoma un moretón. Ya empezaba a llevar el pelo demasiado largo y ahora lo llevó aún más desaliñado, pero lo humedezco e intento dominarlo con el peine.

No me afeito pese a ir en contra de las normas no llevar la cara suave como el culo de un bebé, porque puedo imaginarme la mala pinta que tendría el moretón si pudieran verlo al completo.

En la cocina, mientras preparo la cafetera y observo el goteo del oscuro líquido, me viene la imagen de Lila contemplando el mar. La imagen de Lila dándome la espalda



cuando salgo de la habitación.

Mi madre dice que cuando tienes a alguien tiene que haber algo en juego, algo tan importante que sepas que tu víctima no abandonará aunque la cosa se ponga chunga, que se meterá hasta el fondo. Una vez que está metida hasta el fondo, has ganado.

Lila está en juego. No va a abandonar, lo que significa que yo tampoco puedo hacerlo.

Estoy metido hasta el fondo.

Ellos están ganando.

Todos los profesores son sumamente amables conmigo. La mayoría —con excepción del doctor Stewart, que me pone una ristra de ceros que recita lentamente conforme los anota en mi cuaderno de notas— comprende que no haya podido hacer los deberes pese a habérmelos enviado a diario por correo electrónico. Me dicen que se alegran de mi vuelta. La señora Noyes hasta me abraza.

Mis compañeros me miran como si fuera un peligroso lunático con dos cabezas y una desagradable enfermedad contagiosa. Yo mantengo la cabeza gacha, me como mis patatas fritas al mediodía y pongo cara de interés en las clases.

Entretanto me dedico a trazar planes.

En el comedor, Daneca se sienta a mi lado y arrastra su cuaderno de educación cívica por la mesa.

—¿Quieres copiar mis apuntes?

—¿Tus apuntes? —digo lentamente, mirando el cuaderno.

Pone los ojos en blanco. Lleva el pelo recogido en dos trenzas atadas con toscos cordeles.

—No tienes que hacerlo si no quieres.

—No —digo—, claro que quiero.

Miro el cuaderno, lo hojeo, observo la letra redonda. Paso un dedo enguantado por los apuntes al tiempo que una idea empieza a formarse en mi cabeza.

Sonrío.

Sam se sienta delante de mí con una bandeja. Está cubierta de una pegajosa montaña de deliciosos macarrones con queso.

—Oye, prepárate para llevarte una gran alegría —me dice.

Es lo último que esperaba oír.

—¿De qué se trata? —pregunto.

Mis dedos están trazando palabras nuevas en los márgenes del cuaderno de Daneca. Planes. Estoy escribiendo con un estilo familiar pero que no es el mío.

—Nadie creía que ibas a ser readmitido. Nadie. Naaaaaadie.

—Gracias. ¿Cómo sabías que eso iba a alegrarme tanto?

—Tío, hay mucha gente que acaba de perder un montón de dinero. Nos hemos recuperado de aquella terrible apuesta. ¡Somos los reyes de las finanzas!

Meneo la cabeza, incrédulo.

—Siempre he dicho que eras un genio.

Nos damos un puñetazo en el hombro, chocamos puños y nos quedamos sonriendo como dos imbéciles.

Daneca arruga el entrecejo y Sam recupera la seriedad.

—Hay otras cosas de las que queríamos hablarte.

—Mucho menos divertidas, supongo —digo.

—Siento haber perdido tu gata —me dice Daneca transcurridos unos segundos.

—Oh. No, no, la gata está bien —digo, levantando la vista—. Ha regresado al lugar al que pertenece.

—¿De qué estás hablando?

Meneo la cabeza.

—Es demasiado complicado.

—¿Estás metido en algún lío? —pregunta Sam—. Porque si lo estás deberías contárnoslo. Tío, no te ofendas, pero tengo la impresión de que se te está yendo la olla.

Daneca carraspea.

—Me ha contado lo que le dijiste cuando te encontró en la cama con esa chica. Que eras un...

Miro a mi alrededor, pero no tenemos a nadie lo bastante cerca para oírnos.

—¿Le has contado que soy un trabajador?

Sam baja rápidamente la vista.

—Últimamente hemos pasado mucho tiempo juntos con el tema de la obra. Lo siento. Lo siento mucho. Soy un bocazas.

Claro. La gente normal cotillea. La gente normal se cuenta cosas, sobre todo cuando quieren impresionar al otro. Supongo que debería sentirme traicionado, pero me siento aliviado.

Estoy cansado de fingir.

—¿Estáis juntos? —pregunto—. ¿En plan novios?

—Ajá —dice Daneca. Su semblante es una mezcla de placer y timidez.

Sam da la impresión de que va a desmayarse.

—Es genial —digo—. No era mi intención mentir a tu madre, Daneca. En aquel momento no lo sabía. —Pero también sé que no se lo habría contado. Habría mentido; simplemente no tuve la oportunidad.

—¿Estás saliendo con esa chica? —pregunta ella—. ¿La chica con la que estabas durmiendo?

Me río, sorprendido.

—No.

—¿Entonces solo estabais...?

—No estábamos —me apresuro a responder—. Créeme, no estábamos. En primer lugar, es muy probable que a esa chica le falte un tornillo. Y en segundo lugar, me odia.

—Entonces, ¿quién es? —pregunta Daneca.

—Pensaba que queríais saber quién soy yo.

—Quiero que creas que puedes confiar en mí. Y en Sam. Puedes confiar en los dos.

—Hace una pausa—. Tienes que confiar en alguien.

Inclino la cabeza. Tiene razón. Si quiero que mi plan tenga éxito necesitaré ayuda.

—Se llama Lila Zacharov.

Daneca ahoga un gritito.

—¿La chica que desapareció cuando estábamos en secundaria?

—¿Oíste hablar de ella?

—Y que lo digas. —Daneca me coge una patata frita. El aceite le empapa el guante—. Todo el mundo oyó hablar de ella. La princesa de una familia mafiosa. Su caso salió en todos los periódicos. Después de eso mi madre no me dejaba ir sola a ningún sitio. —Se mete la patata en la boca—. ¿Qué le ocurrió exactamente?

Titubeo, pero ya no hay vuelta atrás.

—Fue convertida en gata —contesto. Soy consciente de que mi cara adopta una mueca extraña. Me resulta tan antinatural decir la verdad...

Daneca se atraganta y escupe la patata en su mano.

—¿Por un trabajador transformador? —pregunta. A continuación me susurra—: ¿En gata?

—Eso es una locura —dice Sam.

—Sé que pensáis que me lo estoy inventando —digo, frotándome la cara.

—En absoluto —contesta Daneca mientras se remueve ligeramente en su asiento.

Sam hace una mueca de dolor. Creo que Daneca le ha dado una patada por debajo de la mesa.

—No me refería a locura de que estás loco —se corrige Sam—, sino a locura de «¡Uau!».

—Claro. —Ignoro si me han creído, pero un rayo de esperanza se abre paso dentro de mí.

De pronto me percaté de que acabo de hacer exactamente lo que necesitaba para incluir a Daneca y a Sam en una estafa. Confían en mí. Me han visto llevar a cabo una estafa con anterioridad. En este caso hay más cosas en juego; solo tengo que prometerles un premio mayor.

Suena mi móvil, lo miro y veo un número que no conozco. Lo abro y me lo llevo a la oreja.

—¿Diga?

—Esto es lo que quiero que hagas —dice Lila—. Irás a la fiesta del miércoles y harás ver que manipulas a mi padre, tal como esperan que hagas. Confío en ti para que solo lo hagas ver. Creo que mi padre será lo suficientemente inteligente para seguirte el juego.

—¿Ése es el plan?

—Ésa es tu parte. No tengo mucho tiempo, así que escucha con atención. Unos minutos después yo entraré con una pistola, dispararé a Anton y salvaré a mi padre. Ésa es mi parte. Así de simple.

Son tantas las cosas que podrían ir mal que no sé por cuál empezar.

—Lila...

—Incluso he logrado dejar a tu hermano Philip fuera de esto, como tú querías.

—¿Cómo? —pregunto, sorprendido.

—Le dije a mi guardaespaldas que Philip estaba merodeando por el ático y me vio. Me dejaron encerrarlo aquí. Eso significa que solo tenemos que ocuparnos de Anton y Barron.

«Anton y Barron». Me froto el caballete de la nariz.

—Dijiste que dejarías a mis dos hermanos fuera de esto.

—Nuestro arreglo ha cambiado —dice—. Solo hay un problema.

—¿Cuál?

—No dejarán entrar a nadie armado a la fiesta. No podré llevar una pistola encima.

—Yo no tengo... —Me interrumpo. No me parece una buena idea hablar de mí y de pistolas dentro del colegio, y aún menos dentro de una misma frase—. No tengo.

—Habrá un detector de metales —dice—. Consigue una pistola y busca la manera de colarla.

—Imposible.

—Me lo debes —dice Lila. Su voz es suave como la ceniza.

—Lo sé —respondo, vencido—. Lo sé.

La comunicación se corta.

Contemplo fijamente la pared de la cafetería mientras trato de convencerme de que Lila no me está tendiendo una trampa.

—¿Ocurre algo? —pregunta Sam.

—Tengo que irme. Va a empezar la clase.

—Pues nos la saltamos —dice Daneca.

Niego con la cabeza.

—No en mi primer día.

—Nos veremos en la hora de actividades delante del teatro —dice Sam—. Entonces nos contarás qué está ocurriendo.

Camino de clase marco el número desde el que me ha llamado Lila.

Responde un hombre. No es Zacharov.

—¿Está ella ahí? —pregunto.

—No sé de quién me hablas —replica con aspereza.

—Solo dile que necesito dos entradas más para el miércoles.

—Aquí no hay nadie...

—Díselo —insisto.

No me queda otra que confiar en que lo haga.

Me apoyo en la pared de ladrillo del teatro y empiezo a hablar. Contar mi historia a Sam y Daneca es como arrancarse la piel para dejar al descubierto todo lo que hay debajo. Duele.

No les miento. Ni siquiera lo intento. Empiezo desde el principio y les cuento que yo era el único no trabajador de una familia de trabajadores. Les hablo de Lila y de que creía haberla matado, de cómo acabé en el tejado.

—¿Cómo es posible que todos en vuestra familia seáis trabajadores de maldiciones? —pregunta Sam.

—El trabajo es como los ojos verdes —dice Daneca—. A veces aparece en las familias por casualidad, pero si los dos padres son trabajadores hay más probabilidades de que los hijos también lo sean. Cerca del uno por ciento de los australianos son trabajadores porque el país se fundó como una colonial penal de trabajadores, mientras que solo el 0,01 por ciento de estadounidenses lo son.

—Ah —dice Sam. Creo que no esperaba una respuesta tan exhaustiva. Yo, por lo

menos, no.

Daneca se encoge de hombros.

—¿Qué clase de trabajador eres tú? —me pregunta Sam.

—Seguramente de la suerte —dice Daneca—. Todo el mundo es un trabajador de la suerte.

—No —replica—. Nos lo diría.

—No importa qué clase de trabajador sea, lo que importa es que mi hermano quiere que mate a un tipo y que yo no quiero hacerlo.

—Entonces eres un trabajador mortal —dice Sam.

Daneca le asesta un puñetazo en el brazo y Sam se encoge pese a su envergadura.

—¡Ay!

Gruño.

—No importa porque no pienso manipular a nadie, ¿entendido?

—¿No podrías pirarte? —pregunta Sam—. ¿Huir de la ciudad?

Primero asiento, luego niego con la cabeza.

—No voy a huir.

—A ver si lo entiendo —dice Sam—. Crees que tus hermanos podrían obligarte a matar a alguien y piensas quedarte y dejar que lo intenten. Yo alucino.

—Lo que creo —digo— es que soy un joven muy inteligente con dos amigos increíblemente inteligentes. Y también creo que uno de esos amigos lleva tiempo esperando la oportunidad de demostrar su pericia con las armas de mentira.

Los ojos de Sam brillan con avidez.

—¿En serio? El tío que va a recibir el disparo ha de pasarse los cables por dentro de los pantalones y guardarse el disparador en un bolsillo. Y hay que sincronizar el disparador para que se active justo en el momento en que se produce el disparo. A menos que estés hablando de fingir un trabajo mortal. Eso sería mucho más sencillo.

—Solo disparos —digo.

—Un momento —interviene Daneca—. ¿Qué planeas hacer exactamente?

—Tengo un par de ideas —digo todo lo inocentemente que puedo—. Las dos bastante malas.

Revisamos el plan una docena de veces por lo menos. Lo pulimos, pasando de lo ridículo a lo improbable y de ahí a algo más o menos factible. Hecho esto, en lugar de cenar en la cafetería me llevan en coche a casa de Barron y les enseño cómo se fuerza una cerradura.

Sin el abuelo la casa me parece vacía y enorme. Echo de menos las pilas de cacharros mientras preparo el café. La casa se me antoja extraña e inquietantemente llena de posibilidades. Me coloco las libretas nuevas delante, en abanico, me peto los nudillos y me preparo para una larga noche.

Cuando el martes por la mañana me despierto con un hilo de baba oscureciendo el puño de mi camisa y Sam fuera, tocando el claxon, solo tengo tiempo de cepillarme los dientes antes de salir por la puerta.

Me tiende una taza de café.

—¿Has dormido vestido? —me pregunta.

Casi no puedo soportar la idea de seguir bebiendo café, pero lo hago.

—¿Dormir? —pregunto.

—Tienes tinta azul en la mejilla —dice.

Giro el retrovisor y me miro en el diminuto espejo. Mi incipiente barba parece más desaliñada que nunca y mis ojos están rojos. Tengo una pinta horrible. La mancha de tinta en la mejilla es lo de menos.

En el colegio estoy tan atontado que la señora Noyes me lleva a un lado, me pregunta si va todo bien en casa y examina mis pupilas para ver si las tengo dilatadas. El doctor Stewart me dice que me afeite.

Me quedo traspuesto en la última fila del grupo de debate. Me despierto en medio de una discusión acerca de si despertarme o no. A continuación me arrastro hasta el departamento de arte dramático para que Sam me imparta una clase particular sobre armas.

Devoro la cena y me dirijo al aparcamiento con Sam.

—Señor Sharpe —me llama Valerio, caminando hacia nosotros—. Señor Yu, espero que no esté pensando en salir del campus.

—Solo voy a acompañar a Cassel a casa —responde Sam.

—Tiene treinta minutos para hacerlo antes de que empiece la hora de estudio —dice, señalando su reloj.

Regreso a la mesa y las libretas y acabo durmiendo en el sofá de la sala con todas las luces encendidas. Hay tanto por hacer... No recuerdo la mitad de lo que escribo y cuando miro las palabras por la mañana no parece que las haya escrito yo.

Sam llega puntual.

—¿Puedes dejarme el coche? —le pregunto—. Creo que hoy no iré a clase. Me espera una larga noche.

Me pasa las llaves.

—Cuando veas cómo acaricia la carretera te darán ganas de tener tu propio coche fúnebre.

Le dejo en el colegio y vuelvo a colarme en casa de Barron. Soy un ladrón de la mejor clase, de éstos que dejan atrás artículos de igual valor que los que se llevan.

Luego me voy a casa y me afeito hasta dejarme la piel suave como el culo de un bebé.

Estoy tan cansado que a las cuatro me vence el sueño y no me despierto hasta que Barron me zarandea el brazo.

—Eh, bella durmiente —dice, sentándose en la silla que odio con los brazos cruzados. Se echa hacia atrás y levanta las patas delanteras con su peso.

Anton está apoyado en el marco de la puerta que conduce al comedor. Sobre el monte de su labio inferior descansa un palillo de dientes.

—Será mejor que te vistas, muchacho.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto, procurando sonar sincero. Paso junto a ellos en dirección a la cocina y me sirvo una taza de café antiguo. Tiene cierto gusto a ácido de pilas, pero está bueno.

—Nos vamos a una fiesta —dice Barron, y pone cara de asco cuando ve lo que estoy haciendo—. En la ciudad. De alto copete. Estará llena de matones.

—Philip no puede ir —dice Anton—. Zacharov lo envió a hacer un recado en el último momento.

Sé que miente, pero no consigo distinguir si está preocupado. Puedo imaginarme a Lila enviándole un mensaje con el teléfono de Philip.

Me froto los ojos.

—¿Y vosotros queréis que yo vaya a esa fiesta?

Anton y Barron cruzan una mirada.

—Ajá —dice Barron—. Creía que ya te habíamos hablado de ella.

—No. Oye, id sin mí. Yo tengo un montón de deberes.

Anton me arranca la taza de las manos y escupe en ella el palillo de dientes.

—No seas imbécil. ¿Qué crío de tu edad elegiría quedarse en casa haciendo deberes en lugar de ir a una fiesta? Ahora sube y date una ducha.

Obedezco. El agua me golpea la espalda como si fueran agujas calientes, relajándome los músculos. Hay una araña —una que se me pasó por alto— agazapada en un recodo del techo, cuidando de un puñado de huevos. Me lavo el pelo y observo las gotas de agua que quedan atrapadas en su tela.

Cuando salgo al nebuloso cuarto de baño la puerta está abierta y Barron se encuentra en el umbral listo para tenderme una toalla. Me mira de arriba abajo antes de que me envuelva en ella. Intento ponerme de perfil pero no soy lo bastante rápido.

—¿Qué tienes en la pierna?

Caigo en la cuenta de que la desnudez permite comprobar la presencia de amuletos.

—Eh, hay una cosa que se llama intimidad —protesto—. ¿Has oído hablar de ella?

Me agarra del hombro.

—Enséñame la pierna.

Me ciño la toalla un poco más.

—No es más que un corte.

Me deja que lo aparte para salir al pasillo pero Anton me está esperando en el cuarto.

—Agárrale —dice Barron. Anton me da una patada en la pierna y pierdo el equilibrio. Caigo sobre la cama, lo cual no habría estado mal si no fuera porque Barron me rodea el cuello con un brazo y me arrastra por el colchón.

—¡Suéltame! —grito. La toalla ha desaparecido y forcejeo, cohibido y asustado, al tiempo que Anton se lleva una mano al bolsillo.

De la empuñadura de ébano que sostiene brota la hoja de una navaja.

—Veamos qué tenemos aquí. —Me palpa la pantorrilla en la zona donde tengo las piedras cosidas a la piel. Noto un dolor punzante cuando aprieta. Está infectada.

Cuando pasa la cuchilla no puedo evitarlo. Grito.

—Muy ingenioso —dice Barron mientras contempla mi pierna ensangrentada. Se guarda los restos de tres piedras rojas y húmedas en el bolsillo—. ¿Cuánto tiempo llevas utilizando este truco?

Hasta los mejores planes se tuercen. Al universo no le gusta que la gente piense que puede controlarlo. Todos los planes exigen cierto grado de improvisación, pero normalmente no se tuercen tan pronto.

—Que te den —digo, comentario bastante pueril, pero es mi hermano y tiene el poder de sacar esa parte de mí—. Adelante, pégame lo bastante fuerte para arrancarme un par de dientes. Así seré el rey de la fiesta.

—Tu hermano recuerda —dice Anton meneando la cabeza—. Estamos jodidos y bien jodidos, Barron. Buen trabajo.

Barron blasfema entre dientes.

—¿A quién se lo has contado?

Me vuelvo hacia él.

—Sé que soy un trabajador. Un trabajador transformador. Empieza tú por contarme por qué me hiciste creer que no lo era.

Cruzan una mirada de desesperación, como si estuvieran pensando en pedir tiempo muerto y meterse en la otra habitación para discutir qué van a contarme.

Barron se sienta en el otro lado de la cama y recupera la calma.

—Mamá nos pidió que te mintiéramos. Lo que tú eres... es peligroso. Mamá creía que era mejor para ti que no lo supieras hasta que fueras mayor. Cuando de niño lo averiguaste, me pidió que te lo hiciera olvidar. Así fue como empezó todo.

Miro las sábanas rojas y el sangrante boquete de mi pierna.

—¿Mamá está al corriente de esto?

Barron niega con la cabeza sin hacer caso de la mirada de advertencia que le lanza Anton.

—No. No queríamos preocuparla. La cárcel ha sido un fuerte palo para ella y las reacciones de sus trabajos la vuelven emocionalmente inestable. Pero el dinero escasea, ya escaseaba antes de que la encarcelaran. Eso lo sabes.

Asiento lentamente con la cabeza.

—A Philip se le ocurrió una idea. El asesinato es la mejor forma de conseguir dinero rápido. Y los que más ganan son los asesinos que son de fiar, los que pueden hacer desaparecer un cuerpo para siempre. Contigo podíamos hacerlo. —Me cuenta todo eso como si debiera felicitar a mi hermano Philip por su ingenio—. Anton se aseguraba de que nadie supiera quién era el verdadero responsable de los asesinatos.

—¿Y yo no tengo nada que decir? ¿Respecto a lo de ser un asesino?

Se encoge de hombros.

—Eras un crío. No era justo que pasaras por semejante trauma, así que te hacíamos olvidar todo lo que hacías. Solo queríamos protegerte...



—¿Qué me dices de las patadas en el estómago? ¿Te parecieron lo bastante traumáticas? ¿O de esto? —Me señalo la pierna—. ¿Es así como me proteges, Barron?

—Philip quería protegerte —interviene Anton—. No habrías podido mantener la boca cerrada. Hasta ahora te lo han puesto fácil. Ya es hora de que te curtas. —Titubea, su voz pierde firmeza—. Cuando yo tenía tu edad sabía que no debía replicarle a la realeza trabajadora. Mi madre me hizo estos cortes en la garganta cuando cumplí trece años y cada año, hasta que cumplí los veinte, los reabría para llenarlos de ceniza. Para recordarme quién era. —Se toca las cicatrices cinceladas en el cuello—. Para recordarme que el dolor es el mejor maestro.

—Dinos solamente si se lo has contado a alguien —dice Barron.

No puedes estafar a un hombre honrado. Solo los avariciosos o los desesperados están dispuestos a dejar a un lado sus reservas para conseguir algo que no merecen. He oído a muchas personas —incluido mi padre— decir eso para justificar sus estafas.

—Quiero una parte del dinero —digo a Anton—. Ya que me lo gano, yo decido cómo lo gasto.

—De acuerdo —acepta.

—Le conté a Sam, mi compañero de cuarto, que era un trabajador. No le dije de qué clase, solo que lo era.

Anton deja ir un largo suspiro.

—¿Eso es todo?

Rompe a reír. Barron le imita. Un instante después los tres estamos carcajeándonos como si les hubiera contado el chiste más gracioso que han oído en su vida.

Un chiste que, avariciosos y desesperados, están dispuestos a creer.

—Genial, genial —dice Anton—. Ponte algo elegante, ¿de acuerdo? No se trata de un baile de instituto.

Renqueo hasta el armario. Me agacho y rebusco en mi mochila algo adecuado. Apartando mi uniforme y algunos tejanos, encuentro una camisa y me endezco.

—De modo que Philip tuvo una idea y vosotros la secundasteis. No es propio de vosotros —digo, caminando torpemente hacia la puerta. Tropiczo con algo como si fuera sin querer, finjo perder el equilibrio y caigo sobre Barron. Mis dedos son rápidos y ágiles.

—Caray, perdona.

—Ve con más cuidado —me dice.

Me apoyo en el marco de la puerta y bostezo cubriéndome la boca con la mano.

—Va, cuéntame la verdadera razón de que no dijerais nada.

Barron esboza una extraña sonrisa.

—Es tan injusto. Tú, nada menos que tú, recibes el Santo Grial del trabajo de maldiciones mientras que yo he de conformarme con cambiar los recuerdos, como si fuera parte de algún equipo de limpieza. No niego que eso te hace la vida más fácil. Podía estafar en el colegio o hacer que alguien olvidara lo que le había hecho. Pero ¿qué valor tiene realmente? No mucho. ¿Sabes cuántos trabajadores transformadores nacen en el mundo en una década? Uno, a lo mejor. A lo mejor. Naciste con un poder extraordinario y ni siquiera eras capaz de apreciarlo.

—No sabía que lo tenía —protesto.

—Es un poder desperdiciado —dice, colocando su mano enguantada sobre mi hombro. El pelo de la nuca se me eriza.

Intento reaccionar como si no le hubiera robado el último amuleto intacto que me quitó, y me lo hubiera tragado. Puede que sea un desperdicio como trabajador transformador, pero no como prestidigitador.

Al final entro en el cuarto de mis padres y cojo un viejo traje de papá. Como era de esperar, mamá no ha tirado una sola de sus pertenencias, de modo que sus trajes siguen colgados en el fondo del armario, algo desfasados y con olor a naftalina, como si estuvieran esperando a que papá regrese de unas largas vacaciones. Localizo una americana cruzada que me queda como un guante y cuando introduzco las manos en los bolsillos del pantalón de raya diplomática, encuentro un pañuelo de papel que todavía conserva el perfume de su colonia.

Lo aprieto entre mis dedos mientras sigo a Anton y a Barron hasta el Mercedes.

Durante el trayecto en coche Anton fuma un cigarrillo detrás de otro y me vigila constantemente por el retrovisor.

—¿Recuerdas lo que tienes que hacer? —pregunta cuando entramos en el túnel de Manhattan.

—Ajá —digo.

—Todo saldrá bien. Si quieres, cuando todo esto termine te haremos una gargantilla. Y también a Barron.

—Ajá —vuelvo a decir. Dentro del traje de papá me siento extrañamente peligroso.

La puerta de bronce de Koshchey's está abierta de par en par cuando nos detenemos en el bordillo. Hay dos hombres enormes, con gafas de sol y abrigo de lana largo, consultando una lista. Una mujer con un brillante vestido dorado que va del brazo de un hombre de pelo blanco hace un mohín mientras esperan detrás de un trío de hombres que están fumando puros. Dos mozos se acercan al Mercedes y abren las portezuelas. Uno de ellos aparenta mi edad y le sonrío, pero no me devuelve la sonrisa.

Nos hacen pasar directamente. Sin consultar la lista. Solo nos cachean para comprobar que no vamos armados.

El restaurante está abarrotado. Hay mucha gente en la barra, pasando copas hacia atrás para que otras personas las lleven a las mesas. Un grupo de tíos jóvenes está sirviendo chupitos de vodka.

—¡Por Zacharov! —brinda uno.

—¡Por los bares y los corazones abiertos! —exclama otro.

—Y las piernas —añade Anton.

—¡Anton! —Un joven de constitución delgada se acerca a él sonriendo y alzando un chupito—. Llegas tarde. Vas a tener que alcanzarnos.

Anton me mira durante un largo instante antes de marcharse con su amigo. Entro en una espaciosa sala de baile, pasando junto a sonrientes peones de a saber cuántas familias. Me pregunto cuántos de ellos son fugitivos, cuántos de ellos abandonaron una vida corriente en Kansas o las Carolinas para venir a la gran ciudad y ser reclutados por Zacharov. Barron sigue estrujándome el omóplato con la mano. Lo siento como una amenaza.

Sobre el pequeño escenario del fondo una mujer con un traje de color rosa pálido está hablando por el micrófono de un atril.

—Se estarán preguntando por qué necesita Nueva York proporcionar fondos para detener una propuesta que afectará a New Jersey. ¿No deberíamos guardar nuestro dinero por si necesitamos lidiar esa misma batalla aquí, en nuestro estado? Déjenme que les diga, damas y caballeros, que si la propuesta se aprueba en un lugar, y más aún en un lugar donde tantos de nosotros tenemos familiares, se extenderá a otros. Necesitamos defender el derecho de nuestros vecinos a la intimidad para asegurarnos de que quedará alguien para defender el nuestro.

Una chica con un vestido negro, rizos castaños recogidos hacia atrás con pasadores de pedrería y una sonrisa excesivamente amplia se aprieta contra mí. Está radiante y he de morderme la lengua para no decírselo.

—Hola —me saluda lánguidamente Daneca—. ¿Te acuerdas de mí?

Consigo evitar poner los ojos en blanco ante su exagerada actuación.

—Te presento a mi hermano Barron. Barron, ésta es Dani.

Barron nos mira.

—Hola, Dani.

—Le gané al ajedrez cuando su colegio vino a jugar contra el mío —explica, adornando la historia que inventamos ayer.

—¿En serio? —Barron se relaja ligeramente y sonrío—. Entonces eres una chica muy lista.

Daneca palidece. Barron se ve bien con su traje, su mirada fría y sus rizos angelicales. Creo que Daneca no está acostumbrada a que sociópatas con labia coqueteen con ella; se le traba la lengua.

—Lo bastante lista para... lo bastante lista.

—¿Puedo hablar con ella unos minutos? —le pregunto—. A solas.

Barron asiente.

—Voy a comer algo. Vigila la hora, jugador.

—Descuida —digo.

Me coge del hombro. Sus dedos se hunden en mis músculos nudosos de una forma que me resulta agradable. Fraternal.

—Estás preparado, ¿verdad?

—Lo estaré —digo, pero he de mirar hacia otro lado. No quiero que sepa lo mucho que me duele que se muestre tan amable ahora, cuando sé que todo es falso.

—Un tipo duro —dice, y pone rumbo a los samovares de té y las bandejas repletas de arenques en vinagre, de pescado brillando en el glaseado rubí de la salsa de granada y de mil modalidades diferentes de piroshki.

Daneca se inclina hacia mí, me introduce por debajo de la americana una bolsa de sangre rodeada de cables y susurra:

—Le hemos dado las cosas a Lila.

Levanto la vista involuntariamente. Los nudos de mi estómago se tensan un poco más.

—¿Has hablado con Lila?

Daneca niega con la cabeza.

—Sam está con ella en estos momentos. No le ha hecho ninguna gracia que solo pudiéramos conseguir una pistola de mentira que Sam está todavía encolando.

Visualizo la sonrisa mordaz de Lila.

—¿Sabe lo que tiene que hacer?

Daneca asiente.

—Conociendo a Sam, seguro que no se deja un detalle. Quería que me asegurara de que serás capaz de volver a unir tus cables al mecanismo disparador.

—Creo que sí. Tengo...

—Cassel Sharpe —dice alguien, y me doy la vuelta. El abuelo viste un traje marrón y un sombrero ladeado con un alfiler de plumas en la cinta—. ¿Qué demonios haces aquí? Espero que tengas una excusa convincente.

Ayer, mientras repasábamos el plan, en ningún momento se me pasó por la cabeza que mi abuelo pudiera aparecer. Porque soy imbécil, básicamente, un imbécil que no sabe elaborar planes. Claro que está aquí. ¿Dónde iba a estar si no?

En serio, ¿qué más podría ir mal?

—Me trajo Barron —digo—. ¿Qué hay de malo en que salga una noche entre semana? Es prácticamente un acontecimiento familiar.

El abuelo mira a su alrededor como si estuviera buscando su propia sombra.

—Debes irte a casa ahora mismo.

—Vale —digo en un tono apaciguador, levantando las manos—. Pero primero deja que coma algo.

Daneca retrocede y se marcha al bar. Me lanza un guiño que parece transmitir la absurda suposición de que lo tengo todo bajo control.

—No —dice el abuelo—. Vas a sacar tu culo de aquí ahora mismo. Te llevaré a casa en coche.

—¿Qué pasa? No me he metido en ningún lío.

—Tendrías que haberme telefoneado después de que te dejara la nota, eso pasa. Éste no es lugar para ti, ¿entendido?

Un hombre con traje oscuro y un diente de oro nos mira y se ríe de la escena familiar que estamos representando. Niño malcriado. Hombre anciano. Pero el abuelo parece exaltado.

—Está bien —digo mirando el reloj. Son las diez menos diez—. Pero cuéntame qué está pasando.

—Te lo contaré por el camino —responde mientras me coge del brazo.

Quiero soltarme pero en los últimos días ya me han desencajado el brazo suficientes veces. Dejo que me conduzca hacia la puerta hasta que estoy lo bastante cerca de la barra para poder atraer la atención de Anton.

—Mira a quién tenemos aquí —exclamo—. ¿Conoces a mi abuelo?

Por la forma en que Anton entorna los párpados me digo que el abuelo no es santo de su devoción. La barra de cinc está cubierta de chupitos y al menos una botella de Pshenichnaya vacía.

—He pasado un momento para ver a unos viejos amigos —dice el abuelo—. Ya nos

íbamos.

—Cassel no —dice Anton—. Todavía no ha bebido nada. —Me sirve un chupito, gesto que atrae la atención de los demás peones jóvenes. Dirigen sus miradas escrutadoras hacia mí.

En el rostro de Anton hay una tensión abrasadora, velada por su sonrisa torcida y la forma lánguida en que se apoya en la barra. Si quiere tener el control de la familia tendrá que aprender a controlar a tipos como mi abuelo. No puede permitirse que un anciano le ponga en evidencia. Tiene algo que probar, y no le importa utilizarme a mí para ello.

—Bebe —me dice Anton.

—Es menor de edad —protesta el abuelo.

Los tipos de la barra estallan en carcajadas. Me bebo el vodka de un trago. El calor inunda mi estómago y me achicharra la garganta. Toso. Ríen con más ganas aún.

—Ocurre como con todo lo demás —dice uno de los tipos—. La primera vez es la peor.

Anton me sirve otro chupito.

—Te equivocas —dice—. La segunda vez es la peor porque sabes lo que te espera.

—Adelante, bebe —me dice el abuelo—. Después nos marcharemos.

Consulto la hora. Las diez y veinte.

El segundo trago me abrasa hasta las entrañas.

Uno de los tipos me da una palmada en la espalda.

—Vamos, deje que el chico se quede —le dice a mi abuelo—. Nosotros cuidaremos de él.

—Cassel —me dice el abuelo con firmeza, transformando mi nombre en una reprimenda—, no querrás ir arrastrándote por tu elegante colegio.

—He venido con Barron —digo. Alargo una mano y me sirvo un tercer trago. Los tipos están encantados.

—Y te marcharás conmigo —dice el abuelo entre dientes.

Esta vez el vodka desciende por mi garganta como si fuera agua. Me separo de la barra y hago ver que me tambaleo. Estoy embriagado de seguridad en mí mismo. «Soy Cassel Sharpe». Mis labios quieren pronunciar las palabras. «Soy más inteligente que todos vosotros y he tenido en cuenta hasta el último detalle».

—¿Estás bien? —Anton me mira como si estuviera intentando averiguar si estoy borracho. Sus planes dependen de mí. Le miro con cara de beodo y confío en que eso le llene de pavor. Por qué tendría que ser yo el único que lo pasa mal.

El abuelo me empuja hacia la salida, hacia la marea de gente.

—La dormiré en el coche.

—Déjame ir primero al baño —le pido—. Enseguida vuelvo.

Me fulmina con la mirada.

—Por favor —insisto—. El trayecto es largo.

El reloj de la pared marca las diez y media. Anton no tardará en ocupar su puesto de guardaespaldas de Zacharov. Es probable que Barron ya esté buscándome. No obstante, es imposible saber cuánto tardará Zacharov en ir al baño. Podría tener una vejiga de hierro.

—Te acompaño —dice el abuelo.

—Confía en mí. Puedo mear sin meterme en líos.

—Lo sé —dice—, pero no me fío.

Vamos a los lavabos, situados tan cerca de la cocina que tenemos que entrar en la zona semioscura y sin ventanas situada detrás del bar. Miro a mi alrededor y localizo a Zacharov con una bella mujer de larga melena dorada colgada del brazo. La pálida gema roja de su corbata hace juego con los rubíes que a ella le penden de las orejas. La gente se acerca para expresarle su apoyo y estrecharle la mano, guante de piel contra guante de piel.

Creo ver a Lila entre la multitud. Su pelo blanco bajo las luces. Los labios pintados de rojo sangre.

No debería estar todavía aquí. Va a estropearlo todo.

Me desvío hacia el bufet, hacia ella. Cuando llego ya no está.

—¿Qué pasa ahora? —me pregunta el abuelo.

Me meto un *syrniki* de sabor a rosas en la boca.

—Ya que se te ha metido en la cabeza no dejarme comer —digo—, lo estoy haciendo a escondidas.

—Sé lo que pretendes —dice—. No dejas de mirar el reloj. Se acabaron las tonterías, Cassel. O meas o no meas.

—Está bien.

Entro en el lavabo. Las diez cuarenta. Ignoro durante cuánto tiempo más podré darle largas al abuelo.

Hay algunos hombres en el lavabo peinándose delante de los espejos. Un tipo rubio y flaco, con los ojos hinchados, está esnifando una raya de coca sobre el mostrador. Ni siquiera se molesta en levantar la vista cuando la puerta se abre.

Entro en el primer cubículo y me siento en la tapa del retrete para intentar serenarme.

Mi reloj marca las diez cuarenta y tres.

Me pregunto si Lila quiere que todo salga mal. Me pregunto si realmente la VI entre la gente o el miedo me hizo imaginarlo.

Me quito la americana, me desabrocho la camisa y me pego la bolsa de sangre artificial directamente en la piel con cinta adhesiva, aceptando con resignación el doloroso tirón de vello que habré de sufrir más tarde, cuando tenga que arrancármela. Paso el cable por el interior del bolsillo del pantalón, desgarrando la costura, y añado más cinta adhesiva al disparador para que sea fácil de asir.

Las diez cuarenta y siete.

Busco la botella con el vómito pegada con cinta detrás de la taza. Ahí está, pero ignoro quién de los tres cedió al fin y vomitó. Sonrío al imaginarlo.

Las diez cuarenta y ocho. Conecto el cable al disparador.

—¿Estás bien? —me pregunta el abuelo.

Alguien suelta una risita.

—Ya termino —digo.

Finjo una arcada y vierto en el retrete la mitad del contenido de la botella. El olor avinagrado a vómito de tres días invade el cubículo. Tengo otra arcada, esta vez real.

Vierto el resto del vómito y devuelvo cuidadosamente la botella a la cinta. Tener

que agacharme es la peor parte. Tengo otra arcada.

—¿Estás bien? —El abuelo ya no parece estar impaciente—. ¿Cassel?

—Estoy bien —digo, y escupo.

Tiro de la cadena y me abotono la camisa con cuidado. Seguidamente me pongo la americana pero no la cierro.

La puerta del lavabo se abre y oigo la voz de Anton.

—Todo el mundo fuera. Necesitamos el lavabo vacío.

Las piernas me tiemblan de alivio. Abro la puerta del cubículo y me apoyo en el marco. Mis arcadas han ahuyentado ya a casi todo el mundo, pero los rezagados y el cocainómano están desfilando junto a Anton. Zacharov se detiene delante de los lavamanos.

—Desi Singer —dice frotándose la comisura de la boca—. Cuánto tiempo.

—Enhorabuena por la fiesta —dice solemnemente mi abuelo con un gesto de cabeza que casi parece una reverencia—. No sabía que te interesara la política.

—A quienes infringimos las leyes es a quienes más debería interesarnos. Después de todo, lidiamos con ellas más que el resto de la gente.

—Dicen que todos los grandes sinvergüenzas acaban metidos en política —señala el abuelo.

Zacharov sonrío, pero cuando me ve su sonrisa desaparece.

—No debería estar aquí —dice a Anton.

—Lo siento —digo alargando una mano—. Estoy un poco borracho. Una fiesta magnífica, señor.

El abuelo hace ademán de apartarme el brazo pero Anton se lo impide.

—Es el hermano pequeño de Philip. —Anton sonrío como si todo esto fuera un chiste de lo más gracioso—. Hágale ese regalo al chico.

Zacharov alarga lentamente su mano mientras me mira a los ojos.

—Cassel, ¿verdad?

Nuestras miradas se encuentran.

—No tiene que estrecharme la mano si no quiere, señor.

Me sostiene la mirada.

—Adelante.

Uno mi mano a la suya y con la otra le cubro la muñeca. Deslizo mis dedos enguantados por debajo de su manga y fuerzo uno de ellos por la pequeña abertura del cuero para poder rozarle la piel de la muñeca. Zacharov pone ojos como platos cuando le toco, como si hubiera sufrido una descarga eléctrica. Recula.

Lo atraigo firmemente hacia mí.

—Ha de fingir que se muere —susurro en su oído—. Acabo de convertirle el corazón en piedra.

Zacharov se tambalea hacia atrás, horrorizado. Mira a Anton y por un momento temo que pregunte algo que suponga mi sentencia. Se estampa bruscamente contra la bisagra de un cubículo, retrocede a trompicones y se golpea la cabeza con el secador de manos. Suelta un grito ahogado y resbala por la pared con la mano aferrada a la camisa, como si quisiera cogerse el pecho.

Nos quedamos mirando cómo se le cierran los ojos. Boquea una vez más, como si

quisiera atrapar un último soplo de aire.

No está mal como actor.

—¿Qué has hecho? —grita mi abuelo—. Deshaz lo que sea que hayas hecho, Cassel. —Me mira como si no me conociera.

—Cierra el pico, viejo —espeta Anton clavando un puñetazo en el cubículo que el abuelo tiene detrás.

Quiero golpear a Anton pero el tiempo apremia. La ausencia de reacción no tardará en delatarme.

Me concentro en transformarme a mí mismo. Me imagino un cuchillo cayendo sobre mi cabeza, trato de sentir el impulso, alimentado por el peligro, de manipular la manipulación.

He de hacer que el miedo me invada. Pienso en Lila, me imagino apuntándole con el cuchillo. Visualizo que lo levanto y siento todo el peso del horror y el autodesprecio. El falso recuerdo todavía tiene el poder de aterrorizarme.

De hecho, la mano me tiembla ligeramente, y de pronto siento que mi carne se vuelve maleable. Imagino que la mano de mi padre sustituye a mi mano. Visualizo sus muñones y sus ásperas callosidades.

La mano de mi padre acompañada de su traje.

Una pequeña transformación. Un cambio menor que espero tenga una reacción menor.

Una onda expansiva recorre mi carne. Me concentro en dar un paso hacia la pared pero siento que mi pie se expande, se derrite.

Anton saca de su abrigo una navaja mariposa y la abre. La hace girar en sus dedos, titilante como las escamas de un pez. Se inclina sobre Zacharov y le corta el alfiler de la corbata con cuidado.

—Las cosas van a ser muy diferentes a partir de ahora —dice guardándose el Diamante Resucitador en el bolsillo.

Se vuelve hacia mí con la navaja todavía en la mano y de repente me parece un plan lamentable.

—Estoy seguro de que no lo recuerdas —me dice con voz queda—, pero me hiciste un amuleto, de modo que no te molestes en intentar manipularme.

Como si pudiera hacer otra cosa aparte de caer de rodillas al suelo al tiempo que mi cuerpo se contrae y retuerce.

A través de mi vista nublada y cambiante veo que mi abuelo se acuclilla junto a Zacharov.

Las extremidades de mi cuerpo empiezan a cambiar, me brotan aletas en la piel y un quinto y sexto brazo que golpean la pared. Mi cabeza se agita adelante y atrás. Mi lengua se bifurca. Siento fuertes calambres cuando los huesos forcejean hasta conseguir salirse de sus articulaciones. Mis ojos se convierten en mil ojos y contemplan la pintura del techo parpadeando al unísono. Me digo que falta poco para que esto acabe, pero no veo el final.

Anton se acerca al abuelo.

—Eres un trabajador leal, por eso lamento tanto tener que hacer esto.

—No des un paso más —dice el abuelo.



Anton sacude la cabeza.

—Me alegro de que Philip no tenga que verlo. No lo entendería, pero creo que tú sí. Los jefes han de tener cuidado con la gente que tiene cosas que contar sobre ellos.

Intento darme la vuelta pero mis patas son cascos de caballo que repiquetean contra las baldosas. No sé cómo manejarlos. Intento gritar pero mi voz no es mi voz; emite una especie de gorjeo, probablemente debido al pico que se me está formando en la cara.

—Adiós —dice Anton a mi abuelo—. Me dispongo a convertirme en una leyenda.

Alguien aporrea la puerta. La navaja se detiene delante de la garganta de mi abuelo.

—Soy yo —dice Barron—. Abre.

—Déjame abrir la puerta —dice el abuelo—. Y guarda ese cuchillo. Si le soy leal a alguien, es a este muchacho. Y si quieres que él te sea leal, sabrás lo que te conviene.

—Anton —digo desde el suelo. Me cuesta formar palabras con mi ensortijada lengua—. ¡Puerta!

Anton me mira, cierra la navaja y abre la puerta.

Me concentro en llevarme la mano transformada al bolsillo del pantalón.

Barron entra con pasos rígidos y luego tropieza hacia delante, como si alguien le hubiese empujado por detrás.

—Poned las manos donde pueda verlas —dice una voz femenina.

Lila lleva puesto un vestido rojo corto y ceñido, sin otro complemento que la enorme pistola plateada que centellea bajo las luces fluorescentes. La puerta se cierra a su espalda. Parece una pistola de verdad. Y está apuntando directamente hacia Anton.

Los labios de Anton se abren como si se dispusiera a decir su nombre, pero no emiten sonido alguno.

—¿A qué esperas? —dice Lila.

—Él ha matado a tu padre. —Anton me señala con su navaja—. No he sido yo, ha sido él.

La mirada de Lila se vuelve hacia el cuerpo yacente de Zacharov y el cañón de la pistola tiembla.

Deslizo una mano por debajo de mi americana, confiando en que los dedos conserven su forma el tiempo suficiente para poder utilizarlos. Mi lengua funciona de nuevo.

—No lo entiendes. No era mi intención...

—Estoy harta de tus excusas —dice Lila bajando la pistola hacia mí. La mano le tiembla—. No sabías lo que estabas haciendo. No lo recuerdas. No era tu intención hacer daño a nadie.

No parece que esté actuando.

Intento levantarme.

—Lila...

—Cierra el pico, Cassel —dice, y me dispara.

Manchas de sangre me rocían la camisa.

Boqueo como un pez.

Cuando cierro los ojos oigo al abuelo exclamar mi nombre.

No hay como un disparo para convertirte en el centro de la fiesta.



Duele. Lo esperaba, pero así y todo me corta la respiración. El líquido me empapa la camisa y se me pega a la piel.

Me esfuerzo por calmar la respiración. La transformación de mi cuerpo se ha ralentizado, la reacción está remitiendo. Deseo mantener los ojos abiertos pero necesito que Anton crea realmente que Lila me ha disparado, así que en lugar de mirar me limito a escuchar.

—Vosotros dos contra los lavamanos —ordena Lila—. Las manos donde pueda verlas.

Hay movimiento de gente a mi alrededor. Oigo un gruñido en la dirección de mi abuelo, pero no puedo permitirme mirar.

—¿Cómo puedes estar aquí? —pregunta Anton.

—Venga ya, Anton —dice Lila en un tono quedo y amenazante—. Sabes muy bien cómo he llegado hasta aquí. Caminando. Desde Wallingford. Con mis patitas.

Trato de cambiar ligeramente de postura para que luego no me cueste tanto levantarme.

El estafador, como el mago, desvía la sospecha. Mientras todo el mundo está esperando que saque un conejo de la chistera en realidad está cortando a una chica en dos. Crees que está haciendo un truco cuando en realidad está haciendo otro.

Creas que me estoy muriendo pero en realidad me estoy riendo de ti.

Detesto que me guste tanto. Detesto que la adrenalina que penetra por las raíces de mi cuerpo me esté llenando de un regocijo embriagador. No soy una buena persona.

Pero engañar a Anton y Barron me produce un placer inmenso.

Puedo oír pasos a mi alrededor, avanzando hacia Lila.

—Lo siento, Lila —dice Anton—. Sé que...

—Debiste matarme cuando tuviste la oportunidad —le interrumpe Lila.

Alguien me toca el hombro y casi doy un respingo. Unos dedos desnudos y ásperos en el cuello, buscándome el pulso. La única cosa que no puedo fingir. Me abre la americana. Si me desabotona la camisa verá los cables.

—Eres un diablillo, Cassel Sharpe —susurra mi abuelo.

«Listo como el diablo y el doble de guapo». Reprimo una sonrisa.

—Dame la pistola —dice Anton, y esta vez abro los ojos una rendija. Tiene la navaja en la mano—. Sabes que no quieres hacer esto.

—¡Contra los lavamanos! —ordena Lila.

Anton suelta la navaja y derriba de un manotazo la pistola que sostiene Lila. El arma resbala por el suelo.

Lila y Anton se abalanzan sobre ella al mismo tiempo, pero Anton llega primero. Intento levantarme pero el abuelo me aplasta contra el suelo.

Anton levanta la pistola y dispara tres veces contra el pecho de Lila.

Lila se tambalea, pero no lleva cables y por tanto no hay estallido, ni sangre. Los

perdigones rebotan inofensivamente en su cuerpo y caen al suelo.

Descubiertos.

Anton mira a Lila y luego la pistola. Por último me mira a mí. Tengo los ojos completamente abiertos.

—Te mataré —gruñe mientras arroja el arma a un lado. Esta golpea el suelo con tanta fuerza que desportilla una baldosa.

Mal asunto.

Mi abuelo se interpone entre nosotros y yo estoy intentando apartarle cuando una voz resuena en la otra punta de la habitación.

—Ya es suficiente —dice Zacharov en medio de un repentino silencio. Se levanta trabajosamente y estira el cuello.

Anton retrocede a trompicones, como si Zacharov fuera un fantasma. Los demás nos hemos quedado inmóviles.

Barron me señala con un dedo acusador.

—Has jugado conmigo —tartamudea.

—Todos habéis jugado —dice Zacharov con su fuerte acento—. Hacíais lo mismo de pequeños con las pistolas de agua. Las blandíais y lo dejabais todo empapado.

—¿Por qué te...? ¿Qué sabías? —pregunta Anton—. ¿Por qué te hiciste el...?

Zacharov tuerce el gesto.

—Jamás habría creído que tú, Anton, serías capaz de traicionar a nuestra familia. Jamás habría creído que serías capaz de conspirar para matarme. Nada menos que tú, el hombre al que estaba decidido a nombrar mi heredero. —Zacharov mira a mi abuelo—. La familia ya no significa nada, ¿no crees?

El abuelo mira a Barron y luego hacia mí, como si no supiera qué contestar.

Anton avanza dos pasos hacia Zacharov con la boca deformada por una fea mueca. Barron recoge la navaja, la gira en su mano, la cierra y vuelve a abrirla.

Ruedo sobre mi cuerpo, me impulso hacia arriba y resbalo con la sangre artificial que cubre el suelo. Logro ponerme de rodillas.

—No saldrás de aquí con vida —dice Anton a Zacharov, señalando a Barron y la navaja.

Solo me queda una carta por jugar, pero es alta. Me pongo de pie. Parece que estoy de nuevo en el tejado de Smythe Hall; si patino soy hombre muerto.

—No me das miedo —dice Zacharov sin apartar la mirada de Anton—. Se necesitan agallas para matar a un hombre con las manos, y tú no las tienes.

—Calla —espetea Anton. Se vuelve hacia Barron—. Pásame la navaja. Veremos si le doy miedo o no.

Lila hace ademán de abalanzarse sobre Anton pero su padre la coge por los brazos y la atrae hacia sí.

En sus labios se forma una mueca de desprecio. Los ojos le arden como rescoldos mientras mira a su primo.

—Te mataré —dice.

Barron no le entrega la navaja a Anton. En lugar de eso esboza una lenta sonrisa y alza la punta hacia su garganta.

—No me apuntes con eso. —Anton le aparta la mano—. ¿A qué estás esperando? Dámela.

—Estoy apuntando en la dirección correcta —dice Barron—. Lo siento.

Inspiro hondo y saco mi carta.

—Barron y yo llevamos meses reuniéndonos con Zacharov. ¿No es cierto, señor?

Zacharov me clava una mirada severa. Imagino que está harto de mis películas, pero por fuerza ha de comprender que lo más importante en estos momentos es mantener la navaja en el cuello de Anton. Hunde sus dedos en los brazos de Lila.

—Lo es.

Barron asiente.

—No es cierto —dice Anton a Barron—. Aunque me la jugaras a mí, ni por un momento estarías dispuesto a jugársela a Philip.

—Él también está en esto —responde Barron. Gira la navaja en su mano, dejando que las luces fluorescentes se reflejen en la hoja.

—Philip nunca me entregaría. Es imposible. Planeamos esto juntos. Durante años.

Barron se encoge de hombros.

—Si es así, ¿dónde se ha metido? Si es tan leal, ¿no debería estar aquí?

Anton me mira.

—Esto es absurdo.

—¿Qué es absurdo? —pregunta Lila. Me lanza una mirada fugaz—. ¿Crees que eres el único capaz de traicionar, Anton? ¿Crees que eres el único embustero?

Puedo ver el conflicto en el semblante de Anton. Todavía está intentando decidir su siguiente jugada.

—Teníamos que asegurarnos de que tu intención de matar al jefe de nuestra familia iba en serio —dice Barron. No parece desconcertado. Ni siquiera parpadea.

—Os va a matar de todos modos, imbécil —dice Anton. Parece desorientado—. Has echado a perder el plan a cambio de nada. Vosotros secuestrasteis a su hija. Sois hombres muertos. Os va a linchar a todos.

—Nos ha perdonado —dice Barron—. Llegó a un acuerdo con Philip y conmigo a cambio de que abandonáramos. Era más importante demostrar que planeabas matarle. Nosotros no somos nadie. Tú eres su sobrino.

Zacharov resopla quedamente y menea la cabeza. Extiende un brazo hacia Barron y este deja caer suavemente la navaja en la palma de su mano.

Suelto un aire que no sabía que estaba aguantando.

—Anton —dice Zacharov mientras suelta a Lila, como si de repente se hubiera dado cuenta de que la tenía retenida—. Estás solo, no tienes nada que hacer. Tumbate en el suelo. Lila, ve a buscar a Stanley. Dile que tenemos que ocuparnos de un asunto.

Lila se seca las manos en el vestido sin mirar a nadie a la cara. Trato de atraer su atención pero no lo consigo. Se dirige a la puerta.

Es Zacharov el que me mira. Sabe que le he engañado, aunque ignora de qué modo. Asiente ligeramente con la cabeza.

Supongo que al final he demostrado mi valía.

—Gracias, Barron. Y Cassel, naturalmente. —Puedo oír cómo le rechinan los

dientes mientras nos da las gracias a mi hermano y a mí por una mentira—. ¿Por qué no vais a la cocina y me esperáis allí con Lila? Aún no hemos terminado aquí. Desi, asegúrate de que no se pierdan por el camino.

—Eh, tú —dice Anton, volviéndose hacia mí—. Tú has hecho esto. Tú has hecho que ocurriera.

—Yo no te convertí en un imbécil —digo, respuesta que probablemente no sea la más acertada, pero estoy idiotizado y embriagado de alivio.

Además, ya sabes que no sé tener la boca cerrada.

Cerrando la distancia que nos separa antes de que pueda reaccionar, Anton se abalanza sobre mí. Irrumpimos de espaldas en un cubículo y mi cabeza golpea la baldosa del suelo que hay junto al retrete. Veo a mi abuelo agarrar a Anton por el cogote para quitármelo de encima pero Anton es demasiado corpulento e insensible.

Me clava los nudillos en el pómulo. Impulso la cabeza hacia delante y estrello mi frente contra su cráneo con tanta fuerza que el dolor me deja atontado. Anton arquea el torso, como si fuera a golpearme de nuevo, cuando de repente pone los ojos en blanco. Se desploma sobre mí y ahí se queda, pesado como una manta.

Ajeno a la mugre del suelo, me arrastro hacia atrás, ansioso por salir de debajo de su cuerpo. Está pálido y ya han empezado a amoratársele los labios.

Está muerto.

Anton está muerto.

Todavía le estoy mirando cuando Lila se inclina y aprieta un trozo de papel higiénico contra mi boca. Ni siquiera me había dado cuenta de que sangraba.

—Lila, te quiero fuera de aquí —dice Zacharov.

—¿Es que siempre tienes que pasarte de listillo? —me pregunta con voz queda antes de regresar junto a su padre.

El abuelo está encorvado sobre su muñeca, sosteniéndola en actitud protectora.

—¿Estás bien? —le pregunto mientras me levanto para apoyarme pesadamente en la pared.

—Estaré bien cuando salgamos de este lavabo.

En ese momento me percató de que su mano derecha no lleva guante y que el dedo anular está empezando a ponerse negro desde la uña hacia abajo.

—Oh —digo. Mi abuelo me ha salvado la vida.

Se echa a reír.

—¿Qué pasa? ¿Creías que había perdido facultades?

Me avergüenza reconocer que había olvidado que todavía es un trabajador mortal. Siempre pienso en él como un trabajador en pasado, y sin embargo ha matado a Anton con un simple toque, una presión de dedos sobre un cuello vulnerable.

—Tendrías que haber dejado que te ayudara —dice mi abuelo—. Aquella noche después de la cena, cuando me drogaron, les oí hablar.

—Lila, Barron —dice Zacharov—, salgamos de aquí. Dejaremos a Cassel y a Desi un rato a solas para que puedan asearse. —Se vuelve hacia nosotros—. No os mováis de aquí.

Asiento con la cabeza mientras les veo partir.

—Tienes mucho que explicarme —me dice el abuelo.

Sigo apretando el trozo de papel higiénico contra mi mejilla. Un hilo de sangre auténtica brota de mi boca y me gotea sobre la camisa, junto a la sangre de mentira. Contemplo el cuerpo de Anton.

—Querías sacarme de aquí porque pensabas que todavía tenía la memoria manipulada.

—¿Qué querías que pensara? —pregunta el abuelo—. ¿Qué los tres tenáis un plan absurdamente enrevesado? ¿Y que Zacharov estaba metido en el ajo?

Sonrío hacia el espejo.

—No estamos metidos en nada. Falsifiqué las libretas de Barron. Cree ciegamente en lo que hay escrito en ellas. No le queda otra opción, con su pérdida de memoria.

He ahí lo que he estado haciendo el último día y medio. Lo que me pasé toda la noche haciendo. Reescribir hojas y hojas de anotaciones con una letra fácil de imitar porque la conocía bien. Construirle a Barron una vida enteramente diferente, una vida donde deseaba salvar al jefe de una familia mafiosa porque dicho jefe era el padre de Lila. Una vida donde mis hermanos y yo trabajábamos juntos con fines nobles.

Las mentiras más fáciles de contar son aquéllas que deseas que sean ciertas.

El ceño del abuelo se va transformando en estupefacción.

—¿Me estás diciendo que Barron nunca se reunió con Zacharov?

—No, pero él cree que sí.

—¿Te reuniste tú con Zacharov?

—Lila quería que lleváramos este asunto entre nosotros —digo—. Así que yo tampoco.

Suelta un gruñido.

—Ahora tenemos un problema más.

Echo un último vistazo al cuerpo de Anton. Algo brilla bajo la luz. El alfiler de corbata de Zacharov, junto a la mano izquierda de Anton. Debió de sacárselo del bolsillo.

Me agacho y lo recojo.

Zacharov está apoyado en el marco de la puerta cuando me levanto. No le he oído entrar.

—Cassel Sharpe. —Parece cansado—. Mi hija dice que todo esto fue idea suya.

Asiento con la cabeza.

—Habría salido mejor con una pistola de verdad.

Suelta un gruñido.

—Como fue idea suya no voy a cortarte la mano por haberme tocado la piel. Dime solo una cosa, ¿cuánto hace que sabes que eres un trabajador transformador?

Abro la boca para protestar. No le he manipulado; ¿por qué cree entonces que no estaba fingiendo? De pronto me acuerdo de la reacción, de cómo me retorció en el suelo.

—No mucho —digo.

—¿Lo sabías tú? —Se vuelve hacia el abuelo.

—Su madre quería mantenerlo en secreto hasta que fuera mayor. Pensaba contárselo cuando saliera de la cárcel. —El abuelo me mira—. Cassel, lo que puedes hacer resulta muy valioso para ciertas personas. No estoy diciendo que tu madre hiciera bien, pero es una

mujer inteligente y...

Le interrumpo.

—Lo sé, abuelo.

Zacharov nos está mirando como si estuviera sopesando algo en su mente.

—Quiero que quede bien claro que en ningún momento estuve de acuerdo en dejar vivir a tus hermanos. A ninguno de los dos.

Asiento, porque puedo oír que no ha terminado de hablar.

—Tu abuelo tiene razón, eres muy valioso. Y ahora me perteneces. Tus hermanos seguirán con vida mientras tú trabajes para mí. ¿De acuerdo?

Asiento de nuevo.

Debería decirle que me da igual, que me trae sin cuidado que mis hermanos vivan o mueran, pero no lo hago. Supongo que es cierto eso que dicen de que nadie te querrá tanto como tu familia.

—Entonces, asunto resuelto —concluye—. Por el momento. Ve a la cocina, a ver si alguien puede conseguirte una camisa limpia.

El abuelo vuelve a cubrirse la mano derecha con su guante. Uno de los dedos le cuelga ahora tan inerte como los de la mano izquierda.

—Por cierto, he encontrado esto —digo. Estoy tendiéndole el Diamante Resucitador a Zacharov cuando noto algo extraño. El pedrusco tiene una esquina rota.

Zacharov lo coge con una sonrisa tirante.

—Gracias por segunda vez, Cassel.

Asiento con la cabeza mientras procuro ocultar que sé que el Diamante Resucitador no puede proteger a nadie. Carece de valor. Es mero cristal.

Fuera del lavabo la fiesta está muy animada. El ruido se me echa encima como una ola surrealista; música, risas y conversaciones lo bastante fuertes para amortiguar unos disparos. Nada de lo que acaba de suceder —sobre todo la muerte de Anton— parece real bajo la luz danzarina de las arañas de luces o reflejado en las miles de burbujas de champán.

—¡Cassel! —exclama Daneca corriendo hacia mí—, ¿estás bien?

—Nos teníais preocupados —dice Sam—. Habéis pasado ahí dentro mucho tiempo.

—Estoy bien —digo—. ¿No parece que esté bien?

—Estás en medio de una fiesta cubierto de sangre —puntualiza Sam—. No, no lo pareces.

—Por aquí —dice Zacharov, señalando las cocinas.

—Te acompañamos —dice Daneca.

Siento un cansancio atroz y la mejilla me arde. Todavía me duelen las costillas. Y no veo a Lila por ningún lado.

—Está bien.

Los invitados casi tropiezan unos con otros cuando se apartan para dejarme pasar. Debo de tener, ciertamente, una pinta horrible.

La cocina parece más pequeña con tanta gente corriendo de un lado a otro con bandejas de blinis nadando en caviar, pastas doradas goteando mantequilla de ajo y pastelitos coronados con limón confitado.



Mi barriga gruñe, lo cual me sorprende. No debería tener apetito después de haber visto morir a una persona, y sin embargo estoy hambriento.

Philip está de pie en la otra punta de la cocina, flanqueado por dos hombres corpulentos que dan la impresión de estar conteniéndole. Ignoro si Lila lo trajo a la fiesta o si Zacharov envió a sus hombres a buscarlo al lugar donde lo tenían confinado.

Cuando me ve entorna los párpados.

—¡Me lo has quitado todo! —grita—. Maura. Mi hijo. Mi futuro. Mi amigo. Todo.

Supongo que tiene razón.

Podría contestar que no era mi intención hacerlo.

—Jode, ¿verdad? —digo en su lugar.

Philip forcejea con los guardaespaldas. No me preocupa. Dejo que Daneca me lleve a la zona de la despensa y los fregaderos.

—¡Haré que lamentos haber nacido! —grita Philip a mi espalda. Le ignoro.

Lila está esperando con una botella de vodka en una mano y un trapo en la otra.

—Siéntate en la encimera —dice.

Aparto una espátula y un cuenco con harina y me subo. Philip sigue gritando, pero su voz suena lejana. Sonrío.

—Lila, te presento a Daneca. Creo que ya conoces a Sam. Son amigos míos del colegio.

—¿Acaba de reconocer que somos sus amigos? —pregunta Sam, y Daneca ríe.

Lila vierte un poco de vodka en la servilleta.

—Te pido perdón por no haberte contado el resto del plan —le digo a Lila—. Lo de Barron.

—¿Te refieres a las libretas? Las falsificaste.

Al ver mi cara de pasmo, sonrío.

—Viví varios años con él, ¿recuerdas? Vi las libretas. Muy astuto.

Coloca el trapo sobre mi mejilla y suelto un bufido. Escuece mucho.

—¡Ay! —protesto—. ¿Nunca te han dicho que eres un poco matona?

Su sonrisa se amplía. Si pudiera, creo que se retorcería en las comisuras. Lila se inclina sobre mí.

—Lo sé. Y también sé que te gusta.

Sam suelta una risita. No me importa.

Me gusta.

Paso las siguientes dos semanas encerrado para ponerme al día con los deberes. Daneca y Sam me ayudan sentándose conmigo en la biblioteca hasta el toque de queda, cuando yo he de marcharme a casa y ellos a la residencia. Paso tanto tiempo en el colegio que el abuelo me compra un coche. Me lleva a casa de un amigo suyo que me endosa un Mercedes-Benz Turbo de 1980 por dos mil pavos.

Va fatal, pero Sam me ha prometido que me ayudará a retocarlo para que funcione con grasa. Ganó un concurso de ciencias estatal con la conversión de su coche fúnebre y cree que podemos aspirar a un concurso de ciencias internacional con los ajustes que tiene previstos para mi coche. Hasta entonces, cruzo los dedos para que el motor siga funcionando.

Cuando ese martes me dirijo al coche para volver a casa me encuentro a Barron apoyado en él, girando un juego de llaves en un dedo enguantado de negro. Ha estacionado la moto al lado de mi coche.

—¿Qué quieres? —le pregunto.

—Es noche de pizza —me dice.

Le miro como si hubiera perdido un tornillo.

—Es martes.

El problema de falsificar deprisa y corriendo un año entero de la vida de una persona es que la imaginación se te desboca. Puede que solo tengas intención de introducir los detalles que necesitas, pero eso deja mucho espacio por llenar. Yo llené ese espacio con la relación que me habría gustado que tuviéramos.

Me cohibe un poco, ahora que tengo a Barron delante, pensar que efectivamente vamos a salir a cenar pizza cada dos martes y hablar de nuestros sentimientos.

—Conduzco yo —digo al fin.

Pedimos una pizza con mucho queso, salsa, salchicha y pepperoni en un pequeño restaurante con compartimentos y una máquina de discos sobre cada mantel de linóleo. Cubro mi porción con copos de pimiento picante.

—Regreso a Princeton para terminar mis estudios —me cuenta antes de pegarle un bocado al pan con ajo—. Ahora que mamá va a salir de la cárcel algo me dice que no tardará en volver a necesitar un abogado. —Me pregunto si puede regresar a la universidad, si puede llenar las lagunas de su cerebro con libros de Derecho y recordarlos siempre y cuando no vuelva a manipular. Es un gran «siempre y cuando».

—¿Tienes idea de qué día sale exactamente?

—Dicen que el viernes, pero como ya han cambiado la fecha dos veces no sé si creérmelo. Pero supongo que deberíamos comprar un pastel por si acaso. Lo peor que puede pasar es que tengamos que comérselo.

La memoria es algo curioso. Barron parece relajado, como si yo le gustara de verdad, porque no recuerda que me odiaba. O tal vez recuerde el sentimiento de disgusto pero presuponga que le gustaba más de lo que me odiaba. Yo, por el contrario, no estoy

relajado. No puedo dejar de recordar. Quiero saltar de la silla y estrangularle.

—¿Qué crees que será lo primero que hará mamá cuando salga? —le pregunto.

—Entrometerse —contesta con una carcajada—. ¿A ti qué te parece? Empezará a intentar que las cosas se hagan como ella quiere. Y recemos por que coincida con la forma en que nosotros queremos hacerlas.

Bebo del refresco con la pajita, retiro grasa de mi guante con la lengua y contemplo la posibilidad de transformar a Barron en una porción de pizza y dársela al niño de la mesa de al lado.

Así y todo, me gusta tener un hermano con el que poder charlar.

Mantén cerca a tus amigos y más cerca aún a tus enemigos.

Tal cosa me dice Zacharov cuando me cuenta que ha decidido que Philip siga trabajando para la familia, donde puede tenerlo vigilado. La gente no suele salir de las familias mafiosas con vida, por lo que no debería sorprenderme.

Le pregunto al abuelo si ha visto a Philip, pero solo obtengo un gruñido por respuesta.

Lila me telefona el miércoles.

—Hola —digo. No reconozco el número.

—Hola a ti también. —Parece contenta—. ¿Quieres quedar?

—Quiero —digo, sintiendo que el corazón me da un vuelco. Me cambio de hombro la mochila con inopinada torpeza.

—Ven a la ciudad. Podríamos comprar chocolate caliente, y hasta puede que te deje ganar a un videojuego. Llevo cuatro años sin practicar. Quizá esté un poco oxidada.

—Te pegaré tal paliza que hasta tu avatar se reirá de ti.

—Cretino. Te espero el sábado —dice, y cuelga.

Sonrío durante toda la cena.

El viernes, a la hora del almuerzo, salgo al patio del colegio. Hace calor y muchos estudiantes han salido con su comida para tomarla sobre el césped. Sam y Daneca están sentados con Johan Schwartz, Jill Pearson-White y Chaiyawat Terweil. Me hacen señas.

Levanto una mano y me dirijo a una pequeña arboleda. He estado pensando en todo lo que ha sucedido y todavía hay algo que me inquieta.

Saco el móvil y marco un número. No espero que nadie conteste, pero contesta.

—Despacho del doctor Churchill —dice Maura.

—Soy Cassel.

—¡Cassel! Me estaba preguntando cuándo llamarías. ¿Sabes cuál es la mejor sensación del mundo? Conducir por una carretera con la música a tope, el viento en el pelo y tu bebé gorgojeando feliz en su sillita.

Sonrío.

—¿Sabes adónde te diriges?

—Todavía no —responde—. Supongo que lo sabré cuando llegemos allí.

—Me alegro por ti. Solo quería llamarte para decírtelo.

—¿Sabes qué es lo que más echo de menos? —pregunta.

Niego con la cabeza, hasta que caigo en la cuenta de que no puede verme.

—No.

—La música. —Su voz se torna dulce y queda—. Era tan hermosa. Ojalá pudiera volver a oírla, pero es imposible. Philip se la llevó.

No puedo evitar un escalofrío.

Daneca se acerca a mí cuando cuelgo. Parece molesta.

—En marcha —me dice—, o llegaremos tarde.

Debo de haberme quedado petrificado, porque titubea.

—No tienes que hacerlo si no quieres.

—No es eso. Quiero hacerlo. —No estoy seguro de eso, pero de lo que sí estoy seguro es de que Daneca y Sam estuvieron a mi lado cuando les necesité. Probablemente el verdadero sentido de la amistad no sea devolver los favores, pero me da igual. Debo, por lo menos, intentarlo.

Daneca, Sam y yo estamos cruzando el patio cuando veo a Audrey junto a la puerta del edificio de Bellas Artes, comiendo una manzana.

Me sonrío de la forma que solía hacerlo.

—¿Adónde vais, chicos?

Respiro hondo.

—Reunión de HEX. Conocer los derechos de los trabajadores.

—¿En serio? —Mira a Daneca.

—¿Qué puedo decir? —Me encojo de hombros—. Estoy probando cosas nuevas.

—¿Puedo ir con vosotros? —No se levanta, como si estuviera esperando que le diga que no.

—Claro —dice Daneca antes de que yo pueda asimilar que Audrey quiere venir—. Las reuniones de HEX sirven para comprender mejor al otro.

—Y hay café gratis —añade Sam.

Audrey arroja su manzana a los arbustos que hay cerca de la entrada.

—Entonces, contad conmigo.

La reunión se celebra en la sala de música de la señora Ramírez, que hace de moderadora. Hay un piano en un rincón, y en la pared del fondo, arrimados a una estantería llena de carpetas con partituras, los tambores de una batería. Un címbalo hace equilibrios en el estante inferior, cerca de una pared de ventanales y una cafetera gorgojeante.

La señora Ramírez está sentada en la otra punta de la sala, en el taburete del piano, con un círculo de estudiantes. Entro y acerco otras cuatro sillas. Enseguida nos hacen sitio, pero la chica que está de pie no interrumpe su intervención.

—El problema es que cuesta mucho no discriminar cuando se trata de algo ilegal —está diciendo—. Todo el mundo piensa que los trabajadores son criminales. La gente utiliza la palabra «trabajador» para referirse a un criminal. Y si hacemos un trabajo, aunque solo sea una vez, somos criminales. Por lo tanto, la mayoría de nosotros lo somos, porque tenemos que descubrirlo de alguna manera y esa manera consiste, por lo general, en hacer que algo ocurra.

No sé cómo se llama, solo sé que es de último año. Habla sin mirar a nadie y su voz es firme. Su valentía me sobrecoge.

—Hay muchos trabajadores que nunca hacen nada malo. Acuden a bodas y hospitales y dan buena suerte a la gente. Otros trabajan en centros de acogida y transmiten

esperanza a las personas, les inyectan optimismo y seguridad en sí mismas. Además, ¿a quién le apetece hacer cosas malas? La reacción es terrible. Si un trabajador de la suerte cuanto hace es dar buena suerte a la gente, solo recibirá buena suerte. No tiene por qué tratarse de algo malo.

Hace una pausa y levanta los ojos para mirarnos a nosotros. Para mirarme a mí.

—Magia —dice—. No es más que magia.

Cuando esa tarde llego a casa, el abuelo está preparándose una taza de té en la cocina. Hemos limpiado mucho. Las encimeras están prácticamente despejadas y la cocina ya no tiene pegotes de comida. Hay una botella de bourbon en la mesa con el tapón todavía puesto.

—Ha llamado tu madre —dice—. Ya ha salido.

—¿Ya ha salido? —repito como un idiota—. ¿De la cárcel? ¿Está aquí?

—No, pero tienes visita —dice, volviéndose para limpiar el grifo—. Esa hija de Zacharov está en tu cuarto.

Levanto la vista como si pudiera ver a través del techo, sorprendido y contento. Me pregunto qué piensa Lila de la casa, hasta que recuerdo que ha estado antes aquí, muchas veces. También en mi cuarto, como gata. Finalmente asimilo las demás palabras de mi abuelo.

—¿Por qué la llamas «esa hija de Zacharov»? ¿Y dónde está mamá? No puede haber llegado muy lejos. La cárcel te ayuda a tomarte las cosas con calma.

—Shandra ha cogido una habitación en un hotel. Dice que no quiere que la veamos así. Lo último que sé es que estaba pidiendo que le subieran una botella de champán y patatas fritas bañadas en salsa ranchera a su baño de espuma.

—¿En serio?

El abuelo suelta una carcajada, pero parece forzada.

—Ya conoces a tu madre.

Paso junto a él y junto a las últimas cajas de trastos del comedor y subo los escalones de dos en dos. No entiendo el humor de mi abuelo, pero la necesidad de ver a Lila eclipsa cualquier otra preocupación.

—Cassel —me llama el abuelo. Me doy la vuelta y me apoyo en la barandilla—. Tráeme a Lila. Hay algo que debo contaros.

—Vale —respondo, pero en realidad no quiero oír lo que sea que tenga que decir. Dos rápidas zancadas en el rellano y abro la puerta de mi dormitorio.

Lila está sentada en la cama, leyendo una de las viejas colecciones de historias de fantasmas que nunca devolví a la biblioteca. Se da la vuelta y esboza una sonrisa pícaro.

—Te he echado mucho de menos —dice, tendiéndome una mano.

—¿Sí?

No puedo dejar de mirarla, de mirar la forma en que el sol que entra por la mugrienta ventana acaricia sus pestañas, haciéndolas brillar como el oro, la forma en que su boca se entreabre. Se parece a la chica con la que trepaba a los árboles, la que me agujereó la oreja y me lamió la sangre, pero por otro lado no se parece. El tiempo le ha hundido las mejillas y ha dotado a sus ojos de un brillo febril.

La he imaginado tantas veces en esta habitación que casi siento que mi imaginación

ha hecho que se materialice; una Lila imaginaria tendida en mi cama. La sensación de irrealidad hace que me sea más fácil acercarme a ella a pesar de que el corazón me aporrea el pecho como un martillo.

—¿Y tú me has echado de menos? —pregunta estirando el cuerpo como una gata. Suelta el libro sin ponerle el punto.

—Llevo años echándote de menos —digo, irremediablemente sincero por una vez en mi vida. Quiero deslizar mis dedos desnudos por el contorno de su mejilla y seguir el polvo de pecas que cubren su blanca piel, pero no me parece lo bastante real todavía para tocarla.

Se acerca un poco más y todo en ella es embriagadoramente cálido y suave.

—Yo también —dice queda, entrecortadamente.

Me río y eso ayuda a que mi cabeza se aclare algo.

—Quisiste matarme.

Menea la cabeza.

—Siempre me has gustado. Siempre te he deseado. Siempre.

—Oh —digo estúpidamente. Y la beso.

Abre la boca bajo la mía y se reclina en la cama, arrastrándome con ella. Me rodea el cuello con sus brazos y suspira contra mi boca. La piel me arde. Se me tensan los músculos, como si me preparara para una pelea. Es tanta la tirantez que estoy temblando.

Hago una inspiración trémula.

La felicidad me invade. Es tan grande que casi no puedo contenerla.

Ahora que he empezado a acariciarla no puedo parar, como si el lenguaje de mis manos pretendiera decirle todas las cosas que no sé decir en voz alta. Mis dedos enguantados resbalan por la cinturilla de sus tejanos, por su piel. Lila sacude ligeramente la cintura para empujar sus pantalones hacia abajo y acerca su mano a los míos. Estoy respirando su aliento, mis pensamientos penetran en una espiral incoherente.

Alguien aporrea la puerta de mi cuarto.

Me da igual. Sigo.

—Cassel —dice el abuelo desde el otro lado.

Ruedo sobre la cama y me levanto. Lisa está colorada y respira deprisa. Tienes los labios rojos y húmedos, la mirada oscura. Yo todavía me tambaleo.

—¿Qué? —grito.

La puerta se abre y me encuentro al abuelo en el rellano con el teléfono en la mano.

—Necesito que hables con tu madre.

Miro a Lila con cara de disculpa. Tiene las mejillas sonrojadas y está peleándose con los tejanos, intentando abotonarlos.

—Luego la llamo. —Estoy fulminando a mi abuelo con la mirada, pero no parece advertirlo.

—No. Vas a coger este teléfono y a escuchar lo que tiene que decirte.

—Abuelo —protesto.

—Habla con tu madre, Cassel. —Nunca me ha hablado con tanta dureza.

—¡Vale! —Agarro el teléfono y salgo al rellano arrastrando al abuelo conmigo.

—Enhorabuena por haber salido de la cárcel, mamá —digo.

—¡Cassel! —Parece feliz de hablar conmigo, como si yo fuera el príncipe de algún país extranjero—. Lamento no haber ido directamente a casa. Estoy deseando ver a mis pequeños, pero no imaginas lo que ha sido vivir con un montón de mujeres todos estos años y no tener ni un momento de intimidad. Y la ropa se me cae. He adelgazado mucho con esa horrible comida. Necesito muchas cosas nuevas.

—Genial —digo—. ¿Así que estás en un hotel?

—En Nueva York. Sé que tenemos mucho de que hablar, cielo. Siento mucho no haberte dicho antes que eras un trabajador, pero sabía que la gente intentaría aprovecharse de ti. Y mira lo que han hecho. Claro que si el juez me hubiera escuchado y hubiera comprendido que una madre tiene que estar con sus hijos nada de esto habría sucedido. Mis niños me necesitan.

—Ocurrió antes de que te metieran en la cárcel —digo.

—¿El qué?

—Lila. Intentaron que la matara antes de que a ti te metieran en la cárcel. La encerraron en una jaula antes de que a ti te metieran en la cárcel. No tuvo nada que ver contigo.

Se le quiebra la voz.

—Oh, cariño, estoy segura de que eso no es verdad. Seguro que no lo recuerdas bien.

—No-me-hables-de-recuerdos. —Prácticamente escupo las palabras. Cada una cae de mi lengua como una gota de veneno.

Mi madre calla, algo tan impropio de ella que, de hecho, no puedo recordar que haya ocurrido antes.

—Cielo... —dice al fin.

—¿A qué viene esta llamada? ¿Tan importante es para que el abuelo se empeñe en que me ponga?

—Oh, no es nada. Tu abuelo, que está un poco disgustado. El caso es que te he hecho un regalo, algo que has deseado toda tu vida. Oh, cariño, no imaginas lo feliz que me hace que hayas conseguido sacar a tus hermanos mayores de semejante apuro. Ellos también lo están. Quién lo iba a decir, tú, el pequeño, cuidando de ellos. Mereces un regalo exclusivo para ti.

Un temor gélido trepa por mi estómago.

—¿Qué es?

—Solo un poco de...

—¿Qué has hecho?

—Verás, ayer fui a ver a Zacharov. ¿Te he contado alguna vez que nos conocemos? Así es. Bueno, el caso es que al salir me encontré a esa adorable hija suya. Siempre te gustó, ¿verdad? —pregunta.

—No —respondo. Estoy meneando la cabeza.

—¿No te gustaba? Pensaba que...

—No. Mamá, por favor, dime que no la tocaste. Dime que no la manipulaste.

Parece desconcertada pero también impenitente, como si estuviera intentando convencerme de que me gusta un jersey que me ha comprado en un saldo de mercadillo.

—Pensaba que te alegrarías. Y se ha puesto muy guapa, ¿no crees? No tanto como tú, por supuesto, pero es más guapa que esa pelirroja de la que no te despegabas.

Reculo y me estampo contra la pared, como si ya no recordara cómo utilizar las piernas.

—Mamá —gimo.

—¿Qué pasa, cielo?

—Solo quiero que me digas qué hiciste. Dilo. —Hay que estar muy desesperado para rogarle a alguien que eche abajo tus esperanzas.

—No son cosas que deban hablarse por teléfono —me dice en un tono de desaprobación.

—¡Dilo! —grito.

—Vale, vale. Le he tocado para que te ame —dice—. Hará cualquier cosa por ti. Lo que quieras. ¿No es fabuloso?

—Deshazlo —digo—. Tienes que deshacerlo. Haz que vuelva a ser la de antes. Te la llevaré y podrás manipularla para que vuelva a su estado normal.

—Cassel, sabes que no puedo. Puedo hacer que te odie. Puedo incluso hacer que no sienta nada por ti, pero no puedo deshacer lo que ya he hecho. Si tanto te molesta, espera a que se le pase. Lo que ahora siente se irá debilitando con el tiempo. Bueno, no será exactamente la de antes...

Cuelgo. El teléfono vuelve a sonar. Veo cómo se enciende la luz, veo el nombre del hotel en la pantalla identificadora.

Lila me encuentra sentado en el rellano, a oscuras, con el teléfono todavía sonando en la mano, cuando sale a averiguar por qué tardo tanto.

—¿Cassel? —me susurra.

Casi no puedo mirarla.

Lo más importante para un estafador es no pensar nunca como una víctima. Las víctimas creen que van a conseguir un precio tirado por un bolso robado y luego se disgustan cuando el forro se descose. Creen que van a conseguir entradas en primera fila por cuatro chavos de un tío que espera bajo la lluvia y se sorprenden cuando los billetes no son más que trozos de papel mojado.

Las víctimas creen que pueden conseguir algo a cambio de nada.

Las víctimas creen que pueden conseguir eso de lo que no son dignas y nunca podrán serlo.

Las víctimas son estúpidas, patéticas y tristes.

Las víctimas creen que llegarán una noche a casa y la chica que han amado desde que eran niños les corresponderá de repente.

Las víctimas olvidan que cuando algo es demasiado bueno para que sea verdad es una estafa.



## Agradecimientos

Algunos libros me ayudaron en gran manera a crear el mundo de los trabajadores de maldiciones. En particular *The Big Con*, de David R. Maurer, *How to Cheat at Everything*, de Sam Lovell, *Son of a Grifter*, de Kent Walker y Mark Schone, y *Speed Tribes*, de Karl Taro Greenfeld.

Estoy sumamente agradecida a mucha gente por sus aportaciones a este libro. Quiero dar las gracias a todo el mundo de Sycamore Hill 2007 por mirarse los primeros capítulos y darme la confianza necesaria para continuar. Gracias a Justine Larbalestier por hablar conmigo sobre embusteros y a Scott Westerfeld por sus detalladas anotaciones. Gracias a Sarah Rees Brennan por ayudarme con los sentimieeeeeentos. Gracias a Joe Monti por su entusiasmo y recomendaciones de libros. Gracias a Elka Cloke por sus conocimientos de medicina. Gracias a Kathleen Duey por alentarme a pensar en los grandes temas mundiales. Gracias a Kelly Link por mejorar sobremanera el principio y pasearme en el maletero de su coche. Gracias a Ellen Kushner, Delia Sherman, Gavin Grant, Sarah Smith, Cassandra Clare y Joshua Lewis por leerse borradores aún muy verdes. Gracias a Steve Berman por ayudarme a entender los pormenores de la magia.

Y, sobre todo, gracias a mi agente, Barry Goldblatt, por su ánimo; a mi editora, Karen Wojtyla, por empujarme a crear un libro mucho mejor del que creía posible; y a mi marido, Theo, que además de soportarme mientras lo escribía me dio multitud de consejos sobre deméritos, chanchullos, colegios privados y cómo persuadir a los refugios de animales.



HOLLY BLACK (New Jersey, EE. UU., 1971) es autora y editora de novelas de fantasía contemporánea para niños, adolescentes y adultos. Su obra más conocida es *Las crónicas de Spiderwick*, una serie de libros de fantasía para niños creada junto al ilustrador Tony DiTerlizzi. Otras de sus obras comprenden la serie *Modern Faerie Tales*, cuyo primer volumen *Tithe* ha sido publicado en España bajo el nombre de *El tributo* por la editorial Alfaguara, la saga *Trabajadores de Maldiciones* y sus trabajos más recientes *Doll Bones* y la novela de fantasía oscura *The Coldest Girl in Coldtown*.

Actualmente reside en Massachusetts con su marido, Theo, en una casa con una librería secreta.

